



Romance
Misterio
Escocés

AMBER EVE



Romance misterio escocés

Amber Eve

Copyright © 2022 por Amber Eve

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado, escaneado u otro, sin el permiso por escrito del editor. Es ilegal copiar este libro, publicarlo en un sitio web o distribuirlo por cualquier otro medio sin autorización.

Esta novela es completamente una obra de ficción. Los nombres, personajes e incidentes que se presentan en ella son producto de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

Capítulo 1

Alguna vez has deseado que alguien muera?

¿ No me refiero a eso de "planear el asesinato perfecto" (Por cierto, si estás planeando el asesinato perfecto, al parecer el secreto está en los carámbanos. Los usas como dagas. De nada.), sino de la manera habitual, esa de "Dios, cómo te odio, ojalá te murieras".

Oh, vamos, todos lo hemos hecho, ¿no? Yo sé que sí. Quizás demasiado, para ser completamente honesta, pero en serio, no sabía que Ada Valentine me tomaría tan literalmente cuando lo dije. No lo decía en serio, así que cuando publicó esa última estúpida foto en Instagram y yo comenté diciéndole que... bueno, que se fuera al cuerno y se muriera, básicamente, no pensé que realmente lo haría, ¿verdad?

Pero lo hizo. O eso supongo. Siempre existe la posibilidad de que esté viviendo en una comuna en las Hébridas Exteriores, con rastas en el vello púbico y una estatua de alguna diosa alrededor de la cual bailar a la luz de la luna. O que decidiera hacerse monja. *Podría* pasar. Bueno, quizás lo de la monja no. No está *tan* loca. Pero *podría* estar simplemente tomándose un descanso, ¿no? Una desintoxicación de redes sociales, o como sea que la gente llame a cuando Internet empieza a hacerles sentir mal consigo mismos y deciden sentirse mal en la vida real en su lugar.

Estoy segura de que es eso. Estoy segura de que solo está realizando uno de los "rituales de autocuidado" de los que siempre está hablando, o elaborando un paso extra para añadir a su complicada rutina de cuidado de la piel. Estoy segura de que no está realmente *muerta*. Sé que Ada siempre ha sido un poco reina del drama (y lo digo de la manera más amable posible, lo *juro*. Se necesita una para reconocer a otra y todo eso...), pero ¿irse al cuerno y morir solo porque alguna idiota aleatoria en Internet la insultó, de una manera que *claramente* pretendía ser una broma? No. No lo haría.

¿O sí?

Estoy tan ocupada pensando en Ada Valentine y por qué no ha actualizado su Instagram durante ocho días completos (su récord anterior siendo solo 1,5 días, y aun así seguía en Twitter...) que, cuando mi jefe me habla, ni siquiera lo escucho al principio.

—Scarlett, ¿estás bien? Parece que hubieras visto un fantasma.

Hamish está bromeando. Lo sé. Pero, ¿tenía que mencionar *fantasmas* justo cuando estoy aquí preocupada de que podría haber convertido inadvertidamente a una de las influencers más populares del Reino Unido en uno? Es decir, ¿*en serio*?

—Estoy bien, Hamish —le digo, arrojando mi teléfono sobre el escritorio como si me hubiera ofendido, y apresurándome a abrir el artículo en el que se supone que debo estar trabajando, que trata sobre la última reunión del club local de *empanadas, guisantes y bingo*. Que nadie te diga que el periodismo local no es absolutamente emocionante. Aunque tendrían toda la razón.

Para demostrarlo, escribo dos oraciones casi enteramente ficticias sobre empanadas —ya llegaré a la parte de los guisantes y el bingo más tarde— antes de rendirme y mirar fijamente mi teléfono, resistiendo desesperadamente el impulso de volver a cogerlo.

Si las redes sociales son una droga, considérame una adicta. Al menos es mejor que ser una asesina, aunque sea "involuntaria".

—No estarás pensando otra vez en esa tontería de Ada Valentine, ¿verdad? —suspira Hamish, poniendo una taza de café en mi escritorio antes de tomar asiento junto a mí. Entre Hamish y yo conformamos todo el departamento editorial aquí en la *Gaceta de Heather Bay*, nuestros viejos y maltratados escritorios apretujados en un espacio bajo el techo inclinado del viejo edificio, contra el que nos golpeamos la cabeza cada vez que nos ponemos de pie. Aunque tiene al menos el doble de mi edad, Hamish es lo más cercano que tengo a un "amigo" en este pueblo, por lo que le he contado todo sobre Ada Valentine y su repentina desaparición de todas las formas de redes sociales.

(Obviamente, *no* le he contado sobre mi propio papel en esto. Podemos ser cercanos, pero sigue siendo mi jefe, y realmente necesito averiguar en cuántos problemas podría estar metida antes de confiar en alguien. Bueno, nosotras las asesinas no podemos ser demasiado cuidadosas, ¿verdad?)

(Eso fue una broma, por cierto. Porque —y no puedo enfatizar esto lo suficiente— *no soy una asesina*. Solo una idiota, realmente. Que pasará el resto de su vida tratando de enmendar la cosa absolutamente imperdonable que le dijo a una completa desconocida.)

—No es una tontería —insisto, dando un sorbo a mi café mientras sigo mirando fijamente el teléfono sobre el escritorio—. Es muy raro, Hamish. Pasar de publicar todos los días —a veces

varias veces al día— a un silencio total durante más de una semana. No es propio de ella. Creo que algo anda mal. Tengo un presentimiento extraño al respecto.

—Oh, ¿un *presentimiento extraño*, eh? —dice Hamish amablemente, mirándome por encima del borde de sus gafas—. ¿Crees que podría haber una historia ahí?

Hamish solía editar uno de los tabloides de Glasgow antes de que él y su esposa se mudaran a Heather Bay, para su "semi-jubilación" como él lo llama, y le gusta recordarme este hecho de vez en cuando, fingiendo que la *Gaceta* es un periódico real, con noticias reales, en lugar de un semanario gratuito que no existiría sin las páginas de anuncios que publica cada semana.

—¿Me dejarás investigarlo si digo que sí a eso? —pregunto ansiosamente, pero Hamish solo sonríe y recoge un papel de su escritorio.

—Creo que "Mujer no actualiza su Instagram durante una semana" sería un nuevo mínimo, incluso para la *Gaceta* —dice, riendo—. Pero mira, si estás aburrida con la historia de las empanadas, los guisantes y el bingo, tengo un trabajito que podría gustarte.

Sonrío forzosamente. Conozco los "trabajitos" de Hamish, y puedo decir con cierta confianza que las posibilidades de que me guste este, sea lo que sea, son aproximadamente las mismas que mis posibilidades de ser nominada al Premio Pulitzer de Periodismo. Y dado que mi última historia de portada para la *Gaceta* fue sobre Edna la Oveja y su intento de BALAR el Himno Nacional... Bueno, digamos que esas posibilidades no son precisamente altas.

—Espera —digo, mirándolo con sospecha—. No será otra historia sobre Edna, ¿verdad? Porque si es así, sería la quinta este mes, y hay un límite para lo que puedo escribir sobre una oveja, Hamish, lo sabes. Ni siquiera canta tan bien, para ser honesta. No habría sabido que se suponía que era el Himno Nacional. Me sonaba más a *Jolene*.

Miro culpablemente alrededor de la oficina mientras digo esto, casi como si Jimmy, el dueño de Edna, pudiera estar escondido detrás de una maceta, escuchándome. Afortunadamente, solo están los sospechosos habituales: Katie, la recepcionista, más las tres mujeres que forman el equipo de publicidad, y que parecen irse y ser reemplazadas con una regularidad tan vertiginosa que Hamish y yo hemos dejado de intentar recordar sus nombres, y nos referimos a ellas como Los Tres Mosqueteros. O Las Tres Brujas, si nos sentimos particularmente sarcásticos. Lo que, seamos honestos, es *todo* el tiempo.

—Vamos, vamos, Scarlett —dice Hamish—. Sé que la *Gazette* no es tan emocionante como esa revista brillante para la que trabajabas en Londres, pero a la gente le encantan estas pequeñas historias de interés humano... bueno, de interés *ovino*. Son lo que mantiene vivo al periódico.

—Los anuncios de empresas de doble acristalamiento son lo que mantiene vivo al periódico — señalo, pero estoy discutiendo por discutir, realmente. Después de todo el fiasco de 'Lexie Steele', cuando me dejé llevar un poco y básicamente, bueno, *me inventé todo*, sobre una chica local que terminó saliendo con una estrella de cine, tengo suerte de seguir teniendo trabajo. Incluso uno con tanta dependencia de historias sobre ovejas.

—De todos modos —está diciendo Hamish ahora—, esto es un evento en la plaza del pueblo. No tengo muchos detalles al respecto, pero está por comenzar. Si te vas ahora, llegarás justo a tiempo.

Suspiro con cansancio mientras me levanto, golpeándome la cabeza fuertemente contra el techo al sacar mi chaqueta del respaldo de mi silla y ponérmela. Realmente solo quiero quedarme aquí y actualizar el Instagram de Ada hasta que publique algo que me diga que está bien. Podría estar haciéndolo *ahora mismo*, por lo que sé. Tal vez la próxima vez que tome mi teléfono, habrá una de sus fotos patentadas "aquí está la parte trasera de mi cabeza frente a otra hermosa vista". Entonces podré olvidarme de ese estúpido mensaje que le envié y seguir con mi vida.

O... tal vez no.

Mientras bajo las escaleras que conducen a la calle (Las oficinas de la Gazette están encantadoramente situadas justo encima de The Wildcat Cafe, la tienda de fish and chips más popular de Heather Bay, y déjame decirte, el olor a grasa de papas fritas *no* sale de tu ropa sin pelear...), me permito echar un vistazo furtivo a mi teléfono, mis dedos trabajando casi automáticamente mientras encuentran el icono de Instagram, lo tocan y luego navegan hasta la cuenta de Ada.

Nada.

Sin publicaciones, sin Historias... ni siquiera uno de esos Reels "inspiradores" donde hay alguna cita estúpida y mal apropiada superpuesta en una imagen de una puesta de sol, y acompañada de música tintineante de piano.

Dios, Ada es molesta.

Me detengo culpablemente en seco. No debería permitirme pensar cosas así sobre una mujer a la que podría haber acosado fuera de Internet. Sin embargo, es cierto. Ada Valentine *es* molesta. Sé que todos hablan maravillas de lo *increíble* que es, con su hogar beige de buen gusto y sus útiles consejos domésticos, pero hay algo en ella que no me inspira confianza. Otra *sensación extraña*, supongo. Es casi como si fuera demasiado buena para ser real. "Demasiado dulce para ser saludable", como diría mi padre. Y su famosa receta de pollo a la menta sabe a pies, si quieres saber la verdad. O al menos así sabe cuando intento hacerla yo.

Pero ahora solo estoy siendo mala. Solo estoy tratando de hacerme sentir mejor por lo que hice, porque, aquí está la cuestión: eso que dije sobre los carámbanos y cómo son el arma perfecta para un asesinato...

Eso no es cierto.

Lo sé, no solo porque fue parte de un episodio de *Mythbusters* una vez (No intentaron *matar* a nadie realmente, no te preocupes...), sino porque soy periodista. Sé perfectamente bien que las *palabras* pueden ser el arma más letal de todas. Y ahora estoy aterrorizada de que podría haber al menos *herido* a alguien con las mías.

Guardando el teléfono de nuevo, como si pudiera guardar mis preocupaciones junto con él, me dirijo por la calle principal de Heather Bay, que está más tranquila de lo habitual, debido a que es noviembre: ese mes gris y aburrido cuando todos los turistas se han ido a casa, y el mar es del mismo color que el cielo. El pueblo sigue siendo más bonito que cualquier otro lugar en el que haya vivido, con su pintoresco pequeño puerto y las casitas pintadas de colores pastel que bordean el paseo marítimo, pero hoy los restaurantes y cafés están en su mayoría cerrados, dando al pueblo un ambiente ligeramente rancio, de fuera de temporada, que hace difícil imaginar cómo cobrará vida en primavera, con los turistas abarrotando las pequeñas calles empedradas y tomando fotos de los edificios color helado para publicar en Instagram.

Sin embargo, ahora mismo, estoy tan preocupada por Ada y su desaparición que apenas noto nada de esto. De hecho, apenas noto nada en absoluto, hasta que la calle 'tranquila' por la que camino de repente se llena de gente, todos dirigiéndose en la misma dirección que yo: hacia la plaza del pueblo, que se encuentra al final de la calle principal, en el lado de la calle junto a la playa.

Espera. ¿Qué dijo Hamish que era este 'evento' que quiere que cubra?

Oh, sí. No lo dijo, ¿verdad? Hamish no dijo *nada* sobre la historia que me ha enviado aquí a escribir, y por un segundo, mi corazón da un salto, pensando que podría ser algo interesante por una vez.

Entonces la multitud se aparta, y mis esperanzas se desploman de nuevo a la tierra.

Es Edna.

Por supuesto que es Edna.

Capítulo 2

Edna la oveja está de pie frente al monumento a los caídos del pueblo, vistiendo una extraña chaqueta de neón, y acompañada por su dueño, Jimmy, quien sonríe desdentado y sujeta un megáfono en una mano.

—Por favor, dime que eso no es para que Edna cante —murmuro entre dientes, dándome cuenta demasiado tarde de que estoy justo al lado de Bella McGowan, directora jubilada y actual presidenta tanto del Comité de la Gala de Heather Bay *como* del club de empanadas, guisantes y bingo. Bella tiene más de 80 años, pero su oído es tan agudo como el mío, y se gira al oír mis palabras, con sus astutos ojos marrones llenos de picardía.

—Oh, no —dice alegremente—. Edna está guardando su voz para el Concierto de Villancicos, aparentemente. Esto es para el lanzamiento de la nueva marca de chaquetas de Edna para ovejas.

—Perdona, ¿qué? ¿*Chaquetas para ovejas*?

Me río nerviosamente, pero Bella continúa sonriéndome, como si hablar de ropa para ovejas fuera algo totalmente normal. Lo cual, de alguna manera, *lo es* aquí en Heather Bay.

—Sí, así es —confirma, volviéndose para mirar a Edna, que ahora veo está de pie sobre una pequeña plataforma que Jimmy presumiblemente ha erigido para ella—. Ropa de alta visibilidad para ovejas y otras mascotas. Es una buena idea, si lo piensas. Jimmy y los otros granjeros pierden muchas ovejas cada año. Lobos, y monstruos, y cosas por el estilo. Habrás oído hablar de la bestia que mora en Loch Keld, ¿no? Se come docenas de ovejas, así es.

La miro boquiabierto. Nunca puedo saber si Bella habla en serio o solo está tomándose el pelo. Los lugareños tienen un montón de historias extrañas que les gusta contar a los turistas —el monstruo de Loch Keld es una de ellas— y, como londinense que solo ha vivido aquí un par de años, todavía cuento como "turista" para ellos. Probablemente siempre lo seré.

Bella probablemente espera que vuelva al trabajo y produzca obedientemente alguna tontería sobre el monstruo come-ovejas que vive en el lago. El viejo Jimmy, por otro lado, parece estar 100% serio mientras sube al improvisado podio junto a Edna y comienza a contarle a la multitud todo sobre su nueva línea de ropa deportiva para animales.

—¿Quién sabía que había tanta gente interesada en moda para ovejas? —le susurro a Bella, todavía asombrada por el tamaño de la multitud.

—Oh, no están aquí por Edna —responde Bella, guiñándome un ojo—. Jimmy corrió la voz de que Jett Carter estaría aquí. Esa es la única razón por la que yo misma estoy aquí, en realidad. No es Harry Styles, pero es un buen muchacho, ese Jett.

Asiento en silencio. Jett Carter es un ícono de Hollywood, y aunque su novia, Lexie, es de Heather Bay, hay precisamente cero posibilidades de que venga aquí a ver a una oveja con chaqueta: un hecho que se está volviendo lentamente evidente para la multitud.

—¿Dónde está Jett? —grita una voz desde algún lugar detrás de mí—. ¿Prometiste que estaría aquí?

—Yo no dije tal cosa —vocifera el viejo Jimmy a través de su megáfono—. Debiste entenderme mal.

Un murmullo de indignación recorre la multitud.

—Me tomé un día libre del trabajo para ver a Jett —se lamenta una joven que parece haber estado aquí durante días—. Mi jefe cree que tengo norovirus. ¡No puedo creer que Jett ni siquiera esté aquí! Quiero presentar una queja.

—Sí, quiero hablar con quien esté a cargo —coincide otra voz.

—¡Yo solo quiero a Jett! —chilla alguien más, y, antes de darme cuenta de lo que ha pasado, la multitud ha adoptado el grito.

—¡Queremos a Jett! —cantan al unísono—. ¡Queremos a Jett! ¡Jett! ¡Jett!

—¡Y también a Lexie! —grita Bella emocionada, ignorando las miradas de horror que siguen a esta declaración—. Ups, me dejé llevar un poco —añade, sonriéndome mientras es literalmente "arrastrada" por la multitud, que se presiona hacia adelante, abalanzándose sobre el podio como si pensarán que el mismo Jett Carter podría estar escondido debajo. Finalmente recordando que se supone que soy periodista, doy un paso atrás, sacando mi teléfono del bolsillo para poder grabar esto para el sitio web de la Gaceta, y pisando fuerte los dedos de alguien en el proceso.

—¡Oh Dios, lo siento!

Me doy la vuelta, lista para disculparme, y me encuentro mirando un par de ojos marrones profundos, con pequeñas arrugas alrededor de las comisuras, como si su dueño estuviera

acostumbrado a sonreír mucho.

Ojos bonitos. Ojos *amables*. Ojos que están ubicados en el tipo de rostro atractivamente rudo que me hace sentir repentinamente agradecida con Hamish por enviarme aquí hoy. Ojos que parecen brillar frecuentemente con buen humor y entusiasmo por la vida. Solo que... no hoy.

O no para *mí*, más bien.

El dueño de los hermosos ojos no está sonriendo ahora, eso es seguro. De hecho, parece que nunca volverá a sonreír; sus ojos están abiertos de par en par por la sorpresa, y sus labios carnosos —rodeados por la cantidad exacta de barba incipiente— están curvados hacia abajo mientras me mira con aparente incredulidad.

Vamos, no lo pisé tan fuerte, ¿verdad?

—Mejor ten cuidado —digo juguetonamente—. Si el viento cambia, tu cara podría quedarse así.

Es algo que mi madre solía decirme cuando era más joven. Uno de los pocos recuerdos que tengo de ella; uno de cuando todavía era joven, y divertida, y, bueno, *estaba viva*. Siempre me hacía sonreír —que era todo el punto, por supuesto— pero tiene precisamente el efecto opuesto en mi nuevo "amigo" aquí.

—¿Sassenach? —dice con una voz como el pedernal.

No estoy segura si es una pregunta o una afirmación. De cualquier manera, mi disculpa planeada muere en mi lengua mientras recuerdo cómo Bella trató de bromear conmigo hace unos minutos.

Este lugar. ¿Cuánto tiempo tendré que vivir aquí antes de que dejen de tratarme como una forastera? O una idiota.

—Oh, muy gracioso —digo bruscamente, mi impulso de coquetear se evapora instantáneamente, incluso frente a tanta belleza ruda—. Insulta a la inglesa, ¿por qué no? Mira, fue un accidente, ¿de acuerdo? No te vi, y no creo que realmente te haya *lastimado*, de todos modos. Así que lo siento por haberte pisado, pero no hay necesidad de ser grosero al respecto.

Una pequeña arruga aparece entre los ojos del hombre. Está confundido o molesto. No me importa cuál sea.

—¿Sabes cuánta gente me ha llamado «Sassenach» desde que me mudé aquí? —digo indignada, adelantándome antes de que él pueda hablar—. Es como si todos fueran fans de *Outlander* y comediantes por aquí. Pues bien, no tiene gracia, ¿vale? Y ni siquiera veo *Outlander*, de todos modos. Así que ya está.

Vale, eso último es una mentira descarada. Mi adicción a *Outlander* es la razón por la que sabía que «Sassenach» se suponía que era un insulto. Sé que Jamie Fraser solo lo usa con cariño, pero este hombre no es Jamie Fraser, y no se va a salir con la suya hablándome así. Aunque sea el hombre más atractivo que he conocido en meses. (No es que sea difícil, ojo. No hay muchos hombres en Heather Bay que aún conserven sus propios dientes, y ninguno de los que los tienen está soltero. Bueno, a menos que cuentes a McTavish, y sus dientes tampoco son técnicamente suyos...)

Me yergo altivamente en toda mi estatura y lo miro directamente a los ojos. Y es entonces cuando me doy cuenta del sombrero de policía que lleva puesto. Y el chaleco de alta visibilidad, que es muy parecido al de Edna, solo que con una placa azul de «Policía» en el pecho, por si el sombrero por sí solo no fuera suficiente pista. Lo cual obviamente no lo fue para esta servidora.

¿En serio acabo de pisar a un agente de policía y luego regañarlo por molestarse? ¿Acaso no estoy en suficientes problemas ya con todo este asunto de «Ada Valentine», como para tener que añadir «agredir a un policía» a mi lista de posibles delitos?

—Um, ¿no hay ninguna posibilidad de que seas un stripper, verdad? —pregunto esperanzada, haciendo mi mejor esfuerzo por volver a ser encantadora—. Una vez fui a una despedida de soltera donde había un policía que resultó ser un stripper. Se parecía un poco a ti, de hecho.

Dejo que mis ojos recorran los brazos musculosos y el amplio pecho hasta la radio policial que cuelga de su cintura.

Estoy bastante segura de que el stripper no tenía una de esas, ahora que lo pienso. A menos que vaya a usarla para poner música cuando empiece a bailar...

—¿Vas a... empezar a bailar, entonces? —suelto de repente, sintiendo que mis mejillas se ponen aproximadamente del mismo color que mi nombre. Levanto las manos y empiezo a mover las caderas, en una horrible aproximación de «baile», mientras el policía/strip- per mira horrorizado.

Solo puedo suponer que estoy poseída ahora mismo. Es la única explicación. Porque ninguna persona cuerda se comportaría así, y sin embargo aquí estoy, de pie en la plaza del pueblo, *bailando* realmente para un hombre que parece ser la encarnación viviente de la frase «si las miradas matasen».

Bailando.

Si alguna vez hubo un buen momento para que el monstruo de Loch Keld apareciera y se comiera a alguien, sería este: aunque no estoy muy segura de a cuál de nosotros querría que demoliera primero.

—Yo no bailo —dice el policía/stripper con frialdad, confirmando hábilmente que sería a *él* a quien nominaría como el próximo aperitivo del monstruo—. Y probablemente tú tampoco deberías, por lo que se ve.

Viniendo de cualquier otra persona, esto *podría* pasar por una broma. Sin embargo, este tipo no parece que pudiera reconocer una broma ni aunque se le acercara corriendo en kilt, se inclinara y le mostrara su trasero peludo. Así que es una suerte para él que Bella McGowan elija este momento para volver a mi lado, con las mejillas aún sonrojadas y la voz ligeramente ronca de tanto gritar.

—Ah, Scarlett —dice, completamente ajena a la tensa atmósfera en la que se ha metido—. Veo que has conocido a Dylan Fraser, nuestro nuevo agente de policía del pueblo. Dylan, esta es Scarlett Scott, nuestra intrépida reportera local.

Trago nerviosamente. Así que *no* es un stripper, entonces. Entendido.

—¿Nuevo agente de policía? —digo, volviéndome hacia Bella en un intento de retrasar el momento en que tenga que hablar de nuevo con este Dylan—. Pero ¿qué pasó con el Joven Dougie?

El Joven Dougie era el *antiguo* agente de policía del pueblo, y, a pesar de lo que su apodo pudiera sugerir, también era *bastante* viejo. (A diferencia del Gran Ian del pub, por ejemplo, que se llama así porque es notablemente bajo). Espero que no esté...

—Vamos, Scarlett —dice Bella en tono de reproche—. No hablamos de Lo Que Le Pasó al Joven Dougie. Pero recordarás lo que te estaba contando sobre el monstruo.

Bella se da un toque en el lado de la nariz con complicidad mientras yo lucho por encontrar una respuesta adecuada a esto. ¿En serio está tratando de insinuar que el policía del pueblo fue devorado por el monstruo mítico, que los lugareños de Heather Bay obviamente inventaron en un intento de competir con el Lago Ness? ¿Realmente cree que soy tan estúpida?

—Si me disculpan, señoras —interrumpe Dylan, inclinando su sombrero en dirección a Bella e ignorando completamente mi existencia—, creo que será mejor que me ocupe de esto.

Señala con la cabeza hacia el podio, donde Jimmy está discutiendo furiosamente con varios miembros del público, mientras Edna observa, masticando plácidamente una de las chaquetas para ovejas que se ha caído de una caja al lado de Jimmy.

—Sí, ve, muchacho —dice Bella, dándole una palmadita en la mejilla de una manera que seguramente la haría arrestar si fuera un hombre—. Es bueno saber que el pueblo está de nuevo en buenas manos. El Joven Dougie estaría orgulloso.

—¿Qué le pasó *exactamente* al Joven Dougie? —empiezo, pero Bella está mirando, con ojos llorosos, cómo Dylan desaparece entre la multitud.

—Un chico encantador, sí señor —dice, volviéndose hacia mí—. Le di clases en la escuela primaria, ¿sabes? Se mudó a ese Glasgow para trabajar un tiempo —dice «Glasgow» como si fuera una infame zona de guerra—, pero ahora ha vuelto con nosotros. Pronto pondrá fin a estas tonterías.

Observo con curiosidad cómo Dylan se acerca a Jimmy y comienza una animada conversación con él, que varios de los espectadores inmediatamente empiezan a grabar con sus teléfonos. Yo haría lo mismo —se supone que soy la periodista aquí, después de todo, y a los lectores de la Gaceta les encanta un poco de drama local—, pero la incomodidad de mi primer encuentro con el Agente Plomo sigue pesando sobre mi cabeza como una nube de lluvia. Luego está el pequeño asunto de Ada Valentine y su desaparición, en la que, si mis sospechas son correctas, *podría* estar implicada.

Teniendo todo en cuenta, probablemente sea mejor que intente mantenerme alejada de este Dylan Fraser por ahora. De todos modos, reviviré el momento en que empecé a *bailar* para él cada vez que cierre los ojos, así que no es como si necesitara algo más de lo que avergonzarme, ¿verdad?

No quiero que me note, pero, aun así, no puedo resistir quedarme un rato para ver qué sucede después. No tengo que esperar mucho, porque, cinco minutos después de que Bella declarara confiadamente que Dylan arreglaría todo esto, la discusión sigue en pleno apogeo, y Jimmy sigue negándose a moverse de su lugar.

—Vamos, Jimmy —oigo decir a Dylan con paciencia—, tendré que multarte por alterar el orden público si no te mueves. No puedo permitir que sigas ocupando la plaza del pueblo de esta manera.

—Vete y hiere tu cabeza —replica Jimmy, cruzando los brazos sobre su pecho para indicar que esta es su última palabra sobre el asunto.

—Te compraré una empanada de macarrones de The Wildcat si te mueves —dice Dylan en tono persuasivo. Los ojos de Jimmy se iluminan. Puedo notar que está tentado por esto —las empanadas de macarrones de The Wildcat son legendarias, para ser justos— y estoy a regañadientes impresionada por la paciencia de Dylan con el anciano. Dada la forma brusca en que me habló a *mí*, habría esperado que entrara allí con todas las armas, usando frases como: «Ven conmigo, jovencito». Posiblemente mientras blandía su porra.

¿Los agentes de policía tienen siquiera porras en estos días, o eso es solo en la televisión?

Mis ojos escanean distraídamente la entrepierna de Dylan, buscando la respuesta a mi pregunta, y cuando los levanto de nuevo, me doy cuenta de que me está mirando fijamente, con una expresión aún *más* hostil que cuando lo acusé de ser un stripper.

Qué gran día de trabajo ha sido este.

Las negociaciones con Jimmy y Edna parecen haber llegado a un punto muerto, y justo estoy pensando en llamar a Hamish y pedirle que envíe aquí al fotógrafo freelance que usamos, cuando hay una conmoción en la parte de atrás de la multitud, y me doy la vuelta para ver a McTavish llegar en su tractor, como una especie de ángel vengador, con una gorra de camionero y un par de botas de goma.

Desde que Jack Buchanan, el propio «Laird» de Heather Bay (y uso esa palabra en su sentido más amplio posible) ha salido del mercado, McTavish ha sido lo más parecido que tiene el pueblo a un soltero codiciado —aunque si Dylan Fraser resulta estar soltero, supongo que podría tener algo de competencia.

¿Está soltero Dylan Fraser?

(No es que me importe, entiéndeme. Quiero decir, el hombre es claramente un imbécil. Solo me lo pregunto por... curiosidad profesional. Sí. Eso.)

Para ser justos con McTavish, no está mal, realmente, con sus ojos azul aciano y una mata de pelo rubio, sobre un rostro que parece estar permanentemente bronceado por todo el tiempo que pasa al aire libre. Aun así, hay un murmullo colectivo de decepción de la multitud reunida cuando se dan cuenta de que este tampoco es Jett Carter.

—No creo que venga —grita una voz que reconozco como la de Brian del Banco—. Creo que Jimmy nos ha mentido.

—¡Mentiroso! —grita alguien más—. ¡Jimmy es un mentiroso!

La multitud se mueve inquieta, pero antes de que puedan empezar a corear, McTavish está entre ellos, sonriendo con facilidad mientras camina despreocupadamente hacia Jimmy, como si no tuviera una preocupación en el mundo.

—Fraser —dice McTavish.

—McTavish —Dylan asiente en respuesta, un destello de reconocimiento hace que su boca se curve brevemente en una sonrisa.

Así que no es grosero con todos, entonces.

Solo... conmigo.

Entendido.

—¿Qué está pasando aquí, entonces? —pregunta McTavish, dirigiéndose a Dylan—. ¿Algo en lo que pueda ayudar?

—Oh, está bien —dice Dylan con facilidad—. Tengo todo bajo control.

—¿Control? Nunca me controlarás —escupe Jimmy, con los ojos desorbitados—. Ni a Edna. Este es un lugar público. Tenemos todo el derecho de estar aquí.

Dylan y McTavish intercambian miradas.

—¿A la de tres? —sugiere McTavish.

Dylan lo considera por un momento.

—Sí —dice, sonriendo—. Si no te importa.

Los dos hombres se acercan a cada lado de Jimmy, tomándolo firmemente por un brazo cada uno.

—Tres... dos... —cuenta McTavish rápidamente—. Uno.

En el uno, Jimmy se eleva en el aire, sostenido firmemente por Dylan y McTavish, quienes lo levantan de su podio antes de llevarlo a través de la plaza, como si estuviera haciendo crowd surfing en un concierto de rock.

—Llévalo al tractor —oigo murmurar a McTavish mientras pasan—. Yo llevaré a casa a él y a Edna.

—¡Una maldición sobre ustedes! —chilla Jimmy mientras lo meten en la cabina del tractor, con Edna saltando detrás de él—. ¡Una maldición sobre ambas casas! ¡Los maldigo para siempre!

Las amenazas continúan, volviéndose cada vez más extravagantes mientras McTavish sube a su lado y arranca el motor. Para cuando el tractor se pone en marcha y rueda lentamente por la calle principal, Jimmy ha amenazado con convertir tanto a Dylan como a McTavish en sapos, y ha maldecido a las próximas catorce generaciones de sus familias. Es tan entretenido que casi me decepciono cuando su voz finalmente se desvanece en la distancia, y me quedo de pie con los pocos rezagados que quedan, más una caja de chillones chalecos para ovejas que Jimmy ha dejado atrás.

Observo por unos segundos cómo Dylan Fraser cruza la plaza y la recoge, equilibrándola fácilmente sobre un hombro mientras se dirige a zancadas hacia la comisaría. No me dedica ni una mirada, lo cual me hace sentir tanto agradecida como ligeramente decepcionada. Esta mañana ha sido lo suficientemente extraña sin otro encuentro incómodo con la versión de Heather Bay del Sr. Goon, el policía antipático de la serie *Los Cinco Investigadores* de Enid Blyton, y sin embargo, no se puede negar: el tipo estaba bueno.

Grosero, sí. Pero... bueno. De una manera que ha logrado distraer completamente mi mente de Ada Valentine y de cómo podría haberla enviado inadvertidamente a su muerte.

Hasta ahora, al menos.

Ha pasado más de una hora desde la última vez que revisé el Instagram de Ada —un nuevo récord para mí— y busco frenéticamente mi teléfono, mis dedos abriendo automáticamente la aplicación. La cuenta @HeatherBayGossip ya ha sido actualizada con una foto de Jimmy frunciendo el ceño ferozmente desde el tractor de McTavish, pero, aparte de eso, nada.

Ada sigue desaparecida.

Y sigo convencida de que soy la culpable.

Capítulo 3

C réeme cuando te digo que obsesionarse con los influencers nunca es una buena idea. Porque cuando uno de ellos desaparece, ¿adivina quién recibe la culpa? Sí, lo has adivinado: es la idiota de aquí que pasa todo su tiempo codiciando las vidas de desconocidos en internet. Como una acosadora, básicamente.

No es que yo estuviera *acosando* a Ada Valentine, entiéndelo. O no más de lo que *cualquiera* podría decirse que está "acosando" a las personas que sigue en Instagram. Es simplemente la vida moderna, ¿no? El impulso del siglo XXI de escapar de tu propia realidad por un momento observando la de alguien más. Solo que ese es el problema, ¿no? *No es* la realidad. Solo quieren que *pienses* que lo es. Todas las fotos posadas y los selfies con filtros. Todo el tiempo y esfuerzo que debe llevar hacer que todo parezca *sin esfuerzo*. Todas las *mentiras*.

Todo es falso. Lo sé. Y aun así no puedo apartar la mirada. Deslizarse por Instagram es un poco como conducir por la ciudad de noche, cuando está lo suficientemente oscuro para que la gente tenga las luces encendidas, pero no lo suficiente como para cerrar las cortinas. Siempre me han encantado esas vistas de ventanas iluminadas de las vidas de otras personas: los pequeños fragmentos de realidad de los que obtienes un vistazo fugaz antes de que desaparezcan. Las historias que existen detrás de las rendijas de las cortinas.

Es una de las razones por las que me convertí en periodista. Siempre me fascinaron las historias. Siempre quise profundizar más, encontrar la verdad detrás de los fragmentos que la gente te deja ver. Abrir esas cortinas y descubrir qué hay detrás. Porque siempre hay *algo*. Siempre hay una verdad oculta que la gente no quiere que veas, y nunca puedo resistirme a intentar sacarla a la luz y exponerla.

Así es como sé que Ada es una mentirosa.

Y también cómo sé que algo anda muy mal con ella ahora mismo. No está en una desintoxicación de redes sociales, no se ha unido a una comuna y definitivamente no es una monja.

No, Ada Valentine ha desaparecido.

El problema es que soy la única que lo sabe; y dado que también es probable que sea la única a quien *culpar*, está resultando totalmente imposible averiguar qué debería hacer al respecto.

¿Por qué me hago estas cosas a mí misma?

Una vez de vuelta en la diminuta oficina, con el olor a pescado frito filtrándose a través del suelo y diciéndome que The Wildcat está abierto al público, me aseguro de que Hamish esté en su pausa para almorzar, luego enciendo el antiguo ordenador de escritorio con el teclado totalmente en blanco (Menos mal que puedo escribir sin mirar, porque quien sea que haya tenido esta máquina antes que yo desgastó todas las letras...), escribo el nombre de Ada en Google y empiezo a revisar los mismos resultados que he tenido cada vez que he intentado esto: las fotos de su Instagram, las veces que ha sido mencionada por blogueros de moda alabando su "increíble" sentido del estilo, los varios otros sitios de redes sociales en los que se ha registrado.

Acababa de empezar a preocuparme de que, si realmente le ha *pasado* algo a Ada, entonces este rastro digital que estoy dejando solo va a implicarme aún más, cuando suena la campana sobre la puerta de la oficina, y casi me caigo de la silla cuando me doy la vuelta y veo a un policía de pie en el mostrador de recepción.

Oh Dios, seguramente no pueden estar tras de mí ya, ¿verdad?

Entonces me doy cuenta de que es *él* —Dylan Fraser— y me relajo de nuevo. Si lo que he visto de él hasta ahora es una indicación, Dylan Fraser no podría atrapar ni un virus estomacal en una fiesta infantil, así que las posibilidades de que haya descubierto que Ada está desaparecida y que yo posiblemente esté implicada en su desaparición son asombrosamente pequeñas.

—¿Puedo ayudarte? —pregunto, minimizando rápidamente la pantalla, solo por si acaso.

El rostro de Dylan pasa por una desconcertante gama de expresiones, que lo llevan rápidamente de la esperanza a la decepción, con una breve parada en la confusión. Finalmente se queda en *Lo dudo mucho*, que es más o menos la respuesta que esperaba de él, dada nuestra interacción anterior.

Sin embargo, antes de que pueda pronunciar las palabras que están escritas por toda su cara, Katie aparece desde el otro extremo de la oficina y se desliza en su asiento en la recepción, sonriéndole desde debajo de sus extensiones de pestañas.

—¿Y qué puedo hacer yo por ti, oficial? —ronronea, hablando de una manera que hace dolorosamente obvio lo que le *gustaría* hacer.

Gran error, Katie, chica. Estás coqueteando con el hombre menos coqueto del mundo. Yo no me haría ilusiones si fuera tú.

Para mi sorpresa, sin embargo, parece que Dylan Fraser se ha sometido a un trasplante de personalidad desde que lo vi antes. O tal vez tiene un gemelo secreto, que *también* es policía, y que es el Alegre al Gruñón de Dylan. No lo sé. Lo que *sí* sé es que está sonriendo —¡ajá! ¿Así que *sí* sabe cómo hacerlo, entonces!— y que es el tipo de sonrisa que transforma totalmente su rostro. Se ha ido el aguafiestas sombrío de la plaza del pueblo, y en su lugar, un tipo gracioso, todo ojos brillantes y... espera... ¿son *hoyuelos* lo que veo?

Tienes que estar bromeando.

Es cierto, sin embargo. El Sombrío Dylan tiene hoyuelos —y actualmente los está desplegando con efecto devastador, para beneficio de Katie la Recepcionista, la propia respuesta de Heather Bay a las hermanas Kardashian. (Sí, todas ellas).

Sí, definitivamente esto es un escenario de Gemelo Bueno/Gemelo Malo. Es la única explicación.

—En realidad estoy buscando a Finn McNeil —dice Dylan, dándole a Katie su mejor sonrisa de "héroe romántico", toda dientes blancos relucientes y hermosura. *Dios, cómo lo odio*—. Es un viejo amigo mío. Fuimos juntos a la escuela. ¿Está por aquí, por casualidad?

—¿Un viejo amigo? —resoplo antes de poder contenerme—. Qué curioso, nunca te ha mencionado antes. Ni una sola vez. Nunca. *Jamás*. Ni siquiera cuando *estaba* en la escuela.

No es que recuerde mucho de aquella época, entiéndeme. En realidad, recuerdo muy poco de mi infancia en general. El trauma extremo te hace eso, aparentemente. Estoy bastante segura de que recordaría si Finn hubiera mencionado el trauma que es Dylan Fraser, así que mi comentario se mantiene.

Dylan aparta la mirada de Katie y los pómulos fuertemente contorneados que copió de un video de TikTok la semana pasada, y se vuelve hacia mí. Al instante, el Dylan de hoyuelos desaparece y su gemelo malvado, el Dylan sombrío, regresa. La velocidad de la transformación es tan asombrosa como decepcionante; como ver a Superman entrar en una cabina telefónica y salir como Clark Kent.

Con este tipo de efecto en los hombres, empiezo a entender por qué sigo soltera.

—¿Sí? —dice—. ¿Es así?

Son solo cuatro palabras, pero tienen el mismo efecto en mí que alguien frotando sus manos en un globo. O masticando chicle con la boca abierta. O, Dios no lo quiera, *silbando*.

—Lo es —le digo secamente, cruzando los brazos sobre el pecho para mayor énfasis—. Y yo lo sabría. Finn es mi primo.

—Qué bien por ti —dice Dylan con sequedad—. Debes estar muy orgullosa. Sin embargo, la última vez que supe, también era el editor de este periódico, así que esperaba encontrarlo.

—Oh, no —dice Katie ansiosamente, encantada de poder insertarse de nuevo en la conversación—. Ya no. Finn se fue hace unos meses. Creo que se mudó a Glasgow, ¿no es así, Scarlett?

Asiento a regañadientes para confirmar esto, y Katie me lanza una mirada de "*ni se te ocurra arruinar esto por mí*", que ignoro decididamente, volviéndome ostensiblemente hacia mi computadora para señalar mi salida de esta conversación.

—Es una lástima —dice Dylan detrás de mí. Realmente puedo oír la sonrisa en su voz. *El muy cabrón*—. Estaba recogiendo un pastel de macarrones para el viejo Jimmy en The Wildcat, y recordé que las oficinas del *Gazette* estaban arriba.

Se oye un crujido de papel, seguido por el olor distintivo de macarrones en un pastel. Mi estómago da un fuerte rugido, haciendo que Katie Kardashian de allá suelte una carcajada estridente.

—Pensé que sería agradable tener una rápida charla con Finn —continúa Dylan—, pero parece que se ha mudado a Glasgow justo cuando yo me iba de allí. En fin, quizás en otra ocasión.

—Oh, ¿eres de Glasgow? —pregunta Katie, tan asombrada como si Dylan hubiera anunciado que era de Marte—. Entonces tienes algo en común con Scarlett. Ella tampoco es de aquí. Es de Londres.

Hay un momento de silencio.

—No —dice Dylan con rigidez, claramente tan ofendido como yo por la idea de que pudiéramos tener algo en común—. Soy de Heather Bay, originalmente. Crecí aquí. Nos mudamos a Glasgow cuando era adolescente.

Ojalá te hubieras quedado allí.

Me vuelvo hacia mi artículo sobre pasteles, guisantes y bingo, haciendo todo lo posible por ignorar los transparentes intentos de Katie de coquetear con el policía sexy, quien parece más que feliz de seguirle el juego. Sin embargo, cuando la campana sobre la puerta suena de nuevo, miro alrededor para ver a McTavish de pie junto a Dylan.

—Scarlett —dice, al verme en el rincón—. Me pregunto si puedes ayudarme. Quería enviar una pregunta a tu columna de consejos que escribes. Es sobre asuntos del corazón, si sabes a lo que me refiero.

Las cejas de Dylan se disparan hacia su gorra de policía.

—¿Columna de consejos? —dice—. ¿El *Gazette* tiene una columna de consejos ahora?

—Sí —confirma McTavish alegremente—. Y un horóscopo también. Scarlett lo escribe también. Es bastante útil, sí que lo es. Si no fuera por tu consejo a los Capricornio de llevar siempre un paraguas la semana pasada, me habría empapado por completo.

Katie se ríe ruidosamente ante esto, y Dylan mira fijamente su pastel para ocultar su sonrisa.

—Mira, es un periódico pequeño, ¿de acuerdo? —digo a la defensiva—. Todos tenemos que arrimar el hombro y ayudar.

—Sí, estoy seguro de que debe ser un trabajo duro, inventar un montón de tonterías sobre la posición de las estrellas dictando el clima solo para los Capricornio —dice Dylan—. Te recordaré en mis oraciones.

—No es necesario —respondo bruscamente—. Estoy segura de que tendrás tu propio trabajo cortado, con todos los dramas relacionados con las ovejas que tienes que manejar. Debe hacer que Glasgow parezca un remanso en comparación.

La frente de Dylan se arruga mientras se prepara para lanzarme otro insulto, pero McTavish interrumpe.

Gracias a Dios por McTavish.

—Eso me recuerda —dice, volviéndose hacia el policía—. Quiero presentar una queja oficial sobre Jimmy. Me ha echado una maldición, ¿sabes? Y a ti también. Lo oíste con tus propios oídos. Me gustaría que se hiciera algo al respecto. Hay que detenerlo.

Dylan mira a McTavish con sospecha. Luego se aclara la garganta y mira alrededor de la habitación como si buscara ayuda. Katie sonríe y pestañea coquetamente. Yo me encojo de hombros. Al igual que con Bella y su charla sobre monstruos, no tengo idea de si McTavish está hablando en serio o simplemente tratando de tomarnos el pelo a todos. Es el tipo de cosas que hacen por aquí; confía en alguien que ha estado en el extremo receptor más veces de las que le gustaría contar.

—Um, no creo que la maldición fuera *real*, McTavish —comienza Dylan, hablando como si se dirigiera a un niño pequeño—. No creo que las maldiciones en *general* sean reales, quiero decir. Así que no me lo tomaría muy en serio. Yo no lo hago. No estoy preocupado en absoluto por las maldiciones, o... o los *sapos*, o lo que sea que haya dicho.

Sonríe tranquilizadamente, pero McTavish no lo acepta.

—Bueno —dice, encogiéndose de hombros—. Yo me lo tomo muy en serio. Ya han sido unos años bastante malos para la granja. Todavía no me he recuperado de la *última* maldición que Jimmy me echó. Está muy bien para ti, con tu trabajo cómodo y tus medias jornadas los miércoles, pero lo último que necesito es que las próximas catorce generaciones de la familia tengan la misma mala suerte que he tenido yo. Como digo, quiero que lo detengan.

—Ya no habrá más medias jornadas los miércoles ahora que estoy aquí —dice Dylan, claramente molesto—. No soy el joven Dougie, ¿sabes? Las cosas van a cambiar por aquí a partir de ahora.

McTavish levanta las cejas. —No hables mal del joven Dougie —dice a la defensiva—. Sabes bien que el hombre no está aquí para defenderse.

Hay un breve, pero incómodo silencio, durante el cual Dylan y McTavish miran al suelo con interés, y yo aprovecho la oportunidad para intervenir.

—¿Por qué *no* está aquí el joven Dougie? —pregunto, tratando de sonar casual. Pero McTavish no está escuchando.

—En realidad, tal vez podrías usar la maldición de Jimmy para tu columna de consejos de esta semana, Scarlett —dice esperanzado—. *Iba* a preguntarte cómo conquistar a Mary MacNamee, mi verdadero amor, pero esto es más importante. No hay forma de que Mary me acepte cuando se entere de esta maldición.

—De acuerdo —digo, intercambiando miradas con Dylan. Por un breve momento, parece que estamos en sintonía. Es una sensación muy extraña. De hecho, no estoy segura de que me guste.

—Te diré qué, McTavish, ¿por qué no me envías tu pregunta por correo electrónico y veré qué puedo hacer? La dirección está en el sitio web de la Gazette.

Me concentro de nuevo en mi ordenador, esperando que McTavish capte la indirecta. Es mucho más fácil ignorar un correo electrónico que una petición personal. Lo sé bien: ignoro casi todos los míos.

—Buena idea —dice Dylan agradecido—. Podrías enviarme un correo a mí también, McTavish. Tengo un poco de prisa. Debo volver a la comisaría.

—Sí, tendrás que escribir tu informe sobre el viejo Jimmy y su maldición —digo con inocencia—. ¿Quién necesita un detective de televisión cuando tenemos a Dylan Fraser?

Katie me lanza una mirada venenosa, pero Dylan se niega a morder el anzuelo.

—Encantado de conocerte, Katie —dice mientras se va, ignorándome deliberadamente. McTavish lo sigue y yo suspiro aliviada mientras vuelvo a mi ordenador. Bueno, a mi teléfono,

no me juzgues.

—¿Por qué tienes que ser tan grosera con el nuevo agente, Scarlett? —resopla Katie desde su escritorio—. ¿No te diste cuenta de que me gustaba? ¿No es *guapísimo*? Y agradable, también. No es frecuente que se den las dos cosas en un mismo paquete tan atractivo.

—Esta vez tampoco —respondo sin levantar la vista de mi teléfono—. Si me preguntas, Dylan Fraser no es ni guapo *ni* agradable. Me pareció que era muy creído. Y completamente incapaz, también. Es como un Mr. Goon de los tiempos modernos.

Estoy a punto de explicarle a la perpleja Katie que Mr. Goon era el torpe policía de uno de mis libros infantiles favoritos cuando ese maldito timbre vuelve a reclamar atención. Mi cabeza gira culpablemente, justo a tiempo para ver a Dylan Fraser entrar de nuevo.

Oh, Dios mío. Por favor, dime que no escuchó eso.

—Olvidé mi pastel —dice Dylan, sonriendo con naturalidad mientras recoge el paquete del escritorio de Katie, donde debió dejarlo en su intento de escapar de McTavish—. Bueno, nos vemos, señoritas.

Hace un alegre gesto de despedida y desaparece, dejándonos a Katie y a mí mirándonos con los ojos muy abiertos.

—¿Crees que escuchó eso? —pregunto horrorizada. Como si fuera una respuesta, la puerta de las escaleras se abre una vez más y la cabeza de Dylan aparece por ella.

—Sí, lo escuché —confirma con naturalidad—. Lo mismo digo, Sassenach.

Y luego se va.

Capítulo 4

Cuando era niña, todos mis amigos querían ser dentistas y maestros y cosas sensatas como esas cuando fueran mayores.

Yo no, sin embargo.

No, yo quería ser detective, como Nancy Drew, o Frederick "Fatty" Trotteville de *Los cinco investigadores*. Quería resolver misterios, tener aventuras y comer muchos caramelos de cebada, que *casualmente* siempre tendría en mi bolsillo, junto con una linterna y una caja de cerillas.

Iba a ser *genial*, en serio.

En cambio, de alguna manera terminé trabajando como reportera en un periódico local, y, con la excepción de todo ese asunto de Lexie y Jett (y, seamos sinceros, no puedo esperar razonablemente que *otro* miembro de este pueblo entre en una relación falsa con una celebridad, solo para que yo tenga algo divertido sobre lo que escribir, ¿verdad?), es difícil no sentirse un poco decepcionada a veces. Como *ahora*, por ejemplo. Y cada vez que me envían a cubrir otra historia sobre ovejas.

Pero, me guste o no, aquí es donde estoy en la vida, y, para cuando Hamish regresa de lo que puedo decir ha sido un almuerzo líquido, cortesía de su amigo Big Ian en The Thistle Bar, he dejado de lado mi culpa por Ada y estoy ocupada subiendo el video que tomé esta mañana al sitio web de la *Gazette*, junto con el artículo que lo acompaña.

Antigua maldición desatada en pueblo de las Highlands es el título que le doy. Cuando aparece en el sitio, sin embargo, me decepciona ver que Hamish lo ha cambiado a simplemente *Altercado menor en la plaza del pueblo*, además de eliminar todas las referencias a la maldición, y mi línea sobre el torpe policía del pueblo, que fue incapaz de lidiar con un anciano y sus ovejas sin tener que llamar refuerzos.

—Sé que te gustaría estar escribiendo algo más emocionante que esto —dice Hamish amablemente, cuando ve la expresión en mi cara—. Pero tenemos que ceñirnos a los hechos. No podemos tener otro fiasco como el de Lexie Steele, ¿verdad?

Me muerdo el labio mientras empiezo a recoger mis cosas y apagar mi ordenador por el día. Hamish fue traído como editor después de que la serie de historias que escribí sobre Lexie se volviera viral y terminara siendo recogida por los tabloides. Todo lo cual habría sido *genial* para la *Gazette*, por supuesto, pero, bueno, como dije, puede que me *emocionara* un poco con todo eso, e insinué que su relación era falsa. Lo cual, para ser justos conmigo, *lo era*. Al principio, al menos. Y ¿no es de eso de lo que se trata el periodismo de investigación, después de todo? ¿Descubrir la verdad detrás de la mentira? ¿Encontrar la historia real, incluso si es una que nadie quiere contar?

—Pero no eres una periodista de investigación, Scarlett —me señaló mi primo Finn cuando le presenté esta defensa en su momento—. Esto es la *Heather Bay Gazette*, no el *Daily Mail*. ¿Qué esperabas?

Por una vez, no tuve una respuesta ingeniosa para esto. Como editor del periódico, Finn fue quien se llevó la mayor parte de la culpa por todo lo que había escrito, y, como mi primo, se sintió obligado a defenderme, aunque yo estaba claramente equivocada. Renunció como editor después de eso. Dijo que necesitaba un cambio, pero yo sabía perfectamente que el cambio que necesitaba era *conmigo*, y que ninguna cantidad de súplicas de mi parte iba a hacerle cambiar de opinión. Créeme: lo intenté.

Así que Finn se fue, Hamish llegó en su lugar, y todo lo demás siguió igual. No hubo más relaciones falsas de celebridades para que yo desentrañara. Ni escándalos locales que descubrir. Ni luces misteriosas brillando desde las ventanas de una casa supuestamente abandonada. Ni siquiera un *contrabandista* o algo así. Es decir, ¿qué tienes que hacer para encontrar un *contrabandista* en este pueblo, me pregunto?

En cambio, me volví hacia Ada. Ada y su cuenta de Instagram, que, vale, puede que no sea *ni de lejos* tan interesante como aquella vez que los Cinco encontraron un tren fantasma en los páramos (Resultaron ser contrabandistas, naturalmente. *Siempre* resultaban ser contrabandistas para los Cinco.), pero que aún contiene algunas pistas tentadoras que me han hecho sospechar desde hace tiempo que no todo es lo que parece con ella.

Toma su famosa receta de pollo a la menta, por ejemplo. Me tomó aproximadamente dos minutos encontrarla en Pinterest, publicada *años* antes de que Ada afirmara haberla "inventado". Luego están todas las otras discrepancias. Ada tuvo dos cumpleaños el año pasado, y no solo

tiene problemas para recordar en qué *día* nació, sino que también parece tener dificultades con el año, porque ha tenido 28, 32 y ha estado "a punto de cumplir 30" en varias ocasiones solo este año. Y ni siquiera me hagas empezar con todas las veces que ha afirmado que un producto en particular que le han enviado es su "favorito", solo para decir exactamente lo mismo sobre algo diferente una semana después.

Ada es una mentirosa, en otras palabras. Estoy segura de ello. También está actualmente desaparecida en combate, aunque, como lo evidencia su cuenta de Instagram, que aún no ha sido actualizada para cuando termino el trabajo, y cuanto más tiempo pasa sin publicar, más preocupada me vuelvo.

No hay nuevas publicaciones en el feed de Ada cuando llego a casa, ni en el tiempo que me toma calentar en el microondas mi lasaña sobrante y comerla, sentada junto a la ventana mirando hacia el lago. La cuenta no se actualiza mientras me doy un baño, usando los productos que Ada recomienda, naturalmente, pero cuando me meto en la cama, noto que hay un par de comentarios nuevos en su última publicación. (Que era una foto de ella mirando una puesta de sol, por si te lo preguntas.)

"Hola, Ada, ¿dónde estás?" escribe @sunshinegirl1987_xo *"¡Espero que todo esté bien!"*

"¡Vuelve, hermosa!" añade @thisisgeorgiejenkins100. *"¡¡¡¡¡Te echamos de menos!!!!!"*

Luego hay una línea completa de emojis de corazones. Georgie Jenkins necesita calmarse, aparentemente. Aun así, aunque solo sean dos mensajes, al menos no soy la única que ha notado la desaparición de Ada. Mi dedo se cierne por un momento sobre los dos nombres, preguntándome si debería intentar enviarles un mensaje y comparar notas. Sin embargo, no parece que estas mujeres sepan más sobre Ada que yo, así que dejo el teléfono, apago la luz e intento dormir.

Mi casa es mi lugar feliz. Está justo a orillas del Loch Keld, con vistas al agua, y digamos que es una suerte que la comprara con mi salario de Londres, porque definitivamente no podría permitírmela con lo que me pagan en la *Gazette*. A diferencia de la mayor parte del resto del pueblo, que ha existido desde antes incluso de que naciera el viejo Jimmy, la casa es bastante nueva; parte de un pequeño desarrollo que el folleto describía como "cabañas de troncos", pero que se parecen tanto a las cabañas de troncos como yo a una periodista de investigación, con calefacción por suelo radiante, balcones de cristal bordeados de luces de hadas (Bueno, el *mío* lo está, al menos...) y enormes ventanales que enmarcan perfectamente el lago.

Cuando compré esta casa por primera vez, mi primo Finn me advirtió que había habido cierta oposición al desarrollo por parte de los lugareños, preocupados de que la gente las usara como

segundas residencias o para Airbnb. Sin embargo, yo vine aquí para quedarme, para echar raíces. Y aunque las viejas casitas acogedoras están muy bien, me encanta saber que este lugar nunca ha sido de nadie más que *mío*. Por primera vez en mi vida, me gusta el hecho de que aquí no haya más historias que las que yo misma crearé.

Solo tengo que averiguar primero sobre qué quiero que traten.

Aquí fuera es tan tranquilo que normalmente me quedo dormida enseguida, pero esta noche doy vueltas en la cama durante media noche antes de caer en un sueño inquieto en el que intento encontrar una de las chaquetas de Edna, mientras el Viejo Jimmy no deja de interrumpirnos para mostrarnos fotos de empanadas de macarrones.

Excelente.

A las 5 de la mañana, me rindo con el sueño y vuelvo a coger el teléfono. Varios comentaristas más se han unido a Georgie y a la Chica Sunshine preguntándose por qué Ada no ha publicado desde hace tanto tiempo, y disfruto de un dulce momento de reivindicación —*¡tenía razón! ¡Esto es impropio de ella!*— seguido de un amargo trago de culpabilidad.

Tenía razón.

Ada *realmente* ha desaparecido.

Y si otras personas empiezan a darse cuenta, ¿cuánto tiempo pasará antes de que alguien oficial se involucre? ¿Alguien como Dylan Fraser, por ejemplo? ¿Alguien que mire los mensajes de Ada, encuentre uno de Scarlett Scott y descubra la verdad? Alguien que...

¡PUM!

El ruido que viene de abajo es tan fuerte e inesperado que casi me caigo de la cama del susto.

Dios mío. ¿Ya me han localizado? ¿Están aquí para arrestarme?

¡PUM!

El segundo sonido es aún más fuerte que el primero, y de repente soy muy consciente de lo *solitario* que es esto, aquí junto al lago. Solitario, y oscuro, y en realidad bastante *espeluznante*, cuando hay un misterioso ruido de golpes resonando por tus escaleras en las primeras horas de la mañana. Claro, hay otras casas cerca, pero no estoy segura de que ninguna esté lo suficientemente cerca como para serme útil en una emergencia, y mi vecino más cercano, Danny, trabaja en el turno de noche, así que...

Quizás no estoy hecha para resolver misterios después de todo. Supongo que por eso dicen que hay que tener cuidado con lo que se desea.

Saliendo cuidadosamente de la cama, me arrastro silenciosamente hasta lo alto de las escaleras y me quedo allí, escudriñando a ciegas en la oscuridad de abajo.

¡PUM!

Mis piernas casi ceden del susto, pero me agarro a la barandilla y de alguna manera consigo mantenerme en pie, con el corazón latiendo fuertemente en mi pecho. Desde donde estoy, es más fácil determinar de dónde viene el ruido, y estoy segura de que es de la puerta principal, lo cual es en realidad vagamente tranquilizador, porque al menos no es un escenario de "la llamada viene de dentro de la casa", ¿sabes?

¿Debería bajar y abrir? ¿O debería correr de vuelta a la cama y taparme la cabeza con las sábanas, como solía hacer cuando era pequeña y tenía miedo de los monstruos debajo de la cama?

La segunda opción es definitivamente mi favorita, pero ahora que mi ritmo cardíaco se está calmando gradualmente, tengo que admitir que la curiosidad me está ganando.

¿Y si es alguien que conozco y necesita ayuda? ¿Y si alguien está herido o en problemas? Los asesinos no suelen llamar a la puerta, después de todo... ¿o sí?

No. No lo hacen. Y la policía tampoco viene a llamar a las puertas de la gente a las 5 de la mañana para preguntar sobre comentarios que hicieron en Internet.

Contrólate, Scarlett. Tienes que abrir la puerta. ¿Y si le ha pasado algo a papá? ¿O a Finn? O... vale, prácticamente se me han acabado las opciones. Solo hay una forma de averiguarlo.

Tomando una decisión, corro de vuelta a mi habitación para coger mi bata, envolviéndome fuertemente con ella como si fuera una armadura antes de bajar las escaleras de puntillas. ¿Sabes todas esas películas de terror donde la mujer baja al sótano, aunque es claramente lo *peor* que podría hacer? Esa soy yo. Esa es mi vida. Yo soy la mujer que baja al sótano. Y solo me queda cruzar los dedos para no ser *también* la mujer que nunca regresa.

Abajo, todo está tranquilo y en silencio. Mi confianza creciendo, me muevo silenciosamente por el pasillo, ya empezando a imaginar cómo contaré esta historia en el trabajo mañana; cómo la convertiré en una escapada hilarante en la que todos se reirán de mí por asustarme por nada, y nadie tendrá que saber que realmente *estaba* asustada.

Pero *no* es nada.

De hecho, cuando llego al frente de la casa y me giro para enfrentar la puerta principal con paneles de vidrio, me doy cuenta con horror de que es muy *algo*.

Algo demacrado y blanco, mirándome a través del vidrio esmerilado con ojos negros como la noche, ojos en cuencas hundidas y oscuras, que me hacen pensar en máscaras mortuorias o esqueletos o... *monstruos*.

—*Habrás oído hablar de la bestia que mora en Loch Keld...* —dice la voz de Bella McGowan en mi cabeza, un eco de esta mañana.

Seguramente solo me estaba tomando el pelo, como hace la gente aquí, ¿no? Seguramente el Monstruo de Loch Keld no es real, ¿verdad?

¿O sí lo es?

En la oscuridad de una noche de las Highlands, es posible creer casi cualquier cosa. Quizás por eso tantos mitos y leyendas se originan en esta parte del mundo; porque cuando te encuentras sola en estas montañas —o, bueno, en tu casa perfectamente normal, que está *rodeada* por estas montañas— todo parece posible.

Incluso los monstruos.

¡BEEEEE! dice el monstruo, rompiendo el hechizo infernal en el que he estado atrapada desde que vi su cara a través del cristal. ¡BEEEEEEEE!

De repente, todo tiene sentido. El espectro en mi puerta es real, pero no es un monstruo.

Es una oveja.

Es una puta *oveja*.

Capítulo 5

¡Vamos, fuera de aquí, tú... tú oveja idiota!

Con el alivio convirtiéndose rápidamente en enojo, abro la puerta de un tirón, sin importarme quién me vea salir de la casa en bata, agitando los brazos hacia la oveja sobresaltada, que inmediatamente da media vuelta y huye en la noche. Bueno, en la *mañana*.

Me quedo allí mirándola, con el corazón aún latiendo con fuerza y las rodillas débiles por el susto.

Espera a que ponga mis manos sobre el Viejo Jimmy. Solo espera...

Mi enfrentamiento ovejuno duró tanto que si fuera más temprano en el año, el sol ya estaría saliendo. Pero es noviembre, lo que significa que, aquí en las Highlands, aún está completamente oscuro, y lo estará por al menos una hora más.

Sin embargo, técnicamente es de mañana y, gracias a mi despertador de cuatro patas, estoy tan despierta que no hay absolutamente ninguna posibilidad de que vuelva a dormirme ahora.

Bien podría ir a correr. Tal vez me ayude a despejar la mente.

Estoy a punto de volver a la casa para vestirme, cuando recuerdo que dejé mis zapatillas de correr en el coche después de ir al gimnasio en Thistle Falls hace unos días. Cogiendo las llaves del gancho junto a la puerta, presiono el botón para desbloquear la puerta. De repente, la paz de la madrugada se ve destrozada por la alarma de mi coche, que comienza a sonar como una banshee, con las luces parpadeando, iluminando la oscuridad del lago con cada segundo dolorosamente largo que pasa.

Mierda, mierda, mierda. Debo haber presionado el botón de pánico por error. Así que ahora supongo que... ¿entro en pánico?

Obedientemente entrando en pánico, presiono frenéticamente cada botón del llavero por turno, luego los presiono todos de nuevo.

Nada.

El coche sigue sonando como una especie de espectáculo solitario de sonido y luz. Miro ansiosamente a mi alrededor, pero el puñado de casas cercanas aún están a oscuras, afortunadamente, sin señales de que alguien esté siendo molestado por mí y mi idiotez.

Gracias a Dios por Danny y sus turnos nocturnos.

Mis manos están rígidas por el frío cuando logro meter la llave en la puerta del conductor, pero finalmente lo consigo y apago la alarma. El silencio que sigue es tan completo que casi resulta impactante. Cuando me mudé aquí desde Londres, lo encontraba inquietante, mis oídos urbanos tan acostumbrados a un constante trasfondo de ruido que era difícil dormir sin él. Después de un tiempo, sin embargo, llegué a amar la tranquilidad; a preguntarme cómo diablos pude vivir alguna vez sin ella, y ahora que estoy aquí fuera, sintiéndome como la única persona en el mundo que está despierta a esta hora, me permito sentarme y saborearla por unos minutos, dejando que el silencio se filtre en mí y calme mis nervios aún alterados.

Frente a mí, el lago brilla bajo la luz de la luna, su superficie como un espejo. Pronto se volverá plateado, luego rosa suave, pero, por ahora, sigue siendo negro como la tinta e incognoscible. Pienso brevemente en Bella McGowan y su monstruo, luego me sacudo rápidamente, saliendo del coche y yendo a abrir el maletero, donde tiré mis zapatillas de correr la última vez que las usé. Es solo cuando se abre que recuerdo las llaves aún en el encendido. Me giro para agarrarlas, pero antes de que pueda llegar a ellas, la puerta del conductor se cierra bruscamente, y la alarma registra instantáneamente su protesta, emitiendo un aullido sobrenatural que *fácilmente* podría confundirse con un monstruo, si no supieras mejor.

Esta noche sigue mejorando.

Con un suspiro exasperado, regreso crujiendo al maletero abierto, preguntándome si hay alguna manera de arrastrarme a través de él y entrar al coche de esa manera. Las posibilidades de que esto ocurra parecen increíblemente pequeñas, incluso en un hatchback, pero es la única oportunidad que tengo de sacar mis llaves del coche ahora cerrado, así que, murmurando todas las maldiciones que se me ocurren en voz baja, me inclino hacia adelante...

... y de repente me encuentro boca abajo en el maletero, con el trasero colgando por el costado y las piernas balanceándose en el aire.

—Oh, por el amor de Dios —grito furiosa al coche, como si todo fuera su culpa—. ¿Puedo tener un respiro aquí? ¿Solo por una vez?

—Levanta las manos —dice una voz masculina, que definitivamente *no* viene de mi coche—. No te muevas.

Mi corazón no tanto late como *tiembla*. De repente, todo mi cuerpo parece estar hecho de terminaciones nerviosas, y cada una de ellas me está diciendo que corra. *Rápido*. Desafortunadamente para mí, sin embargo, no estoy en condiciones de tomar esa sugerencia en particular; en parte porque mi trasero está actualmente en el aire, cubierto solo por una bata y un camisón de seda, pero principalmente porque estoy *aterrorizada*.

Esto no va a ser el tipo de historia que pueda convertir en una anécdota hilarante en el trabajo más tarde, ¿verdad? Si es que llego al trabajo más tarde, claro.

—Esto es la policía —dice la voz, permitiéndome relajarme ligeramente—. Necesito que levantes las manos, donde pueda verlas.

—Yo... no puedo levantar las manos —respondo, con la voz temblando—. Las necesito para mantener el equilibrio ahora mismo.

Hay una larga pausa, luego soy sacada del coche por una presencia invisible, que me pone de pie y luego agarra bruscamente mis manos y las pone detrás de mi espalda.

—¡Oye, ¿qué estás haciendo? —grito, el pánico haciéndome valiente—. ¡Suéltame! ¡Voy a gritar!

Abro la boca para hacer exactamente eso, pero soy silenciada por un fuerte clic y la sensación de metal frío cerrándose alrededor de mis muñecas.

—¿Qué demonios? —grito, tratando de girarme para ver qué está pasando—. ¿Qué demonios está pasando?

—Está bien —dice la voz, hablando directamente en mi oído—. No voy a hacerte daño. Solo necesito que te calmes.

—Oh, bueno, *eso* está bien, entonces —digo, de alguna manera logrando sonar mucho más insolente de lo que me siento en este momento, que no es *nada* insolente, solo para que lo sepas—. ¡La voz aterradora dice que no va a hacerme daño! ¡Uf, qué alivio!

—Cálmate, Scarlett —dice la voz con firmeza—. En serio.

Se enciende una linterna, la luz brillando directamente en mis ojos, como si estuviera en una película de espías o algo así.

Puede que no pueda ver nada, pero conozco esa voz, y tan pronto como la luz se aleja de mi cara y puedo ver de nuevo, mis sospechas se confirman.

Es Dylan Fraser.

Como si esta noche no fuera lo suficientemente mala ya.

Capítulo 6

Toma. E intenta no perderlas de nuevo.

— Han pasado diez minutos, y estoy apoyada contra la encimera de mi cocina, bebiendo malhumoradamente una taza de café caliente, mientras Dylan Fraser me entrega las llaves de mi coche, que acaba de liberar del vehículo cerrado usando algún tipo de truco conocido solo por los oficiales de policía —y los tipos malos, supongo.

En este momento, es difícil decidir cuál de esos es él.

—No las perdí —digo con rigidez, tomando las llaves con la punta de los dedos para no tener que tocarlo—. Se quedaron encerradas en el coche. Luego decidiste arrestarme, y aquí estamos.

—No te "arresté", Scarlett —dice Dylan pacientemente—. Mira, lamento si te asusté. No era mi intención. Pero, vamos, había una alarma de coche sonando repetidamente, y alguien aparentemente intentando forzar un vehículo. ¿Qué se suponía que debía hacer? Soy un oficial de policía. Es mi trabajo investigar estas cosas.

Lo miro con sospecha. Efectivamente, lleva puesto su uniforme de policía, incluso a esta hora de la mañana. Apuesto a que duerme con él, solo para estar siempre listo para entrar en acción.

—Sabías perfectamente que no era una ladrona de coches —siseo furiosa—. Solo hiciste eso para humillarme.

Y funcionó.

—No estaba intentando humillarte —responde Dylan con calma—. Recibí una llamada de un miembro preocupado del público. Dijeron que habían escuchado una serie de golpes provenientes de esta propiedad, luego alguien parecía estar forzando un coche junto a ella. Tenía que comprobarlo.

—Deberías haberme mostrado tu placa de policía antes de decidir esposarme —insisto—. Y leerme mis derechos. Sé cómo funciona esto. He visto series policiacas en la tele, ¿sabes?

Tiene la temeridad de poner los ojos en blanco ante eso.

—Bueno, eso te convierte en una experta, entonces —dice, con la voz cargada de sarcasmo—. Pero no te estaba arrestando. Ni siquiera sabía que eras tú hasta que hablaste.

Fuera de la ventana de la cocina, el sol ha comenzado a salir, las montañas en la orilla opuesta del lago emergiendo gradualmente de la oscuridad.

—¿Qué estabas haciendo, de todos modos? —pregunta—. Es un poco temprano para salir a dar un paseo.

—Umm... —hago una pausa, mirando mis pies—. Una oveja me despertó, luego decidí que bien podría salir a correr, ya que estaba despierta de todos modos —digo apresuradamente—. Mis zapatillas estaban en el coche. ¿De acuerdo?

—¿Una *oveja* te despertó?

Levanta las cejas con incredulidad.

Dios, cómo lo odio.

—¿Por qué estás aquí, Scarlett? —pregunta Dylan abruptamente.

Parpadeo confundida.

—Um, ¿vivo aquí? ¿Recuerdas que te lo dije? Puedo mostrarte alguna identificación o algo, si ayuda.

Abro el cajón de trastos de la cocina detrás de mí y empiezo a hurgar en él, buscando una factura de servicios públicos, o algo más para probarle a este imbécil que soy quien digo ser.

—Para ser justos, no sería la primera vez que alguien finge ser el dueño de esta casa —le digo mientras busco—. Hubo una vez que mi limpiadora, Emerald, fingió ser yo, ¿vale? Fue por culpa de Jack Buchanan. Ya sabes, el tipo rico que es dueño de la mayor parte de las Highlands. Mira, *él* pensó que ella era...

—No me refiero a aquí como en esta casa —interrumpe Dylan con impaciencia—. Me refiero a *aquí*, como en Heather Bay. ¿Por qué estás *aquí*?

Me enderezo desde el cajón, frunciendo el ceño.

—¿No vas a empezar otra vez con esa mierda de "Sassenach", verdad? —pregunto, sin lograr ocultar la tensión en mi voz. Principalmente porque en realidad no lo estoy *intentando*—. Tengo tanto derecho a estar aquí como tú, *Dylan*. Sé que siempre voy a ser una forastera para gente como tú, pero ese es tu problema, no el mío. Compré esta casa para vivir en ella. No es una casa de fin de semana, ni... ni un Airbnb, o lo que sea que estés pensando. Es mi hogar, y lo amo.

—¿Gente como yo? —dice Dylan, con una expresión impenetrable—. ¿Y cómo sabrías cómo es la "gente como yo"?

—Porque vivo aquí —digo secamente, cerrando el cajón de golpe para subrayar mi punto—. Tal vez no por tanto tiempo como tú, obviamente, pero lo suficiente como para saber cómo son *algunas* personas —enfático la palabra "algunas" con una mirada punzante en su dirección— con los recién llegados. Cómo tu abuelo tiene que haber nacido aquí, o nunca pertenecerás realmente, sin importar cuánto tiempo vivas aquí. Bueno, resulta que mi abuelo *sí* nació aquí —le digo, triunfante—. ¿Finn McNeil, mi primo? ¿Al que viniste a visitar? Solía venir aquí cada verano con mis padres para visitarlo a él y a su familia. Vinimos aquí durante años, hasta... hasta... Bueno, simplemente lo hicimos, ¿de acuerdo?

Me apago, el impulso de impresionarlo con mis conexiones con Heather Bay repentinamente desaparecido.

Hasta que mi madre desapareció, es lo que iba a decir. *Hasta que el mundo terminó*. Pero un hombre como Dylan Fraser no entenderá eso. No comprenderá el anhelo que me trajo de vuelta aquí, al último lugar donde vi a mi madre. No estoy segura si el sentimiento es nostalgia, o arrepentimiento, o simplemente añoranza por un lugar donde una vez fui feliz, pero sea lo que sea, fue ese sentimiento —y no mi primo Finn, y su oferta de un trabajo en el periódico para el que trabajaba— lo que me hizo renunciar a mi salario en Londres y mudarme a las Highlands.

Hay ciertos eventos en la vida de una persona que tienen la capacidad de dividir el tiempo en dos; en un "Antes" y un "Después", contra el cual se pesa cada recuerdo. Perder a mi madre fue uno de esos eventos para mí. *El* evento, de hecho —el que tomó todo lo que me había pasado alguna vez, y todo lo que *me* pasaría alguna vez, y los dividió en dos columnas ordenadas: antes y después, bueno y malo, feliz y triste. No importa lo que haga, la segunda columna nunca va a estar a la altura de la primera, pero mudarme aquí fue un intento de reequilibrar la balanza —de arrastrar algunos de los recuerdos del "antes" al "después".

Aunque no tengo muchos recuerdos que arrastrar, la verdad. Apenas recuerdo algo de aquel entonces —del "antes". Un efecto secundario común del trauma, según el psiquiatra que papá me hizo ver.

Pero Dylan Fraser no necesita saber eso.

—¿Así que por eso volviste? —pregunta—. ¿Para ver a Finn y su familia? ¿O por alguna otra razón, tal vez?

Su expresión es completamente neutral, y sin embargo, algo en la forma en que hace la pregunta me dice que la respuesta es extrañamente importante para él. Es imposible saber exactamente por qué es así, así que voy a tener que asumir que es simplemente muy entrometido.

Lo odio tanto.

—Vine aquí porque quise, ¿de acuerdo? —digo—. ¿Es eso suficiente para usted, *oficial*, o necesito una mejor razón?

—Ya te lo dije —dice con cansancio—. No estás bajo arresto. Solo era una pregunta. Solo intento entender por qué tú... Mira, solo intento hacer conversación. Sabes lo que es una conversación, supongo. ¿O siempre eres así de difícil de entender?

—Vaya, realmente eres todo un encanto, ¿no? —Me reclino contra el mostrador y empiezo a enumerar con los dedos—. Primero me llamas "Sassenach", solo porque te pisé el pie por error —comienzo—. Luego apareces en mi oficina y te burlas de mi trabajo. Después de eso, me sorprendes en la oscuridad y literalmente me *esposas* —cosa que nunca, jamás te perdonaré, por cierto— y ahora insinúas que yo soy la difícil. ¿Me he dejado algo?

—Saqué tus llaves de tu coche cerrado —señala Dylan, como si eso compensara todo lo demás que acabo de enumerar—. Deberías agradecérmelo. Un cerrajero te habría cobrado una fortuna. Y habrías despertado a medio pueblo con esa alarma.

—En realidad, tengo un juego de llaves de repuesto en la casa —digo con aire de suficiencia—. Así que habría estado perfectamente bien sin tu ayuda, oficial. Y hay seis casas en esta urbanización, así que difícilmente es "medio pueblo". Gracias de todos modos.

Hay un momento de tensión, luego Dylan levanta las manos, como rindiéndose, e intento no fijarme en los músculos que aparecen en sus brazos con el movimiento.

En realidad está bastante en forma. Es una lástima lo de su personalidad.

—Mira —dice en voz baja—. Parece que empezamos con mal pie. —Hace una pausa lo suficientemente larga como para que me pregunte si se supone que es una broma, dado todo el asunto de "pisarle el pie". Luego me doy cuenta de que eso requeriría que realmente tuviera sentido del humor—. Pero este es un pueblo pequeño, y es probable que nos volvamos a ver, así que tal vez deberíamos llamar a una tregua. ¿Qué dices? ¿Amigos?

Me ofrece su mano, que aparto de un manotazo por reflejo.

En el mostrador detrás de mí, mi teléfono suena.

Puedo decir por el sonido que es solo una notificación de una de las aplicaciones aleatorias que tengo instaladas, pero me hace pensar en Ada, y en cuántos problemas podría tener por su culpa.

Incluso si *quisiera* ser amiga de Dylan Fraser (lo cual, para que quede claro, definitivamente *no* quiero...), mi papel actual en su presunta desaparición hace que un oficial de policía —incluso uno tan inepto como este— sea la *última* persona con la que debería relacionarme. No, necesito mantenerme *alejada* de la policía en este momento: al menos hasta que sepa qué está pasando

realmente. El hecho de que Dylan Fraser resulte ser un imbécil es solo un incentivo adicional, en realidad.

—Preferiría ser amiga de Edna —le digo fríamente—. Al menos ella no se ofende por mi mera presencia.

(Eso no es estrictamente cierto, para ser honesta. A Edna tampoco le caigo muy bien, realmente. Pero eso no viene al caso).

—¿Eso es lo que piensas? —pregunta Dylan suavemente—. ¿Que me ofende tu presencia?

Parece confundido, en lugar de enojado. Esto me desconcierta momentáneamente, pero luego continúo, sin importar nada.

—Bueno, es cierto, ¿no? Eres de por aquí. Apuesto a que fuiste una de las personas que se opusieron a que se construyeran estas casas, ¿verdad?

Me mira con el ceño fruncido desde el otro lado de la habitación.

—No vivía aquí cuando se construyó este lugar —dice al fin, encogiéndose de hombros—. Aunque podría haberme opuesto si hubiera estado. Lo último que necesitan las Highlands es más gente; especialmente ricos que hacen subir aún más los precios de las propiedades.

Claramente, es un hombre de pocas palabras, pero acaba de decirme todo lo que necesito saber sobre él. El comentario de "Sassenach" en la plaza del pueblo de repente tiene mucho más sentido, si así es como se siente.

—No creo que vayamos a ser amigos de ninguna manera —le digo rígidamente, ajustándome un poco más la bata.

—Está bien, enemigos entonces —dice alegremente, apartándose de la mesa en la que se ha estado apoyando—. Tú decides. Te dejaré continuar con lo que sea que estuvieras haciendo afuera con esa cosita de seda que llevas puesta.

Maldición.

Así que sí logró ver debajo de mi bata.

Frunzo el ceño mientras lo veo dirigirse hacia la puerta. No esperaba que renunciara a la idea de ser "amigos" tan fácilmente. Aunque supongo que eso demuestra que realmente no lo decía en serio; como si hubiera alguna duda.

—Bueno, seguro que nos veremos por ahí —dice, al llegar a la puerta.

—No si yo te veo primero —no puedo evitar murmurar.

Dylan sonrío, sus ojos oscuros brillando exactamente de la manera que imaginé la primera vez que lo conocí, cuando pensé que aún podría tener un lado vagamente humano.

—Aye —dice, como si aceptara un desafío que disfruta profundamente—. Solo intenta no meterte en más problemas, ¿quieres? O podrías verme antes de lo que crees.

Trago saliva con dificultad.

Estoy segura de que él diría que no pretendía que sonara así, pero eso me pareció un poco como una amenaza. ¿Y estoy imaginando cosas, o estaba mirando el teléfono en mi mano cuando lo dijo?

Capítulo 7

Mi encuentro con la ley a orillas del lago me deja llegando tarde, así que, a pesar de haberme levantado al amanecer, cuando llego a la oficina la puerta ya está abierta, y Jimmy y McTavish me están esperando en la recepción, parados tan lejos el uno del otro como pueden en el reducido espacio.

—Buenos días, Scarlett —dice McTavish, cuya cabeza rubia está ligeramente inclinada para poder caber bajo el techo bajo—. Pensé en dejar esto para ver si me da algo de inspiración para resolver mi problema. Bueno, uno de mis problemas. Sé que no puedes hacer milagros y resolverlos todos.

Me entrega una foto de una bonita enfermera, que parece haber sido impresa de su Instagram, y lo miro con simpatía. No es ningún secreto que la granja de los McTavish ha ido cuesta abajo desde hace tiempo, y últimamente ha estado haciendo trabajos ocasionales para llegar a fin de mes, así que los tiempos deben ser aún más difíciles para él.

Realmente espero que no esté acosando a esta pobre mujer.

Aunque no soy quién para hablar de acoso, la verdad.

—Es Mary McNamee —dice, sonrojándose ligeramente mientras asiente hacia la foto en mi mano—. Es preciosa, ¿verdad? Fue mi primer beso. La he amado desde entonces. Me la encontré de nuevo cuando mi abuelo estaba en el hospital, antes de que lo llevaran a la residencia. Se le cayó una pila de pañales para incontinencia y se los recogí.

Me muerdo el labio para no sonreír ante la idea de McTavish y Mary, sus ojos encontrándose sobre los pañales para incontinencia. Jimmy, sin embargo, no tiene tales reparos.

—El sueño del amor joven, así es —dice, inclinándose para ver mejor—. Mary, ¿eh? Estoy seguro de que la he visto en *Tinder*. ¿O tal vez es la chica con la que el Joven Jimmy estaba saliendo hace unas semanas? Me resulta familiar.

McTavish se da la vuelta, con los ojos brillando peligrosamente.

—Aléjate de ella, Jimmy —le advierte—. Y el Joven Jimmy también. Ya has hecho suficiente daño por una semana.

—Eso me recuerda —interrumpo, buscando una distracción—. Una de tus ovejas anda suelta, Jimmy. Estaba en mi puerta esta mañana. No creo que fuera Edna, pero tal vez quieras comprobarlo.

Esto es mentira: no tengo ni idea de si la oveja era Edna o no. Todas las ovejas me parecen iguales. Tengo la sensación de que este dato no me ganará ningún amigo entre este grupo en particular, así que me lo guardo para mí.

—No era una de las mías —dice Jimmy inmediatamente—. Edna duerme en su cesta junto a mi cama, y las otras bestias están en el campo lejano en esta época del año. Debe haber sido una de las suyas.

Señala con el pulgar a McTavish, quien se endereza indignado, dejando escapar un pequeño grito de dolor cuando su cabeza hace contacto con el techo inclinado.

—Sabes perfectamente que ya no me quedan ovejas —dice, herido. Se vuelve hacia mí.

—Él sabe perfectamente que ya no me quedan ovejas —me dice, algo innecesariamente dado que estoy justo a su lado—. Solo está burlándose de mi situación financiera. Dile que ya no me quedan ovejas.

—McTavish no tiene ninguna oveja... —empiezo, pero me interrumpe la puerta de la oficina, que elige ese momento para abrirse, dejando entrar a Katie, más una ráfaga de aire frío y salado, con un toque de pescado frito. Estoy tan aliviada de tener a alguien más aquí para ayudar a arbitrar este drama en escalada que le sonrío ampliamente, una sonrisa que muere en mis labios cuando veo la figura detrás de ella.

Es Dylan Fraser.

¡Otra vez!

Estoy empezando a sentir que soy yo la que está siendo acosada aquí.

—Mira con quién me encontré fuera de la oficina —dice Katie, cuyas mejillas parecen sospechosamente sonrojadas—. El oficial Fraser amablemente se ofreció a traerme el café.

Dylan avanza y coloca torpemente un vaso desechable con el logo del Wildcat Cafe en el escritorio de Katie, mirándome todo el tiempo como si me estuviera retando a decir algo sobre este acto de caballerosidad totalmente innecesario.

Apuesto a que es el tipo de hombre que pide la comida por su cita también. O eso, o realmente está interesado en nuestra Katie K.

—¿Un vaso desechable? —digo, aceptando el desafío—. No, yo tampoco habría querido que me vieran con eso, Katie. Menos mal que encontraste a alguien sin escrúpulos para llevarlo por ti.

Sonríó beatíficamente, rezando a cualquier Dios que esté escuchando para que no haya un vaso idéntico en mi propio escritorio ahora mismo. Mira, The Wildcat hace un café decente. ¿Qué puedo decir?

—Es reciclable —gruñe Dylan en un tono de "te pillé".

—Tapa de plástico.

—Que se puede llevar al centro de reciclaje y poner en uno de los contenedores allí.

—Lo que la mayoría de la gente no hace, como verás si das un paseo por la calle principal.

—Lo cual es algo que mencionaré en la próxima reunión del consejo comunitario, si te apetece venir y verlo por ti misma.

—Lo cual preferiría morir antes que...

—¡EJEM!

Jimmy golpea fuerte con el puño el mostrador de recepción, derramando parte del café de Katie y deteniendo mi discusión con Dylan en seco. Lo cual probablemente es lo mejor, dado que en realidad es parte de mi trabajo cubrir las reuniones del consejo comunitario, así que me alegro de que Hamish no esté por aquí para oír esa última parte.

—¿Alguien va a ayudarme realmente? —pregunta Jimmy lastimeramente—. ¿O se van a quedar ahí coqueteando todo el día?

—No estamos coqueteando —decimos Dylan y yo al unísono.

—Definitivamente no están coqueteando —interviene Katie, entrecerrando los ojos mientras mira de mí a Dylan y luego de vuelta—. Scarlett ni siquiera sabe *cómo* coquetear. No ha tenido ni un solo novio en todo el tiempo que la conozco. ¡Ni uno!

Dylan sonríe con suficiencia de una manera que dice "era de esperar", y la bola apretada de resentimiento que he estado llevando por él desde nuestro encuentro temprano en la mañana crece hasta convertirse en una bola de boliche, que tengo ganas de lanzarle directamente.

Muy bien, oficial. ¿Quieres que seamos enemigos? Lo has conseguido.

—Preferiría coquetear *contigo*, Jimmy —digo, sonriendo dulcemente al sorprendido granjero, quien me devuelve la sonrisa desdentada—. Ahora, ¿qué puedo hacer por ti?

—Espero que consideres escribir una de tus historias sobre mi ropa para ovejas —dice Jimmy con seriedad, abriendo la bolsa para revelar uno de los artículos en cuestión—. Se están

vendiendo muy bien. Todo el mundo necesita, ¿sabes? Bueno, todas las ovejas. Y también los perros, y los gatos grandes. Quizás incluso un conejo realmente grande.

La idea de un conejo con chaqueta me dan ganas de reír instantáneamente, pero Dylan Fraser todavía me está observando, y puedo notar que espera que diga algo incorrecto aquí para poder atacarme, así que simplemente asiento amablemente y acepto la chaqueta de forma extraña.

—Gracias, Jimmy —digo—. Lo tendré en cuenta. Recuerda revisar a tus chicas y asegurarte de que no falte ninguna.

La cabeza de Dylan se levanta de golpe al oír esto.

—¿Falta alguien? —dice con interés—. ¿Quién falta?

Trago nerviosamente.

Ahora sí que es un tema que realmente no quería introducir al policía local.

—Bueno, sabemos que no es Edna —dice Jimmy seriamente—. Aunque podría ser Maureen —admite—. O Pauline. Probablemente Maureen. Es un demonio, esa Maureen.

Dylan saca su libreta con entusiasmo.

—¿Maureen? —dice, encontrando una página en blanco—. ¿Puedes darme una descripción de Maureen, Jimmy? ¿Y cuándo la viste por última vez?

—Bueno, no sabemos si definitivamente es ella —comienza Jimmy—. Pero diría que mide como 1 metro de alto. Blanca. Abrigo de lana. ¿Sabes cómo se ve una oveja, hombre, verdad?

No puedo contener la risa que burbujea en mi garganta mientras Dylan cierra su libreta de golpe, con la cara roja bajo su barba incipiente.

Yo gano, pienso infantilmente, transmitiendo el pensamiento a través de la oficina para que le dé justo entre los ojos.

Te odio, me devuelve el mensaje inconfundible.

Te odio más, respondo silenciosamente, dándole mi sonrisa más deslumbrante.

—Probablemente tenía un mensaje para ti, Scarlett —interviene McTavish servicialmente—. La oveja en tu puerta, quiero decir. Recuerdo que Liam del equipo de fútbol 5 una vez recibió la visita de una oveja. Lo siguiente que sabe...

Hace una pausa dramática, y de repente entiendo lo que significa romper a sudar frío.

—¿Él... murió? —aventuro al fin, con los ojos muy abiertos y la piel incómodamente húmeda.

—Oh, no —dice McTavish, riendo—. No seas tonta. Liam está vivo y bien. Pero cuando se levantó para ahuyentar a la oveja de su sala de estar, se dio cuenta de que había dejado la puerta trasera completamente abierta. Así que si no hubiera sido por la oveja, ¿quién sabe qué habría pasado?

—Probablemente nada —dice Hamish con brusquedad, apareciendo de la cocina con dos tazas humeantes de café, una de las cuales me entrega—. Esto es Heather Bay, no el Bronx. Ahora, todos tenemos trabajo que hacer, así que si no les importa...

Le sonrío agradecida. Todo esto se está volviendo un poco demasiado intenso para mi gusto.

—El hecho es —insiste McTavish—, que esa oveja estaba tratando de decirle algo a Liam. Deberías pensar en lo que una oveja podría estar tratando de decirte a *ti*, Scarlett. ¿Hay algo para lo que necesites respuestas?

—¡Basta! —ruge Hamish, salvándome de responder—. Todos fuera de esta oficina. ¡Ahora! Todos nos giramos obedientemente para salir.

—Tú no, Scarlett —añade—. ¿Trabajas aquí? ¿Recuerdas?

Retrocedo lentamente hacia la habitación y voy a encender mi computadora, sintiendo que la tensión comienza a abandonar mi cuerpo cuando la campana sobre la puerta suena rápidamente, indicándome que todos me están dejando en paz por fin.

—¿Oficial Fraser? —pregunta Hamish, haciendo que mis hombros vuelvan a subir hacia mis orejas—. ¿Te importaría quedarte un minuto? Tengo un favor que pedirte.

O quizás no.

—Por supuesto —dice Dylan detrás de mí.

Tiene una voz agradable, ahora que la estoy escuchando fuera del contexto del resto de él. Baja y como... la palabra *sexy* aparece en mi cabeza y rápidamente la reprimo.

Sensual. ¡ZAS!

Ronca. ¡ZAS!

Como terciopelo contra tu piel desnuda. ¡ZAS! ¡ZAS! ¡ZAS!

Suave. Pincho con sospecha los bordes de la palabra *suave*, preguntándome si también está a punto de volverse contra mí. Pero *suave* es solo una forma totalmente normal de describir la voz de alguien, ¿no? Y la voz de Dylan Fraser es indudablemente suave. En realidad, es un poco sorprendente porque el resto de él es tan... bueno, *duro*, realmente. Su manera. Sus bíceps. Por lo que he visto de ellos, de todos modos. Su...

¡ZAS! ¡ZAS! ¡DOBLE ZAS!

En serio, Scarlett, contrólate. Todo este asunto de Ada Valentine te está haciendo perder la cabeza.

Me saco de la melaza de mis propios pensamientos y giro en mi silla para ver a Hamish y Dylan mirándome expectantes.

—¿Y bien? —me insta Hamish, buscando una respuesta a la pregunta que ni siquiera he escuchado—. ¿Qué dices, Scarlett? ¿Estás lista para este pequeño trabajo?

Me tenso ante sus palabras. Recuerdo cómo resultó el último "pequeño trabajo" que Hamish me encomendó. Sin embargo, él es mi jefe, y le debo una por deshacerse de todos (bueno, casi todos) por mí, así que asiento con entusiasmo, la viva imagen de una joven(cita) reportera ansiosa por hacer su trabajo.

—Por supuesto, Hamish —digo, tomando mi libreta y esperando que este nuevo trabajo no implique pasteles, guisantes o, de hecho, bingo.

Ni oficiales de policía.

—¿En serio? —interviene Dylan, que todavía está de pie en la recepción, con Katie sonriéndole tontamente—. ¿Realmente quieres entrevistarme?

El suelo se abre abruptamente, y caigo limpiamente a través de él, desapareciendo de la vista, para no ser vista nunca más. Fin.

Solo que no sucede. Eso es solo lo que *quiero* que pase. En su lugar, me quedo sentada con la boca abierta, Dylan mirándome furiosamente mientras Hamish sigue parlotando, completamente ajeno a la tensión que de repente llena la oficina.

—No lo llamaría una entrevista como tal —dice, pensativo—. Más bien un perfil, en realidad. ¿Recuerdas el que hiciste sobre Bella McGowan el mes pasado, Scarlett? Bueno, algo así. "Conozca a su nuevo policía local". Ese tipo de cosas. A la gente le encantan estos artículos de interés humano. De hecho, estaba pensando en hacerlo una cosa semanal: perfiles de residentes prominentes de Heather Bay. Tal vez podrías hacer el de Jack Buchanan después, Scarlett, ¿qué dices?

Digo que esta es la peor idea que he escuchado jamás, obviamente. No la parte de los perfiles semanales: eso es bastante bueno. Solo la parte de Dylan Fraser, en realidad.

Aunque no lo digo *realmente*. Solo lo pienso tan fuerte que Dylan no tiene ningún problema en escucharme.

—Eh, en realidad, Hamish, estoy *muy* ocupado esta semana —dice, cambiando incómodamente el peso de un pie a otro—. Acabo de empezar el trabajo, ya sabes, y todavía tengo que desempacar en casa. Luego está todo este asunto de Maureen...

Se interrumpe, encogiéndose de hombros en tono de disculpa, y aunque lo último que quiero hacer es sentarme con este hombre e intentar entrevistarle para un perfil de periódico, el hecho de que él tan obviamente tampoco quiera hacerlo no es exactamente alentador, digámoslo así.

La audacia del hombre, odiándome solo porque me he atrevido a existir en su preciado pueblo. Que, por cierto, él mismo abandonó por un tiempo, según lo que ha dicho. Me pregunto por qué lo hizo. ¿Y por qué volvió?

Oh no. Puedo sentirlo surgiendo dentro de mí: esa necesidad punzante de descubrir la historia que seguramente se esconde detrás de esos ojos oscuros y los hoyuelos que solo aparecen para otras personas. Todos tienen una historia, después de todo. Incluso Dylan Fraser, estoy segura.

Pero no quiero que Dylan Fraser sea parte de *mi* historia, ni siquiera como un personaje extremadamente secundario. Así que, aunque mi orgullo está herido por su obvia antagonismo hacia mí, voy a dejar pasar esto y alegrarme de que haya detenido el "trabajito" de Hamish antes de que siquiera comenzara.

—Oh, eso no es problema —chasquea la lengua Hamish, demostrando sin duda que hay un problema para cada solución—. No hay prisa aquí. Podemos adaptarnos a tu horario, oficial. Tal vez Scarlett podría seguirte durante un día o dos. De esa manera no tendrías que apartar tiempo extra para esto, ella simplemente estaría allí contigo, como una pequeña sombra. Sí, me gusta eso. "Un día en la vida del único oficial de policía de Heather Bay". Podrías empezar hoy mismo, de hecho. ¿Qué piensas, Scarlett?

Por una vez, lo que yo pienso y lo que Dylan piensa es exactamente lo mismo. Es solo la segunda vez que esto sucede. La primera vez fue cuando acordamos mutuamente odiarnos, y la segunda vez es justo ahora, cuando su expresión horrorizada refleja exactamente la mía, y ambos sabemos, sin tener que decirlo, que Hamish de alguna manera ha tropezado con la peor idea en toda la historia de las ideas.

—Vaya, ¿ya es esa hora? —dice Dylan, levantando la muñeca para mirar el lugar donde estaría un reloj si realmente estuviera usando uno—. Lo siento, tengo que irme... importantes, eh, reuniones a las que asistir.

—Yo también —digo, levantándome de un salto de mi escritorio y casi golpeándome la cabeza contra el techo—. Tengo una pista sobre una historia, Hamish. Necesito seguirla. Ahora mismo.

Hamish y Katie nos miran boquiabiertos mientras Dylan y yo salimos corriendo por la puerta, luego nos apretujamos por las escaleras juntos, como si estuviéramos huyendo del mismísimo monstruo de Loch Keld.

—Eso estuvo cerca —murmura Dylan mientras nos paramos juntos en la calle fuera de la oficina, con el olor a grasa de patatas fritas espeso en el aire.

—Demasiado cerca —coincido vehementemente.

Nuestras miradas se encuentran, ambos sorprendidos en silencio por este inesperado tercer momento de acuerdo.

—Bueno, nos veremos —murmura Dylan, girando en dirección a la pequeña cabaña que alberga la estación de policía del pueblo.

—No si yo te veo primero —respondo entre dientes, girando inmediatamente en la dirección opuesta.

No tengo idea de adónde voy, ni de lo que voy a hacer una vez que llegue allí. Le dije a Hamish que estaba siguiendo una historia, así que supongo que será mejor que intente encontrar una.

Capítulo 8

C amino con determinación por la calle principal, mis tacones repiquetean con importancia, como si supiera exactamente a dónde voy.

Esto, por supuesto, es una mentira descarada.

Literalmente, *todo* lo que sé ahora mismo es que quiero poner la mayor distancia posible entre Dylan Fraser y yo. Bueno, eso y el hecho de que realmente desearía haber pensado en pasar por el Wildcat para comprar uno de esos cafés para llevar antes de comenzar esta larga caminata sin rumbo fijo.

Maldición.

No hay nada que hacer, así que me ajusto el abrigo un poco más y continúo mi camino, pasando por las tiendas de regalos vacías y los restaurantes cerrados, por el ayuntamiento recientemente renovado, y hasta el final del paseo marítimo, que es donde encuentro a Ruby Taylor, tratando de persuadir a su caniche de juguete, Jude Paw, para que salga a pasear.

—Por favor, Jude —suplica Ruby mientras me acerco—. Solo hasta la carnicería, y te compraré algo rico para tu cena. Te gustaría eso, ¿verdad?

Las orejas caídas de Jude se agitan, pero permanece firmemente sentado, de espaldas al viento, y toda su postura telegrafía su desdén por la intolerable situación en la que se encuentra. Si tuviera brazos, los tendría cruzados desafiante sobre su pecho. Tal como está, sus patas están metidas en una familiar chaqueta acolchada, que reconozco como una de las de Jimmy.

Así que en realidad ha estado logrando vender estas cosas. Increíble. Realmente es un poco un lobo con piel de cordero, ¿no? O con ropa impermeable de color amarillo neón y altamente aislante, como diría Jimmy.

—Buenos días, Scarlett —dice Ruby con cautela—. Buen día para esto.

No tengo idea de qué es "esto", y para ser honesta, el día solo podría describirse como "bueno" si fueras el tipo de masoquista que disfruta cosas como nadar en aguas heladas, campamentos de entrenamiento y canciones de Meatloaf. Las cosas entre los Taylor y yo siempre han sido un poco incómodas, debido a aquella vez que la hija de Ruby, Emerald, intentó hacerse pasar por mí (larga historia), y acabo de recordar que Ruby es una fanática acérrima de Ada Valentine, así que asiento con entusiasmo y me uno a ella junto al muro del mar.

—Hola, Ruby —digo, decidiendo que bien puedo ir directo al grano—. Sigues a Ada Valentine en Instagram, ¿verdad?

Ruby me mira sorprendida.

—Así es —dice—. A mi Archie le encantan las recetas de Ada. Si no fuera por Ada, el pobre hombre se moriría de hambre. No sabía que tú eras fan, sin embargo.

—Oh, no me describiría como una *fan*, como tal —respondo apresuradamente—. Sigo a mucha gente por... eh, interés profesional, ¿sabes?

—¿Estás escribiendo un artículo sobre ella? —pregunta Ruby, entrecerrando los ojos con sospecha. No puedo culparla, realmente. Mis artículos sobre Lexie Steele y Jett Carter trajeron una gran cantidad de turistas a este pueblo, y no todos aquí estaban entusiasmados con eso—. ¿Es por eso que está aquí?

—¿Aquí? —La miro sin comprender—. ¿Qué quieres decir con "aquí"?

—*Aquí* —dice Ruby amablemente, mirándome como si fuera dura de entendimiento—. En Heather Bay.

La miro en estado de shock. *Si el viento cambia, tu cara se quedará así*, escucho decir la voz de mamá en algún lugar de un recuerdo lejano, que aparto impaciente.

—No sé si *todavía* está aquí —continúa Ruby, ajena al efecto que su información casualmente lanzada está teniendo en mí—. Pero definitivamente estuvo aquí hace una o dos semanas. Mi Archie estaba nervioso cuando se enteró. Realmente es muy buena, esa receta de pollo con menta suya. Lo que yo hago es reemplazar el...

—¿Cómo sabes esto, Ruby? —interrumpo, con el corazón latiendo tan rápido que parece que está tratando de huir de la escena de un crimen—. ¿Qué te hace pensar que Ada está en Heather Bay?

—Bueno, por la foto —dice Ruby, como si fuera obvio—. La vi y le dije a Archie: "Esa es nuestra playa, Archie. La de la bahía". Debe haber venido de vacaciones. A menos que haya decidido mudarse aquí.

Me quedo ahí boquiabierta. Ruby debe estar equivocada. Tiene que estarlo. No hay manera de que Ada Valentine pudiera haber decidido visitar Heather Bay, y mucho menos *mudarse* aquí, sin que yo lo supiera. Probablemente con doloroso detalle, conociendo a Ada y su hábito de compartir demasiado.

Pero que Ada aparezca casualmente en el pueblo donde vive su mayor detractora (al menos así es como supongo que me ve)...

No.

Coincidencias como esa no ocurren en la vida real.

¿O sí?

—Pero Ada no ha publicado ninguna foto de Heather Bay —digo firmemente, como para descartar esta idea de Ruby antes de que se salga de control—. Definitivamente me habría dado cuenta si lo hubiera hecho.

—Oh, sí —dice Ruby con confianza, rebuscando en su bolsa de compras antes de sacar su teléfono, en su funda temática de caniche—. Lo ha hecho. Hubo una hace un par de semanas. Estaba en esa cosa de Instagram. Ya sabes, el área donde las fotos siempre desaparecen. Mira, tomé una de esas capturas de pantalla para mostrársela a Archie. Él no está en Instagram.

Toca un par de veces y luego me muestra una captura de pantalla de su galería de fotos. Me inclino hacia adelante, sintiendo como si pudiera vomitar en cualquier momento.

Es una foto de Instagram Stories, lo que explica cómo logré perderla cuando se publicó. La foto habría desaparecido después de 24 horas, y aunque *parezca* que estoy obsesionada con Ada, no estoy lo suficientemente obsesionada como para estar pendiente de su cuenta las 24 horas del día, los 7 días de la semana.

O, al menos, no lo estaba hasta ahora.

Para el observador casual, la foto podría ser cualquier vista, de cualquier costa, desde cualquier colina. Es hermosa, sí (Ada tiene un verdadero ojo para la fotografía, tengo que reconocerlo), pero es solo cuando miro más de cerca que reconozco la curva particular de la playa en la foto y la línea de árboles en primer plano.

Es Heather Bay. Realmente lo es.

Según la marca de fecha en el teléfono de Ruby, esto se publicó hace dos semanas; antes de que le enviara el mensaje a Ada. Mi corazón se hunde de decepción. Si hubiera sido más reciente que eso, habría demostrado que ella estaba bien; o que al menos estaba *viva*. Tal como está, sin embargo, todo lo que demuestra es que ella estuvo aquí en la bahía hace poco tiempo.

Pero ¿por qué? ¿Qué estaba haciendo Ada aquí? Aquí, de todos los lugares del mundo? Seguramente no puede tener nada que ver conmigo y mi mensaje para ella. ¿O sí?

Trago saliva nerviosamente. No. No puede ser. Ella publicó esta foto *antes* de que yo le enviara el mensaje. Lo que significa que, sea lo que sea que la trajo a Heather Bay, no fue la búsqueda de venganza contra la mujer que le dijo que se fuera al carajo y se muriera. Puedo relajarme.

Excepto que no puedo. Es una coincidencia demasiado grande para creerla.

Algo raro está pasando aquí.

Y no voy a poder descansar hasta que averigüe qué es.

—¿Dijo *por qué* publicó esto, Ruby? —pregunto, tratando de sonar casual—. ¿En alguna de sus otras historias?

—No —dice Ruby inmediatamente—. No que yo haya visto, de todos modos. Y Shona habría dicho si hubiera habido algo más.

No estoy segura si el sudor frío que estoy experimentando en este momento es por la emoción o el miedo... o solo por el charco de agua en el que de repente me doy cuenta que estoy parada. Un charco de agua que crece por segundos; la humedad se filtra en mis zapatos y empapa mis pies mientras yo-

—¡Jude Paw, pequeño demonio!

Grito horrorizada mientras miro hacia abajo justo a tiempo para ver al caniche de Ruby terminar de vaciar su vejiga en mis pies.

—Oh, Scarlett, lo siento —jadea Ruby mortificada—. Él... él hace esto a veces. Debe haber pensado que eras un árbol, o un buzón o algo así. No puedo disculparme lo suficiente.

Jude me mira inocentemente. Mis botas están empapadas y no hay forma de que el pequeño peludo confundiera mi abrigo rojo de lana con un buzón, pero no puedo molestarme por eso. Lo que Ruby me ha dicho lo cambia todo. Si Ada todavía está en Heather Bay, significa que puedo encontrarla. O al menos puedo intentarlo.

*Y entonces podré disculparme por ese estúpido mensaje, y volver a preocuparme por **mi propia** vida, en lugar de obsesionarme con la de otra persona. Eso tiene que ser al menos un poco más saludable para mí, ¿verdad?*

—Está bien, no te preocupes —le digo a Ruby, que está de rodillas, dando golpecitos ineficaces a mis botas con un pañuelo de papel—. De todos modos, casi nunca las uso.

Otra mentira. Siguen saliendo hoy, ¿no?

—Bueno, si estás segura —dice ella con duda, enderezándose—. Lo siento mucho, Scarlett. ¿Qué debes pensar de nosotros? Especialmente después de ese asunto con nuestra Emerald.

—Eso tampoco importa —le aseguro, ansiosa por volver a mi tema favorito—. Lo he superado, lo juro. Ruby, ¿no habrás visto por casualidad si Ada publicó algo más desde aquí?

—No creo —responde, negando con la cabeza—. De hecho, ahora que lo pienso, no he visto fotos de Ada desde hace un tiempo. Espero que la chica esté bien. No es propio de ella no mantenernos al tanto de todas sus andanzas, ¿verdad?

Mis hombros se tensan de repente. Juro por Dios que Jude Paw me está mirando como si supiera algo. *Fue Scarlett Scott, en la sala de billar con el mensaje directo*, me lo imagino diciendo, como el Inspector Poirot jugando al Cluedo. Ignorándolo, le sonrío brillantemente a Ruby.

—¿Ah, sí? —digo despreocupadamente—. No puedo decir que lo haya notado.

Definitivamente podría decir que lo había notado. Simplemente no quiero hacerlo.

Ruby se despide y se dirige hacia la carnicería, arrastrando a Jude a regañadientes detrás de ella. Permito que mi sonrisa desaparezca, los músculos de mi mandíbula doloridos por toda la falsa felicidad.

—¡Oye, Ruby! —le grito, ocurriéndome una idea—. Esa colina en la foto que me mostraste, ¿no sabrás de casualidad dónde está?

Ruby se detiene y se vuelve, con las cejas ligeramente levantadas. Realmente quiere saber por qué estoy preguntando esto, puedo notarlo. Probablemente piense que es una pregunta muy extraña —que lo es, para ser justos—, pero es demasiado consciente del hecho de que su hija se hizo pasar por mí y su perro acaba de orinar en mí como para arriesgarse a ofenderme más, así que, después de una breve lucha interna, logra reprimir el impulso de preguntarme por qué quiero saberlo, y me da la respuesta.

—Sí, chica, esa es la Colina Blaeberry —dice—. La que está detrás del pueblo, ¿sabes? Archie y yo solíamos subir allí mucho cuando éramos novios. Solíamos-

—Eso es genial, Ruby, gracias —digo apresuradamente, sin querer escuchar más sobre lo que Ruby y Archie hacían en esa ladera—. ¡Ah! ¡Espera! ¿No podrías enviarme esa foto?

Esta vez Ruby ni siquiera se molesta en ocultar su sorpresa —apuesto a que estará al teléfono con Shona McLaren hablando de esto en cuanto me pierda de vista—, pero después de unos confusos minutos durante los cuales intento mostrarle cómo usar la función de airdrop en su teléfono, la foto aparece en mi pantalla, y la miro fijamente, con el estómago revuelto de nervios.

Todavía no sé dónde está Ada, pero, gracias a Ruby, ahora sé dónde ha estado.

Y también sé a dónde voy yo a continuación.

Capítulo 9

Ada Valentine es perfecta.
Rubia, hermosa, capaz de crear deliciosas recetas y ofrecer útiles consejos domésticos que constantemente encantan a sus miles de seguidores. Podría seguir.

Pero Ada Valentine es una mentirosa. Estoy cada vez más segura de ello. Por eso, tan pronto como le envió un rápido mensaje a Hamish informándole que aún estoy investigando esa historia que mencioné (y luego pongo mi teléfono en silencio para no tener que leer su respuesta), me dirijo de vuelta hacia el pueblo y me encamino a la colina donde Ruby me dijo que se tomó la foto de Ada.

En realidad, no sé qué estoy buscando. No es como si ella siguiera allí parada, cámara en mano, esperando ser encontrada, ¿verdad? Pero sé que las colinas detrás del pueblo están salpicadas de casas y granjas, y ahora que Ruby ha plantado la idea en mi mente, no puedo evitar preguntarme si se ha estado quedando en una de ellas. ¿La casa de un amigo, tal vez? ¿Es eso lo que la trajo aquí? Porque tiene que haber *algún* tipo de explicación para su presencia en Heather Bay, y estoy absolutamente decidida a descubrir cuál es.

No hay ninguna dirección de Ada listada en ningún sitio al que tenga acceso; lo sé porque he probado todos y cada uno de ellos. Dado su seguimiento público, no me sorprendió no poder encontrarla, y, suponiendo que estaba en el otro extremo del país de todos modos, no le di mucha más importancia. Sin embargo, la idea de que podría haber estado justo aquí bajo mis narices todo el tiempo, o al menos *parte* del tiempo, me hace preguntarme qué más podría haberme perdido.

¿Qué más estás ocultando, Ada? ¿Qué es lo que no quieres que sepamos?

Blaeberry Hill Road comienza en la calle principal y serpentea suavemente por el campo que se extiende más allá, las casas a cada lado de la carretera de un solo carril se van espaciando

gradualmente hasta que solo queda alguna que otra cabaña, o un camino que conduce a una de las muchas granjas y otras propiedades que se esconden en las colinas de por aquí. Empiezo con un paso enérgico, principalmente para mantenerme caliente, pero cuando estoy a mitad de camino de la colina, ya empiezo a flaquear.

Cuando estaba hablando con Ruby, me sentía como Nancy Drew, o uno de los Cinco Famosos, al borde de algún misterio emocionante. Ahora que estoy aquí en esta colina empapada por la lluvia, sin embargo, me siento un poco... bueno, *estúpida*, en realidad. ¿En qué estaba pensando al venir hasta aquí? Ada podría haberse alojado en cualquiera de las casas por las que he pasado, o en ninguna de ellas. Podría haber venido aquí en una excursión de un día desde Inverness, o de algún otro lugar de las Highlands, por lo que sé. Incluso si *está* en algún lugar cerca de aquí, a menos que haya garabateado amablemente las palabras "Ada Valentine estuvo aquí" con pintura en aerosol en una pared, no voy a saberlo. Y, de todos modos, ¿qué me importa a mí?

Oh, por el amor de Dios, Ada, ¿por qué no te largas y te mueres?

Mis propias palabras vuelven a mí como un bumerán en la cara, golpeándome más fuerte de lo que yo las lancé.

Oh, sí. Por eso.

Ni siquiera sé por qué lo dije. Por qué esa publicación en particular, en ese día en particular, debería haber generado una respuesta tan inesperadamente *asesina* en mí.

Sí lo sabes, Scarlett. Por supuesto que lo sabes.

Normalmente no le envío mensajes a la gente diciéndoles que quiero que se mueran. De hecho, normalmente no envío mensajes de odio *en absoluto*, razón por la cual intenté *desenviarlo* casi tan pronto como las palabras abandonaron mis dedos. Eso no significa que ella no lo viera, sin embargo. Y no cambia el hecho de que nunca me voy a perdonar por haberlo publicado, al menos, no hasta que la haya encontrado y me haya disculpado. Y tal vez ni siquiera entonces.

Hay algunas cosas que nunca puedes retirar. Lo sé. Sin embargo, puedo hacer todo lo posible por encontrar a Ada e intentar enmendarlo de alguna manera, suponiendo que eso sea posible, así que, con renovada determinación, saco mi teléfono y comparo la vista desde donde estoy parada ahora con la foto que Ruby me envió.

No. No es exactamente. Necesito ir más arriba.

Vuelvo a meter el teléfono en mi bolsillo y retomo mi lucha cuesta arriba, chillando indignada cuando un coche deportivo rojo pasa rugiendo, salpicando a través de los charcos al lado de la carretera y lanzando un chorro de agua turbia sobre mi abrigo.

Primero el pis del caniche, ahora esto. ¿Tal vez debería tomar la indirecta y volver al trabajo, como debería haber hecho en primer lugar?

Estoy menos convencida que nunca de que realmente vaya a encontrar algún rastro de Ada, pero he llegado demasiado lejos para dar marcha atrás ahora, así que continúo mi camino, sin detenerme hasta que llego a la cima de la colina, donde me doy la vuelta, respirando el aire cortante de noviembre mientras contemplo la vista.

Casi es la de la foto de Ada, pero no del todo. Desde donde estoy, puedo ver el pueblo extendido ante mí, los colores más brillantes que nunca contra el gris pizarra del cielo. Un barco pesquero se dirige hacia el puerto, pareciendo un juguete de niños desde esta distancia. Incluso puedo ver el punto en el rompeolas donde estuve charlando con Ruby, mientras Jude orinaba en mis pies.

No se puede ver nada de eso en la foto que Ada publicó. Solo una esquina de la arena dorada de la playa y algunos árboles en primer plano, que podrían ser cualquiera de los que salpican el paisaje por aquí.

Maldita sea. Esto realmente ha sido una completa pérdida de tiempo. ¿Qué demonios le voy a decir a Hamish cuando regrese?

Sin querer rendirme, doy una vuelta lenta, buscando pistas, como solía hacer cuando era una niña pequeña, jugando a los detectives con mis amigos. En aquel entonces, las "pistas" eran cosas como colillas de cigarrillos viejas, latas de Coca-Cola desechadas y, en una ocasión memorable, un fragmento de un zapato viejo. Lo cual lo *probaba*, básicamente. No sé *qué* probaba exactamente, pero me decía a mí misma que esta variopinta colección de "pistas" (que de ninguna manera eran solo trozos de basura, así que ni lo pienses) ofrecía evidencia concreta de que *algo estaba pasando*.

Aquí en la cima de esta colina, sin embargo, parece muy evidente que absolutamente *nada* está pasando. A menos que...

En mi segunda rotación, vislumbro algo a través de los árboles. Algo alto y gris que solo puede ser algún tipo de edificio.

Lo cual es incluso mejor que un zapato viejo, ¿no?

Me toma otros pocos minutos de caminata encontrar el camino de entrada; un estrecho camino de un solo carril que se desvía de la carretera principal y serpentea entre los árboles hacia lo que, ahora que estoy más cerca, es inconfundiblemente una casa, y bastante grande, además. Y, a menos que esté muy equivocada, está exactamente en el lugar correcto para ser la ubicación de la foto de Ada.

Bingo.

Y también empanadas y guisantes.

Dudo por un momento en la entrada antes de tomar una decisión y avanzar con determinación por el camino. Si alguien pregunta, simplemente diré que estoy perdida. A menos, por supuesto, que la persona sea Ada, en cuyo caso...

Pensaré en eso si sucede. Lo cual no pasará, porque incluso yo sé que estoy siendo ridícula ahora.

El camino de entrada no es muy largo, y antes de darme cuenta, ya estoy casi en el edificio que había vislumbrado desde la carretera, una extraña sensación de déjà vu me hace detenerme abruptamente en seco.

Conozco este lugar.

¿Cómo es que conozco este lugar?

Me quedo mirando la antigua casa victoriana, que luce maravillosamente gótica bajo la llovizna que ha comenzado a caer, con sus agudos gabletes y hasta una pequeña torre achaparrada que se eleva desde su centro. Hay tantas ventanas que es imposible no sentir que me están observando, aunque no parece haber nadie alrededor, y las ramas esqueléticas de los árboles que bordean el camino enmarcan perfectamente el edificio con sus dedos demacrados. Es una casa sacada de un cuento, y en mi vida imaginaria como detective de fama mundial, este sería el lugar donde se desarrollaría el misterio. Es perfecto para ello. Habría una habitación secreta escondida detrás de los paneles de la biblioteca; un mensaje escrito en el vaho de un espejo del baño; un rostro fantasmal en la ventana de la pequeña torre.

No, la torre no da miedo. Ni un poquito.

Espera. ¿Cómo sé eso?

Sigo caminando —más lento ahora, arrastrando los pies con desgana sobre la grava— hasta que llego al pie de la corta escalinata que conduce a la puerta principal, cada escalón ligeramente hundido en el centro, como si hubiera renunciado a la vida.

Y es entonces cuando lo recuerdo.

Un hotel. Era un hotel.

Lo sé porque me alojé aquí de niña. Nos alojamos aquí, mejor dicho. Ahora que el recuerdo ha sido activado, es como si se hubiera abierto una puerta en mi mente, y todas las cosas que creía haber olvidado están cuidadosamente empaquetadas detrás de ella, esperando a que las saque y las examine de nuevo.

De repente vuelvo a tener siete años, sentada en el asiento trasero del coche de mi padre mientras hacemos el largo viaje hacia el norte para pasar el verano, mis piernas pegadas a los asientos de cuero y la radio crepitando mientras lucha por encontrar señal en las montañas.

Tengo diez años, corriendo por la playa con un chico (Finn, supongo), ambos chillando cuando nuestros dedos tocan el gélido Atlántico.

Once, y el chico y yo montamos en los autos de choque en la feria que siguió al Día de Gala de Heather Bay (Definitivamente no era Finn esta vez; él siempre se mareaba en la feria...), chocando el uno contra el otro solo por diversión.

Tengo 12 años, comprando fish and chips en el Wildcat y comiéndolos en el muro del puerto mientras mamá se sienta a mi lado, trenzándome el pelo y contándome historias de cuando vivía aquí de pequeña.

Luego tengo 13, con la cabeza apoyada contra el cristal de una ventana —esa ventana de ahí, en el segundo piso de esta casa— observando y esperando a que ella vuelva. Y esperando. Y esperando.

Pero no quiero ese recuerdo. Lo empujo bruscamente de vuelta tras la puerta de donde salió, cerrándola con fuerza para mayor seguridad. Luego la cierro con llave. Dos veces.

Windsong House. Así se llamaba —una casa que llevaba el nombre de los vientos que siempre parecían rodearla, como susurros entre los árboles. El psiquiatra que vi después de que mamá desapareciera me dijo que mis recuerdos del Antes aún estaban ahí en alguna parte, pero que quizás nunca pudiera acceder a ellos. Pero ahora aquí están en el Después, como algo que simplemente dejé atrás después de unas vacaciones de verano. Y no estoy del todo segura de quererlos.

Apretando mi abrigo alrededor del cuerpo como si fuera una manta reconfortante, empujo el resto de los recuerdos zombis de vuelta al armario del que salieron, y avanzo con cautela por el camino, tratando de salir del pasado y volver al presente. Esta casa definitivamente era un hotel en su día —incluso puedo ver la marca más clara en la mampostería donde solía colgar el letrero — pero ya no lo es. Parece que la han reconvertido en la vivienda privada que presumiblemente fue en algún momento del pasado lejano, pero no hay coches en el camino de entrada, ni señales de vida tras los oscuros ojos de las ventanas de la planta baja.

Y no hay rastro de Ada.

Definitivamente nada de Ada.

El hecho de que no esté aquí ahora no significa que no haya *estado* aquí, así que doy la espalda a la casa y saco mi teléfono una vez más.

Sí. Es esto.

Aunque la casa está anidada entre los árboles, sus ventanas delanteras dan al océano, sobre el tipo de colinas ondulantes sobre las que la gente escribe poesía. O toma fotos. Esta es exactamente la vista de la foto de Ada. La curva de la playa. La línea de árboles.

Me hago una nota mental para buscar la dirección en Google cuando vuelva a la oficina, para ver si puedo averiguar quién vive aquí ahora. Luego, como sigo sin ver a nadie que me lo impida, doy la vuelta completa a la casa, asomándome con cautela por algunas de las ventanas, pero sin ver nada fuera de lo común. Desde fuera, parece sacada directamente de algún tipo de cuento de hadas oscuro, pero por dentro es solo una casa; se ve un poco deteriorada estos días, con un aspecto descuidado y abandonado, pero aun así, solo una casa. Es casi decepcionante mirar dentro y ver cosas como mandos a distancia y tazas de café en lugar de los muebles victorianos y las valiosas pinturas al óleo que un lugar como este merece.

Y nada de fantasmas. A menos que cuentes a mi yo de 13 años.

Tampoco hay más recuerdos escondidos en las habitaciones oscuras: no hasta que llego al invernadero de la parte trasera. Estoy segura de que esto solía ser un restaurante cuando nos alojábamos aquí, pero ahora es solo otra habitación, llena de plantas en macetas y viejos sofás descoloridos, con una pila de revistas que amenaza con derramarse sobre el suelo de baldosas.

Nada de esto me dice Ada. No es su estilo de muebles, y ni remotamente similar al piso moderno y luminoso que ha filmado para sus seguidores.

Decepcionada, vuelvo a la parte delantera del edificio, mirando hacia arriba esta vez, en lugar de alrededor. Puedo ver la ventana de la habitación que solía ser mía cuando veníamos aquí, el lugar donde solíamos aparcar el coche. No puedo entender cómo mi memoria habría podido aferrarse a eso, pero borrado tanto sobre mi madre y aquel último verano antes de que desapareciera. No puedo entender qué conexión tiene este lugar con Ada, si es que la tiene, claro. Hasta ahora, todo lo que tengo realmente es una sola foto, que *podría* haber sido tomada desde algún lugar cerca de aquí.

Eso es todo. Esa es mi única pista. Y ha terminado por contarme más sobre *mi* vida que sobre la de Ada; cosas que aún no estoy segura de querer saber *realmente*.

La vieja casa se cierne sobre mí y la sensación de estar siendo observada se intensifica.

Te lo estás imaginando, Scarlett. Solo estás asustada por los recuerdos que este lugar está sacando a la luz, eso es todo.

Pero no me lo estoy imaginando.

Porque cuando empiezo a caminar por el sendero hacia la carretera, no puedo resistir echar un último vistazo por encima del hombro. Y ahí está, exactamente como lo imaginé cuando pensaba en mi vida imaginaria como detective.

Hay un rostro fantasmal en la ventana de la torre.

Y definitivamente me está observando.

Capítulo 10

¿Crees que existe un nivel más allá de "aterrorizada"? Porque ahí es más o menos donde me encuentro mientras parpadeo mirando El Rostro, que desaparece al instante, como si no quisiera que lo viera.

O como si en realidad no existiera.

Parpadeo de nuevo y me froto los ojos para asegurarme, mi ritmo cardíaco se va estabilizando gradualmente al darme cuenta de que no estoy en peligro inminente. Creo que lo principal que he aprendido de esta pequeña aventura improvisada es que las aventuras solo son divertidas en los libros, cuando tienes una taza de café humeante frente a ti, o si eres parte de Los Cinco, por ejemplo, y los contrabandistas son en su mayoría inofensivos.

Pero en la vida real, solo hay suelo húmedo, recuerdos incómodos y probablemente un montón de explicaciones que dar cuando finalmente regreses al trabajo. Ni siquiera un sándwich de carne enlatada o un fiel amigo animal para hacerte compañía.

Y eso sin mencionar siquiera El Rostro.

El Rostro, sin embargo, se ha ido, si es que alguna vez estuvo allí, y desapareció tan rápidamente que ya estoy empezando a dudarlo.

Seguramente es solo mi imaginación hiperactiva trabajando de nuevo, haciéndome ver cosas que no están ahí, ¿verdad?

Seguramente no existen los fantasmas, ¿verdad?

No existen. Sé que no existen. Es solo mi mente jugándome trucos, eso es todo. Probablemente tenga que ver con el shock de encontrarme de nuevo en un lugar que casi había olvidado, y tomo ese conocimiento como mi señal para irme, girándome con piernas un poco temblorosas para caminar de vuelta hacia la carretera y alejarme de los recuerdos que preferiría mantener borrosos, muchas gracias. Sin embargo, antes de llegar, hay un crujido de neumáticos sobre la grava, y

levanto la mirada justo a tiempo para ver un coche de policía entrar en el camino. Un coche de policía con un rostro ahora familiar y ceñudo en el asiento del conductor.

Genial. Un poodle me ha meado encima, un Porsche me ha salpicado de barro, y ahora Dylan Fraser me va a tratar con condescendencia.

Ese artículo sobre pasteles, guisantes y bingo que se suponía que debía estar escribiendo se ve más atractivo por minuto.

—Scarlett —Dylan se baja del coche, y por un segundo me pregunto si me va a esposar de nuevo. En su lugar, solo cruza los brazos sobre el pecho y me mira fijamente, casi como si hubiéramos acordado encontrarnos aquí, y estuviera esperando que yo lo recordara.

—Oficial.

Espera a que continúe, y cuando no lo hago, suspira audiblemente y se apoya contra su coche.

—¿Qué estás haciendo aquí, Scarlett? —pregunta, sonando como si nada pudiera ser menos interesante para él que la respuesta a esta pregunta—. Recibí un informe de allanamiento. Alguien —saca una libreta de su bolsillo y finge consultarla— "merodeando por la propiedad, husmeando por las ventanas como un criminal", creo. ¿Habrás sido tú, por casualidad?

Trago nerviosamente. Refutaría la acusación de "criminal", pero técnicamente *estoy* allanando. No se puede negar. Sin embargo, eso es lo que me encuentro haciendo. Porque si hay una forma incorrecta de hacer algo, puedes estar segura de que la encontraré.

—Vaya, oficial, todo eso suena muy serio —digo, con un intento de risa que suena más como un graznido—. No estaba *allanando*. Solo buscaba a alguien. Una... una amiga. Pensé que vivía aquí.

—¿No sabes dónde vive tu amiga? ¿Así que estabas mirando por las ventanas buscándola? ¿Has estado probando todas las ventanas del pueblo, entonces, o hay algo especial en estas?

Un ligero arqueado de ceja. Un tic en la comisura de la boca que podría significar que se está riendo de mí o solo frunciendo el ceño aún más. *Dios, es exasperante.*

—¿No podrías simplemente haberle llamado por teléfono y preguntarle dónde vive? —continúa, razonablemente—. ¿En lugar de asustar a la señora Paterson aquí hasta la muerte?

Sorprendida, sigo la dirección de su mirada y veo a una mujer mayor de pie en la puerta ahora abierta de la casa detrás de mí. Delgada, pálida y con su cabello fino recogido hacia atrás, parece que una brisa fuerte se la llevaría volando.

Creo que acabo de encontrar a mi fantasma.

—Buenos días, Elsie —dice Dylan alegremente, yendo a saludarla—. ¿O ya es tarde?

—Oh, Dylan, gracias por venir tan rápido, muchacho —dice la mujer, envolviendo su estrecha figura con su cárdigan—. Me llevé un buen susto cuando vi a esta merodeando. Estaba espiando por las ventanas. Bueno, ¿qué se suponía que debía pensar?

—Hiciste bien en llamar, Elsie —dice Dylan tranquilizadamente. Es todo encanto cuando habla con cualquiera que no sea yo. Voy a tener que esforzarme más para no tomármelo personalmente—. Pero ahora puedes dejármelo a mí. Tendré esto resuelto en un santiamén.

—Espera —digo, resentida por la implicación de que soy algo que hay que "resolver" ahora—. ¡Espera!

Me adelanto rápidamente, viendo a la anciana —Elsie— retroceder ligeramente cuando me acerco.

—Elsie... señora Paterson, quiero decir. —Mi acento es de repente muy *inglés*, como se vuelve cuando estoy nerviosa. Estoy segura de ver las cejas de Dylan juntarse en un ceño fruncido al oírlo—. Lamento mucho haberla preocupado —continúo apresuradamente, dirigiéndome directamente a Elsie e ignorando al Ángel de la Oscuridad a su lado—. Habría llamado, pero no pensé que hubiera alguien en casa.

La señora Paterson no parece totalmente convencida por esto, pero los brazos que agarran el cárdigan se relajan ligeramente, lo que tomo como una buena señal.

—De verdad lo siento muchísimo —digo, dándole mi mejor sonrisa—. Es solo que estaba buscando a alguien, y me dijeron que podría vivir aquí.

Bueno, eso no es estrictamente cierto, pero se acerca bastante.

—Su nombre es Ada —le digo, sintiendo cómo la esperanza empieza a latir en mi pecho—. Ada Valentine. ¿La conoce?

Elsie duda, pero entonces Dylan asiente tranquilizadamente hacia ella, y parece decidirse.

—Ada es el nombre de la chica que ha estado quedándose en uno de los apartamentos de arriba por un tiempo —dice de mala gana—. Es una de esas cosas de Airbnb. Yo tengo la planta baja, y el resto se alquila. No está en problemas, ¿verdad?

La sangre retumba ensordecedoramente en mis oídos. Soy vagamente consciente de que Dylan está hablando, asegurándole a Elsie que nadie está en problemas aquí (*Yo no estaría tan segura de eso, si fuera tú...*) pero apenas puedo oírlo por encima del clamor de mis pensamientos.

La he encontrado.

Realmente la he encontrado.

Y en un lugar donde menos esperaba que estuviera.

Si me hubieras dicho hace una hora que hoy me encontraría hablando con alguien que conoce a Ada, estoy segura de que habría podido producir una larga lista de preguntas que habría querido hacer. Como *¿dónde diablos está?*, para empezar. (Y tal vez *¿su cabello es realmente tan brillante?* como seguimiento.) Ahora que estoy aquí de pie, sin embargo, mi cabeza se siente tan confusa que todo lo que puedo hacer es mirar torpemente a la mujer.

—¿La... la has visto últimamente? —logro decir al fin, mi propia voz sonando como si viniera de muy lejos—. ¿Sabes dónde está?

Elsie me mira con sospecha. Es difícil culparla, dadas las circunstancias, supongo.

—Creo que se fue de camping —dice vagamente, mirando un punto por encima de mi cabeza—. Sí. Sí, eso era. Camping salvaje, lo llamó. Apparently está muy de moda entre los jóvenes.

Dylan y yo intercambiamos miradas. Probablemente él esté pensando que noviembre es una época extraña para ir de camping por aquí. Yo solo estoy sorprendida de escuchar que a Ada le gustaba el camping en *absoluto*, "salvaje" o no. Ciertamente no lo mencionó en ninguna de las aproximadamente 967 historias de Instagram que publica cada día. *Publicaba*, mejor dicho.

—¿Estás segura, Elsie? —pregunto con dudas—. Es solo que... me parece más una chica de *interiores*, ¿sabes?

Pienso en el sofá crema de Ada con los cojines inmaculados; en su extensa colección de productos para el cuidado de la piel y las uñas perfectamente arregladas que nunca parecían descascarillarse.

*¿Todo eso era solo una mentira? ¿O esto es la mentira? ¿Esta idea de que ella de repente aparezca en mi ciudad adoptiva —una coincidencia en la que todavía no puedo creer del todo— y decida quedarse para ir de **camping**, de todas las cosas?*

—Eso es lo que dijo. ¿Por qué? Pensé que habías dicho que no estaba en ningún problema.

—No te preocupes, Elsie —dice Dylan tranquilizadoramente—. La única persona en problemas ahora mismo es Scarlett. Ahora, ¿por qué no vuelves adentro? Hace un frío terrible aquí fuera.

Se afana durante lo que parece un tiempo interminablemente largo, ayudando a la mujer a volver a la casa y rechazando sus repetidas ofertas de té. Por fin, sin embargo, la puerta se cierra tras ella, y él se vuelve para enfrentarme.

—¿Te gustaría decirme de qué se trataba todo eso? —pregunta, con una expresión cuidadosamente neutral.

—No. No me gustaría —respondo infantilmente—. Porque no es asunto tuyo.

Esa es otra mentira. He llegado a un punto en el que en realidad *me gustaría* bastante confiarle a alguien sobre Ada y mis sospechas sobre ella. Alguien con quien extender todas las piezas como un rompecabezas y que me ayude a descubrir cómo volver a unirlos. Porque, seamos sinceros, se está volviendo cada vez más obvio que no voy a ser capaz de hacerlo por mí misma.

Tampoco lo voy a hacer con Dylan Fraser, sin embargo. Eso también es *bastante* obvio, así que simplemente cruzo los brazos sobre mi pecho e intento resistir la tentación de hacer un puchero como una niña. No estoy segura de lograrlo.

—En realidad —dice fríamente—, es muy de mi incumbencia cuando un miembro del público me llama para reportar un posible crimen en curso. Voy a tener que insistir en una explicación, Scarlett. No puedes simplemente andar merodeando por la casa de alguien así. Lo sabes. O *deberías* saberlo, de todos modos. Supongo que estás persiguiendo algún tipo de 'historia'. ¿Es eso?

Pone un énfasis sarcástico en la palabra *historia*, y le doy mi mejor ceño fruncido estilo *George de Los Cinco*.

—Ya te *dije* lo que estoy haciendo aquí —señalo—. Estoy buscando a mi amiga, ¿recuerdas?

—Claro. La 'amiga' de la que no pareces saber nada. Como dónde vive, o si le gusta acampar o no. *Esa* amiga.

Está disfrutando esto, puedo notarlo.

—Esa misma —digo, desesperada por terminar con esto para poder volver al importante asunto de obsesionarme con todo lo que acabo de aprender—. Ahora, si no te importa, tengo que ir a trabajar, y estoy segura de que debes tener una oveja perdida o una maldición antigua o algo que investigar, así que...

—Sí, buen intento, Scarlett. Vas a tener que hacerlo mejor que eso. Ahora, ¿por qué no intentas decirme por qué estás *realmente* aquí?

La postura defensiva de Dylan imita casi perfectamente la mía mientras nos enfrentamos en los escalones de la casa, ninguno de los dos queriendo ser el primero en ceder.

—¿Quién es Ada Valentine? —pregunta, un poco más suavemente—. ¿Por qué la estás buscando?

Lo miro con incredulidad. No puedo creer que haya encontrado a la única persona en Heather Bay que aparentemente no ha oído hablar de Ada Valentine.

—Es una influencer —le digo al fin—. En Instagram, ¿sabes? —Levanto mi teléfono, como si él pudiera no saber qué son las redes sociales. Para ser justos, no parece exactamente el tipo de persona que aprendería el último baile de TikTok, o perdería el tiempo mirando videos de gatos.

Probablemente ni siquiera le *gusten* los gatos, para el caso. ¿Y qué clase de persona no le gustan los *gatos*, te pregunto?

—Sé lo que es Instagram, gracias —dice, impasible—. Créelo o no, tenemos esas cosas aquí arriba. Lo que no sé es por qué alguien como tú se preocuparía por esas tonterías.

Lo sabía.

—¿Alguien como yo? ¿Qué se supone que significa eso?

Estoy repitiendo casi exactamente las palabras que él me dijo junto al lago esta mañana, y me pregunto brevemente si toda mi relación con este hombre va a consistir en que cada uno de nosotros haga suposiciones sobre el otro, y luego discuta sobre ello.

No es que pretenda tener mucha 'relación' con él, obviamente. No si puedo evitarlo.

—Solo... la gente en general, quiero decir —para mi diversión, en realidad parece ligeramente avergonzado—. No entiendo qué obtiene la gente de eso; publicar cada detalle de sus vidas en línea. Tomar fotos de su cena antes de poder comerla. *Selfies* —pronuncia la última palabra como si lo hubiera ofendido personalmente—. Me parece una pérdida de tiempo —se encoge de hombros—. Documentar tu vida en lugar de vivirla. Hacer cosas por cómo se verán, en lugar de porque quieres hacerlas. Es tan *superficial*.

Hace un estremecimiento teatral.

—¿Así que tú estás metida en todo eso? —pregunta, cargando la pregunta de juicio. Bien podría haber preguntado: *¿Así que eres una narcisista? ¿Así que no te importa nada más que las apariencias? ¿Así que tengo razón en haberte tomado antipatía al instante?*

Quiero decirle que en cierto modo estoy de acuerdo con él. Que la gente como Ada me molesta tanto como me fascina, pero que cuando tu propia vida es un caos, puede ser reconfortante escapar a la aparente perfección de la vida de otra persona, incluso cuando sabes que probablemente sea mentira.

Sin embargo, no le digo nada de eso. Porque es importante nunca dejar que tu enemigo vea tu debilidad, ¿no? Así que, en su lugar, simplemente me encojo de hombros y lo miro a los ojos.

—Soy periodista —digo con firmeza—. Me interesan todo tipo de cosas que no entenderías. Y a menos que vayas a acusarme de un delito, te sugiero que me dejes volver al trabajo.

Es un poco arriesgado. Aunque, por otro lado, no *creo* que puedan arrestar a alguien solo por mirar por una ventana —o, bueno, cinco o seis ventanas— y Elsie no dijo nada sobre presentar cargos, así que seguramente ni siquiera un burócrata como Dylan querrá llevar esto más lejos, ¿verdad?

Por primera vez hoy, parece que la suerte está de mi lado. Después de unos tensos momentos, durante los cuales puedo ver que está exprimiendo su cerebro en busca de una excusa para sacar las esposas de nuevo, Dylan simplemente se encoge de hombros y luego se hace a un lado para dejarme pasar.

—¿Quieres que te lleve de vuelta al pueblo? —pregunta, sorprendiéndome.

—Eh, no, gracias —digo apresuradamente, sin mirarlo a los ojos—. Creo que caminaré.

—Como quieras.

Se encoge de hombros otra vez, dejándome con una extraña sensación de desconcierto.

Sé que él no me quería en su coche más de lo que yo quería estar en él, así que ¿por qué me siento decepcionada de que no vaya a suceder?

—Te dejaré entonces —dice Dylan, guardando su libreta en el bolsillo—. Solo... intenta no meterte en más problemas, Scarlett, ¿quieres? —continúa—. Esta es la segunda vez que casi tengo que arrestarte hoy. No vayamos a por una tercera, ¿de acuerdo?

—Entendido —respondo alegremente, haciendo un saludo militar de broma, y luego fingiendo que solo me estaba quitando un pelo inexistente de los ojos cuando veo la mirada que me devuelve.

¿Por qué me hago esto a mí misma?

—Um, quiero decir, no hay problema, me aseguraré de que no tengas que verme de nuevo —murmuro, esperando fervientemente que esto resulte ser cierto. Los ojos de Dylan se estrechan ligeramente, pero no dice nada, solo se da la vuelta y camina de regreso a su coche, yo siguiéndolo a una distancia segura. No mira atrás mientras entra y se aleja conduciendo, pero camino todo el trayecto de vuelta a la carretera principal antes de detenerme, solo para asegurarme de que realmente se ha ido.

Puede que haya prometido que no tendría que verme de nuevo, pero *no* prometí mantenerme alejada de los problemas. Y ahora que Dylan está fuera del camino, voy directamente de vuelta a Windsong House.

Capítulo 11

¿Qué está haciendo Ada en Heather Bay?

Porque una cosa es segura: no está *acampando*, sea lo que sea que le haya dicho a Elsie. Simplemente no me lo creo.

Entonces, ¿cuál es la *verdadera* razón por la que está aquí?

Sé que Elsie probablemente no va a poder responderme esto, pero *tengo* que intentarlo. Necesito saber dónde está Ada; que está a salvo. Que mi estúpido mensaje impulsivo no desencadenó una serie de eventos que algún día terminarán como un trágico documental de crímenes reales en *Netflix*: personaje principal, yo.

Lo que significa que voy a volver a entrar.

Esta vez lo haré bien. Voy a tocar la puerta —como debería haber hecho la primera vez— y cuando Elsie venga a abrirla, le preguntaré educadamente si hay algo más que pueda decirme sobre Ada y dónde podría estar. Suplicaré si es necesario. Yo...

... Me esconderé detrás de este arbusto descuidado en la parte trasera de la casa, como una criminal, porque, Dios mío, creo que puedo oír a alguien.

Me asomo desde mi escondite, maldiciendo la imprudente decisión de la Scarlett del pasado de comprar un abrigo tan rojo como su nombre, y relajándome solo cuando veo que es Elsie, quien aparece por una puerta trasera y arroja lo que parece ser una pila de papeles en el contenedor de basura de tamaño industrial que está junto a ella.

Antes de volver a entrar en la casa, mira furtivamente a su alrededor (O, al menos, *creo* que lo hace; es bastante difícil ver desde detrás de este rododendro, o lo que sea que sea...) antes de volver adentro y cerrar firmemente la puerta tras ella.

Hmmm.

Cualquier otra persona habría visto a una anciana sacando la basura. Yo, sin embargo, me crié con novelas de detectives y películas para televisión, lo que significa que **yo** vi a alguien comportándose de manera sospechosa. Y ahora quiero saber por qué: y si tiene algo que ver con Ada.

Probablemente no sea así, por supuesto. Esto no es una historia de detectives, después de todo. Es solo mi estúpida vida; y estoy empezando a pensar que probablemente sea mejor que nunca me haya dedicado al periodismo de investigación, porque realmente no creo que esté hecha para ello.

Tal vez podría echar un vistazo rápido, ¿no?

Ya que está en mi camino hacia la puerta, de todos modos...

Obviamente, *no* voy a hacer esto. Hurgar en la basura de alguien sería un nuevo mínimo, incluso para mí, y probablemente también ilegal. Sin embargo, cuando llego a la puerta trasera de la casa, me encuentro haciendo una pausa junto al contenedor de basura antes de extender la mano para abrir la tapa de plástico.

*A Dylan Fraser le **encantaría** esto, si estuviera aquí para verlo.*

El hedor del contenedor me devuelve bruscamente a mis sentidos, y estoy a punto de cerrar la tapa de golpe cuando lo veo, sentado encima de los restos de una cena de microondas para uno.

Es un sobre.

Y estoy bastante segura de que puedo ver la letra A garabateada en el frente.

Me pongo de puntillas, tratando de acercarme más.

Probablemente no sea nada. Estoy segura de que no lo es, de hecho. Y sin embargo... ¿y si lo es? ¿Y si es *algo*? ¿Y si lo que sea que esté en ese sobre es lo único que me dirá por qué Ada vino aquí y dónde está ahora?

No estoy fisgoneando, lo juro. Solo estoy *preocupada*, eso es todo. Solo quiero saber si está bien. Y sé que la respuesta a eso probablemente *no* se va a encontrar en el fondo de este maloliente contenedor de basura, pero si no lo compruebo al menos, nunca lo sabré, ¿verdad? He pasado suficientes noches de insomnio lamentando todas mis decisiones de vida como para no querer añadir una más a la lista, así que, después de otra mirada rápida alrededor para asegurarme de que nadie me está observando, me levanto cuidadosamente con los brazos (*Al menos esa membresía del gimnasio finalmente está dando frutos...*), y me inclino con cautela hacia adelante, alcanzando hacia abajo, abajo... y luego de repente lanzándome hacia adelante y cayendo de cabeza en la basura debajo de mí.

Y yo que pensaba que ser orinada encima y luego casi arrestada iba a ser lo peor que me pasaría hoy.

Por un momento me quedo allí sentada, casi hasta la cintura en la basura, esperando que mi cerebro termine de procesar este giro inesperado —y sin embargo totalmente previsible— de los acontecimientos.

Algún día alguien buscará la palabra 'karma' en el diccionario, y habrá una foto mía sentada en este contenedor de basura. Porque eso es lo que obtengo por no saber cuándo parar, ¿no es así?

Poniendo una mano sobre mi nariz para evitar las náuseas, alcanzo el sobre con la otra, decidida a no dejar que todo esto haya sido en vano.

El sobre está vacío.

¿Realmente esperaba algo más?

Con el estómago revuelto por una intensa mezcla de náuseas y vergüenza, dejo caer el sobre con disgusto y me acomodo en posición vertical, tratando de no pensar en todas las cosas sobre las que podría estar sentada actualmente. Sin embargo, antes de que pueda ponerme de pie y salir, hay un crujido de pasos en la grava afuera, y una cabeza aparece sobre el borde del contenedor —una cabeza de cabello oscuro y espeso, parcialmente oculta bajo la visera de una gorra de policía.

Así que esto es lo peor que me va a pasar hoy, entonces. Bueno saberlo.

Me encojo contra las cajas de cereales y otros trozos de basura, preparándome para la explosión de ira que sé que viene.

—Scarlett.

—Dylan.

Se queda allí mirándome, como si este fuera un lugar totalmente normal para encontrarnos.

—Sé que la gente dice que la *Gazette* publica un montón de basura vieja estos días, pero no sabía que era de aquí de donde la sacaban —dice, sonriendo con suficiencia.

—Muy gracioso —respondo, con las mejillas ardiendo—. Mira, ¿vas a ayudarme a salir de aquí o qué?

—¿Ayudarte a salir? ¿Quieres decir que no estás tratando de reciclarte a ti misma? —se frota la barbilla con fingida confusión. Está disfrutando esto a fondo, puedo decirlo.

El completo bastardo.

—No lo estoy —digo, con toda la dignidad que puedo reunir—. Aunque realmente estoy empezando a desear poder hacerlo.

Para mi absoluto horror, mi labio inferior comienza a temblar de manera ominosa, lo cual es extraño, porque nunca lloro. Nunca. O al menos no desde que mamá murió. ¿Cuál sería el punto?

—Vamos, Problemas —suspira Dylan, alcanzando dentro del contenedor—. Saquémoste de ahí.

—Estoy perfectamente bien —le digo, sacudiendo la cabeza—. En serio, puedo arreglármelas.

Estoy a punto de demostrarlo sacándome del contenedor de la misma manera que entré, cuando de repente un par de brazos musculosos me rodean la cintura, y Dylan me levanta, sacándome sin esfuerzo del contenedor y colocándome cuidadosamente en el suelo frente a él, como si temiera que pudiera romperme.

¿Recuerdas esa escena de *Dirty Dancing* cuando Johnny levanta a Baby sobre su cabeza al final? Bueno, esto no se parece en absoluto a eso. Es decir, *obviamente*. (Bueno, aparte del hecho de que yo sí estoy muy sucia...) Sin embargo, esa es la imagen que me viene a la mente durante los aparentemente interminables segundos que me está levantando por el aire, y para cuando llego al suelo, he empezado a reírme sin control, de esa manera que a veces ocurre cuando absolutamente nada es gracioso, pero estás tan desbordada de algún tipo de emoción que termina estallando de la manera menos apropiada posible.

La emoción que estoy sintiendo es vergüenza abyecta, mezclada con una fuerte dosis de culpa. Lo que sale de mí, sin embargo, es una risa histérica, y hace que el buen humor anterior de Dylan se haga añicos como una copa de vino sobre el granito.

—¿Qué demonios, Scarlett? —dice—. Esto no es gracioso. ¿Qué te pasa?

—Lo siento —jadeo, avergonzada—. Sé que no es gracioso, lo juro. Lo siento mucho. Yo...

—¿Qué crees que estás haciendo aquí, de todos modos? —continúa, sin molestarse en esperar el resto de mi disculpa—. Me prometiste que te irías. Prometiste que te mantendrías fuera de problemas. ¿Y ahora estás aquí metiéndote en un *contenedor*? Sabes que tendré que informar de esto, ¿verdad? Sabes que no puedo simplemente hacer la vista gorda, como hice con el allanamiento, ¿no?

Está furioso. Y, por una vez, no puedo culparlo. No tengo absolutamente ninguna respuesta ingeniosa para esto. Ni siquiera una realmente estúpida, como, "Me has pillado con las manos en la masa, agente", o algo más sacado de una serie policial de televisión. Estoy totalmente equivocada aquí, y lo sé. No hay nada como un rápido chapuzón en un contenedor para aclararte la mente y mostrarte el error de tus acciones, ¿verdad?

—¿Siquiera me estás escuchando? ¿No tienes nada que decir en tu defensa?

El hombre que hacía bromas sobre la basura se ha ido, aparentemente. En su lugar: Dylan, el gruñón del pueblo.

Al menos estamos de vuelta en terreno familiar, entonces.

Dylan se quita la gorra de policía y se pasa las manos por el pelo con exasperación, dejándolo erizado en puntas desiguales que le dan un aspecto inesperadamente juvenil.

—Lo... lo siento —digo, con la voz poco más que un susurro—. Lo siento mucho. Sé que no debería haberlo hecho. Es que...

Me callo débilmente. No puedo decirle a un oficial de policía por qué terminé en ese contenedor. Ya estoy en suficientes problemas sin contarle a un hombre con el poder de encerrarme que podría ser la razón por la que una mujer está desaparecida. O algo peor.

Me está observando atentamente, con los ojos oscuros e indescifrables.

—¿Es que qué? —pregunta, volviendo a ponerse la gorra. Su voz todavía tiene ese tono, pero hay algo más ahí también, algo que realmente no puedo descifrar.

—Vamos —dice con cansancio, cuando no logro responder—. Sube al coche. Te llevaré a casa.

—¿A casa? ¿No vas a llevarme a la comisaría? —pregunto incrédula mientras se da la vuelta para marcharse—. ¿O... a la cárcel?

—No estás arrestada, Scarlett —dice Dylan sin darse la vuelta—. No mientras me digas exactamente qué está pasando aquí, de todos modos. Entonces lo pensaré.

—No puedo decírtelo —respondo, empezando a trotar torpemente en un intento de mantener el ritmo de sus zancadas mucho más largas—. Es, em... bueno, una periodista tiene que proteger sus fuentes, ¿sabes?

Dylan resopla.

—¿Ah, sí? —dice en tono conversacional. Estamos en el coche ahora, y me alivia ver que es la puerta del pasajero la que me abre, no la de atrás, que tiene una gruesa capa de plexiglás separando a los pasajeros del conductor. Aun así, el coche es un incómodo recordatorio de lo cerca que estoy de meterme en serios problemas, y mi estómago se revuelve de nervios mientras entro y me abrocho el cinturón de seguridad, como la buena ciudadana respetuosa de la ley que definitivamente no soy.

Dylan no hace ningún otro intento de conversación mientras arranca el motor y sale del camino de entrada, y paso el resto del corto trayecto preguntándome si lo está haciendo a propósito, con la esperanza de que empiece a hablar y de alguna manera logre incriminarme. Apuesto a que los entrenan para hacer eso.

Sin embargo, el silencio es mucho preferible a tener que explicarme ahora mismo, así que simplemente miro por la ventana, viendo pasar Heather Bay, hasta que finalmente nos detenemos frente a mi casa.

—Realmente debería volver al trabajo —murmuro, desabrochándome el cinturón de seguridad—. Hamish se estará preguntando dónde estoy.

—Lo llamaré y le diré que has estado conmigo —dice Dylan, sorprendiéndome una vez más—. Le diré que me estabas entrevistando para ese perfil del que hablaba. De todos modos, no puedes volver al trabajo así.

Sus ojos oscuros recorren rápidamente mi cuerpo de arriba a abajo, y me sonrojo, recordando que no solo he estado en un contenedor hoy, sino que también me han orinado encima.

Realmente está llegando a verme en mi mejor momento, ¿no?

—Gracias —digo torpemente, resistiendo el impulso de oler la manga de mi abrigo para confirmar lo mal que huelo en este momento—. Eso es, em, *decente* de tu parte. Especialmente, bueno, dadas las circunstancias.

—Soy un tipo decente, Scarlett —dice, encogiéndose de hombros—. Pero no lo hago por ti.

Oh. Eso tiene sentido.

—Lo hago porque quiero que me digas la verdadera razón por la que estabas husmeando en esa casa —continúa, sus ojos escudriñando mi rostro como si fuera a encontrar la respuesta en él—. No alguna excusa inventada sobre Instagram o lo que sea. Quiero saber la verdad. Y tendrás que decírmelo si esperas que le mienta a tu jefe por ti.

—Yo no te pedí que mintieras —señalo—. Tú te ofreciste. Y estoy realmente, realmente agradecida contigo, en serio, lo estoy, pero ya te dije por qué estaba allí. Estaba buscando a Ada Valentine. No tienes que creerme, pero es la verdad, lo juro.

—Sí, pero esa no es toda la verdad, ¿verdad? Obviamente no esperabas encontrar a esta Ada en un contenedor de basura. Entonces, ¿de qué se trataba eso?

Se recuesta en su asiento como si tuviera todo el tiempo del mundo; lo cual probablemente tiene, para ser justos. No es como si Heather Bay fuera un hervidero de actividad criminal, después de todo. Mi pequeña escapada probablemente fue lo más emocionante que pasará aquí en toda la semana, aunque no me dé mucha satisfacción admitirlo.

Lo miro pensativamente. Desearía que fuera más fácil leerlo. Ya no parece *enojado*, pero es un oficial de policía, y yo soy una sospechosa potencial en un caso que él ni siquiera sabe que va a estar investigando pronto. Tengo que andar con cuidado aquí.

—Podemos hablar de esto aquí —dice, interrumpiendo mis pensamientos—. O podemos hablar de ello en la comisaría. Todavía no he decidido qué hacer contigo, ¿sabes? Supongo que depende de lo que tengas que decir en tu defensa.

La pregunta queda peligrosamente suspendida en el aire, y tengo la sensación de estar balanceándome precariamente en una cuerda floja. Sé que definitivamente voy a caer; solo es cuestión de en qué dirección lo haré y qué pasará cuando aterrice.

—Estoy preocupada por Ada —digo al fin, tomando una decisión—. Creo que algo no está bien. Creo que algo podría haberle pasado.

Ahora que lo he dicho, me siento extrañamente tranquila. Esto es lo que debería haber hecho desde el principio. Ahora puede ser el problema de otra persona. Alguien más puede preocuparse por hurgar en los contenedores y encontrar pistas, y yo puedo volver a mi reconfortantemente aburrida existencia y a ese artículo sobre empanadas, guisantes y bingo que todavía no he terminado.

Eso suponiendo que no me acusen de acosarla hasta la muerte, obviamente.

También está eso.

—Vale —dice Dylan, su rostro registrando sorpresa y luego preocupación mientras saca su libreta y la hojea hasta encontrar una página en blanco—. ¿Y qué te hace pensar eso?

—Eh, bueno, es su Instagram —le digo tímidamente—. No ha publicado nada en unos días, y normalmente lo actualiza, como, *todo* el tiempo, así que pensé...

La libreta se cierra de golpe. Una barrera invisible cae entre nosotros, el frágil alto el fuego al que habíamos llegado en los momentos en que pensé que me estaba tomando en serio se rompe abruptamente.

—¿No ha actualizado su Instagram?

No hay forma de confundir su pregunta con mero interés. O el coche se hace más pequeño o Dylan se hace más grande. De cualquier manera, tengo un repentino y desesperado impulso de escapar.

—¿Estás hablando en serio ahora mismo? ¿Me estás diciendo realmente que allanaste la propiedad de otra persona y hurgaste en su basura porque una mujer que no conoces *no había actualizado su Instagram*?

—Bueno, cuando lo pones así...

Cuando lo pones así solo obtienes la mitad de la imagen: la mitad que convenientemente omite el hecho de que Ada estaba siendo acosada antes de que dejara de publicar abruptamente. Acosada por *mí*. Sé que solo fue un mensaje, pero aun así, no puedo quitarme la sensación de

que las dos cosas —el mensaje y la desaparición— están conectadas. No puedo dejar de pensar que podría haber sido yo la gota que colmó el vaso. Y no puedo decirle eso a Dylan, porque *literalmente* acaba de amenazarme con llevarme a la comisaría para interrogarme, y no puedo permitir que eso suceda.

Así que simplemente me encojo de hombros desesperadamente, sabiendo lo estúpida que debo parecer ante él, pero incapaz de hacer nada al respecto.

—No puedo creerlo, Scarlett —murmura Dylan, pasándose una mano por los ojos con el cansancio de un hombre cuya paciencia ha sido duramente puesta a prueba—. No puedo creer que haya desperdiciado medio día en esta tontería. No puedo creer que *tú* hayas desperdiciado medio día en esta tontería. Haz que esto tenga sentido, te lo ruego. Porque esta no eres tú, Scarlett. Simplemente no lo eres.

—¿Cómo sabes *tú* cómo soy? —respondo, dolida—. Ni siquiera me conoces.

—Sé lo suficiente para saber que hay algo aquí que no me estás contando —dice con calma—. Y no puedo ayudarte a arreglarlo si no me dices qué es.

¿Sabes cuando sales de fiesta y te sientes bastante bien contigo misma? Te has arreglado el pelo y el maquillaje, tal vez has comprado algo nuevo para ponerte, y cuando te miras al espejo, ves la mejor versión de ti misma mirándote? Así que sales, lo pasas genial, y luego a la mañana siguiente te despiertas y descubres que alguien te ha etiquetado en una foto, y ahí estás, pareciendo Lord Voldemort con resaca?

Así es como me siento ahora mismo.

Hay un tipo especial de horror en ser forzada a verte a través de los ojos de otra persona. Cada vez que me etiquetan en una foto que no se parece en nada a mí, me encuentro preguntándome qué creer: el espejo o la foto. ¿Cuál es la verdadera yo? ¿Qué es lo que la gente ve *realmente*? Nunca he podido llegar al fondo de eso, pero mientras estoy sentada aquí, en el asiento del pasajero de un coche de policía, de repente no importa, porque ahora puedo elegir. No cómo salgo en las fotos (aunque eso también sería agradable, obviamente), sino cómo soy *realmente*. Puedo decidir qué versión de mí misma voy a ser a partir de ahora, y *no* voy a elegir la versión que acaba de ser sacada de un contenedor de basura.

Ah-ah.

—Lo siento mucho —digo, respirando profundamente mientras me giro para mirar a Dylan—. De verdad, lo siento. Solo... creo que me dejé llevar un poco, ¿sabes?

Él no asiente. *No* lo sabe, al parecer.

—Sé que lo que hice estuvo mal, y... y fue estúpido, y loco, y... básicamente *todas* las cosas malas —continúo apresuradamente—. Pero te juro por Dios que he aprendido la lección. Nunca más voy a hacer nada parecido, lo prometo. De hecho, nunca más me verás. En un contexto profesional, quiero decir. Probablemente me verás por el pueblo, obviamente, porque es un lugar pequeño, pero me mantendré fuera de tu camino porque...

—Ve a casa, Scarlett.

Dejo de balbucear abruptamente. La boca de Dylan es una línea recta, como suele ser cuando habla conmigo, pero hay un ligerísimo indicio de curvatura en las comisuras, lo que me hace pensar que no está *tan* furioso conmigo como lo estaba hace unos minutos.

—Vamos, sal de aquí —dice, inclinándose sobre mí para abrir la puerta del coche—. Antes de que diga algo de lo que me arrepienta.

Tomándolo al pie de la letra, me lanzo fuera del coche, casi tropezando en mi prisa por alejarme.

—Lo digo en serio, Scarlett —dice, bajando la ventanilla e inclinándose hacia fuera—. Mantente alejada de los problemas. Sé que obviamente va a ser difícil para ti, porque parece que los *problemas* son tu segundo nombre, pero necesito que lo intentes, ¿de acuerdo? Me estás volviendo loco.

Abro la boca para decirle que mi segundo nombre es Rose —porque mis padres me odiaban, aparentemente—, pero luego lo pienso mejor y simplemente asiento en reconocimiento, tratando de parecer lo más inocente posible, aunque no es algo que me salga de forma natural.

—Y mantente alejada de Instagram —grita Dylan mientras pone el coche en marcha atrás y se aleja—. Te está volviendo loca *a ti*.

—Lo haré —prometo. Sin embargo, cuando meto la mano en el bolsillo para buscar mi teléfono, me doy cuenta de que no podría revisar el Instagram de Ada aunque quisiera.

Mi teléfono ha desaparecido.

Y solo hay un lugar donde podría estar.

Capítulo 12

*E*l chico que no es Finn —¿Sam? ¿Steven? ¿Algo más que empezaba con la letra S?— y yo estamos sentados junto al lago, mirando hacia la pequeña isla en el centro, esa con el castillo en ruinas que siempre me recuerda al Castillo Kirrin de Los Cinco.

—Apuesto a que podríamos nadar hasta allí —digo, creyéndomelo. Tengo 11 años y todavía pienso que probablemente podría hacer cualquier cosa que quisiera si me lo propusiera. Ya aprenderé.

—Qué va —dice el chico que no es Finn, con su suave acento de las Tierras Altas apenas perceptible. Intenta hablar "correctamente" cuando está conmigo, rechazando el dialecto que usan los chicos del pueblo. Desearía que no lo hiciera. Me gusta cómo suena su voz, suave y tranquilizadora, pero dice que no lo entendería si hablara como lo hace con sus amigos.

—No podríamos nadar hasta allí —dice, mirando hacia el castillo, su cabello oscuro alborotado por el viento—. Está más lejos de lo que parece. Y el agua está helada. Nos congelaríamos mucho antes de llegar.

—Podríamos robar un bote —sugiero esperanzada—. Eso es lo que harían Los Cinco.

—Los Cinco terminarían siendo arrestados por la guardia costera —dice, sonriéndome—. Y nosotros también. Así que es una suerte que no seamos tan tontos.

—Es una suerte que tú no seas tan tonto —le corrijo mientras nos levantamos y caminamos de vuelta por la orilla hacia donde mamá y papá han extendido la manta de picnic—. Yo probablemente lo haría sin pensarlo.

Y lo haría, sin duda. Pero así es como funciona esta improbable amistad: yo persigo aventuras que tienen altas probabilidades de meterme en problemas; él me detiene justo a tiempo.

Cuando termine el verano, volveré a Londres y tendré que resolver mis propios problemas de nuevo. Pero ahora todavía es agosto; el brezo florece en las colinas, el olor de la barbacoa que

papá ha montado a orillas del lago perfuma el aire y, por una vez, no estoy sola.

* * *

No es un sueño, sino un recuerdo —lo sé porque he estado despierta toda la noche, así que es imposible que haya estado soñando—, pero parpadea y se desvanece como lo hace un sueño cuando despiertas, un momento tan vívido que podrías extender la mano y tocarlo, al siguiente desaparecido para siempre, como si nunca hubiera existido.

Aparto las sábanas, renunciando al sueño, y salgo al balcón, respirando el aire fresco de la mañana. Las nubes están bajas sobre el agua esta mañana, y observo por un momento cómo una de ellas navega por el centro del lago, como un dirigible.

Este es más o menos donde nos habríamos sentado; yo y el chico, quienquiera que fuese. Yo y mamá. Estas casas no habrían estado aquí en ese entonces, y me pregunto qué habría pensado la niña que fui si hubiera sabido que viviría aquí algún día.

Desearía poder recordar más, pero también desearía poder recordar menos. En este momento, no estoy segura de cuál de las dos cosas quiero más.

En la playa, un grupo de chicas adolescentes se lanza al agua, chillando de risa mientras lo hacen. La natación en aguas abiertas se ha vuelto extrañamente popular en los últimos años, y las miro con envidia mientras se salpican unas a otras en las aguas poco profundas, aparentemente ajenas al frío. Llevan bikinis, en lugar de trajes de neopreno, y sonrío con nostalgia, recordando cómo yo siempre insistía en nadar con mis pantalones cortos, demasiado tímida para dejar que alguien me viera.

Otro recuerdo. Debe ser el día para ellos.

Estas chicas, sin embargo, con sus piernas largas y su confianza, parecen estar totalmente a gusto consigo mismas, de una manera que yo nunca he logrado, ni siquiera ahora. Ni siquiera puedo imaginarme corriendo hacia un lago así. No puedo imaginar sentirme alguna vez tan cómoda o tan libre.

Apartándome del sonido de las risas adolescentes, busco reflexivamente en el bolsillo de mi bata el teléfono mientras bajo las escaleras, y mi corazón se hunde cuando recuerdo que no está allí.

Maldiciendo mi propia estupidez una vez más, rebusco en los cajones de la cocina el teléfono fijo que vino con mi conexión de banda ancha, lo conecto y llamo a papá.

—Lo siento —digo tan pronto como contesta—. Sé que es temprano. Solo quería escuchar una voz amiga.

—¿Tan mal? —se ríe. Su voz es cálida y rasposa por el sueño y de repente siento tanta nostalgia que tengo que clavarme las uñas en las palmas de las manos para no llorar.

—¿Qué pasa? —dice—. Cuéntale a tu viejo papá para que pueda arreglarlo por ti.

Sonrío, aún parpadeando para contener esas lágrimas.

—Oh, no es nada realmente —le digo, encendiendo la tetera para hacerme un café muy necesario—. Solo cosas del trabajo. Lo de siempre. Oye, ¿recuerdas a un chico de por aquí? ¿Alguien con quien solía pasar el rato cuando veníamos de vacaciones?

Hay un silencio al otro lado del teléfono. A papá no le gusta hablar de Heather Bay y las vacaciones que solíamos pasar aquí. Cuando le dije que me mudaba aquí, no me habló durante una semana; fue una de las pocas discusiones que recuerdo haber tenido con él. Todavía no ha venido a visitar, ni a ver la casa, lo cual supongo que tiene sentido. Estar aquí podría hacerme sentir más cerca de mamá, pero eso es solo porque mis recuerdos de ella —y de este lugar— son tan borrosos. No es lo mismo para él, y supongo que no es sorprendente que no quiera volver aquí, dadas las circunstancias.

—Scott —dice por fin—. Creo que ese era su nombre. Scotty, lo llamabas tú. Un chico local. Un poco mayor que tú. Ustedes dos eran buenos amigos, por lo que recuerdo. ¿Por qué preguntas?

*Scotty. Sí. Ese era. Ahora lo recuerdo. Y no era solo un "buen" amigo, era mi **mejor** amigo. ¿Cómo pudo alguien tan importante haberse caído de mi mente de esa manera?*

—Solo... tuve un sueño sobre él —digo, sin querer decirle la verdad: que he empezado a recordar algunas de las cosas que creía perdidas para siempre—. Lo había olvidado por completo. ¿No te parece extraño?

—No realmente —dice, tras otra pausa que parece que podría durar indefinidamente—. ¿Recuerdas lo que dijo el médico sobre el trauma? ¿Cómo puede hacerte olvidar cosas?

—Sí, lo sé —murmuro, revolviendo la leche en mi café—. Solo desearía poder recordar más, a veces. Es curioso, nunca lo había cuestionado realmente hasta ahora. Ni siquiera viviendo aquí, donde...

Donde sucedió, pienso, pero no lo digo. No es necesario.

—Creo que eso es perfectamente normal —dice papá con brusquedad, dando por cerrado el tema—. Estás ocupada. Tienes muchas cosas en qué pensar. ¿Cómo va el trabajo? ¿Alguna gran exclusiva que contarme? ¿Cómo le va a esa Lexie con su novio estrella de cine?

Me río y le cuento sobre Edna y su marca de ropa, Jimmy y su maldición. Cuando termino, ya casi es hora de ir a trabajar, y el chico que ahora sé que se llamaba Scotty vuelve a ser un

recuerdo lejano.

Probablemente sea lo mejor.

Me despido de papá, luego saco mi portátil y lo abro, escribiendo un mensaje rápido a Ada antes de que pueda cambiar de opinión.

Hola, Ada. No estoy segura si verás esto (¡realmente espero que sí!) pero quería disculparme por lo que te dije la semana pasada. Fue algo horrible de hacer, y no hay absolutamente ninguna excusa. No espero que me perdones, ni siquiera que me respondas si no quieres, pero no podría vivir conmigo misma sin decirte que lo siento. Y realmente lo siento. Por favor, debes saber que no tuvo nada que ver contigo; todo fue por mí, y lamento sinceramente haberte lastimado. Scarlett x

Cinco líneas. Unos veinte minutos de trabajo para componer un mensaje que aún no ha sido leído cuando salgo a trabajar, a pie esta mañana, porque dejé mi coche en el pueblo cuando partí en mi malogrado viaje a la colina ayer. Estoy pensando que probablemente sea bueno no tener mi teléfono conmigo, o acabaría revisándolo cada pocos minutos en busca de una respuesta, cuando el crujido de neumáticos sobre grava me hace dar la vuelta, aunque ya sé quién va a ser.

—¿Perdiste algo?

El coche de Dylan Fraser se pone a mi altura justo cuando una mano sale por la ventana abierta, con un familiar destello de rojo brillante al final.

—¡Oh, Dios mío, mi teléfono!

Estoy tan feliz de reunirme con mi verdadero amor que momentáneamente olvido cuánto nos odiamos Dylan y yo, y sonrío ampliamente mientras tomo el teléfono de él. Su boca parpadea ligeramente en los bordes, luego me devuelve la sonrisa, su rostro transformado.

*Madre mía. En realidad es **muy** guapo cuando sonrío. No es que importe, obviamente. Quiero decir, todavía lo odio, solo que... lo odio un poco menos cuando me sonrío, eso es todo.*

—Pero, ¿cómo...? ¿Dónde...?

Mantengo mis ojos en el teléfono en lugar de mirarlo a él. Es más fácil así.

—Volví a hablar con Elsie ayer después de dejarte.

—¿Tú... hiciste *qué*?

Dejo de caminar sorprendida. Esto *no* me lo esperaba.

Dylan detiene el coche y me obliga a mirarlo.

—Sí —dice, luciendo tan incómodo como yo me siento—. Bueno, dijiste que estabas preocupada por esta Ada, y, por ridículo que sonara, no estaría haciendo mi trabajo si al menos no lo investigara, ¿verdad?

Asiento, mi cerebro luchando por procesar esto.

En realidad me tomó en serio. Volvió y lo comprobó. Alguien realmente me creyó por una vez.

—¿Y? ¿Qué pasó? No me dejes en suspenso.

—No mucho. —Se encoge de hombros, como si no fuera gran cosa—. Hablé con Elsie de nuevo. Me dijo lo mismo que te dijo a ti: que Ada se fue de camping. Elsie no pensó que hubiera nada extraño en ello. No está preocupada por ella. Así que no hay ningún gran misterio que resolver aquí, Scarlett. Sé que probablemente desearías que lo hubiera, conociéndote, pero es solo una mujer que se fue de camping y decidió no actualizar su Instagram por un tiempo. Eso es todo lo que hay.

Me muerdo el interior de la mejilla nerviosamente. Sé que debería sentirme aliviada por esto, pero de alguna manera no lo estoy. Porque eso *no* es todo lo que hay, ¿verdad? Ada no solo decidió irse de camping al azar. Se fue en algún momento después de que le enviara ese mensaje. Y de alguna manera apuesto a que si Dylan supiera lo que le dije, tampoco estaría tan seguro de que no había nada de qué preocuparse.

—¿Y el teléfono? —Sonríó temblorosamente, recordando mi promesa a mí misma, y a él, de tratar de dejar de obsesionarme con Ada.

—Ah, eso. Lo escuché sonar cuando volvía al coche —dice—. Así que fui a investigar, y cuando me di cuenta de que estaba en el cubo de basura, supe que tenía que ser tuyo. Como si la funda no fuera suficiente pista.

Miro el teléfono, cubierto con mi característico rojo brillante. Tengo cuatro llamadas perdidas, todas de Hamish. El logo de Instagram me mira fijamente desde la pantalla de inicio, pero lo ignoro decididamente, guardando el teléfono en mi bolsillo, donde pertenece.

—Sube entonces, Problemas —dice Dylan, señalando con la cabeza el asiento del pasajero—. Puedes revisar tu Instagram por el camino.

—¿Por... por el camino? —Estoy tan confundida que decido ignorar la pulla sobre Instagram—. ¿Por el camino a dónde?

Su frente se arruga.

—¿A la comisaría? —dice, hablando como si se dirigiera a alguien extremadamente duro de entendimiento.

—¿Qué? —chillo, horrorizada—. ¡Pero dijiste que no estaba en problemas! ¡Dijiste que me dejarías ir si te decía por qué estaba en la casa, y lo hice!

—Ah —dice, su rostro aclarándose—. Claro. No tenías tu teléfono, así que no lo sabes.

—¿Saber qué?

Sea lo que sea, tengo la sensación de que no me va a gustar.

—Hoy es el día en que me acompañarás en el trabajo —dice Dylan, confirmando mi sospecha—. Para ese perfil que Hamish quería. Lo siento —continúa, sonando avergonzado—. Lo mencionó de nuevo ayer cuando lo llamé para decirle que habías estado conmigo ayer, y no pude pensar en una forma de evitarlo. De todos modos, habrías tenido que escribir la entrevista, así que supongo que podríamos acabar con esto de una vez.

—Bien. —Asiento mecánicamente mientras me siento a su lado.

Mi segundo viaje en un coche de policía en dos días. Es casi demasiada emoción.

Sin embargo, emoción definitivamente no es la palabra para lo que estoy sintiendo ahora mismo. De hecho, estar de vuelta en el coche con Dylan solo me hace encogerme de vergüenza al recordar las payasadas de ayer, y ser conducida por la calle principal en un vehículo policial no va a aumentar exactamente mi popularidad por aquí, ¿verdad?

Efectivamente, para cuando llegamos a la comisaría, hay una nueva publicación en la cuenta @heatherbaygossip con un Dylan de rostro serio conduciéndome por el pueblo, y alguien ya ha comentado preguntando qué he hecho esta vez, como si yo metiéndome en problemas con la ley fuera algo habitual por aquí.

Sin embargo, no hay actualización de Ada, ni respuesta a mi mensaje tampoco: no es que esperara una. *Ni que la mereciera.*

No hay tiempo para pensar en Ada ahora, sin embargo. Tengo un día completo con Dylan Fraser por delante. Y el chapuzón de ayer en el cubo de basura está empezando a parecer unas vacaciones en comparación.

Capítulo 13

La comisaría del pueblo —con sus tres habitaciones en total— ocupa lo que alguna vez fue una cabaña de pescadores en la calle principal, y cuando llegamos encontramos a McTavish esperando afuera, con cara de que se le acaba de morir el gato.

—Mi tractor se averió otra vez —dice con desánimo mientras Dylan abre la puerta de la comisaría y nos hace pasar—. Es la tercera vez este año.

—Ah, lamento oír eso —dice Dylan—. Pero...

—¿Qué tiene que ver eso con la policía? —termino la frase por él, intentando ser útil.

Dylan me lanza una mirada. *Sé amable*, dice. *Entendido*, le respondo mentalmente.

—¿No es obvio? —dice McTavish, mirándonos a ambos con confusión—. Es la maldición de Jimmy. Él hizo esto. Y quiero hacer algo para ponerle fin.

—Mira, Alfie... —comienza Dylan, y lo miro con interés. Sabía que el nombre completo de McTavish era Alfonso (su abuela era italiana, al parecer), pero nunca había escuchado a nadie llamarlo Alfie. Pero Dylan sí lo hace. Interesante. Debe tener amigos después de todo.

—Sabes que Jimmy no tiene el poder de maldecirte —continúa Dylan amablemente—. Es solo una coincidencia. Es una situación de mierda, te lo concedo, pero no creo que podamos culpar a Jimmy realmente, ¿no crees?

—Sí —dice McTavish tercamente—. Sí, de hecho, sí lo creo. Jimmy es un maestro de las artes oscuras. Solo tienes que mirarlo para darte cuenta.

Pienso en Jimmy, que no podría parecer más un inofensivo anciano ni aunque lo intentara.

—Es el diablo encarnado, eso es lo que es —entona McTavish lúgubrementemente. Sin embargo, parece que se le ha ido la combatividad, y acepta la oferta de Dylan de una taza de té antes de sentarse en una de las sillas que sirven como "área de espera" mientras Dylan desaparece en la pequeña cocina para encender la tetera.

—Yo tomaré un café, gracias —grito tras él—. Con leche y dos de azúcar.

—Y tal vez una rebanada de pastel si tienes —agrega McTavish, antes de volverse hacia mí.

—¿Tuviste oportunidad de pensar en mi otro problema, Scarlett? —me pregunta ansiosamente—. ¿El de Mary McNamee?

—Lo siento, McTavish —digo con culpabilidad mientras me quito el abrigo y lo cuelgo en un gancho detrás de la puerta—. No he tenido tiempo. He estado un poco ocupada.

—Sí, escuché que habías estado en Windsong —responde, decepcionado—. Lo escuché de...

—Shona —termino por él—. Por supuesto que sí. Oye, McTavish. ¿No te habrá dicho Shona algo sobre Ada Valentine, verdad? Ya sabes, la influencer.

No sé por qué no se me ocurrió esto antes. Si alguien sabe algo sobre Ada y su visita a la bahía, sería Shona McLaren, la versión de Heather Bay de Perez Hilton. Sin embargo, antes de que McTavish pueda responderme, la puerta que separa la oficina de la cocina se abre y Dylan reaparece, llevando tres tazas humeantes, más un plato de galletas con chispas de chocolate que ha equilibrado precariamente encima. Le doy a McTavish una mirada de advertencia y sacudo la cabeza al recordar mi promesa a Dylan —y a mí misma, de hecho— de no pasar más tiempo pensando en Ada.

Dylan me mira con sospecha, pero le devuelvo una sonrisa inocente, así que no dice nada mientras pone el plato en su escritorio, donde McTavish y yo nos abalanzamos sobre él como lobos hambrientos.

—Oh, Dios mío, esto es increíble —digo unos segundos después, con la boca llena de galleta—. ¿Dónde las conseguiste?

—Las hice anoche —dice Dylan a la defensiva—. Es una vieja receta de mi abuela.

—¿Tú? ¿*Tú* hiciste *esto*? —Levanto mi galleta a medio comer en el aire, para asegurarme de que estamos hablando de lo mismo—. ¿Tú solo? ¿Con, como, tus *manos*?

—Sí, lo hice —dice, claramente molesto por mi cuestionamiento—. Los hombres también pueden hornear, ¿sabes?

McTavish asiente seriamente.

—Oh, lo sé —digo rápidamente—. Es solo que... ¿*tú*? Asumí que simplemente te metías en tu ataúd después del trabajo, para evitar la luna llena o lo que sea. Es difícil imaginarte haciendo algo tan saludable como *hornear*.

—Estás mezclando tus hombres lobo y vampiros —dice—. Son los hombres lobo los que necesitan evitar la luna llena. Los vampiros tienen que evitar la luz del día, así que no puedo ser uno de esos, ¿verdad?

—Podrías serlo aquí arriba —respondo obstinadamente, mirando el cielo gris pizarra por la ventana—. No es como si tuviéramos mucha luz solar.

—Podría ser un Wulver —interviene McTavish servicialmente—. Un Wulver es un hombre con cabeza de lobo. Como un hombre lobo, pero menos aterrador. Creo que solo viven en las Islas Shetland, aunque supongo que el Joven Dougie podría diferir.

Casi me ahogo con lo que queda de mi galleta.

—Está bien, ya es suficiente —digo, una vez que la tos ha disminuido—. Uno de ustedes *tiene* que decirme qué le pasó al Joven Dougie. Sé perfectamente bien que no se lo llevó un... un *lobo*, o el Monstruo del Loch Keld. Entonces, ¿qué fue? Realmente, quiero decir.

Dylan y McTavish intercambian miradas, luego se encogen de hombros al unísono.

—Tengo que irme —dice McTavish, dejando su taza vacía en el escritorio y tomando otra galleta—. No olvides responder a ese problema cuando tengas un segundo, Scarlett.

Sacudo la cabeza con incredulidad mientras abre la puerta principal, dándonos un alegre saludo con la mano mientras desaparece a través de ella. Estoy segura de que puedo oírlo silbando *No se habla de Bruno* mientras se aleja por la calle.

Increíble.

La partida de McTavish debería dejarnos con más espacio en la diminuta oficina de una sola habitación, pero en su lugar parece haberse encogido, obligándonos a Dylan y a mí a estar aún más cerca. Me aclaro la garganta incómodamente, y él revuelve algunos papeles en su escritorio mientras el silencio entre nosotros crece, llenando cada centímetro de la pequeña habitación y haciéndome querer abrir una ventana, solo para ver si puedo dejarlo salir.

—¿Por qué haces eso? —pregunto, cuando el silencio se vuelve demasiado grande para ignorarlo.

—¿Hacer qué? —Levanta la mirada, sus ojos oscuros registrando confusión.

—Cambias tu forma de hablar. Cuando hablas con McTavish, eres súper escocés. Pero cuando estás solo conmigo, de repente te vuelves todo *refinado*.

Sus mejillas se tornan ligeramente rosadas bajo su barba incipiente.

—Supongo que para que me entiendas —se encoge de hombros—. El dialecto no siempre es fácil para los forasteros. Me gusta ser claro. Así hay menos posibilidades de malentendidos.

—¡Ajá! ¡Así que sí me consideras una "forastera"! —exclamo triunfante—. ¡Lo sabía!

No tengo idea de por qué estoy tan *jactanciosa* al respecto. No es como si realmente *quisiera* ser una forastera, después de todo. No cuando he pasado toda mi vida tratando de *no* serlo. Así que solo puede ser que quiero ganarle a Dylan; aunque no está funcionando, debo admitir.

—No soy yo quien lo sigue diciendo —dice con naturalidad, reclinándose en su silla de escritorio y poniendo las manos detrás de la cabeza, totalmente relajado—. Eres tú. ¿Por qué estás tan empeñada en convencerte de que nadie te quiere aquí, Scarlett? Es como si estuvieras intentando sabotearte a propósito.

—Está bien, Doctor Freud —respondo, picada. Tomo otra galleta para tener algo que hacer con mis manos. Realmente son increíblemente sabrosas—. Así que ahora eres policía, panadero y psiquiatra. ¿Algún otro talento que deba saber?

—Puedo completar un cubo de Rubik en menos de 20 segundos —dice con sorna—. Pero mira, ahí vas de nuevo con el sarcasmo, probando mi punto. ¿Se te ha ocurrido que si te sientes como una forastera aquí, podría ser porque no te esfuerzas precisamente por hacer amigos?

Le doy un gran mordisco a mi galleta para ganar tiempo antes de responder.

—Sí tengo amigos —digo al fin, lamiéndome los dedos—. Tengo a Hamish, por ejemplo. Su esposa, Janice. Y... ¿Emerald? ¿Tal vez?

Bueno, eso es exagerar un poco. Emerald y yo nos llevamos bien, pero es principalmente porque una vez afirmó *ser* yo cuando estaba limpiando mi casa y el nuevo y atractivo Laird apareció inesperadamente en la puerta. Y, quiero decir, no puedo culparla, realmente. Probablemente habría hecho lo mismo en su lugar; como dije, él era *atractivo*. Pero sentirse culpable es casi un pasatiempo para Emerald, así que desde entonces ha sentido la necesidad de ser súper amable conmigo, de la manera en que la gente lo es con las personas muy ancianas o con alguien que saben que se está muriendo.

—Así que son dos "amigos" —dice Dylan, poniendo un énfasis innecesario en la palabra "amigos"—. Tendrás que perdonarme, Scarlett. Obviamente eres toda una mariposa social.

—McTavish no me odia —digo, sonando un poco desesperada incluso para mis propios oídos—. Ni Jimmy.

—McTavish no odia a nadie —señala Dylan—. Y Jimmy está loco de remate. Más loco, incluso.

—Bueno, ¿y qué hay de ti, Señor Popularidad? —digo, acercando una silla al otro lado de su escritorio y sacando una libreta de mi bolso—. ¿Cuántos amigos tienes *tú*, entonces?

—¿Esa es una pregunta para tu perfil? —pregunta, divertido—. ¿Es para la revista *My Little Pony*? ¿También vas a preguntarme qué quiero ser cuando sea grande? ¿O cuál es mi signo zodiacal?

Sonríe con suficiencia. Lo odio.

—Sabes que no es buena idea hacer enojar a una periodista, ¿verdad? —señalo, haciendo clic con mi bolígrafo de manera importante—. Tu reputación está en mis manos ahora. Yo tendría cuidado si fuera tú.

Dylan me mira desde el otro lado del escritorio, como si estuviera tratando de averiguar si estoy bromeando o no. Me aclaro la garganta y golpeo impaciente el bolígrafo contra la página en blanco.

—De acuerdo —dice al fin, con tono cauteloso—. Me portaré bien si tú lo haces. ¿Qué quieres saber?

—Supongo que empezaremos con lo básico —digo con incertidumbre—. Nombre, edad, ubicación. Ese tipo de cosas.

—Oh, ¿como un perfil de Tinder? —dice, animándose un poco.

—¿Tienes *un* perfil de Tinder?

No estoy segura de por qué la idea de esto me molesta. Tomo otra galleta para distraerme.

Si tuviera un perfil de Tinder, definitivamente debería mencionar lo buen panadero que es. Las mujeres caerían a sus pies solo por estas galletas. Si no fuera un imbécil tan descarado, obviamente.

—Nah —dice, tomando una él mismo—. No pondría ninguno de mis datos personales en línea. No creo que sea seguro.

Su comentario me hace pensar en Ada, que podría *no* estar segura ahora mismo. Mi estómago se revuelve dolorosamente, haciéndome desear haber limitado las galletas. En su lugar, tomo mi taza de café y doy un sorbo para calmar mis repentinos nervios.

—Entonces... ¿sin novia? —digo, fingiendo consultar mi libreta, como si esta fuera una pregunta que ya tenía escrita—. ¿O novio, tal vez? ¿Pareja de vida? ¿Alma gemela?

¿Alma gemela? ¿De dónde salió eso?

—Solo, eh, preguntas estándar de entrevista, ya sabes —agrego, haciendo clic con mi bolígrafo de nuevo—. Nuestros lectores querrán saber si estás disponible.

Mátame. Por favor.

—¿Lo querrán?

Sus cejas se elevan casi hasta la línea del cabello con incredulidad. Para ser justos, estoy casi tan sorprendida como él de escuchar esas palabras salir de mi boca. Y el doble de sorprendida al descubrir que realmente *quiero* saber la respuesta.

—Bueno, supongo que puedes decirles que no a todo lo anterior —dice suavemente.

Garabateo diligentemente en mi libreta, preguntándome qué, exactamente, quiere decir con eso.

¿No, no tiene pareja? ¿O no, no está disponible?

¿Y por qué me importa?

—Bien. Entonces. Continuando. Comencemos con tu historia de origen —digo, esperando que mi boca no esté planeando hacerme tropezar de nuevo con otra pregunta estúpida sobre *almas gemelas*.

—¿Mi "historia de origen"? —Se ríe—. No soy Spiderman, Scarlett.

—Puedo ver eso —respondo con intención—. Más bien como Darth Vader. La mayoría de los villanos tienen algún tipo de razón *por la que* terminaron siendo como son, y quiero saber la tuya.

Estoy bromeando —bueno, al menos sobre la parte del «villano»—, pero el rostro de Dylan adopta una expresión extraña y cerrada que me recuerda a una puerta cerrándose de golpe; y me dan ganas de indagar más.

—No tengo ninguna historia de «origen» —dice bruscamente, desapareciendo todo rastro de buen humor—. Solo la misma clase de historia que tiene todo el mundo. Escuela, amigos, universidad, trabajo. Eso es todo. Muy ordinario, me temo. Siento decepcionarte.

Sin embargo, no *parece* en absoluto arrepentido, lo cual es extraño, realmente. No pensé que mi pulla sobre el «villano» fuera *tan* mala, ¿o sí?

—La historia de nadie es «ordinaria» —insisto, observando cómo empieza a revolver el mismo montón de papeles que ya ha reorganizado al menos tres veces—. De nadie. Todos tienen algo que los hace ser quienes son, aunque sea solo la forma en que toman su café, o... o el hecho de que tienen una extraña piedra pintada en su escritorio. Por cierto, ¿qué es esto?

Recojo la piedra en cuestión, que parece cualquier otro guijarro aleatorio de la playa, excepto que está cubierta de pintura roja que se ha ido desconchando gradualmente, hasta el punto de que es imposible distinguir qué imagen o palabra se suponía que era originalmente.

En algún lugar en el fondo de mi mente, un recuerdo se agita y luego se asienta, como alguien dando una vuelta en sueños.

—Dame eso.

Antes de que pueda despertar al gigante dormido de la memoria, Dylan se estira sobre el escritorio y me arrebató el guijarro de la mano, con los ojos feroces mientras se lo mete en el bolsillo.

Vaya. Eso fue... raro.

—¿Era uno de tus Horrocruxes? —pregunto, rompiendo el incómodo silencio que sigue a este acto aleatorio de extrañeza—. Mira, lo entiendo. Debe ser difícil dividir tu alma y verterla en

objetos inanimados. Aun así, si eso es lo que se necesita para garantizar tu inmortalidad, supongo que...

—Basta, Scarlett.

Las palabras son duras, pero el tono es suave, y hay una sonrisa acechando en algún lugar detrás de sus ojos que realmente le molestaría si lo supiera. Me permito relajarme ligeramente.

—Lo siento —dice Dylan con timidez—. Es solo que no me gusta que la gente toque mis cosas, eso es todo. ¿Ofrenda de paz?

Empuja el plato de galletas —o lo que queda de ellas— hacia mí, y tomo la última, suspirando felizmente mientras me la meto en la boca. No me creo su excusa ni por un segundo. Es decir, si «no te gusta que la gente toque tus cosas», no dejarías las «cosas» en cuestión sobre tu escritorio, ¿verdad? En tu oficina. En la comisaría local, donde cualquiera que entre podría sentirse tentado a tocarlas. Así que, o bien es solo a *mí* a quien no le gusta que toque sus cosas (lo cual es definitivamente posible, no creas que lo descarto), o esa vieja piedra desconchada es parte de la historia de origen de Dylan. Una parte importante, además, por lo que parece. Y sea cual sea esa historia, ahora se ha vuelto absolutamente imperativo para mí averiguarla.

Entonces, ¿cómo hago eso, me pregunto?

Termino la galleta y recojo mi cuaderno de nuevo, aclarándome la garganta con importancia.

—Bueno —digo alegremente—. ¿Volvemos a lo de...

Antes de que pueda continuar, la puerta que da a la calle se abre de golpe, dejando entrar una brisa marina picante, y al viejo Jimmy el granjero, con las mejillas sonrojadas y los ojos desorbitados por la alarma.

—¡Oficial! —grita, al ver a Dylan, quien se pone de pie de un salto como si lo hubieran pillado haciendo algo que no debía—. Necesito su ayuda. Es Edna... ¡se la han llevado!

Capítulo 14

Sabía que algo así pasaría —dice Jimmy, todavía agitado incluso después de una fuerte — taza de té azucarado y la vieja galleta que logré desenterrar de la pequeña cocina de la oficina—. Simplemente lo sabía.

—¿Algo como qué, Jimmy? —pregunta Dylan suavemente. Ha dejado su escritorio y está agachado junto al asiento de Jimmy, mirándolo tan intensamente como si el granjero estuviera aquí para denunciar el robo de las joyas de la corona, y no solo una oveja perdida—. Sé que has dicho que Edna está desaparecida, pero ¿exactamente qué crees que le ha pasado?

—Bueno, es el gobierno, por supuesto —dice Jimmy indignado—. Ellos estarán detrás de esto. Edna es valiosa, ¿sabes? Querrán clonarla, como hicieron con Dolly. Podría cambiar el mundo de la agricultura para siempre, Edna podría. Y es por eso que esa mujer...

—¿Mujer? ¿Qué mujer? —Dylan mete la mano en su bolsillo para sacar su libreta. No estoy segura si lo está haciendo solo para complacer al anciano o si realmente lo está tomando en serio, pero Jimmy lo mira agradecido, y Dylan sube un renuente escalón en mi estimación.

Realmente es bueno con la gente. Excepto conmigo, quiero decir.

—Vi a una mujer hablando con Edna —dice Jimmy—. Justo antes de que desapareciera. Debe haber sido enviada por el gobierno, te lo digo.

—De acuerdo —dice Dylan con cautela—. ¿Y dónde fue esto? Necesitaré saber la última ubicación conocida de Edna y una descripción de esta mujer, si fue la última persona que viste con ella.

Jimmy nos cuenta que vio a Edna por última vez en el extremo de la calle principal más temprano hoy, siendo acariciada por una mujer rubia que llevaba una chaqueta acolchada de color amarillo brillante.

—Pensé que solo era una turista —dice, sacudiendo la cabeza—. Pero luego entré al pub a tomar una cervecita rápida, y cuando salí, Edna se había ido.

Su labio inferior tiembla amenazadoramente, y tengo que reprimir el impulso de dar un paso adelante y darle un abrazo muy poco característico de Scarlett.

—Trata de no preocuparte, Jimmy —dice Dylan, pasándole un pañuelo de una caja en el escritorio—. Estoy seguro de que Edna aparecerá. Las ovejas a veces se van a dar un paseo, tú lo sabes.

—Como la que llegó a mi puerta ayer por la mañana —añado—. Debe haber estado a kilómetros del resto de su rebaño.

—Ah, esa era Maureen, sin duda —dice Jimmy con desdén—. Maureen siempre se está metiendo en problemas. Regresó esa noche como si no hubiera roto un plato. Pero Edna, ella nunca se aparta de mi lado. Si el Gran Ian no la hubiera prohibido en el pub el mes pasado, ella habría estado conmigo allí también. Le gusta una buena pinta de cerveza.

Dylan y yo intercambiamos miradas. Es cierto que rara vez se ve a Jimmy sin su fiel compañera (quien no creo ni por un segundo que esté bebiendo cerveza con él, por cierto...). Pero aun así, es una oveja. ¿Seguramente no es tan inusual que se alejen?

—No te preocupes —dice Dylan de nuevo, poniéndose de pie—. Estoy seguro de que no puede haber ido lejos. ¿Por qué no vas a dar otra vuelta por el pueblo, mientras Scarlett y yo... eh, elaboramos un plan?

Jimmy sale arrastrando los pies, pareciendo cada uno de sus ciento cuarenta y siete años, o los que tenga, dejándonos a Dylan y a mí solos otra vez.

En circunstancias normales, estaría haciendo algún tipo de comentario sarcástico sobre cómo todo lo que hace la policía de Heather Bay es buscar ovejas perdidas (de hecho, puedo sentir algunos juegos de palabras relacionados con ovejas luchando por salir), pero descubro que no tengo ganas. Jimmy puede estar más loco que una cabra, pero ama a esa oveja suya, y no puedo evitar sentir lástima por él.

Además, no hay nada peor que perder algo, o a alguien, y nunca descubrir qué pasó. Créeme, lo sé por experiencia.

—Me sorprende que no tengas un comentario sarcástico que hacer sobre esto —dice Dylan, como si me leyera la mente.

—Iba a preguntar si vas a hacer uno de esos muros de investigación —admito a regañadientes—. Ya sabes, con fotos y cosas, todas conectadas con hilos, como en los programas de detectives.

—¿Un Muro de Loco?

—Eso es. Aunque no lo digo para ser sarcástica —continúo apresuradamente—. Es solo que siempre he querido hacer uno de esos muros.

Y resolver el misterio que lo acompaña. Aunque se trate de una oveja.

—No creo que necesitemos un Muro de Loco para encontrar una oveja perdida, de alguna manera —responde, volviendo a sentarse en su escritorio—. Y tampoco necesitaremos una caja de donas, así que ni siquiera lo preguntes.

—Podrían tener que sacarte del caso, sin embargo —digo esperanzada—. En la televisión, los detectives solo resuelven el misterio una vez que los han sacado del caso.

—O se han jubilado.

—O se han vuelto alcohólicos.

—O se han asociado con una periodista fastidiosa con algo que demostrar.

Nos sonreímos tentativamente, luego ambos apartamos la mirada al mismo tiempo, y con la misma cantidad de vergüenza.

*¿No acordamos ser enemigos? ¿Y ahora estamos bromeando sobre convertirnos en un equipo?
¿Ya es el Día de los Inocentes?*

—¿Realmente vas a tratar de encontrar a Edna, entonces? —pregunto, sentándome en el borde del escritorio e intentando no pensar en ese momento tentativo que se sintió un poco como amistad—. ¿No lo dijiste solo para que se fuera?

—Sí, intentaré ayudarlo —dice Dylan, encogiéndose de hombros como si no fuera gran cosa—. Quiero decir, apostaré a que la oveja aparecerá por su cuenta, por eso lo he enviado a buscarla de nuevo antes de llamar a los equipos de búsqueda, pero se me ha informado como un posible robo; tengo que investigarlo, al menos.

—Pero también es porque quieres, ¿no es así? —insisto, tomando un clip al azar del escritorio, luego dejándolo caer apresuradamente en caso de que este también resulte ser extrañamente valioso para él—. La difícil situación de Jimmy ha comenzado a derretir tu corazón de piedra. Por primera vez en tu vida, la emoción humana real ha comenzado a filtrarse. Tengo razón, ¿no? Admítelo.

—Oh, no intentes fingir que tú no te preocupas también —se burla Dylan—. Puedo ver a través de ti, Scarlett. Sé que debajo de ese exterior espinoso tuyo, hay un corazón de... bueno, hay un corazón, al menos. Tal vez solo uno pequeño y ennegrecido, como una uva vieja que ha rodado debajo del refrigerador, pero aun así. Es un comienzo.

Quiero hacer una réplica ingeniosa a esto, pero algo me ha estado molestando desde que escuché a Jimmy hablar sobre su último avistamiento de la oveja, y de repente, sé qué es.

—Espera —digo, sacando mi teléfono de mi bolso y desplazándome hasta encontrar lo que estaba buscando—. Jimmy dijo que la mujer que vio con Edna tenía el pelo rubio y llevaba una chaqueta amarilla, ¿verdad? Bueno, mira esto.

Extiendo el teléfono, que está abierto en la última publicación de Instagram de Ada. En ella, Ada aparece mirando la puesta de sol sobre el mar, de espaldas a la cámara, con su pelo rubio ondeando atractivamente sobre su brillante chaqueta amarilla. Todo sucede por una razón, ha escrito debajo. Mi mandíbula se tensa al ver el odiado tópico.

Intenta decirle eso a mi madre, Ada. O a cualquier otra persona a la que le haya sucedido algo terrible, sin razón que pudiera ser lo suficientemente buena.

Pero no es el pie de foto en lo que estoy pensando ahora mismo. Es la foto. Es Ada misma, de hecho. Ada Valentine, que casualmente cumple con la descripción exacta de la mujer que Jimmy vio con Edna.

—¿Lo ves? —pregunto ansiosamente, poniendo el teléfono frente a la cara de Dylan—. Es ella, ¿verdad? La mujer que se llevó a Edna. Eh, supuestamente, quiero decir.

—Oh, Dios, otra vez con esto —gruñe Dylan, pasándose la mano por los ojos en un gesto de hastío—. Creía que habíamos acordado que intentarías olvidarte de esta mujer Ada. ¿Pero ahora la estás acusando de ser una ladrona de ovejas? ¿Lo he entendido bien?

No está impresionado con mis habilidades detectivescas, ya lo veo. Pero insisto a pesar de todo.

—Vamos, Dylan —digo, mostrándole la foto de nuevo—. Tienes que admitir que es extraño, ¿no?

—¿Qué? ¿Que pueda haber más de una mujer rubia en el pueblo con una chaqueta amarilla? ¿Te estás escuchando, Scarlett? ¿Te estás escuchando realmente?

No suena exactamente enfadado, pero tampoco está contento conmigo. Eso está muy, muy claro. Dudo, sin querer antagonizarlo más. Cuando lo dice así, tengo que admitir que mi teoría suena un poco descabellada.

—Debe de haber docenas de mujeres con pelo rubio y chaquetas amarillas en este pueblo —continúa Dylan—. Y la que Jimmy vio puede que ni siquiera sea de aquí. Podría ser una turista. Sé que no tenemos tantas en esta época del año, pero siempre hay algunas. Así que si tu plan es ir por ahí acusando a todas las mujeres rubias que veas de robar a Edna, creo que es mejor que me dejes el trabajo de detective a mí, si no te importa.

Me muerdo el labio para evitar responderle y vuelvo a mirar el feed de Instagram de Ada.

—¿Por qué te importa tanto esta mujer, Scarlett? —pregunta Dylan suavemente, sobresaltándome. Estaba tan absorta en mis propios pensamientos que casi había olvidado que estaba allí—. ¿Por qué estabas tan desesperada por encontrarla?

Levanto la vista de mi teléfono con cautela. No puedo contarle toda la verdad, pero al menos puedo decirle una parte, y me está mirando tan intensamente que, de repente, me doy cuenta de que quiero hacerlo. O en alguien. Y Dylan Fraser es el único que ha preguntado, así que...

—Mi madre también desapareció —digo con rigidez—. Nunca la encontraron. Así que la gente que desaparece de repente es... es algo que me afecta mucho.

Pienso en la semana que me mudé aquí, cuando estaba en medio de la organización de mis cosas en la nueva casa, cuando me di cuenta de que hacía un rato que no sabía nada de papá. Cuando seguía sin contestar al teléfono unas horas más tarde, abandoné mi desembalaje y cogí el siguiente tren de vuelta a Londres, llegando en tal estado de pánico que apenas pude decirle al taxista la dirección correcta. Por supuesto, cuando llegué, papá estaba perfectamente bien —su teléfono se había roto, dijo, y aún no había conseguido el reemplazo— pero mis nervios estaban tan destrozados que acabé quedándome con él un tiempo, retrasando mi mudanza solo para estar absolutamente segura de que no iba a desaparecer.

Como lo hizo mamá.

La mayoría de la gente no sabe qué decir cuando les hablo de mamá. Se ponen incómodos y avergonzados, y siempre acabo queriendo disculparme, como si hubiera hecho algo malo. Por eso normalmente me guardo esta información para mí misma.

Solo por esta vez, sin embargo, me he permitido confiar en alguien, y me preparo para lo que sé que viene a continuación. La expresión horrorizada. El arrepentimiento por haber preguntado. La forma en que cambiará su expresión, y el momento en que deje de verme simplemente como Scarlett, y empiece a verme como la Pobre Scarlett: La Chica Cuya Madre Desapareció.

Siempre he odiado a la Pobre Scarlett, así que me siento increíblemente aliviada cuando Dylan no hace nada de lo que he aprendido a esperar, y en su lugar simplemente asiente con esa seriedad suya.

—Bueno, eso ciertamente ayuda a explicarlo —dice, como si estuviéramos discutiendo algo tan simple como el tiempo—. Eso explica muchas cosas.

Nuestras miradas se encuentran, y algo tácito pasa entre nosotros.

¿Quieres hablar de ello?

No.

Espero que insista, de todos modos. Que me diga lo mucho que lo siente o, peor aún, que empiece a presionarme para obtener todos los detalles escabrosos, como si mi tragedia fuera una especie de película para la televisión que quiere ponerse al día, pero me sorprende de nuevo al saber instintivamente que he dicho todo lo que quería decir sobre este tema.

Por ahora.

Hay otro lento momento de silencio, luego Dylan se inclina hacia adelante y coge las llaves de la estación.

—Vamos entonces, Problemas —dice—. Vamos a buscar una oveja.

Capítulo 15

Han pasado cuatro horas y aún no hay señales de Edna.

Gracias a Dylan y al breve discurso motivacional que da en el monumento a los caídos, parece que la mitad del pueblo se ha unido a la búsqueda, para alivio de Jimmy, quien ha tenido que refugiarse en el pub para calmarse.

—No había visto algo así desde que Lexie incendió el ayuntamiento y culpó a Emerald —dice Tam, quien normalmente conduce el autobús de Heather Bay, pero que aparentemente ha decidido que hoy sus pasajeros pueden encontrar su propio camino a sus destinos—. Todo el pueblo salió a ayudar entonces también, para intentar apagar el fuego.

—Eso es muy inspirador, Tam —respondo, sin saber muy bien qué decir ante esto.

—Sí, no hay nada como un buen incendio para unir a la gente —dice Tam alegremente, antes de alejarse para reincorporarse a la búsqueda. Yo sigo a Dylan, quien está liderando otro pequeño grupo de buscadores, pero cuando el atardecer comienza a caer sobre el pueblo (lo cual ocurre temprano en esta época del año), y todos nos hemos reagrupado en la plaza del pueblo, Edna sigue sin aparecer.

—Bien, todos —grita Bella McGowan a través de un megáfono que estoy segura ha pedido prestado a Jimmy—. Acabo de recibir un mensaje de texto de Emerald Taylor. Dice que todos deben ir al The '39 para comer algo. Es gratis, aparentemente.

Se escucha un murmullo de apreciación ante esto, al que no puedo evitar unirme. The '39 es, por mucho, el mejor restaurante de Heather Bay. Situado a orillas del Loch Keld, a unos ochocientos metros de mi casa, es parte de la destilería del mismo nombre, y pertenece a Jack Buchanan, terrateniente local (léase: *rico*), y el hombre con quien probablemente me habría casado a estas alturas si Emerald no se hubiera adelantado.

Aun así, una comida gratis es una comida gratis, ¿no?

—Es extraño —frunce el ceño Dylan mientras volvemos al coche de policía para el corto trayecto hasta el restaurante—. Estaba seguro de que ya habría aparecido a estas alturas.

—¿Crees que realmente la han robado, entonces? —pregunto, con la imagen de una mujer rubia que se parece exactamente a Ada Valentine apareciendo en mi mente—. Quiero decir, estoy bastante segura de que el gobierno no tendría mucho uso para ella, pero el robo de ovejas es algo real, ¿no?

—Lo es —confirma Dylan, dirigiendo el coche hacia la calle principal—. Pero normalmente lo hacen bandas organizadas por la noche, no mujeres solitarias a plena luz del día, si eso es lo que estás pensando.

Considero esto. Si la mujer —Ada— que Jimmy vio con Edna realmente se la llevó, entonces presumiblemente no lo pensó muy bien, ¿verdad? Aun así...

—Entonces, ¿definitivamente no estás interesado en hablar con A... con la mujer que Jimmy vio? —me aventuro, sin atreverme a mirarlo.

Dylan da un suspiro teatral.

—Si resulta que veo a alguien que coincida con esa descripción, entonces sí, hablaré con ella —dice, sonando mucho más como su yo habitual y espinoso—. Pero como posible testigo, no como sospechosa. No creo que Edna haya sido robada. Creo que es más probable que se haya alejado más de lo que hemos podido buscar, y eso va a ser un problema para Jimmy, porque no podemos exactamente empezar a peinar las montañas en busca de una oveja, sin importar cuán valiosa diga que es.

Me quedo en silencio mientras la implicación detrás de sus palabras me golpea. Hemos dejado el pueblo ahora, y estamos conduciendo hacia el lago, cuyas aguas plateadas brillan en la luz menguante. Detrás, las montañas se alzan; hermosas pero mortales para aquellos que se pierden allí arriba. Puede que solo haya vivido en las Highlands por poco tiempo, pero incluso yo sé cuán peligrosos pueden ser estos picos. No hace mucho que Emerald Taylor tuvo que ser rescatada en helicóptero del Westward Tor, el más alto de la cordillera sur, pero hay innumerables historias de excursionistas que no tuvieron tanta suerte a lo largo de los años. Sé que mi madre no fue una de ellas —desapareció cerca de la costa, no en las colinas—, pero, aun así, la idea de que Edna pueda estar ahí fuera en algún lugar, y nunca ser encontrada, hace que se me hiele la sangre de repente.

—No podemos simplemente rendirnos, Dylan —digo con urgencia, girándome en mi asiento para mirarlo—. Tenemos que encontrarla. No podemos dejarla ahí fuera. Jimmy nunca podría superarlo si ella no regresa. Si nunca descubre qué le pasó.

Esto es ridículo. Contrólate, Scarlett, estamos hablando de una oveja, no de una persona. No es Ada. No es tu madre. Tienes que dejarlo ir.

Eso es lo que espero que diga. En su lugar, permanece en silencio mientras se estaciona frente a The '39 y apaga el motor.

—Quiero encontrar a Edna tanto como tú, Scarlett —dice finalmente—. Pero tenemos que ser realistas sobre esto. Hemos buscado durante horas hoy. Hemos cubierto una buena distancia, y no la hemos encontrado. Si no está cerca del pueblo, tiene que estar en las colinas, o en el bosque, y esos lugares van a ser mucho más difíciles de buscar, especialmente con una tormenta acercándose.

Mira por la ventana del coche hacia el cielo, que para mí se ve exactamente igual que siempre.

Dime que no eres una chica de exteriores sin decirme que no eres una chica de exteriores.

—Las ovejas desaparecen todo el tiempo —dice suavemente—. Es muy triste, lo sé, pero es demasiado peligroso esperar que la gente salga a las colinas a buscarlas. Simplemente no puedo hacerlo, Scarlett, lo siento.

—¿Qué hay del rescate de montaña? —pregunto testarudamente—. ¿No es para eso que están ahí? O... ¿no tiene Jack Buchanan un helicóptero? ¿No podríamos pedirle que-

—Scarlett.

—Nunca se sabe, podría hacerlo. Ha dado comida gratis para los buscadores, tal vez quisiera-

—Scarlett.

Su tono no es cruel, pero tiene un sentido de finalidad que realmente no me gusta, y cuando se gira para mirarme, no soy capaz de ocultar mi decepción.

—Oye —dice Dylan suavemente, sus ojos mostrando preocupación—. No te pongas triste. Bien podría aparecer por su cuenta, ¿sabes? De hecho, probablemente lo hará. Mira a Maureen. O a Pauline. O a Geraldine, o cualquier nombre absurdo que Jimmy tenga para esas bestias tuyas. Ella regresó, ¿no? Bueno, tal vez Edna sea igual. Es una cantante terrible, pero *es* bastante lista. Para ser una oveja, al menos.

Su mano se mueve como si fuera a extenderse para consolarme, pero cambia de opinión en el último segundo.

—No puedes arreglar todo, Scarlett —dice en voz baja—. Sé que sería agradable si pudieras, pero-

No hace falta que termine esa frase, pero, lo más importante, no quiero que lo haga. De repente, *no* escuchar el final de esa frase se convierte en mi prioridad principal en la vida, así que lo interrumpo abriendo la puerta del coche y saliendo a la llovizna. Me siento un poco mal por

ello; quiero decir, el tipo estaba tratando de ser amable, después de todo. Pero también estaba intentando decirme algo que no quiero oír, y mi método habitual para lidiar con las cosas que no quiero oír es ignorarlas por completo.

Porque *eso* funcionará. Claro que no.

—¿Vienes o qué? —digo, inclinándome de nuevo hacia el interior del coche, e intentando no sonar demasiado irritada.

Dylan simplemente asiente comprensivamente (apuesto a que todavía está pensando en lo que le conté sobre mamá y me está haciendo concesiones. *Sabía* que no debería haber bajado la guardia con eso...) y sale para unirse a mí.

—Vale —dice, sonando un poco como un hombre que acaba de ser condenado a muerte—. Terminemos con esto de una vez.

Encantador.

* * *

El '39 normalmente está bastante tranquilo en esta época del año, pero esta noche está lleno, la clientela habitual y sofisticada reemplazada por un grupo de aldeanos cazadores de ovejas con ropa impermeable. La humedad que hemos traído con nosotros desde el exterior ha empezado a empañar las ventanas, y hay un poco de espíritu de tiempo de guerra —o lo que imagino que es uno, de todos modos— en el lugar, todos unidos por nuestro objetivo común: encontrar a Edna. Incluso McTavish está aquí, lo cual, considerando lo amargado que sigue estando por Jimmy y su maldición, es realmente significativo.

La comida que Jack y Emerald han proporcionado para el grupo de búsqueda está dispuesta, estilo buffet, en una larga mesa en un extremo de la sala. Es solo comida estándar, como pasta y papas fritas, en lugar de la habitual alta cocina del restaurante, pero todos nos lanzamos sobre ella con hambre, porque, como observa acertadamente Tam, el conductor del autobús, no podemos ayudar a Edna si estamos muriendo de hambre, ¿verdad?

Dylan y yo agarramos platos de comida y nos sentamos uno frente al otro en una mesa junto a las ventanas, que son del tipo de piso a techo que básicamente convierten el restaurante en una gran caja de cristal encaramada sobre el lago. Tengo que reconocérselo a Jack y su equipo; sería increíblemente romántico, si tan solo mi acompañante y yo realmente nos *gustáramos*.

Sin embargo, después de todo lo que ha pasado hoy, es como si de repente no supiéramos cómo actuar el uno con el otro. Hace solo dos días, nos declaramos confiadamente enemigos de por vida. Pero luego estuvo la conversación en el coche, el extraño hecho de que me abriera a él

sobre mamá —lo cual nunca, nunca hago— y la forma en que tuvo que contenerse para no alcanzarme cuando vio que estaba molesta.

Algo ha cambiado entre nosotros. Es sutil, pero innegable. Y hace que sea casi imposible para nosotros sentarnos y comer juntos, como una extraña parodia de una pareja en una cita.

—Así que —dice Dylan rígidamente, una vez que el silencio entre nosotros se ha vuelto demasiado grande para ignorarlo—. Nunca me dijiste qué te trajo a Heather Bay. Sin ofender, pero me pareces más una chica de Londres.

Este es otro tema que cae bajo la bandera de Cosas de las que No Quiero Hablar, pero lo aprovecho con gratitud, aliviada de estar hablando de *algo*, en lugar de simplemente empujar torpemente mi pasta alrededor del plato y tratar de evitar el contacto visual con el hombre frente a mí.

—Oh, lo soy —respondo honestamente—. He vivido en Londres toda mi vida. Bueno, hasta que me mudé aquí, de todos modos.

—Eso es un cambio de escenario bastante grande. No te gusta hacer las cosas a medias, ¿verdad?

—No. No es mi estilo.

Hago una pausa para dar un bocado a mi pasta.

—Solíamos venir aquí de vacaciones cuando era más joven —continúo, ignorando el nudo que siempre aparece en mi estómago cuando pienso en el Antes—. Mis padres y yo, quiero decir. Mi primo Finn —bueno, obviamente conoces a Finn— vivía aquí con mi tía y mi tío, así que veníamos a visitarlos cada año. Nos quedábamos en el Windsong. De hecho, solo lo recordé cuando fui allí ayer.

Frunzo el ceño, la deliciosa pasta de repente se vuelve cartón en mi boca. Estoy medio esperando que Dylan haga algún tipo de burla sobre mi pequeña escapada en la colina, pero él solo asiente, su silencio dándome la confianza para continuar.

—No recuerdo mucho, para ser honesta —digo, un poco melancólica—. Pero los recuerdos que tengo son algunos de los más felices de mi vida. De... bueno, de cuando mi madre todavía estaba aquí. Sé que probablemente es raro querer volver al lugar donde desapareció —mi padre ciertamente lo piensa— pero supongo que es simplemente donde me siento más cerca de ella. Sé que eso es estúpido.

—No es estúpido —dice Dylan suavemente—. De hecho, tiene mucho sentido. ¿Tú... crees que tal vez esperas encontrarla? ¿Si te mantienes cerca del lugar donde desapareció?

Parpadeo rápidamente antes de responderle.

—No. Quiero decir sí. Quiero decir... no creo que haya ninguna posibilidad de eso —digo, negándome a encontrar sus ojos—. Han pasado casi veinte años. Si fuera a aparecer, ya habría sucedido. Eso es lo que dice papá, de todos modos. Y supongo que tiene razón. Mamá no va a volver: lo he aceptado. Pero Edna todavía podría. Por eso necesitamos seguir buscándola, Dylan. No podemos simplemente rendirnos después de unas pocas horas. ¿Qué tipo de dúo de detectives seríamos si nos rindiéramos sin siquiera hacer un Muro de Locos? ¿O sin que te apartaran del caso?

Estoy haciendo mi mejor esfuerzo para aligerar el ambiente antes de que nos metamos en el territorio de *Pobre Scarlett*, pero obviamente Dylan no es un hombre cuyo estado de ánimo se pueda aligerar fácilmente.

Debería haberlo adivinado sobre él.

—Ah, nunca debería haberte dejado unirme a esta estúpida búsqueda —dice con amargura, volviendo a poner sus cubiertos sobre la mesa—. Fue desconsiderado de mi parte. Lo siento, Scarlett, de verdad. Esto debe traerte tantos recuerdos. Tu madre. Debe haber habido una búsqueda como esta para ella, cuando...

Hace una pausa, delicadamente, y me permito mirarlo.

—Ese es el problema —digo, preguntándome por qué estoy a punto de decirle esto, pero adelantándome de todos modos—. *No lo hace*. Traer recuerdos, quiero decir.

Miro por encima de su hombro hacia el castillo en el lago. Parece que está flotando allí, la isla debajo de él desvaneciéndose en la oscuridad del agua.

—Realmente no recuerdo nada de ese tiempo —admito, jugando con el borde del mantel—. El psiquiatra que vi después de que sucedió dijo que era normal —solo su forma de protegerse, supongo— pero es bastante extraño no poder recordar algo tan importante. *Realmente* extraño, de hecho.

—¿Qué *recuerdas*? —pregunta cuidadosamente.

El sol se ha puesto para ahora, el castillo en su isla reemplazado por una negrura que me hace sentir de repente fría.

—Recuerdo la noche que desapareció —le digo, sorprendiéndome a mí misma—. O parte de ella. Creo que había estado discutiendo con papá. Estábamos en el faro, ¿sabes? El de Juniper Point.

Dylan asiente, y me detengo, con el recuerdo precipitándose hacia mí como algo que quisiera hacerme daño.

No discutiendo, sino peleando. No hablando, sino *gritando*. Ni siquiera miró atrás cuando corrió hacia los acantilados, con su largo cabello ondeando tras ella.

Sin regresar.

—Hubo una tormenta esa noche —continúo lentamente, mientras mi memoria valientemente intenta unir los puntos—. Una muy fuerte. La lluvia comenzó cuando aún estábamos allí. Recuerdo lo oscuro que se puso; como si fuera de noche. Cuando no regresó, se asumió que debió haber caído al agua. Supongo que habría sido bastante fácil hacerlo. Es un descenso empinado, y habría estado completamente oscuro. Probablemente ni siquiera sabía lo cerca que estaba del borde.

Logro decir esto de manera tan objetiva como si estuviera hablando de otra persona, y no de mi propia madre.

No te preocupes, volverá pronto, dijo papá, con el rostro tenso de ira mientras le daba la espalda y comenzaba a desmontar la tienda. *Siempre vuelve.*

Pero no lo hizo. Y ahora que estoy empezando a recordar cómo se sintió eso, me encuentro preguntándome cómo pude haberlo olvidado alguna vez.

—Pero tú debiste haber estado aquí cuando sucedió —digo de repente, mirando a Dylan—. ¿No recuerdas haber escuchado sobre ello? Quiero decir, tienes razón: supongo que debe haber habido algún tipo de búsqueda, ¿no? Debió haber sido una gran noticia en ese momento.

—No estaba aquí —dice, negando con la cabeza con algo que parece arrepentimiento—. Mi madre y yo nos fuimos del pueblo cuando yo tenía 15 años. Bastante repentinamente, de hecho. Mi padre... bueno, no era un buen hombre, digámoslo así. Una tarde llegué a casa y mamá había empacado todas nuestras cosas mientras él estaba en el trabajo, o más bien en el pub. Tomamos el autobús a Fort William, luego el tren a Glasgow, y eso fue todo.

—Oh. Ya veo.

Realmente desearía tener algo más elocuente que decirle. *Cualquier cosa*, en realidad, en lugar de las dos palabras estúpidamente inadecuadas que salen de mi boca. Pero entonces veo la expresión cerrada en el rostro de Dylan mientras rellena su vaso de agua, y sé que no quiere mi compasión. Él no quiere ser el *Pobre Dylan* más de lo que yo quiero ser la *Pobre Scarlett*, y eso hace que me agrade un poco más.

—¿Lo volviste a ver alguna vez? —pregunto, cuando juzgo que ha pasado suficiente tiempo para que esta sea una pregunta aceptable—. A tu padre.

—Oh, sí —dice, volviendo a hundir el tenedor en el montón de pasta de su plato—. Mi madre me enviaba en tren de vez en cuando. Y al principio todo iba bien, pero después de unos días

volvía a estar apoyado en la barra del pub local, y yo terminaba durmiendo en el piso de alguno de mis amigos hasta que era hora de volver a casa. Después de un tiempo, simplemente dejé de molestarme.

—¿Y... ahora?

—Muerto —dice sin rodeos—. Hace unos años ya. Fallo hepático, no es sorprendente. De hecho, por eso volví aquí. Me dejó su casa. Y sus deudas, para ser exactos.

Lo dice como si no importara, pero la manera cortante y objetiva en que está hablando de ello me dice que definitivamente sí importa. Solo está tratando de ocultarlo, y lo sé porque yo hago lo mismo.

—Lo siento —digo débilmente, incapaz de pensar en una respuesta más apropiada.

—No lo sientas —responde, encogiéndose de hombros—. Así es la vida, ¿no? La gente muere, las ovejas desaparecen, cosas malas pasan todo el tiempo. No hay mucho que puedas hacer al respecto.

—No creo que creas eso ni por un segundo —le digo con audacia—. Eres policía, después de todo. Presumiblemente tienes al menos *algún* interés en evitar que sucedan cosas malas, ¿no?

—¿Quieres más pasta? —pregunta Dylan, ignorando mi pregunta mientras se levanta de la mesa—. Estoy hambriento después de todo ese aire fresco.

Niego con la cabeza en silencio y lo observo mientras se dirige al bufet, saludando y sonriendo a los otros comensales como si no tuviera una preocupación en el mundo.

Creo que acabo de descubrir cuál es la historia de origen de Dylan Fraser. Y ahora realmente quiero conocer el resto.

Es solo cuando llega a la mesa del bufet y comienza a servirse una generosa porción de pasta que me doy cuenta de que en realidad no le dije cuándo desapareció mamá.

Entonces, ¿cómo supo que no estaba aquí?

Capítulo 16

Estoy tratando de averiguar cómo preguntarle a Dylan cómo supo cuándo desapareció mi madre (aparte de simplemente soltarlo, que es probablemente lo que haré...) cuando hay una perturbación en la fuerza, y me doy la vuelta para encontrar a Emerald flotando torpemente detrás de mí.

—Hola Scarlett —dice, sonando un poco como si hubiera estado practicando esta línea en su cabeza antes de hablar—. ¿Qué tal la comida? ¿Hay algo más que pueda traerte?

Le sonrío. En realidad me cae bien Emerald, pero desde el incidente en el que brevemente fingió ser yo —por razones que aún no tienen mucho sentido para mí, aunque ha intentado explicármelas al menos 171 veces— siempre ha sido un poco cautelosa conmigo, como si esperara que volviera a sacar el tema y le dijera que estoy furiosa por ello.

Pero no lo estoy. Nunca lo estuve. Como dije, probablemente habría hecho lo mismo si fuera ella; y aunque sea propensa a las catástrofes, siempre es entretenida, así que, viendo a Dylan en una profunda conversación con Jimmy junto al buffet, señalo hacia su asiento vacío con mi tenedor, con la boca aún llena de pasta.

—Está increíble —digo, tragando por fin—. Gracias por hacer esto, Emerald. Es muy amable de tu parte.

—Oh, fue idea de Jack —dice, hundiéndose cansadamente en el asiento—. Nos enteramos de lo de Edna y queríamos ayudar. Jack pensó que la comida probablemente era la mejor manera de hacerlo.

—Pensó bien —le digo agradecida—. Ha sido un día largo.

—Me lo imagino. —Se coloca un mechón de su largo cabello rojo detrás de la oreja y mira curiosamente hacia el fondo de la sala.

—¿Ese es Dylan Fraser con quien estás? —pregunta—. No sabía que lo conocías.

—Oh, no lo conozco —le aseguro rápidamente—. Y tampoco estoy con él, realmente. Se supone que debo entrevistarle para el periódico. Pero todo este asunto de Edna ocurrió justo en medio de eso, así que lo acompañé. ¿Tú lo conoces?

—Fue a la misma escuela que Lexie y yo —dice, asintiendo—. Aunque era un poco mayor, así que no tuvo mucho que ver con nosotras.

Mis hombros se tensan al mencionar a Lexie Steele, quien todavía no me habla después de todas las noticias que escribí sobre ella el año pasado. Sin embargo, me ahorro el problema de responder gracias a Dylan, quien elige ese momento para reaparecer en la mesa, seguido de cerca por el mismísimo Jack Buchanan, que tiene las mangas arremangadas, como si hubiera estado ayudando en la cocina.

—Oh, aquí, déjame devolverte tu asiento —le dice Emerald a Dylan, levantándose de un salto. Hay un arrastre de sillas mientras intercambian lugares, y cuando termina, me doy cuenta de que Dylan está mirando a Jack con la misma expresión hostil que normalmente reserva para mí.

Así que no soy la única persona en el pueblo que no puede soportar, entonces.

—Um, Jack, ¿ya conoces a Dylan Fraser? —dice Emerald, habiendo notado el cambio en la atmósfera—. Ha tomado el lugar de Young Dougie después de... bueno, ya sabes.

Jack sonríe amablemente y extiende su mano hacia Dylan, quien la estrecha como si le preocupara que pudiera estar contaminada. Apenas logra evitar limpiarse la mano en los pantalones después, y yo me recuesto en mi silla, percibiendo una historia.

Vaya, vaya. Esto es inesperadamente interesante.

—Creo que hablamos por teléfono hace un tiempo, en realidad —dice Jack, aparentemente ajeno al hecho de que ha hecho un nuevo enemigo—. ¿Había un problema en la destilería que estabas investigando para mí?

—Se lo pasé a un colega en Glasgow —dice fríamente—. Así que no, no nos conocemos.

Y nunca lo haremos, implica su tono. Resisto el impulso de alcanzar mi libreta y tomar algunas notas.

—Eh, está bien. ¿Te estás instalando bien? ¿Cómo te está gustando el trabajo?

Jack hace un valiente esfuerzo por llevar la conversación de vuelta a terrenos más normales, pero Dylan no lo permite.

—Sí, bueno, sería mucho mejor si no fuera por todos los conductores locos en sus coches deportivos destrozando las carreteras y poniendo en riesgo la vida de todos —responde, su mirada claramente —y no del todo injustamente, hay que decirlo— acusando a Jack de ser el conductor loco en cuestión.

Hay un silencio tenso, durante el cual intento patear a Dylan por debajo de la mesa, solo para dar con el tobillo de Emerald en su lugar. Ella me mira, herida, y brevemente considero patearme a mí misma también.

Sería justo decir que esto no va bien.

—La conducción de Jack ha mejorado mucho últimamente —dice Emerald a la defensiva, y antes de que Dylan pueda soltar la respuesta sarcástica que puedo ver flotando en sus labios, intervengo para intentar rescatar la situación.

—¿Sabías que Jack es el dueño de este restaurante, Dylan? —pregunto alegremente, tratando frenéticamente de enviar una de esas señales de sé amable con el tipo que acaba de comprarte la cena con mis ojos—. Así que él es la persona que donó toda esta deliciosa comida para el esfuerzo por Edna. ¿No fue amable de su parte? ¡Mmm, está tan rica!

Tomo mi tenedor y finjo estar recogiendo algo de mi plato ahora vacío con él, mientras todos observan, probablemente preguntándose por qué me dirijo al policía local como si fuera un niño pequeño que se niega a comer su cena a menos que su madre finja que es un tren chu-chu.

—Sí —dice Dylan de mala gana—. Muy amable. Lo aprecio.

Asiente rígidamente y, después de un momento, Jack devuelve el gesto.

Tregua.

Bueno, más o menos.

—Entonces, ¿volverás a salir a buscar mañana otra vez? —pregunta Emerald, valientemente asumiendo el desafío de cambiar de tema—. ¿O crees que el clima será demasiado malo? Papá dice que se está gestando una tormenta.

—Yo también lo creo —responde Dylan, mirando por la ventana detrás de él—. Y Edna podría estar en cualquier parte ahora, así que a menos que se contenga por unos días más, me temo que no se ve bien para ella, lamentablemente.

—¿No tienen ninguna pista? —pregunta Jack, quien obviamente ha estado viendo los mismos programas de detectives que yo—. Jimmy dijo que cree que alguien podría habérsela llevado.

—No —dice Dylan decididamente.

—Sí —intervengo inmediatamente—. De hecho, tenemos una pista. Jimmy vio a Edna con una mujer. Una rubia, con una chaqueta amarilla. Como esta.

Saco mi teléfono y les muestro la foto en la cuadrícula de Ada; solo, ya sabes, en caso de que no sepan lo que es una chaqueta amarilla.

—No sabemos si esa chaqueta se parece en algo a la que llevaba la mujer que Jimmy vio —empieza Dylan, pero, para mi sorpresa, Emerald se estira por encima de él y me quita el teléfono,

mirándolo con curiosidad.

—Espera —dice, mirando a Jack con entusiasmo—. ¿No estuvo esta mujer aquí ayer? ¿Recuerdas a la que pidió indicaciones? El camarero no tenía ni idea, así que vino a buscarme. Recuerdo esta chaqueta. Es difícil pasarla por alto.

Jack mira obedientemente la foto y luego se encoge de hombros sin compromiso.

—No estoy seguro —dice—. Está de espaldas a la cámara en esta foto. Solo podemos ver su chaqueta y su pelo. ¿Cómo sabes que es la misma persona?

—Exactamente —dice Dylan, con el aire de un hombre que se ve obligado a ponerse temporalmente del lado de su enemigo mortal para hacer frente a una amenaza aún mayor.

Le quito el teléfono a Emerald y lo desplazo hasta que encuentro una de las muchas selfies de Ada, que les muestro a ambos.

—Definitivamente es ella —dice Emerald—. Espera. ¿No es esa influencer de la que mamá siempre está hablando? ¿La que hace el pollo verde?

Asiento. Dylan frunce el ceño.

—Ya te lo he dicho, Scarlett, no hay absolutamente nada que sugiera que esta mujer estuviera involucrada en la desaparición de Edna —dice firmemente—. Esto es ridículo.

—En realidad, espera un momento —dice Jack, arrugando el ceño mientras toma el teléfono de Emerald—. Creo que sí recuerdo a esta mujer. O recuerdo que tú la mencionaste, Emerald. ¿No estaba intentando llegar a Puffin Cove?

Sospecho fuertemente que solo está diciendo esto para intentar superar a Dylan, pero le sonrío agradecida. Dylan, sin embargo, definitivamente no está sonriendo.

—¿Puffin Cove? —pregunta con duda—. ¿Estás seguro? Es una caminata muy larga para llegar allí, especialmente con este clima.

—¿Qué es Puffin Cove? —pregunto, mirando de Jack a Emerald, y finalmente a Dylan—. O *dónde* está, mejor dicho.

—Es una playa, a unos kilómetros al norte de aquí —dice Emerald, luciendo preocupada—. Es hermosa, pero no exactamente accesible. Solo puedes llegar hasta cierto punto en coche, luego tienes que ir el resto del camino a pie. A algunas almas valientes les gusta porque es muy remota, pero personalmente siempre he pensado que parece un poco desolada. —Se envuelve protectoramente con el largo cárdigan que lleva puesto—. No es realmente un lugar al que elegiría ir en esta época del año.

—No, yo tampoco —dice Dylan sombríamente—. Nadie en su sano juicio intentaría llegar allí en esta época del año. Debes haber entendido mal, Emerald.

—Si ella dice que la mujer iba a Puffin Cove, entonces es allí donde iba —dice Jack acaloradamente, saltando en defensa de su novia. Sin embargo, apenas lo escucho, porque las palabras de Dylan aún resuenan en mi mente.

*¿Y si Ada **no** estaba en su sano juicio cuando decidió caminar hasta Puffin Cove? ¿Y si estaba molesta por algo? ¿Como un mensaje desagradable que recibió de un trol, por ejemplo? O de mí, más exactamente?*

—Habría tenido que caminar todo el camino hasta allí —dice Dylan, luciendo como si la idea le ofendiera personalmente. O más bien, la persona que presenta la idea—. Y acampar durante la noche también. No puedes ir y volver en un día.

—La gente acampa allí todo el tiempo —señala Jack—. Todavía es bastante popular en verano.

—Solo en verano, y solo si cuentas tres personas y un perro como 'popular' —responde Dylan, como si estuviera decidido a contradecir todo lo que alguien dice. Puedo sentir cómo la sensación de conexión que tenía con él antes se desvanece por segundos—. No en invierno, y definitivamente no con este clima. Así que si esa mujer tuya realmente fue allí, tengo la sensación de que no es solo una oveja lo que vamos a tener que buscar.

—Un poco pesimista, ¿no crees? —contraataca Jack. Ahora tiene el brazo alrededor de la cintura de Emerald y mira a Dylan como si estuviera considerando desafiarlo a un duelo—. Podría ser una excursionista experimentada, por lo que sabemos. Podría ir allí todo el tiempo. De hecho, estaba pensando en llevar a Emerald allí.

Emerald parece horrorizada ante esto.

—Entonces serías tan estúpido como esta excursionista —responde Dylan sin rodeos—. Avísame cuando vayas, ¿quieres?, para que pueda tener el equipo de búsqueda en espera.

Disparo directo.

—Soy perfectamente capaz de caminar hasta una playa, gracias —dice Jack acaloradamente—. Así que no creo que necesitemos tu ayuda, gracias, oficial.

—Estoy segura de que es allí donde dijo que iba —interrumpe Emerald apresuradamente, antes de que Dylan pueda devolver el fuego—. Dijo que tomaría un taxi hasta donde pudiera, y luego caminaría el resto del camino. Ahora recuerdo. Le di el número de McTavish, él todavía conduce para Uber por su cuenta. ¿Podrías comprobar con él y averiguar si ella lo llamó o no?

Dylan se encoge de hombros con desdén.

—Podría —dice, alcanzando su gorra de policía, que está sobre la mesa, y poniéndosela de nuevo, como para indicar que había terminado de intentar razonar con todos nosotros—. Pero no veo ninguna razón para hacerlo. Sería una tontería intentar caminar tan lejos con una tormenta

acercándose, pero no es ilegal, así que no es realmente mi lugar tratar de detenerla. De todos modos, gracias por la comida, pero tengo que irme; todavía tengo papeleo que resolver en la estación. Te llevaré a casa, Scarlett.

Con eso, se da la vuelta y se dirige a la puerta, dejándome sonreír disculpándome con Emerald y Jack, que parecen totalmente desconcertados. No estoy exactamente encantada de que Dylan me haya ordenado ir a casa, pero no me apetece caminar de vuelta por la carretera sin iluminar que serpentea por las orillas del lago, así que agarro mi abrigo y lo sigo afuera, esperando hasta que estamos de vuelta en el coche antes de volverme hacia él, molesta.

—¿De qué iba todo eso? —pregunto tan pronto como la puerta del coche se cierra detrás de él.

—¿De qué iba qué?

Pone el coche en marcha y retrocede del lugar de estacionamiento, sus ojos evitando cuidadosamente los míos.

—Eso —digo, gesticulando vagamente con mis manos—. Tú y Jack haciendo todo lo posible por demostrar quién puede ser el mayor idiota. Oh, tú ganaste, por cierto —añado—. Y eso no es un cumplido antes de que empieces a sentirte halagado.

Dylan no dice nada, pero ajusta ligeramente sus manos para que estén exactamente en las 9 y las 3, luego sale a la carretera del lago, dirigiéndose a mi casa.

—¿Y bien? —exijo, decidida a no dejar pasar esto—. ¿Vas a decirme qué tienes en contra de él? ¿Es que piensas que también es un forastero, como yo? Porque sé que su familia siempre ha sido dueña de la mayoría de las tierras aquí, pero él no regresó hasta hace unos años, ¿verdad? ¿Es eso? O... Dios mío. ¿Es por Emerald? ¿Te gusta ella? ¿Estás celoso de él?

Pienso en cómo reaccionó cuando le presentaron al hombre más rico de Heather Bay. Jack hizo todo lo posible por no caer en la provocación de Dylan, pero la tensión entre ellos era innegable, y creo que también he descubierto de qué se trataba.

Emerald. Otra vez. Tal vez debería haber tomado una postura más firme sobre todo el asunto del "impostor" cuando tuve la oportunidad.

—No estoy celoso de Jack Buchanan —dice Dylan irritado—. Y tampoco me "gusta" Emerald. Apenas la conozco. Solo odio a los conductores que exceden la velocidad, eso es todo.

—¿Y a los ricos? —me aventuro con audacia—. ¿Y a los "forasteros"? ¿Y a los sassenachs? Odias a bastante gente, ¿no? ¿No resulta agotador?

Ya casi estamos en la casa, y Dylan permanece en silencio, con la mandíbula apretada y los nudillos tensos, hasta que se detiene frente a la casa y pone el freno de mano, con un tirón extra fuerte, como para demostrar la seguridad de su propia conducción.

—No odio a nadie, Scarlett —dice por fin, volviéndose para mirarme—. A nadie en absoluto. Ni a Jack Buchanan, ni a los ricos, ni a los "forasteros". Ni siquiera a ti, por mucho que intentes empujarme en esa dirección.

El coche de policía parece encogerse de nuevo a nuestro alrededor, y soy incómodamente consciente de lo cerca que están los dos asientos delanteros. Y de lo inconvenientemente atractivo que es, si estás dispuesta a ignorar los evidentes defectos de personalidad. No estoy dispuesta a ignorarlos, que conste, pero eso no significa que no pueda detenerme brevemente para apreciar sus fuertes manos en el volante, o los ojos oscuros bordeados de pestañas indecentemente espesas.

Eso no debería estar permitido, ¿verdad? Que se vea tan bien, pero sea tan absolutamente irritante en todo momento, casi como si lo hiciera a propósito. Hace unas horas, pensé que estábamos empezando a superar nuestro desagrado inicial, pero su comportamiento en el restaurante esta noche fue tan impenitentemente estúpido que se necesitará más que un par de manos sexys para compensarlo.

Y de todos modos no quiero que me caiga bien. Porque es molesto. Y porque algo en él me hace querer seguir soltándole todo sobre mamá, lo cual es... raro.

—Sí me odias —insisto débilmente—. Y yo te odio a ti. Ese es el trato, ¿no?

Dylan suspira con cansancio.

—Lo que te haga feliz, Scarlett. Mi objetivo es complacer.

Definitivamente no lo es, pero dejo pasar esa.

—Lo que me haría feliz sería encontrar a Edna —digo con firmeza—. Mañana. Iré a la comisaría y podemos empezar desde allí. ¿Y tal vez puedas intentar no insultar a nadie esta vez?

Dylan niega con la cabeza, sus manos aún aferradas al volante.

—Ya te lo dije —dice, negándose a encontrarse con mi mirada—. No va a ser seguro buscar en las colinas con este clima, y es ahí donde debe estar ella ahora. Estaríamos locos si quiera intentarlo.

—Entonces supongo que debo estar loca —digo obstinadamente.

Sus ojos se desvían hacia mí, con un mensaje claro.

—Supongo que sí —dice, por si acaso no lo había entendido.

Cuando salgo del coche, me aseguro de cerrar la puerta con toda la fuerza posible.

Capítulo 17

Lo primero en mi agenda a la mañana siguiente es llamar a McTavish y preguntarle si la mujer que Emerald vio realmente se puso en contacto con él. Primero, sin embargo, necesito hablar con Hamish y asegurarme de que esté de acuerdo con que siga investigando esta historia de Edna, así que voy directamente a la oficina, ignorando la mirada vagamente hostil que me lanza Katie mientras me dirijo al escritorio de Hamish.

—Por supuesto que haremos algo sobre la búsqueda de Edna —dice mi jefe cuando le pregunto si puedo salir de inmediato después de llamar a McTavish—. Ya he hablado con Jimmy por teléfono. No estaba en buen estado, pobre alma.

—No me sorprende —respondo, recordando la visión pesimista de Dylan sobre nuestras posibilidades de encontrar a la oveja perdida—. Fue extraño verlo sin ella a su lado ayer. Debe sentir como si le faltara una extremidad.

—Bueno, si crees que puedes conseguirnos algo más al respecto —dice Hamish—, no tengo problema con que estés fuera de la oficina. Eso sí, recuerda que también tienes que escribir ese artículo sobre los pasteles, guisantes y bingo.

—Me encargo —le digo, cruzando los dedos detrás de mi espalda—. Déjame hacer una llamada rápida y luego me iré.

Me siento en mi escritorio para llamar a McTavish, pero antes de que pueda marcar el número, algo llama mi atención.

Ahí en mi escritorio hay una galleta. Una galleta grande y perfecta con chispas de chocolate, que se ve exactamente como las que Dylan me dio ayer.

—¿Dejaste esto aquí? —le pregunto acusadoramente a Hamish. Él niega con la cabeza, encogiéndose de hombros, y Katie me da la espalda deliberadamente cuando le hago la misma pregunta, así que solo queda un sospechoso.

Dylan.

¿En serio vino aquí y me dejó una galleta?

La tomo y le doy un mordisco tentativo.

Dios mío, está buenísima.

Lo que significa que definitivamente es una de las tuyas.

Lo que significa... ni siquiera sé qué significa. Una ofrenda de paz, supongo. Una muy sabrosa y completamente irresistible.

Eso no es justo.

La termino en unos cuantos bocados más, luego marco el número de McTavish, empujando decididamente a Dylan y sus galletas al fondo de mi mente. No tengo tiempo para pensar en eso ahora. Tengo una oveja y una influencer que encontrar, y Dylan ha dejado claro que no está interesado en ayudarme con ninguna de las dos, así que supongo que estoy por mi cuenta. Aún más cuando McTavish no contesta el teléfono cuando lo llamo.

Maldita sea. Parece que voy a tener que ir a verlo, entonces.

Me despido rápidamente de Hamish y finjo no notar la mirada malvada que Katie me lanza mientras paso junto a ella en recepción de camino a la salida. Conduje al trabajo esta mañana, sabiendo que podría necesitar el coche para más tarde, y no me toma mucho tiempo llegar a la granja de McTavish, que es un conjunto un tanto destartado de edificios agrupados alrededor de una vieja casa de piedra en las afueras del pueblo. McTavish comenzó a dirigir un servicio de taxis en su tiempo libre hace un par de años, para ganar algo de dinero extra muy necesario, y su viejo Volvo oxidado está estacionado afuera de uno de los graneros, con McTavish parado junto a él con...

Oh, por el amor de Dios, otra vez no...

...Dylan.

—¿Qué haces aquí? —digo sin preámbulos mientras me acerco a ellos, mis botas de tacón hundiéndose en el barro que cubre el patio de la granja. Al menos *espero* que sea solo barro.

—Buenos días a ti también —dice Dylan, su boca una delgada línea de molestia—. Y podría preguntarte lo mismo.

McTavish tose ostentosamente, claramente sin querer verse atrapado en medio de una discusión, y me giro para sonreírle, dándole deliberadamente la espalda a Dylan en el proceso.

—Hola, McTavish —digo, hurgando en mi bolso en busca de mi teléfono—. Perdón por molestarte. Solo me preguntaba si habías visto a esta mujer. Emerald dijo...

—Espera —interrumpe Dylan, estirándose sobre mi hombro y arrebatándome el teléfono de las manos—. Pensé que habíamos acordado que ibas a dejar estas tonterías y dejar el trabajo policial para mí.

Lo miro con furia.

—"Nosotros" no acordamos nada —señalo, estirando la mano para recuperar mi teléfono—. No creo que *alguna vez* hayamos estado de acuerdo, en realidad. Sobre nada. Y dijiste que no estabas interesado en tratar de encontrar a Ada... Edna, quiero decir, así que parece que voy a tener que hacerlo yo por ti.

—Yo *no* dije que no estaba interesado —replica, manteniendo el teléfono fuera de mi alcance, así que me veo obligada a ponerme de puntillas para intentar agarrarlo—. Deja de poner palabras en mi boca, Scarlett. Trabajas para la *Gazette*, no para *The Sun*. Dije que era demasiado peligroso ir a buscar en las montañas, eso es todo. Y tenía razón, además; solo mira el clima.

Es cierto que *está* más ventoso de lo habitual. Las nubes estaban tan bajas esta mañana que ni siquiera podía ver las montañas desde mi balcón, y el cielo tiene un tono gris ominoso que hace imposible distinguir dónde termina el mar y comienzan las nubes.

Pero estamos en las Highlands. A menudo es así aquí, así que simplemente extendo la mano para que me devuelva el teléfono, sin impresionarme.

—Gracias por el informe del tiempo —digo—. Ahora, ¿puedo recuperar mi teléfono, por favor? Tengo cosas que hacer, aunque tú no las tengas.

—En realidad, yo también tengo cosas que hacer —interviene McTavish, pero Dylan lo ignora, sosteniendo mi preciado teléfono sobre mi cabeza y sonriendo de una manera que me dan ganas de taclearlo para recuperarlo.

—¡Dámelo!

—Tómalo.

Lo balancea con el brazo extendido, obligándome a hacer una serie de pequeños saltos mientras intento alcanzarlo.

—Por el amor de Dios, hombre —dice McTavish con cansancio—. Solo dale el teléfono, ¿quieres? De todos modos, ambos están aquí para preguntarme lo mismo. No hay necesidad de discutir por eso.

—¿Qué? —dejo de saltar y miro a Dylan con los ojos entrecerrados—. ¿Estás aquí para preguntarle a McTavish sobre Ada? ¿Hablas en serio?

—No estoy aquí para preguntar sobre Ada —dice a la defensiva, sus ojos oscuros brillando—. Ya te lo he dicho, no me importa esta tontería de la influencer tuya. Solo estoy siguiendo la pista

que Emerald nos dio... me dio a *mí*, sobre la mujer de la chaqueta amarilla. Solo por si acaso ella vio adónde fue Edna.

—¡Ajá! —Cruzo los brazos triunfalmente—. Así que sí crees que podría ser importante... solo eras demasiado terco para admitirlo anoche. ¡Lo sabía!

Te pillé.

—No creo que sea ni remotamente importante —insiste Dylan obstinadamente—. De hecho, creo que es muy poco probable que nos diga algo en absoluto. Solo estoy haciendo mi trabajo, eso es todo. Que es lo que tú también deberías estar haciendo.

—Oh, tú... tú...

No se me ocurre una palabra lo suficientemente mala para expresar lo que pienso de él en este momento, así que abandono el intento de articular y me lanzo repentinamente hacia mi teléfono, con un gruñido bajo que no sabía que era capaz de emitir saliendo de mi boca mientras me muevo.

Dylan se echa bruscamente hacia atrás, revelando unos reflejos que serían bastante impresionantes si tuviera tiempo de notarlos. Desafortunadamente para mí, el barro bajo mis talones es mucho más resbaladizo de lo que había calculado, y en lugar de simplemente agarrar el teléfono a la velocidad de la luz, como tenía previsto, me tambaleo hacia adelante, mis pies se deslizan bajo mí, y el gruñido gutural se convierte en un chillido agudo mientras me desplomo de cara hacia el barro.

El suelo viene volando a mi encuentro, mis manos se levantan instintivamente para proteger mi cara.

Me preparo para el impacto, pero en su lugar, solo hay un suave tirón cuando un par de manos se extienden, agarrándome justo a tiempo para evitar que me estrelle contra el suelo.

Por favor, que sea McTavish. Por favor, Dios, que sea McTavish quien me haya atrapado.

—Mierda, eso estuvo cerca. ¿Estás bien? ¿Scarlett?

No es McTavish, obviamente.

En cambio, levanto la mirada y me encuentro mirando directamente a un par de suaves ojos marrones, que, ahora que los veo de cerca, son en realidad más dorados que otra cosa... y realmente bastante hermosos, de hecho.

Menos mal que ya estoy en el suelo.

—¿Estás bien? —pregunta de nuevo, y me libero con dificultad de sus brazos para ponerme de pie, estremeciéndome al mirar hacia abajo y ver el barro salpicado sobre el frente de mi abrigo.

La tintorería tendrá una excelente semana, gracias a mi recién descubierta habilidad para arruinar abrigos.

—Estoy bien —le digo, frotando enérgicamente el barro y logrando solo esparcirlo aún más. Mis mejillas están ardiendo de humillación y no quiero levantar la vista y verlo riéndose de mí, así que sigo frotando mientras intento recuperar la compostura.

—Gracias, por cierto —murmuro al fin, sin mirarlo todavía.

—De nada —responde con indiferencia.

—Eso fue muy romántico —suspira McTavish desde algún lugar a mi izquierda—. La forma en que te lanzaste hacia adelante para atraparla, Fraser, todo en pánico. Fue como si pensaras que le estabas salvando la vida.

—Mi héroe, seguro —digo, con la voz cargada de sarcasmo mientras me enderezo por fin—. ¿Qué *haría* yo sin ti, oficial Fraser?

—Bueno, o tendrías la nariz rota, o seguirías atrapada en un cubo de basura —replica Dylan, con las mejillas ligeramente sonrojadas—. Así que un poco de gratitud estaría bien, ¿no crees?

—¿Un cubo de basura? —pregunta McTavish—. ¿Qué es eso que dices?

—Mira, dije que estaba agradecida —digo malhumorada—. Y lo estoy. Puede que esté "loca" según tú, pero al menos no soy grosera, como *algunas* personas que podría mencionar.

—Esa no es forma de hablar de Jack Buchanan —responde, sonriendo con suficiencia.

Dios, es exasperante.

Levanto las manos hacia mi boca y finjo estar ahogando el grito de frustración que me encantaría soltar, y McTavish se interpone entre nosotros, como si estuviera a punto de arbitrar un combate de boxeo.

—Me encantaría quedarme a ver cómo discutís todo el día —dice—, pero tengo que recoger a Bella y llevarla al bingo, así que podéis venir conmigo, o podéis volver a vuestros coches e iros a casa. Vosotros decidís.

Con esto, se mete en el asiento del conductor del Volvo y enciende el motor. Dylan y yo nos miramos con cautela antes de lanzarnos hacia adelante al mismo tiempo.

—¡Asiento delantero! —grito, luchando por alcanzar la puerta del lado del pasajero.

—A casa —ordena Dylan, cerrándola de golpe otra vez—. O al trabajo, o a donde sea que puedas ir ahora mismo para quitarte de mi pelo. Lo digo en serio, Scarlett. Esto no tiene nada que ver contigo, y no vas a meterte en ello.

—Estoy cubriendo la historia sobre Edna y el esfuerzo por encontrarla —señalo, tratando de no pensar en la forma en que su cuerpo se presiona contra el mío mientras continúa manteniendo la

puerta cerrada desde su posición detrás de él—. Es de interés público. Y todavía no he terminado mi perfil sobre ti, tampoco. Esta podría ser tu gran oportunidad de parecer competente por una vez.

Siento, más que ver, cómo considera esto. Entonces la ventanilla del conductor baja, y la cabeza de McTavish aparece a través de ella.

—Ninguno de los dos va a conseguir el asiento delantero —dice firmemente—. Pero si no os decidís pronto, me iré sin ninguno de vosotros.

Y así es como termino apretujada contra Dylan Fraser en el asiento trasero del coche de McTavish, mientras bajamos la colina de vuelta al pueblo.

Capítulo 18

Dylan y yo pasamos más de una hora con McTavish, durante la cual lleva a media docena de pasajeros a varios lugares por la ciudad y nos proporciona un nivel enciclopédico de conocimientos sobre cada uno de ellos.

Y yo pensando que Shona McLaren era la mayor chismosa del pueblo.

—Sí, llevé a esa chica —dice al fin, cuando nos trae de vuelta a la granja para recoger nuestros coches, y finalmente tengo la oportunidad de mostrarle la foto de Ada en mi teléfono—. Muy guapa. No le llega a los talones a mi Mary, pero aun así, una chica de buen ver.

—Ni siquiera sabemos si esta mujer es la persona que estamos buscando —dice Dylan por lo que debe ser la vigésima vez—. Todo esto me parece sospechosamente una búsqueda inútil, pero si pudieras decirme dónde la dejaste, McTavish, puedo tacharlo de mi lista.

—El aparcamiento de la cordillera Darroch —dice McTavish inmediatamente—. Dijo que iba a caminar hasta Puffin Cove. Intenté decirle que no era buena idea en esta época del año —sacude la cabeza con desprecio—. Pero no quiso escuchar. Dijo algo sobre "The Devonia", sea lo que sea que signifique eso.

Dylan frunce el ceño mientras garabatea algo en su libreta. Meto la mano en mi bolso, pensando que probablemente debería hacer lo mismo, pero la palabra que McTavish acaba de pronunciar está resonando incómodamente en mi cabeza, y cierro los ojos en su lugar, tratando de invocar el recuerdo que parece contener.

The Devonia. ¿Dónde he oído eso antes?

—¿Y cuál era su nombre, el de esta mujer? —pregunta Dylan, trayéndome abruptamente de vuelta al taxi.

—Ni idea —McTavish se encoge de hombros—. No pregunté.

—Sí, pero seguramente habría reservado en la aplicación, ¿no? ¿Qué nombre usó?

Dylan lo mira, con el bolígrafo suspendido sobre la libreta, pero McTavish solo parece confundido.

—¿La aplicación? ¿Qué aplicación?

—¿La aplicación de Uber? ¿Es lo que la gente usa para reservar un coche?

McTavish se ríe.

—¿Te parece que esto es un Uber oficial? —pregunta, señalando hacia la ventana trasera del vehículo, donde la palabra "Uber" ha sido garabateada en un trozo de cartón y pegada con cinta adhesiva.

—Oh, no me molesto con todas esas tonterías —continúa, de repente preocupado—. Todo el mundo en Heather Bay me conoce. Simplemente me llaman si quieren que los lleve a algún sitio, o me paran en la calle. Esta mujer rubia tuya me hizo señas frente al ayuntamiento. No estoy en problemas, ¿verdad? Quiero decir, supongo que podría conseguir la aplicación si tuviera que hacerlo. Aunque parece un verdadero dolor de cabeza.

—No estás en problemas —le asegura Dylan, cerrando la libreta con un suspiro—. Bueno, al menos no conmigo. No sé qué tendría que decir Uber al respecto, pero supongo que eso es problema de ellos. ¿Puedo asumir que esto significa que tampoco tienes un lector de tarjetas, entonces? ¿O algo que podamos usar para averiguar quién es esta mujer?

McTavish niega con la cabeza.

—Pagó en efectivo —nos dice—. Me dio una buena propina, también. Espero que esté bien. No creen que esté en peligro, ¿verdad?

Todos miramos por la ventana del coche hacia el cielo, que ahora parece un gigantesco moretón, con el púrpura y el negro fusionándose sobre nosotros. La lluvia cae constantemente, también, y me estremezco involuntariamente al pensar en Ada caminando sola por algún sendero solitario de montaña.

Esto no se ve bien para ella, ni para Edna, de hecho.

—Estoy seguro de que estará bien —dice Dylan con decisión—. Dudo mucho que haya ido muy lejos con este tiempo. Probablemente cambió de opinión y regresó poco después de que la dejaras, McTavish.

—Bueno, vamos a comprobarlo —digo, desabrochándome el cinturón de seguridad—. Si era Ada, entonces sabemos dónde se ha estado quedando. Podemos ir en coche hasta el Windsong y hablar con ella. McTavish podría llevarnos, de hecho. ¿No podrías, McTavish?

McTavish asiente con complacencia y vuelvo a abrocharme el cinturón, de repente ansiosa ante la idea de encontrarme cara a cara con Ada por fin, si es que está allí. Dylan, sin embargo,

levanta una mano para detenerme.

—No tiene sentido —dice evasivamente, negándose a mirarme a los ojos—. Yo, eh... fui allí esta mañana, justo antes de venir a ver a McTavish. No estaba allí. Elsie dijo que no la ha visto desde antes de que saliera de acampada. Dijo que estaba empezando a preocuparse, de hecho, por eso vine a ver a McTavish.

Lo miro boquiabierto.

Anoche, no parecía ni remotamente interesado en Ada ni en lo que ella pudiera estar haciendo. Pero, a primera hora de la mañana, preguntó a dos personas diferentes sobre ella: lo que me cuenta una historia completamente diferente sobre dónde está su mente con este caso.

—¿Qué está pasando? —pregunto con sospecha—. ¿Por qué estás haciendo esto realmente? Dijiste que no ibas a comprobar nada de esto ayer. Dijiste que era una "tontería". Dos veces.

—Y probablemente lo sea —insiste Dylan, sin mirarme todavía—. Pero no estaría haciendo mi trabajo si no lo comprobara, y tenía un poco de tiempo libre esta mañana, así que...

—Así que fuiste al Windsong a hablar con Ada —termino por él—. Y cuando no estaba allí, viniste a hablar con McTavish, para averiguar si la había dejado en algún lado.

—Sí, lo hice. ¿Qué pasa con eso?

Tiene la decencia de parecer un poco avergonzado por haber sido atrapado haciendo exactamente lo que —o las cosas, en plural— había dicho que absolutamente no iba a hacer. Pero se me niega el placer de sentirme siquiera un poco triunfante por esto porque acaba de confirmar que Ada sigue desaparecida. Mi corazón de repente se siente como si estuviera tratando de encontrar una salida de mi pecho.

—Dylan, tenemos que tratar de encontrarla —digo, con la voz chillona por los nervios repentinos—. Podría estar en verdadero peligro. Podría estar...

—Tengo que volver a la comisaría —dice abruptamente, abriendo la puerta de su coche—. Gracias, McTavish, has sido de gran ayuda. Me pondré en contacto contigo si hay algo más.

Sale, agachándose contra el viento que casi lo derriba. La puerta del coche se cierra de golpe en mi cara cuando intento seguirlo, y me envuelvo en mi abrigo mientras salgo tambaleándome, mi cabello instantáneamente convirtiéndose en un desastre enredado.

Mierda. Parece que realmente se avecina una tormenta, después de todo.

McTavish avanza, llevando su coche a uno de los graneros para resguardarlo, y yo camino inestablemente hacia donde está aparcado mi propio coche, el viento empujándome mientras avanzo.

—¿Te veré de vuelta en la comisaría, entonces? —le grito a Dylan, que está subiendo al coche de policía al otro lado del patio. Mis palabras, sin embargo, son arrebatadas instantáneamente por la brisa, y él o no me oye, o elige ignorarme.

Probablemente lo segundo, conociéndolo.

—Bien —murmuro para mí misma mientras me hundo en el asiento del conductor, agradecida de estar fuera del frío—. Que sea a tu manera. Pero si crees que te vas a deshacer de mí tan fácilmente, me temo que te llevarás una sorpresa.

* * *

—Tenemos que llamar al Rescate de Montaña.

Entro en la oficina de Dylan en la comisaría unos minutos después y cuelgo mi abrigo detrás de la puerta antes de tomar asiento frente a su escritorio.

—Eh, hola a ti también, Scarlett.

Solo puede haber llegado unos minutos antes que yo, pero Dylan ya está sumergido en una pila de papeleo, del que levanta la vista con su característico ceño fruncido cuando lo interrumpo.

—Rescate de Montaña —repito, inclinándome para empujar el teléfono en su escritorio hacia él—. Llámalos. Ahora.

Esos ojos dorados se oscurecen mientras mira del teléfono a mí.

—¿Desde cuándo te convertiste en mi jefa? —pregunta, sin hacer ningún movimiento para levantar el auricular—. ¿Y no se te olvida algo? Como tus modales, por ejemplo.

Mira quién habla de modales después de su pequeña competencia de meados con Jack Buchanan ayer, sin mencionar cómo me provocó para que cayera de cara en el barro antes, pero realmente quiero que haga la llamada, así que sonrío amablemente y me niego a morder el anzuelo.

—De acuerdo, bien: ¿puedes por favor llamar al rescate de montaña y contarles sobre Ada? —digo, tratando de no sonar como si estuviera suplicando, aunque absolutamente lo estoy haciendo—. Por favor, Dylan —agrego lastimosamente—. Es importante.

Dylan toma un bolígrafo y juguetea con él torpemente.

—Mira, Scarlett, sé que estás preocupada —dice suavemente—. Lo entiendo, créeme. Pero es que... tengo las manos atadas aquí. No puedo levantar un informe de persona desaparecida para alguien que no ha sido reportado como desaparecido. Sería totalmente irresponsable, especialmente...

—...con este clima, sí, lo sé —termino impacientemente—. Tal vez hayas mencionado el clima un par de veces ya. Pero esa es exactamente la razón por la que necesitamos encontrarla. ¿No lo

ves? Porque el clima solo va a empeorar ahora, y Ada podría estar en problemas si lo hace. Tenemos que hacer algo, Dylan. Tengo un muy mal presentimiento sobre todo esto.

Él hace girar el bolígrafo pensativamente antes de responderme.

—Haré algunas llamadas —dice al fin—. Veré si puedo averiguar algo. Pero no puedo llamar al Rescate de Montaña basándome en un presentimiento, Scarlett. Así no es como funciona. Seguramente puedes entender eso, ¿verdad?

—Pero Elsie...

—Elsie dijo que estaba preocupada por ella estando afuera con este clima —dice firmemente—. No que pensara que Ada podría haber sufrido algún daño. Y, ahora mismo, no hay absolutamente nada que sugiera que lo haya sufrido. Además, Elsie es solo una vecina. Apenas conoce a Ada. Ni siquiera tenía un número de contacto para ella, así que no es como si pudiera reportarla como desaparecida solo porque no le gusta el aspecto del clima. Probablemente tú sepas más sobre ella que Elsie.

Sonríe al decirlo, pero no me siento para nada reconfortada.

Este es el problema con personas como Ada. Miles de personas *creen* que las conocen, pero nadie realmente lo hace. Gracias a sus interminables videos y sesiones de fotos, todos conocemos la disposición exacta del apartamento de Ada, pero no dónde está. Sabemos cómo toma su café y qué talla de zapato usa (UK 5, por si te lo preguntas), pero no quién es su pariente más cercano, o incluso si "Valentine" es su verdadero apellido.

Está por todo internet, pero es imposible de encontrar. Tal vez porque no quiere ser encontrada.

—Mira, Buchanan tenía razón —dice Dylan a regañadientes—. Por lo que sabemos, Ada podría ser una excursionista experimentada. Podría estar perfectamente cómoda en esas montañas, y la tormenta aún se está conteniendo por ahora. Según el pronóstico, tenemos unas buenas 24 horas antes de que golpee. Eso es tiempo suficiente para que regrese a salvo, y, por ahora, tenemos que asumir que eso es lo que va a pasar.

Se pone de pie.

—¿Galleta? —dice, con las comisuras de su boca elevándose en una aproximación de sonrisa. Asiento, de repente incómoda al recordar la ofrenda de paz que dejó en mi escritorio esta mañana. Debería agradecerle por eso. O al menos reconocerlo. Sin embargo, para cuando regresa de la cocina, otro plato colmado de delicias en su mano, mi mente está en otras cosas.

—¿Qué es The Devonian? —pregunto mientras se sienta—. McTavish dijo que Ada mencionó algo llamado The Devonian. Siento que he escuchado ese nombre antes.

—Yo también pensé eso —dice, sentándose de nuevo y acercando su teclado hacia él—. Aquí, déjame revisar.

Teclea en la computadora durante un minuto o dos, mientras dejo que la galleta se derrita en mi lengua.

—Nada —dice Dylan, levantando la vista de la pantalla—. O al menos nada que pueda encontrar.

—¿Ni siquiera en el sitio web del Gazette?

—No. Ni siquiera ahí.

Supongo que esto no es demasiado sorprendente. El Gazette ni siquiera tenía un sitio web hasta 2010, así que a menos que este Devonía, sea lo que sea, haya ocurrido después de eso, probablemente no hay mucha posibilidad de que se mencione en línea. Sin embargo, yo misma escribo la palabra en Google, frunciendo el ceño con frustración cuando no aparece nada.

—Sé que lo he escuchado antes —dice Dylan—. Simplemente no puedo recordar dónde.

Se recuesta en su silla, frotándose pensativamente la barba incipiente en su barbilla. Ahora que no está siendo un idiota, vuelve a ser inconvenientemente atractivo, y no puedo evitar resentirme por ello.

Este no es el momento, Scarlett. Y, de hecho, nunca va a ser el momento de encontrar atractivo a Dylan Fraser, ¿entendido?

—Entendido —murmuro con la boca llena de galleta. Dylan me mira, confundido.

—¿Perdón? ¿Qué has entendido?

—Eh, he tenido una idea —digo, buscando frenéticamente una—. Los archivos del Gazette. Se remontan a cuando se fundó el periódico, allá por los años 20. Finn me dejó verlos una vez. Tal vez haya alguna mención de este Devonía allí.

En realidad, esta es una idea bastante buena, para ser justos. Tal vez trabajo mejor bajo presión de lo que pensaba.

—Tal vez. —Parece dudoso—. No es que tenga tiempo para revisar —agrega, recogiendo de nuevo la pila de papeleo—. Tengo que ocuparme de todo esto, y Jimmy ha dejado 15 mensajes en mi buzón de voz desde esta mañana. Realmente debería devolverle la llamada.

—¿Pero qué puedes decirle? —pregunto en voz baja—. Seguimos sin estar más cerca de encontrar a Edna que ayer, y Jimmy no va a estar contento si piensa que estás cancelando la búsqueda, ¿verdad?

Dylan se mueve incómodamente en su silla.

—No voy a suspender la búsqueda —insiste—. No es mi búsqueda para suspenderla. Tam está ahora fuera con un grupo de voluntarios. Son menos que ayer porque, bueno, realmente no se puede mantener el interés de la gente por una oveja desaparecida durante mucho tiempo. No sé cómo va a reaccionar Jimmy si tengo que decírselo.

—Puede que Ada no sepa nada sobre Edna —continúo, sintiendo que su determinación se debilita—. Pero podría saberlo.

Antes de que Dylan pueda expresar sus objeciones, vuelvo a lanzarme de cabeza.

—Por favor, Dylan —digo suavemente—. Sé que no es una pista muy sólida, pero es todo lo que tenemos. ¿No puedes al menos intentar seguirla? ¿Por mí? ¿Por favor?

Él duda, y yo me reclino en mi asiento, fingiendo mirar por la ventana detrás de mí.

—De hecho, creo que veo a Jimmy ahora —le digo con naturalidad—. Parece que viene hacia aquí. Se ve bastante molesto. Como si fuera a lanzar una maldición en cualquier momento.

Mi pequeña mentira piadosa surte efecto. En cuestión de segundos, Dylan está de pie, con una galleta con chispas de chocolate entre los dientes mientras se pone rápidamente el sombrero de policía.

—Vamos, entonces —dice resignado, sosteniendo la puerta abierta para mí—. Pero solo si aceptas dejar todo este asunto cuando no encontremos nada. Que no lo haremos.

Asiento de inmediato.

—Por supuesto —digo, con los dedos fuertemente cruzados detrás de la espalda—. Palabra de scout.

Sin embargo, encontraremos algo.

Tengo un **presentimiento**.

Capítulo 19

El archivo de la Gaceta ocupa lo que estoy bastante segura solía ser un viejo garaje escondido detrás del Café Wildcat y, como todo lo demás en las cercanías del restaurante, también apesta permanentemente a pescado y patatas fritas.

—Creí que habías dicho que todo esto estaba en microficha —dice Dylan, mirando alrededor las imponentes pilas de papel amarillento que están apiladas precariamente por toda la pequeña habitación, aparentemente al azar.

Asiento hacia la máquina de microficha que ha sido metida en un rincón de la habitación. Está cubierta por una gruesa capa de polvo y le falta el enchufe.

—Lo está —admito avergonzada—. Es solo que... no está exactamente accesible en ese formato particular en este preciso momento, eso es todo. Lo siento. Finn me dijo que había planes para digitalizarlo todo en algún momento, pero, bueno, parece que eso aún no ha sucedido.

Dylan sacude la cabeza mientras se adelanta para inspeccionar la pila de periódicos más cercana.

—Estos son de los años setenta —dice con desesperación, hojeándolos—. Nos llevará el resto de nuestras vidas revisarlos todos.

Da un paso atrás hacia la puerta, y yo me apresuro a detenerlo.

—Será más rápido si lo hacemos los dos —señalo esperanzada—. Y no es como si tuvieras asuntos más urgentes que atender, ¿verdad? Aparte de Edna, con quien realmente no podemos hacer mucho ahora mismo, básicamente solo está Jimmy y su maldición sobre McTavish. ¿Y quién necesita eso?

Pienso en la pila de papeleo en su escritorio; esa que había dicho que necesitaba ponerse al día.

—Te compraré un café de The Wildcat —añado desesperadamente—. Yo invito. Solo ayúdame a revisar estos durante el tiempo que te tome bebértelo, luego puedes irte, y ni siquiera te culparé. ¿Trato?

Extiendo mi mano y él la mira con sospecha.

—Trato —suspira, estrechándola a regañadientes—. Ahora vete de aquí antes de que cambie de opinión.

* * *

Le compro a Dylan un café y una dona —porque a todos los policías les encantan las donas, ¿verdad?— y para cuando termina con ambos, está tan profundamente absorto en un periódico de hace una década que se ha olvidado por completo de su amenaza de irse.

—Mira esto —dice, entregándome un recorte—. ¿No es esa Emerald?

Tomo el trozo de papel y reprimo una risa al ver a Emerald en un vestido abultado, luciendo aterrorizada mientras es conducida por la Calle Mayor en la parte trasera de un camión decorado.

—Esto debe ser del Día de Gala, el año que fue Reina —digo, devolviéndoselo con una sonrisa—. Terminó incendiando el ayuntamiento, aparentemente. O Lexie lo hizo, de todos modos. ¡Imagínate!

—Lo recuerdo —responde Dylan—. Fue el tema de conversación del pueblo durante años después. Es un milagro que nadie resultara herido. McTavish perdió los dientes, pero eso fue todo.

Lo miro con curiosidad.

—Pensé que no estabas aquí cuando todo eso sucedió —digo—. ¿No te habías mudado a Glasgow para entonces?

—Estaba de visita a mi padre —dice, frunciendo el ceño ante el recuerdo—. El Día de Gala era el momento perfecto para que él bebiera. ¿Qué tienes ahí?

Asiente hacia la pila de papeles en mi regazo, y tomo el de arriba y comienzo a hojearlo.

—Es de 1939 —le digo, escaneando las páginas con interés—. El comienzo de la guerra. Es fascinante. Yo... ¡oh, Dios mío, mira! ¡Este hombre se parece mucho a ti!

Levanto la página para mostrarle la foto, que muestra a cuatro jóvenes en uniformes de soldados, con los brazos entrelazados sobre los hombros de los otros mientras sonríen a la cámara. Todos se ven increíblemente jóvenes y esperanzados, y me pregunto qué les habrá pasado; si alguna vez regresaron, y qué tipo de historias tendrían que contar si lo hicieron.

El del medio es el que pensé que se parecía a Dylan, y cuanto más miro la imagen granulada en blanco y negro, más segura estoy. La foto es frágil y descolorida; el papel amarillento por el paso

del tiempo. Pero la cabeza de cabello oscuro es idéntica a la que está sentada frente a mí ahora mismo, y aunque no haya visto sonreír a Dylan muy a menudo, aún veo ecos de sus hoyuelos en el joven de la página.

—Sí, ese es mi abuelo —dice, volviendo al artículo sobre Lexie—. Mi madre tiene el original en casa en alguna parte.

—¿Y los hombres con él? —entrecierro los ojos para leer el pie de foto desvanecido debajo de la imagen—. Oficiales McTavish, Fraser, Buchanan y Steele, de Heather Bay —leo en voz alta.

—Vaya. —Me enderezo un poco, casi derramando el café para llevar que hace tiempo he olvidado—. ¿McTavish y Buchanan? ¿Son estos...? ¿Tu abuelo conocía a Jack y al de McTavish, entonces? ¿Y al de Lexie también?

Dylan asiente secamente.

—Es un pueblo pequeño, Scarlett —dice, como si fuera un hecho—. Todo el mundo se conoce. Siempre ha sido así.

—Estos hombres no solo parecen conocerse —insisto, mirando más de cerca la foto—. Parecen que eran amigos. Buenos amigos, además.

—Lo dudo —dice Dylan tensamente—. Bueno, tal vez el abuelo y el viejo McTavish. Posiblemente Steele. Pero no habrían sido amigos del Laird, eso te lo aseguro.

—¿Por qué? —Sigo mirando fijamente la foto, fascinada por este inesperado vínculo con el pasado—. ¿Quieres decir porque era rico? Eso no significa que no hubiera sido amigo de ellos. Realmente deberías pensar en quitarte ese complejo, ¿sabes? Te está haciendo caminar torcido.

—No tengo ningún complejo —espeto, sonando exactamente como un hombre con un complejo—. No sabes de lo que estás hablando, así que déjalo, ¿de acuerdo?

—Vale, vale. —Pongo los ojos en blanco mientras vuelvo a colocar el periódico en la pila—. Solo pienso que es lindo, eso es todo. Tú, McTavish, Jack y Lexie, todos unidos por los antiguos lazos de sus familias. Oh, ¿sabes lo que deberían hacer? Ustedes cuatro deberían reunirse y recrear esta foto. ¿No sería genial? Apuesto a que Hamish la imprimiría en la *Gaceta*. Si pudieras conseguir el original de tu madre, podríamos...

—Te dije que lo dejaras. No estoy bromeando, Scarlett.

Y no lo está. Eso es obvio por la forma en que sus nudillos se han puesto blancos mientras agarra otro periódico viejo.

¿Por qué una vieja foto lo ha alterado tanto? Me pregunto si es por esto que fue tan grosero con Jack Buchanan anoche.

Hay muchas preguntas que podría hacer ahora, pero ni siquiera yo soy lo suficientemente tonta como para perseguir algo que Dylan claramente no quiere que persiga, así que lo archivo para más tarde y simplemente asiento hacia el periódico en su mano.

—Vas a dañarlo si no tienes cuidado —le digo—. ¿Qué es, de todos modos?

La foto que me entrega es de unos años antes que la que me mostró de Emerald como Reina de Gala, pero la niña pequeña en ella es inconfundiblemente Lexie Steele, de unos 10 años, sosteniendo un trofeo casi tan grande como su cabeza. *Niña local nombrada Señorita de las Tierras Altas Occidentales por tercer año consecutivo*, dice el titular debajo.

—Lexie la Reina de los Concursos —digo, sonriendo—. Esto debe haber sido alrededor de la época en que solía venir aquí de vacaciones, de hecho. Oye, ¿me pregunto si alguna vez me topé con ella en la playa o en algún lugar del pueblo? ¿No sería increíble si resultara que todos jugamos juntos en la playa? ¿Yo, Lexie y Emerald?

Paso mi dedo sobre la foto con nostalgia. Sé con certeza que Lexie, Emerald y yo no éramos amigas de la infancia, ni siquiera por un día. Puede que haya olvidado mucho, pero habría recordado eso. Principalmente porque habría sido muy inusual para mí tener siquiera *una* amiga, y mucho menos dos.

—Tal vez lo hiciste —dice Dylan, observándome desde su posición en el suelo de la pequeña habitación. Su estado de ánimo anterior se ha evaporado, y ahora solo suena pensativo; incluso interesado—. ¿Realmente no puedes recordar?

—Estoy empezando a hacerlo —confieso, mirando fijamente la foto de Lexie para no tener que mirarlo a él—. Solo fragmentos, pero aun así, es más de lo que he recordado hasta ahora. Nada sobre Lexie y Emerald de niñas, sin embargo, estoy segura de eso. No... bueno, no tenía muchas amigas cuando era joven.

Y por eso, entiéndase "ninguna en absoluto".

—¿Entonces tenías novios? —Ahora está sonriendo; burlándose suavemente de mí para alejar la conversación de la dirección de *Pobre Scarlett* a la que seguramente se dirigía, y me sorprende una repentina oleada de gratitud hacia él.

—Puede que te sorprenda oír esto —digo, señalando mis botas de tacón alto y mi vestido dolorosamente caro—, pero era un poco marimacho cuando era más joven. De hecho, era la pesadilla de mi madre.

Un recuerdo de ella riendo mientras intentaba pasar un peine por mi pelo, enredado con agua salada y arena. Cubos y palas de plástico apilados junto a la puerta, trajes de baño mojados secándose en el radiador del hotel.

—No tenía novios —continúo, hablando rápido antes de que más recuerdos puedan surgir como este—, pero sí tenía un chico que era amigo.

—¿Ah, sí?

—Se llamaba Scotty. Solíamos jugar juntos en la playa. Lo había olvidado por completo hasta hace unos días, entonces tuve este sueño sobre él, y empezó a volver a mí.

—¿Qué recordaste?

—Nada concreto. Es más bien una *sensación*. Una sensación de felicidad. Creo que era feliz entonces. Desearía poder recordarlo más claramente, pero al mismo tiempo, tengo miedo de arruinarlo. De descubrir que estoy equivocada y que no era feliz en absoluto. Tengo miedo de que si recuerdo demasiado sobre esa época, podría quebrarme. Como si mi cerebro hubiera decidido ocultar la mayor parte porque sabía que no podría manejarlo. ¿Tiene sentido?

Él asiente.

—Creo que eso explica mucho. Pasaste por algo inimaginable. Lo entiendo.

Duda por un momento.

—¿Estás segura de que no quieres saber más? —pregunta suavemente—. ¿No quieres llenar los espacios en blanco? Porque eso no suena como la Scarlett que conozco.

—Pero tú no me conoces —protesto, pero él solo se encoge de hombros.

—Es mucho lo que se pierde —dice simplemente—. Eso es todo lo que digo. Una vida entera de recuerdos. No solo sobre tu madre, sino sobre todo. Y no puedes tener felicidad sin tristeza, Scarlett. Así no es como funciona. Tienes que tenerlo todo, si vas a tener algo en absoluto.

Nos sentamos en silencio entre los recuerdos en la pequeña habitación; todos esos fragmentos de vidas y historias de la gente, simplemente archivados y olvidados, acumulando polvo y amarilleándose con el tiempo. Pero aún aquí, no obstante. Todavía esperando ser desempolvados y descubiertos. Recuerdos esperando ser desbloqueados.

—Pásame esos, ¿quieres? —digo, tomando una decisión.

Dylan me entrega la pila de periódicos que estoy señalando. Por un segundo, parece que está a punto de decir algo, luego lo piensa mejor y se da la vuelta, volviendo a su lectura, mientras me vigila con un ojo todo el tiempo.

Respirando profundamente, paso las páginas de los periódicos hasta llegar al año en que cumplí 13, y sigo adelante hasta llegar a agosto.

Agosto. El final del verano. Esos últimos días perezosos antes de que la escuela volviera. Solo que no recuerdo haber vuelto a la escuela ese año. Todo después de ese día es solo un borrón, y

mientras mis dedos pasan por las páginas amarillentas de los números atrasados de la Gaceta, me pregunto si esto podría ser lo que finalmente lo ponga en foco.

—Scarlett. —La voz de Dylan es suave, comprensiva. De hecho, está rozando el *Pobre Scarlett*, pero no tengo tiempo para su lástima, así que simplemente divido la pila de papel aproximadamente en dos y le entrego la mitad.

—Toma —digo, tratando de sonar como si esto fuera algo completamente normal para pedirle que haga—. Revisa estos, ¿quieres? Por The Devonia, quiero decir. Tiene que haber algo...

—The Devonia. Claro.

Dylan no es tonto. Sabe que ya no estoy buscando The Devonia. Ni siquiera estoy buscando a Ada o a Edna ahora. No, estoy buscando a mamá. Porque debe estar aquí, en las páginas de este periódico. Desapareció mientras estábamos aquí, de vacaciones. Ella era originaria de aquí. La Gaceta habría escrito algo al respecto. Tal vez incluso mucho, si tengo suerte.

¿O sería eso tener suerte? ¿Realmente quiero leer un relato periodístico de la desaparición de mi madre? ¿O solo va a lastimarme, aún más de lo que ya estoy lastimada?

—¿Estás segura de esto, Scarlett?

Dylan lo sabe. Por eso me mira así, como si fuera algo frágil que pudiera romperse en cualquier momento. Pero no lo soy, y cuadro los hombros y lo miro a los ojos para demostrarlo.

—Sí —digo sin rodeos—. Estoy segura, Dylan. Ayúdame con esto. ¿Por favor?

Él vuelve silenciosamente a su búsqueda, y yo vuelvo a la mía. Pero aunque, entre los dos, pasamos por cada periódico del mes en que mamá desapareció, no hay ni una sola mención de ella.

Absolutamente nada en absoluto.

Capítulo 20

Toma, bebe esto. Te ayudará.

— Han pasado quince minutos y, para ser completamente honesta, el café que Dylan corrió a buscarme de The Wildcat no me ha ayudado mucho, a pesar de las copiosas cantidades de azúcar que le ha añadido, pero sé que a la gente le gusta ofrecer bebidas calientes en momentos de crisis, así que finjo beberlo de todos modos.

—Estoy bien, de verdad —le digo, volviendo a dejarlo en el suelo a mi lado—. No te preocupes por mí.

—Has sufrido un shock —insiste, recogéndolo de nuevo e intentando dármelo. Está en cuclillas a mi lado en el suelo y, si somos honestos, parece más bien que él es quien ha sufrido el shock. Hay una línea de preocupación grabada entre sus cejas oscuras, y me está mirando a los ojos de una manera que se siente casi indecentemente íntima considerando que se supone que somos enemigos jurados. Cualquiera que nos viera ahora pensaría que iba a besarme.

—Cuidado, Oficial Fraser, me harás pensar que realmente te agrado si sigues preocupándote por mí de esta manera —digo rápidamente, como si pudiera leer mis pensamientos.

—Desearía que no hicieras eso —responde, sentándose sobre sus talones y negando con la cabeza.

—¿Hacer qué?

—Eso. Lo que acabas de hacer. Decir algo sarcástico para no tener que decir lo que realmente estás pensando.

—Yo no hago eso en absoluto —protesto, pero él simplemente me ofrece el café en silencio, y lo tomo mansamente mientras él se endereza de nuevo.

—Realmente no es un *shock* como tal —digo, sorbiendo el líquido azucarado—. Simplemente no lo entiendo. No tiene sentido. ¿Cómo puede no haber *nada*?

Dylan me mira con cautela, luego se rasca la cabeza confundido.

—Es extraño, te lo concedo —admite—. ¿Estás segura de que tienes las fechas correctas? ¿Podría haber sido antes en el verano? ¿Más tarde? ¿Quizás un año diferente?

—No, estoy segura. Eso es una de las pocas cosas de las que estoy segura. Tiendes a recordar los momentos en que tu vida se pone completamente patas arriba, ¿sabes?

El Antes. Y luego el Después. Pero ¿qué hay del medio? ¿La parte intermedia que sigue siendo solo un revoltijo de sonidos borrosos y lejanos, como una radio que no se ha sintonizado correctamente? ¿Qué hay de eso?

—Tal vez falte un número —dice, empezando a hojear los periódicos de nuevo—. Tiene que ser eso.

—Tal vez —digo con duda. Realmente quiero que haya alguna explicación razonable para esto, pero de alguna manera dudo que sea esta. Revisé los periódicos cuidadosamente. Dylan también lo hizo. No había absolutamente nada; y ya sé que The Gazette no tenía sitio web en ese entonces, así que tampoco tiene sentido buscar allí.

—¿O tal vez simplemente no lo cubrieron? —dice Dylan una vez que está tan seguro como puede de que no se ha pasado nada por alto—. Quiero decir, la gente desaparece todo el tiempo. Mucho más a menudo de lo que crees, apuesto. Tal vez simplemente no pensaron que fuera noticia.

Niego con la cabeza.

—Trabajo para este periódico, ¿recuerdas? Cubren todo. Literalmente todo. La semana pasada nos pidieron que enviáramos un fotógrafo a una fiesta de cumpleaños para el gato de alguien.

—Qué bien —dice Dylan—. Me encantan los gatos.

Hay una larga pausa antes de que hable de nuevo, y, cuando lo hace, está usando el mismo tono cuidadoso que le he oído usar con Jimmy - y ocasionalmente con McTavish, cuando está siendo particularmente irrazonable.

—Creo que deberías hablar con tu padre —dice seriamente—. Sé que no recuerdas mucho sobre lo que pasó, pero él obviamente sí. Tal vez deberías hablar con él, ahora que estos recuerdos están empezando a volver. Él podrá llenar los espacios en blanco para ti.

—Vaya, esa es una gran idea, Dylan. ¿Por qué no se me ocurrió? —digo sarcásticamente, probando así su punto anterior.

—Bueno, ¿por qué no lo haces?

Dylan se niega a dejarse alterar, y suspiro derrotada. Es una pregunta justa, supongo. Es solo que... realmente no sé la respuesta.

—A papá no le gusta hablar sobre... sobre lo que pasó —le digo, encogiéndome de hombros como si no fuera gran cosa—. Cambia de tema cada vez que surge. Siempre ha sido así.

Y además, nunca he querido realmente preguntarle. Tengo demasiado miedo de lo que pueda decir.

—Bueno, ¿qué hay de tus tíos? —continúa, imperturbable—. ¿Los padres de Finn? ¿O el mismo Finn, incluso? Sé que está en Glasgow ahora, pero podrías llamarlo. ¿Sus padres aún viven aquí?

—Ya no —respondo, consciente de que estoy logrando encontrar un problema para cada solución, como dice papá, pero sin saber cómo detenerme—. Emigraron hace años. Australia. Apenas los he visto desde que se fueron. Sería un poco raro que los llamara ahora y les dijera: "Hola, tía Lucy, sé que no he llamado en años, pero ¿puedes contarme todo sobre tu hermana desaparecida y presuntamente muerta?" Y Finn... bueno, digamos que no soy exactamente su fan número uno en este momento.

—Entonces, ¿qué, simplemente vas a dejarlo pasar? —Las cejas de Dylan casi desaparecen bajo su gorra de policía—. ¿Simplemente aceptar que nunca vas a saber realmente qué le pasó a tu madre? Eso no suena como tú.

—Sí, bueno, ¿sabes qué? ¿Por qué no intentas crecer sin un padre? —replico malhumoradamente—. Entonces puedes volver a mí sobre la forma correcta de lidiar con eso, ya que eres tan experto.

Me doy cuenta de lo que he dicho tan pronto como las palabras salen de mi boca.

—Lo siento —murmuro débilmente—. No quise decir...

—No eres la única que ha tenido una vida de mierda, Scarlett, ¿lo sabes? —interrumpe Dylan—. Mi padre puede que no haya desaparecido, como tu madre, pero Dios sabe que hubo veces en que deseé que lo hiciera. Como cuando solía golpear a mi madre hasta dejarla negra y azul, y no había nada que yo pudiera hacer para detenerlo.

Su rostro está rígido con emoción reprimida, y estoy tan avergonzada de mí misma que casi empiezo a llorar de nuevo.

—Dylan, lo siento mucho —digo en voz baja—. No debería haber dicho eso. Ni siquiera lo decía en serio. Sé que tú tampoco lo has tenido fácil. Supongo que tenías razón sobre lo del sarcasmo. Lo siento. De nuevo.

Extiendo la mano y la coloco tímidamente sobre su brazo. Cuando se mueve, pienso que va a apartarme, pero, en cambio, me rodea con el brazo y me atrae torpemente hacia él hasta que quedo acurrucada bajo su brazo como una muñeca, con la cabeza apoyada en su pecho.

—No es una competición —dice sobre mi cabello—. Aunque si lo fuera, creo que tú ganarías. Yo también lo siento, Scarlett. Al menos sé qué le pasó a mi padre. No puedo imaginar cómo debe ser no saber.

No hay nada que pueda decir a eso, y sus labios sobre mi cabello me dificultan pensar con claridad de todos modos, así que no digo nada y me permito relajarme un poco más contra él. Su pecho es duro bajo el uniforme de policía, al igual que el brazo alrededor de mi hombro, pero no estoy segura de cuándo fue la última vez que me sentí tan segura. O la última vez que alguien me abrazó así, de hecho.

Tengo que tener cuidado. No puedo acostumbrarme demasiado a esto, porque él no es mi amigo, es mi enemigo. ¿Recuerdas?

Sin embargo, ahora mismo, Dylan Fraser no parece mucho un enemigo. Ahora mismo, se siente como el lugar más seguro del mundo, y voy a tener que concentrarme mucho para no notar cómo se tensan los músculos de sus brazos cuando cambia ligeramente de posición.

—Ojalá la hubiera seguido —murmuro contra su hombro—. Aquel día en el faro, cuando se fue enfadada. Debería haberla seguido. Entonces quizás todavía estaría aquí ahora.

Mi voz se quiebra en la última palabra, y el brazo de Dylan me aprieta más.

—No es tu culpa —dice suavemente—. Eras solo una niña, Scarlett. ¿Qué podrías haber hecho? ¿Cómo podrías haber evitado lo que sea que pasó?

—*Podría* haberlo hecho. Estaba discutiendo con papá. ¿Y si era sobre mí? ¿Y si todo esto fue mi culpa?

Parpadeo rápidamente, decidida a no llorar. No lloraré en su hombro. Aunque realmente quiero hacerlo.

—Aunque no lo creas, no todo gira en torno a ti, Problemas —dice con suavidad—. Y aunque así fuera, ¿qué? Ella tomó la decisión de irse. Tú no lo hiciste por ella. No podrías haberlo hecho, sin importar sobre qué estuvieran discutiendo.

Considero esto. Siempre he asumido que la desaparición de mamá fue algo que le sucedió. Nunca se me había ocurrido que podría haber sido algo que ella eligió. Me estremezco ante la idea, y Dylan me acerca más, su barbilla aún descansando sobre mi cabeza.

—Hubo una tormenta esa noche —le digo, con la voz temblorosa—. Ahora lo recuerdo.

La lluvia azotando la ventana del hotel. Las ramas de los árboles agitándose violentamente en el vendaval. Papá diciéndome que me quedara en la habitación mientras él salía a buscarla. Luego las olas estrellándose contra el muro del puerto, y la ropa mojada pegándose a mi piel.

El recuerdo casi me deja sin aliento, y lucho por salir de él para darme cuenta de que la mano en mi hombro ha encontrado el camino hacia mi cabello, mientras Dylan enreda un mechón entre sus dedos. El gesto es extrañamente íntimo, y de repente necesito cambiar de tema; dejar toda esta charla sobre mamá en el fondo de mi mente, donde pertenece, y arrastrarme de vuelta al presente, donde no tengo que preguntarme si todo lo que sucede es de alguna manera mi culpa.

Bueno, aparte de Ada, obviamente. Eso todavía podría ser mi culpa. Y se supone que debo centrarme en arreglarlo, en lugar de estar aquí sentada llorando por mis propias tragedias personales y dejando que un apuesto policía juegue con mi cabello.

—Probablemente deberíamos volver a esto —digo a regañadientes, señalando las pilas de periódicos esparcidos por la habitación—. El Devonia no se va a encontrar solo, ¿verdad?

—No necesita hacerlo —dice Dylan, sonando presumido—. Ya lo he encontrado.

Me suelta abruptamente y se levanta para recoger algo del suelo. Intento no pensar en lo decepcionada que estoy por no estar tocándolo más mientras extiende la mano para tomar el periódico que me entrega, mirando ansiosamente el artículo que está abierto.

Es un artículo sobre un barco llamado El Devonia, que apareció en los acantilados cerca de Puffin Cove, habiendo sido visto por última vez unas semanas antes.

Eso es todo. Eso es todo lo que hay. Solo unas pocas líneas al final de una página. No se pudo contactar al propietario del barco para hacer comentarios, dice. Caso cerrado.

Aparentemente.

Hemos encontrado El Devonia. Pero, por alguna razón, estoy mucho menos emocionada de lo que pensaba que estaría.

—Así que era un barco —digo, frunciendo el ceño—. ¿Por qué Ada estaría interesada en un barco?

Me estrujo el cerebro, tratando de recordar si alguna vez ha mencionado la navegación. Aparte de aquella vez que fue a un crucero de borrachera en Ibiza (patrocinado, naturalmente), me quedo en blanco por completo en ese tema.

—Seguramente ya no estará allí, ¿verdad? —le pregunto a Dylan—. En Puffin Cove, quiero decir. —Consulto la fecha en la portada del periódico—. Esto fue hace veinte años. Los barcos naufragados no permanecen tanto tiempo, ¿no?

Dylan niega con la cabeza.

—Me sorprendería que lo estuviera —dice—. Nunca he oído a nadie mencionar que haya un barco naufragado allí.

—¿No podríamos averiguar quién era el propietario? —sugiero esperanzada—. ¿No tienen que estar registrados los barcos o algo así?

—No todos los barcos, no. Puedo volver a comprobarlo cuando esté de vuelta en la comisaría, pero, por la descripción, no creo que este barco hubiera requerido estar registrado. Y aunque lo estuviera, fue hace veinte años, así que...

Continúa hablando, pero ya no estoy escuchando, porque algo más acaba de llamarme la atención.

Hace veinte años. El Devonía apareció hace veinte años. Mamá desapareció hace veinte años.

Me pregunto...

Escaneo el artículo una vez más, buscando la fecha en que el barco fue visto por última vez, y mi corazón casi se detiene cuando la leo.

Conozco esta fecha. Es lo único que sé que nunca olvidaré. Porque fue la última vez que vi a mi madre.

Este barco —El Devonía— fue visto por última vez la misma noche que mi madre desapareció.

Podría ser una coincidencia, por supuesto. Las coincidencias ocurren todo el tiempo. Como la coincidencia de que Ada Valentine estuviera en Heather Bay en el momento en que decidí enviarle un mensaje, por ejemplo.

Pero no creo que esto sea una coincidencia. De hecho, estoy segura de que no lo es.

—Dylan —digo, sonando extrañamente calmada considerando que ni siquiera estoy segura de poder ponerme de pie ahora mismo—. Dylan, creo que mi madre podría haber sido la persona que se llevó The Devonía.

Capítulo 21

Tiene perfecto sentido.

Roban un barco la misma noche que una mujer desaparece del pueblo más cercano. Me parece obvio que ella debió haberlo tomado; incluso Dylan está de acuerdo en que al menos es *posible*, y el hecho de que esta nueva información no me acerque realmente a saber qué le sucedió a mi madre no me impide preguntarme qué más podría descubrir si solo busco lo suficiente.

Sé exactamente por dónde voy a empezar, también.

Voy a ir a Puffin Cove.

—No vas a ir a Puffin Cove —dice Dylan firmemente mientras salimos del archivo del periódico y nos dirigimos de vuelta a la oficina de la Gazette—. Eso sería una absoluta locura, y lo sabes.

—Pero ahora tenemos *aún más* razones para pensar que Ada podría estar allí —argumento, sabiendo mientras lo digo que no va a hacer la más mínima diferencia—. Estaba buscando The Devonian, dijo McTavish. The Devonian apareció en Puffin Cove. Así que Ada también está allí.

La cuestión de *por qué*, exactamente, Ada aparentemente estaba buscando el barco que acabo de descubrir que podría estar relacionado con mi madre, mientras tanto, es otra cosa completamente diferente. Es algo que no voy a poder responder hasta que encuentre a Ada, así que lo aparto como si fuera una mosca que sigue zumbando alrededor de mi cabeza, y espero que se mantenga alejado, al menos por ahora.

Un misterio a la vez, Scarlett. Así es como lo habría hecho Nancy Drew.

—Ya hemos hablado de esto, Scarlett —suspira Dylan con exasperación—. No vamos a ir tras Ada. No tenemos ninguna razón para pensar que esté en peligro.

Él no tiene razón para pensar que está en peligro. Yo, sin embargo, sé sobre el mensaje que recibió antes de irse. Porque yo soy quien se lo envió. Y si soy yo quien la hizo sentir que tenía que huir, puedes estar segura de que seré yo quien la traiga de vuelta. Puede que no haya podido ayudar a mamá, pero *puedo* ayudar a Ada, y una cosa que sé con certeza es que no podré vivir conmigo misma si no lo intento al menos.

Así que eso es lo que voy a hacer.

Simplemente no se lo voy a decir a Dylan, eso es todo. Sé que solo intentará detenerme, así que camino el resto del trayecto hasta la oficina en silencio, haciendo sonar las llaves del coche en mi bolsillo con impaciencia mientras avanzo. Ahora que tengo un plan, me siento mucho mejor. Puedo hacer esto. Puedo encontrar a Ada. Y aunque sería mucho más fácil si Dylan simplemente accediera a ayudarme, creo que lo conozco lo suficiente a estas alturas como para saber que no se va a dejar convencer. Es terco de esa manera.

Bueno, yo también puedo ser terca. Ya lo verás, Oficial Fraser.

—¿Me prometes que no vas a hacer nada estúpido? —dice Dylan, mirándome con sospecha mientras nos detenemos frente a la puerta de la oficina—. Hablo en serio, Scarlett. No puedes ir allá. Si alguien tiene que ir tras Ada, y aún no estoy convencido de que alguien tenga que hacerlo, serán profesionales debidamente capacitados, no una periodista con una extraña fijación por alguien que nunca ha conocido.

Auch. Ese lo tenía guardado, ¿no?

—Gracias por la confianza —le digo—, pero no tienes que preocuparte. Todavía tengo que escribir mi artículo sobre Edna, luego iré directamente a casa para acostarme temprano. Oye, ¿no habrá alguna novedad sobre eso, verdad? Sobre la búsqueda de Edna, quiero decir, no sobre mi poco emocionante vida social.

Busco en mi bolso mi cuaderno, sintiéndome de repente culpable. Ayer, encontrar a Edna parecía lo más importante del mundo. Hoy, sin embargo, he estado tan envuelta en mis propias cosas que apenas he pensado en ella.

Dylan niega con la cabeza, y se me cae el alma a los pies.

—Comprobé con Jimmy mientras iba a por tu café —dice—. La búsqueda se ha suspendido por hoy; el tiempo estaba demasiado malo. Lo llamaré cuando vuelva a la comisaría, pero honestamente no veo qué más podemos hacer en este punto.

Se frota los ojos con cansancio, luciendo preocupado. Realmente no le envidio la tarea de decirle a Jimmy que su querida oveja probablemente nunca será encontrada. Y tampoco envidio a Jimmy por ser el receptor de esa noticia; sé muy bien cuánto va a doler eso.

—Lo siento —le digo, sintiéndome desesperadamente inadecuada—. Eso... eso realmente apesta. Ojalá hubiera algo que pudiera hacer.

—Bueno, no lo hay —dice firmemente, sosteniendo la puerta de la oficina abierta para mí—. Así que ni siquiera lo pienses.

—Gracias por lo de antes, por cierto. Por escucharme, quiero decir. No he hablado realmente de estas cosas, sobre mamá y lo que pasó, con nadie antes. Por si no lo habías notado.

He estado ensayando esto en mi cabeza todo el camino hasta aquí, pero aun así suena dolorosamente incómodo; aunque Dylan no parece haberlo notado.

—De nada.

Todavía está sosteniendo la puerta abierta, y tengo que pasar cerca de él para atravesarla. No estoy segura de qué me hace hacerlo, pero me detengo a mitad de camino en el umbral, mis ojos al nivel de su amplio pecho.

—Bueno, buenas noches entonces —digo, inclinando mi rostro para mirarlo. Sus ojos marrón dorado se fijan en los míos, y, por solo una milésima de segundo, me siento tentada a inclinarme hacia él de nuevo, como lo hice en el archivo del periódico. Por consuelo, entiéndase. Solo por consuelo. Porque se sintió bien ser abrazada por alguien, incluso si ese alguien era... bueno, *él*. Entonces hay un fuerte estruendo cuando el viento hace rodar una lata vacía de Irn Bru por la calle, y vuelvo bruscamente a mis sentidos.

—Buenas noches, Problemas —dice, soltando la puerta y alejándose—. E intenta no meterte en ninguno, ¿quieres? Problemas, me refiero.

Le hago un rápido gesto con la mano antes de girarme para subir las escaleras que conducen a la oficina.

Solo me queda esperar que no haya notado que no hice ninguna promesa.

* * *

De vuelta en la oficina, Hamish ya ha terminado por hoy, y el trío de publicidad está en lo que ellos llaman "la sala de reuniones", pero que estoy bastante segura de que es un armario reconvertido, así que voy directamente a mi escritorio, agradecida por el silencio. No me lleva mucho tiempo escribir mi artículo sobre el esfuerzo por encontrar a Edna —el artículo sobre los pasteles, guisantes y bingo tendrá que esperar otro día—, luego apago mi computadora y me echo el bolso al hombro.

Viernes por la noche. Lo que significa que no hay trabajo durante los próximos dos días, ¿y qué mejor manera de pasar el fin de semana que caminando hacia una playa remota bajo la

lluvia, para encontrar a una influencer que puede o no estar desaparecida? Aparte de, bueno, *todas las otras cosas* que podría estar haciendo con mi precioso tiempo libre, obviamente.

Sin embargo, ahora mismo, no hay nada más importante para mí que encontrar a Ada. Y, para ser honesta, no bromeaba cuando me quejé con Dylan sobre mi falta de vida social. Desde que me mudé a las Highlands, los fines de semana para mí han consistido principalmente en maratones de Netflix y deslizarme sin rumbo por Instagram, mientras espero que llegue el lunes por la mañana otra vez.

Las redes sociales son lo que me metieron en este lío, así que tan pronto como llego a casa del trabajo, dejo mi teléfono firmemente a un lado y empiezo a reunir todo lo que voy a necesitar para mañana.

Chaqueta impermeable. Botas con buen agarre. Ropa térmica. Puede que en el fondo siga siendo una chica de ciudad, pero también soy una compradora dedicada y, afortunadamente para mí, compré todas estas cosas cuando me mudé aquí, imaginando que podría unirme a un club local de senderismo. Eso nunca sucedió, pero todavía tengo la ropa para ello, y estoy segura de que había algunas cosas de camping entre las cosas que Finn me pidió que guardara cuando se mudó a Glasgow, así que rebusco en mis armarios hasta que finalmente las encuentro, apiladas descuidadamente debajo de las escaleras.

Éxito.

Ni siquiera me había molestado en mirar estas cosas cuando Finn las trajo, pero resulta que hay tanto una tienda de campaña *como* un saco de dormir aquí, lo que me hace sentir como si hubiera ganado la lotería, hasta que se me ocurre que voy a tener que averiguar cómo armar la cosa.

Maldición.

Ese es otro misterio que tendré que resolver en otro momento. Por ahora, vuelvo al armario, emergiendo triunfalmente unos minutos después con una vieja mochila y una caja de cartón, que coloco en el suelo y abro con curiosidad.

En una novela de misterio, esta caja resultaría contener una brújula, un mapa con una X roja mostrando dónde está enterrado el tesoro, y una de esas navajas que tienen muchos accesorios diferentes, incluyendo uno que saca piedras de los cascos de los caballos. (Bueno, tal vez no la brújula y la navaja. No sabría cómo usar esas cosas más de lo que sé cómo voy a armar la estúpida tienda. Definitivamente no le haría ascos a un mapa del tesoro, sin embargo).

El contenido de *esta* caja, sin embargo, resulta ser solo una colección aleatoria de recuerdos de mi antigua habitación en la casa de papá, incluyendo una foto mía y de mamá que coloco rápidamente a un lado, un muñeco troll y un gran guijarro, pulido por el tiempo. Lo recojo,

disfrutando de cómo encaja en mi palma, como si hubiera sido hecho para ella. La piedra fría pronto se calienta en mi mano, y la aprieto suavemente, encontrando su peso sólido extrañamente reconfortante.

¿Dónde conseguí esto? ¿Y por qué lo guardé?

Antes de que pueda responder a cualquiera de estas preguntas, me distrae la mochila, que me mira acusadoramente, recordándome que todavía tengo trabajo que hacer si voy a estar lista para salir mañana. Poniéndome de pie, empiezo a abrir puertas de armarios y a hurgar en la nevera. Sé que Los Cinco siempre llevaban cosas como cerveza de jengibre y bolsas de azúcar de cebada cuando iban de camping, pero mi nevera solo contiene Prosecco y queso, mientras que los armarios son un testimonio de mi hábito de pedir comida a domicilio.

Es casi como si el universo estuviera tratando de enviarme una señal aquí, ¿no?

Prometiéndome solemnemente que me pondré a dieta en cuanto regrese, preparo unos sándwiches de queso y los meto cuidadosamente en la mochila, junto con todo lo demás que puedo encontrar que sea tanto portátil como vagamente comestible. Después de unos segundos de reflexión, añado un par de botellas grandes de agua, luego paso veinte minutos frustrantes tratando de meter el saco de dormir y la tienda con ellos, antes de rendirme y atarlos a la parte superior de la mochila.

Luego me echo hacia atrás y miro mi obra, preguntándome qué he olvidado. Ahora que tengo tiempo para pensar realmente en esto, de repente estoy aterrorizada. Está muy bien decidir ir de excursión en medio del día, cuando el sol brilla y hay mucha gente alrededor, pero ahora que realmente estoy a punto de *hacerlo*, es una historia completamente diferente. Una historia estúpida. Una historia potencialmente *peligrosa*.

Pero simplemente no puedo dejar ir a Ada; no después de lo que le pasó a mi madre. A pesar de lo que Dylan dijo en su intento de consolarme, sé que voy a pasar el resto de mi vida pensando que si la hubiera seguido, ella todavía estaría aquí ahora. Estoy segura de que no voy a cometer ese error de nuevo. No seguí a mamá, pero *sí* seguiré a Ada. Aunque sea estúpido. Aunque sea peligroso. Porque prefiero ser estúpida que tener que vivir con más de esta culpa.

Nadie en su sano juicio intentaría llegar allí en esta época del año, dice la voz de Dylan en mi cabeza, sonando tan confiado y presumido como siempre. *Si alguien tiene que encontrarla, serán los profesionales*.

Los "profesionales", sin embargo, no lograron encontrar a mamá, y tampoco vienen a rescatar a Ada. Porque no creen que haya nadie *a quien* rescatar. Dylan sigue convencido de que Ada

volverá antes de que se desate la tormenta. Yo, sin embargo, estoy mucho menos segura de eso; y si tengo razón, entonces podría ser la mejor oportunidad que tiene de regresar a salvo.

Y si ese no es un pensamiento aterrador, entonces no sé qué lo es.

Lo pensaré durante la noche, decido. Y si aún no ha vuelto por la mañana... bueno, supongo que decidiré qué hacer entonces.

Cuando me despierto a la mañana siguiente, sin embargo, lo único que ha cambiado es el clima. El Instagram de Ada aún no se ha actualizado. El mensaje que le envié sigue sin respuesta. Según la cuenta @HeatherBayGossip, Edna sigue desaparecida, y Jimmy está lanzando maldiciones a diestra y siniestra. #OremosporMcTavish

(Oh, y mi artículo sobre tartas, guisantes y bingo sigue en gran parte sin escribir, según Hamish, que me envió un correo electrónico en algún momento de anoche al respecto. No estoy segura de qué espera que haga al respecto durante el fin de semana, aunque mi dramático rescate de una mujer que nadie sabía que estaba desaparecida será una historia mucho mejor, así que me siento solo *un poco* culpable por ignorar eso).

El clima, sin embargo, ha mejorado inexplicablemente. Este es el giro de la trama que realmente no esperaba, pero cuando abro las cortinas del dormitorio y descubro que la lluvia finalmente ha parado y el cielo se ha despejado milagrosamente, no puedo evitar sentirme un poco presumida al respecto.

Parece que Dylan Fraser no lo sabe todo, después de todo. Tormenta y un cuerno; es una mañana perfectamente agradable. Bueno, para las Highlands, al menos.

Abro las puertas corredizas y salgo al pequeño balcón, tiritando en el frío de la mañana temprana. A esta hora, no hay nadie alrededor, y el viento parece haber amainado por fin, dejando suaves ondulaciones en la superficie del lago, que está iluminado por la débil luz del sol que lucha por abrirse paso entre las nubes. Es el tipo de mañana brillante de otoño que a la gente le gusta describir con la palabra "fresca", y *también* es el tipo de mañana en la que es imposible imaginar que algo pueda salir mal.

En otras palabras, es la mañana perfecta para una aventura.

Lo que significa que no hay absolutamente nada que me impida ir hoy a Puffin Cove.

Ni siquiera Dylan Fraser.

Capítulo 22

El primer problema ocurre cuando descubro que ni siquiera puedo *levantar* mi mochila, mucho menos cargarla.

Murmurando improperios entre dientes, abro la bolsa y saco una de las botellas de agua y algunos de los refrigerios que había empacado anoche. Bueno, después de todo, estamos en Escocia: no es como si fuera a haber escasez de fuentes de agua disponibles, ¿verdad?

Después de pensarlo un momento, saco la otra botella y la reemplazo con una cantimplora más pequeña que puedo rellenar en el camino, antes de sacar algo de la ropa que había metido a última hora, por si acaso necesitaba un cambio de atuendo.

Me alegro mucho de que Dylan no esté por aquí para oírme decir eso. Tengo la sensación de que los excursionistas serios no usan la palabra "atuendo" para describir lo que llevan puesto de alguna manera.

Sin embargo, yo no soy una excursionista seria. De hecho, creo que no podría llamarme excursionista en absoluto, y ese hecho nunca ha sido más evidente que ahora, mientras me acomodo con cautela en el coche, tan abrigada con ropa térmica e impermeable que apenas puedo conducir.

Me alegro mucho de que Dylan tampoco esté por aquí para esto. Aunque eso ni siquiera hace falta decirlo.

Anoche pasé un rato en Internet, averiguando la mejor manera de llegar a Puffin Cove. Por una vez, la suerte estuvo de mi lado, y logré encontrar un par de blogs de viaje sobre el lugar, además de una reseña en TripAdvisor sobre el estacionamiento, que estoy 98% segura de que fue escrita por McTavish. ("No hay instalaciones sanitarias", dice la reseña, "Así que tuve que orinar detrás de un arbusto". Bueno saberlo).

Armada con esta información, y felicitándome por haber metido un rollo de papel higiénico en mi mochila después de leer la reseña, me siento bastante optimista mientras entro en el pequeño estacionamiento y saco mi bolsa del maletero.

Las entradas de blog que había leído hacían que la caminata sonara bastante fácil, en realidad. Uno de ellos incluso logró hacerla en un día y estar de vuelta a tiempo para las últimas rondas en el pub, así que estoy empezando a pensar que Dylan y Emerald solo estaban exagerando cuando hablaban de lo complicado que puede ser llegar a este lugar. Dylan no ha vivido en esta parte del mundo durante años, después de todo, y Emerald una vez tuvo que ser rescatada de la cima de Westward Tor, que *yo* he escalado al menos... bueno, *una vez*... así que no es como si ella fuera exactamente la mayor autoridad mundial en senderismo, ¿verdad?

Con este pensamiento para animarme, me pongo la mochila y, sintiéndome un poco como Frodo yendo a lanzar el Anillo Único a las profundidades de Mordor, me pongo en marcha.

Al principio, la caminata es en realidad bastante fácil. En lugar del terreno accidentado que me había imaginado tener que atravesar a gatas, hay un sendero en zigzag bien transitado, con señales de vez en cuando para asegurarme de que voy en la dirección correcta. Las vistas, mientras tanto, son nada menos que espectaculares, y me encuentro deteniéndome a menudo para tomar algunas fotos, ninguna de las cuales se acerca siquiera a capturar lo que estoy viendo.

Esperemos que Ada haya tenido mejor suerte con las fotos; si lo hizo, su Instagram podría ser realmente interesante por una vez.

A estas alturas, Heather Bay ha quedado muy atrás, y el paisaje que se extiende abajo consiste en lago tras lago resplandeciente, algunos con pequeñas islas en el centro y calas arenosas salpicadas por sus bordes. Detrás de ellos, las montañas se alzan, escarpadas y un poco amenazantes.

Es fácil ver por qué la gente quiere escribir poesía sobre este lugar. En realidad, estoy empezando a entender el atractivo del senderismo.

Unas cuantas millas dentro de la caminata, el camino que estoy siguiendo se estrecha hasta convertirse en una senda lo suficientemente ancha para que camine una sola persona. Ahora estoy en lo profundo de la cordillera Darroch, y bien por encima del nivel del mar. La pendiente ha sido tan gradual que apenas la he notado, incluso con la mitad del contenido de mi casa a cuestas, pero de repente el sendero, que ha estado serpenteando por un valle, se abre a una vista que me habría hecho detener en seco si no hubiera estado planeando hacer exactamente eso.

Desde donde estoy parada, el suelo cae abruptamente, haciéndome agradecer no tener miedo a las alturas.

O al menos no *mucho* miedo a las alturas.

A lo lejos, el mar es de un gris sucio, y está mucho más lejos de lo que pensaba que debía estar a estas alturas, lo cual es extraño, porque debo haber estado caminando durante al menos diez horas a estas alturas, ¿no? *Al menos*.

Subiéndome la manga (y todas las capas debajo de ella), miro la hora en mi reloj.

Tres horas. Solo he estado caminando durante *tres miserables horas*. Bajo mi mochila al suelo para dar un descanso a mi espalda ya dolorida, mientras reprimo las ganas de gritar al cielo de frustración.

Sé por mi obsesiva revisión de Google Maps anoche que hay una cabaña a unas pocas millas de aquí que está casi exactamente a mitad de camino de la Cala. Podré refugiarme en ella si no puedo montar mi tienda, y ese pensamiento me da la motivación para caminar durante unas horas más, hasta que la lluvia se detiene y el cielo se vuelve de un tono azul recién lavado.

Me detengo de nuevo, poniendo mi mochila en el suelo y luego sentándome encima de ella para descansar. Según mis cálculos, me queda menos de una hora antes de que el sol comience a ponerse, y me quede aquí en la oscuridad. Sola. Sin siquiera un fiel compañero animal o un sándwich de carne enlatada para hacerme compañía, y mucho menos una conveniente granja con una alegre esposa de granjero que insista en alojarme por la noche, antes de enviarme de camino por la mañana después de un abundante desayuno.

Maldición. Parece que los libros de aventuras que solía amar tanto me estuvieron mintiendo todo el tiempo. Tenía que arriesgar la vida y las extremidades en el lado de una montaña para descubrirlo.

Poniéndome de pie, escaneo el horizonte con esperanza en busca de cualquier señal de vida, pero no hay nada que ver por millas, ni siquiera una solitaria cabra montesa, y aunque esto es exactamente lo que esperaba (puede que sea una chica de ciudad, pero sé usar Google), no puedo evitar sentir un poco de pánico ante la idea de estar tan lejos de la civilización, especialmente con la noche a punto de caer.

Cuando me había imaginado esta parte del viaje, me había visto sentada junto a un fuego crepitante, tostando malvaviscos, antes de acurrucarme en mi acogedora tienda para pasar la noche, un poco como Bear Grylls, solo que mejor vestida. El problema es que no tengo ni idea de cómo encender un fuego aquí en la naturaleza, cuando ha estado lloviendo durante horas y todo está empapado. Además, ni siquiera *traje* malvaviscos, aunque *supiera* cómo tostarlos.

Probablemente este no sea un buen momento para confesar que nunca he acampado antes, ¿verdad? No lo creo.

El sol comienza su descenso hacia el horizonte, otorgando una breve neblina dorada al paisaje circundante. He estado aquí afuera durante un día completo y, por mucho que me gustaría detenerme a descansar, la sensación de inquietud que comenzó a invadirme ante la idea del anochecer solo aumenta a medida que la luz se desvanece del cielo.

¿Por qué viniste hasta aquí, Ada? ¿Qué era tan importante en Puffin Cove que tenías que llegar allí? ¿Y qué tiene que ver The Devonian con todo esto?

Reflexiono sobre todo esto mientras camino, y justo cuando empiezo a preguntarme si de alguna manera he tomado el camino equivocado y seguiré caminando así para siempre, llego a la cima de una colina y me encuentro mirando hacia un valle. En el fondo, hay un pequeño lago, y a mitad de camino por la colina hay una diminuta cabaña de piedra, si es que se le puede llamar así.

La cabaña.

Es real.

Y realmente he logrado encontrarla.

Gritando de alegría, comienzo a trotar, mi propio impulso me lleva colina abajo un poco más rápido de lo que pretendía. De cerca, la cabaña es aún menos acogedora de lo que parecía desde lejos, pero la puerta está sin llave, y la empujo para abrirla, agradecida de estar finalmente en el interior, aunque *hace* casi tanto frío aquí dentro como afuera.

Sé por la investigación de anoche, y también por una conversación divagante que tuve una vez con el Viejo Jimmy en el pub, que cabañas como esta son refugios básicos que cualquiera que los necesite puede usar gratuitamente. La mayoría son viejas chozas de pastores, o algo similar, y normalmente se dejan sin llave para que los excursionistas que pasen puedan usarlas.

Esta, afortunadamente, está completamente vacía, así que tengo el lugar para mí sola, en lugar de tener que apretarme con un grupo de extraños durante la noche. Esa es la única buena noticia, sin embargo. Esta, resulta ser la más básica de las cabañas, con solo una habitación, que tiene una chimenea de piedra en un extremo para el fuego que no sé cómo hacer, y un par de plataformas de madera elevadas, en las que supongo que debo dormir. No hay baño (recuérdame dejar una reseña en TripAdvisor), pero hay una pequeña pala apoyada en una esquina de la habitación que, si los blogs que leí anoche eran correctos, está allí para permitirme cavar el mío propio, a una distancia respetuosa del edificio.

Todo es divertido hasta que tienes que cagar en un agujero que cavaste tú misma, ¿verdad? En cuanto a experiencias, esta está a la altura de aquella vez que aterricé en un contenedor de basura. Y eso es decir mucho. 0/10 - no lo recomendaría.

Puede que no sea la última palabra en lujo, sin embargo, este pequeño refugio de piedra sigue siendo una opción mucho mejor que intentar montar la tienda de Finn en la oscuridad, así que me trago mi decepción y uso lo último de la luz que se desvanece para sacar el saco de dormir de mi mochila, acomodándolo en una de las plataformas, y colocando parte de la comida que aún no he comido a su lado, junto con la botella de agua, que he estado rellenando cada vez que paso por un arroyo.

Luego me siento a esperar.

No estoy segura de qué estoy esperando, para ser honesta. La mañana, supongo. O ser devorada viva por lo que sea que se llevó al Joven Dougie, lo que ocurra primero.

No. No debo pensar así. Y definitivamente no debo pensar en el Joven Dougie, que probablemente esté tomando el sol en Tenerife o en algún lugar así, en lugar de descomponiéndose en el vientre de alguna bestia mítica, como me han hecho creer. No, no caeré en estas historias. No soy tan crédula.

Estoy agotada por mi larga caminata, así que me meto en mi saco de dormir y me remuevo dentro de él, sintiéndome como la oruga muy hambrienta cuando hace su capullo.

Sé que es poco probable que duerma mucho en esta cama de paleta, y de hecho tengo Mucha Hambre, pero no hay mucho más que hacer sola en la oscuridad, así que me revuelvo, tratando de encontrar una posición un poco más cómoda, antes de revisar la hora en mi teléfono.

5 p.m.

Son solo las malditas 5 p.m.

Probablemente debería haber pasado un poco menos tiempo pensando en qué iba a ponerme para este viaje, y un poco más tiempo considerando el hecho de que el sol se pone a las 4:30 p.m. en esta época del año, ¿verdad?

Juego con el teléfono durante unos minutos, esperando que capte algún tipo de señal, pero nada carga, y no tendría forma de cargarlo de nuevo incluso si pudiera usarlo para distraerme, así que lo apago y de inmediato me sumerjo en el tipo de oscuridad absoluta que hace difícil no pensar en todos los horrores que la luz del día mantiene ocultos. Como el monstruo de Loch Keld, por ejemplo. Y los asesinos en serie. Y todas las películas que no debería haber visto en las que las mujeres jóvenes se van solas a algún lugar, para nunca regresar.

Y el Joven Dougie.

No. No estoy pensando en el Joven Dougie. Pensaré en... cachorros. Y... otros animales bebés. Y-

Dougie, Dougie, Dougie.

Bah.

Me cubro la cabeza con el saco de dormir, pero no sirve de nada para silenciar mi propia voz interior, que sigue parloteando sin cesar.

Debería haber traído una linterna. Y más comida. Y una de esas estufas de campamento portátiles que la gente usa para cocinar en la naturaleza. Y tal vez solo un ápice de sentido común, porque, en serio, Scarlett, ¿en qué coño estabas pensando?

—¿En qué coño estaba pensando? —murmuro en voz alta, mi voz rompiendo el silencio de la pequeña cabaña—. ¿Por qué demonios pensé que esto era una buena idea?

—Porque eres una maldita idiota, por eso —llega la inesperada respuesta desde la puerta de la cabaña, una voz inconfundiblemente masculina que me hace casi mojarme de terror. Me quedo paralizada dentro del saco de dormir, mis piernas tiemblan tanto que es bueno que esté acostada, porque no hay manera de que pudiera ponerme de pie ahora mismo.

Esto es todo. Así es como voy a morir. Sola en una ladera de montaña, vistiendo un saco de dormir y quince capas de ropa térmica.

Abro la boca para hablar, pero no sale nada, y cuando abro tentativamente los ojos, veo una figura oscura de pie en la entrada de la cabaña, la silueta voluminosa iluminada por la tenue luz de la luna desde el exterior mientras juguetea con algo en una de sus terribles garras.

¿Un hacha?

¿Una pistola?

Una imagen del Joven Dougie siendo devorado por un hombre lobo cruza por mi mente. Entonces la figura en la puerta deja escapar un suspiro fuerte e inconfundiblemente humano, antes de que la pequeña habitación se ilumine repentinamente. Levanto una mano frente a mi cara, momentáneamente cegada por la luz de la linterna que sostiene el monstruo —así que no es un hacha ni una pistola, afortunadamente— y cuando la bajo de nuevo para enfrentar mi destino, me toma unos segundos dar sentido al horror que tengo frente a mí.

La buena noticia es que no es un hombre lobo, ni un vampiro, ni siquiera el monstruo del Loch Keld —que, para ser justos, sospecho que tendría dificultades para salir del agua.

La mala noticia es que es algo mucho peor que cualquiera de esas cosas.

Es Dylan Fraser.

Capítulo 23

—¿Qué estás haciendo *tú* aquí?

— Cuando recuerde este momento, desearé haber pensado en una mejor frase de apertura. Algo como: «De todas las cabañas en todas las Tierras Altas, tenías que entrar justo en esta», por ejemplo. Pero ahora mismo, estoy tan sorprendida de verlo que un vago y acusador «¿Qué estás haciendo *tú* aquí?» es lo mejor que puedo articular. Considerando todo, no me sorprende cuando Dylan ignora completamente la pregunta y cruza la habitación hacia la chimenea.

—¿Por qué no has encendido un fuego? —dice, su lenguaje corporal transmitiendo claramente su disgusto—. Hay suficiente leña aquí para empezar uno. ¿Por qué estabas sentada en la oscuridad?

—Yo... estaba a punto de hacerlo cuando llegaste —miento, sin querer admitir que estaba demasiado cansada para hacer otra cosa que no fuera meterme en mi saco de dormir—. ¿Por qué estás aquí, de todos modos? ¿Me seguiste?

Dylan hurga en la enorme mochila que lleva y, en pocos minutos, hay un fuego rugiente en la chimenea, y la pequeña habitación está lo suficientemente iluminada como para que pueda ver fácilmente el ceño fruncido en su atractivo rostro.

—No, no te seguí, Scarlett —dice por fin, sacando una desvencijada silla de madera de debajo de la mesa que está apretujada en una esquina de la habitación, y colocándola frente al fuego para sentarse—. Bueno, no exactamente.

—¿No *exactamente*? ¿Qué significa eso?

Me acerco al fuego, desesperada por dejar que su calor me descongele, pero reacia a acercarme más a mi archienemigo.

—No te estaba *acechando*, si es eso lo que quieres decir. Tuve un horrible presentimiento de que intentarías venir aquí tras esa Ada con la que estás tan obsesionada, así que fui a tu casa a primera hora de la mañana para comprobarlo. Cuando no estabas allí, conduje hasta el aparcamiento de Darroch y, efectivamente, ahí estaba tu coche. Imagínate. Es casi como si hubieras ignorado completamente todo lo que te dije sobre *no* hacer exactamente esto.

Sus oscuras cejas se juntan en un ceño fruncido bajo el grueso gorro de lana que lleva puesto, junto con lo que parece ser un equipo de senderismo mucho más profesional que el que yo he logrado reunir. Es la primera vez que lo veo con algo que no sea su uniforme de policía, y es un poco como cuando eres niño y ves a uno de tus profesores en estado «salvaje».

Tu profesor muy sexy, pero totalmente fuera de límites. En quien realmente no deberías estar pensando de esa manera.

—Oh. Tuviste un «presentimiento» —digo débilmente—. Pensé que se suponía que debíamos ignorar esos.

—No bromees conmigo, Scarlett —espeta, acercando su silla al fuego—. No estoy de humor para eso, ¿de acuerdo? Acabo de pasar horas de mi fin de semana caminando kilómetros bajo la lluvia para asegurarme de que estés a salvo. En serio, no quieres empezar algo conmigo ahora mismo. Créeme.

Me trago la réplica que estaba a punto de hacer y voy a acucillarme frente al fuego, incapaz de resistir más su calor.

Quería asegurarse de que estuviera a salvo.

Y literalmente cruzó una cadena montañosa para hacerlo.

Esto es mucho para procesar, así que sabiamente permanezco en silencio mientras me siento y caliento mis manos congeladas frente a las llamas.

—No sabía que me seguirías —digo al fin, sin atreverme a mirarlo—. No te lo pedí. Y la tormenta de la que tanto hablabas ni siquiera ocurrió; al final fue solo un poco de lluvia, apenas algo por lo que preocuparse.

—Esa no era la tormenta, Scarlett —dice Dylan, exasperado—. La tormenta aún no ha llegado. Probablemente todavía lo hará, así que en realidad, sí, *valía* la pena preocuparse. *Tú* vales la pena preocuparse. ¿Tienes idea de lo peligrosas que pueden ser estas montañas? Cualquier cosa podría pasarte aquí. Cualquier cosa.

—No pensaste que le pasaría nada a Ada —señalo—. Dijiste que no había absolutamente nada que sugiriera que estuviera en algún tipo de problema.

—Ada no eres tú —dice malhumorado—. Y *no hay* nada que sugiera que esté en algún tipo de problema.

—No sabes eso.

—De hecho, sí lo sé —dice, sorprendiéndome—. Hice algunas averiguaciones anoche cuando volví a la comisaría. Encontré su dirección en Brighton. Hablé con su compañera de piso por teléfono.

—¿Tú... qué?

No estoy segura de qué parte de todo esto quiero abordar primero: el hecho de que Ada tenga una dirección en Brighton y una compañera de piso para acompañarla, o el hecho de que Dylan Fraser realmente se haya tomado la molestia de averiguar esto, después de básicamente llamarme loca cada vez que mencionaba su nombre.

O la forma en que dijo que yo valía la pena preocuparse.

¿Realmente quiso decir eso?

—Sí. —¿Es solo mi impresión o suena ligeramente presumido?—. La llamé anoche. Resulta que Ada *sí* dijo que iba a acampar, pero su compañera de piso no estaba en absoluto preocupada por ella. Dijo que desaparece así todo el tiempo. Según parece, siempre aparece después de unos días. Así que estoy seguro de que está bien. De verdad.

—Yo también estoy bien —protesto débilmente—. Así que realmente no había necesidad de que vinieras hasta aquí por mí. Ninguna en absoluto. —Incluso para mí, esta afirmación es lamentablemente poco convincente. Preferiría usar un disfraz de pollo en una boda antes que admitirlo, pero en realidad me alegro de que esté aquí, especialmente ahora que está completamente oscuro afuera y no puedo dejar de pensar en las tramas de todas las películas de terror que he visto. Cualquier compañía es mejor que ninguna, ¿verdad? Incluso la compañía de un hombre que está obviamente muy poco impresionado conmigo en este momento.

—No creo que estés bien, Scarlett —dice Dylan, tan bajo que apenas capto las palabras por encima del crepitar del fuego—. No creo que estés bien en absoluto. Estoy preocupado por ti. No solo porque estés aquí sola, sino por esta extraña fijación que tienes en encontrar a una mujer que ni siquiera ha sido reportada como desaparecida. Tienes que admitir que es extraño.

Me muerdo el labio inferior pensativamente. No tengo intención de admitir tal cosa, obviamente, porque mi «fijación», como Dylan tan encantadoramente la llama, no es nada extraña, en lo que a mí respecta.

—¿Así que estás diciendo que Ada es una persona desaparecida a la que nadie echa de menos? —bromeo, optando por la distracción en lugar de la honestidad, como de costumbre.

—Scarlett. Lo digo en serio.

Sus cejas siguen fruncidas y tiene la expresión de un hombre que no tolerará tonterías.

Está bien, así que no es fan de las Dixie Chicks. Entendido.

—No estoy *obsesionada* con ella —digo lentamente—. Estoy preocupada por ella, Dylan. Y tengo buenas razones para estarlo.

—Lo sé.

Me quedo congelada en el lugar, mi corazón haciendo su mejor imitación de las alas de un colibrí.

¿Lo sabe? ¿Cómo lo sabe? ¿Ha intervenido el teléfono de Ada o algo así y se ha enterado del mensaje? Ay, Dios mío, lo ha hecho, ¿verdad?

—Mira, puedo explicarlo —empiezo a decir, entrando en pánico, pero Dylan levanta una mano para detenerme.

—No tienes que explicar nada, Scarlett —dice amablemente—. Lo entiendo.

—¿Tú... lo entiendes?

Vale, definitivamente esta no es la reacción que esperaba ante la revelación de que soy una acosadora de Internet que puede o no haber empujado a una mujer a su fin prematuro.

—Por supuesto. Es decir, yo no he pasado por lo que tú has pasado, obviamente, pero no hace falta ser psiquiatra para darse cuenta de cómo te ha afectado lo que le pasó a tu madre, ¿no?

Ah. Mamá. Está hablando de mamá, no de Ada.

—Me culpo en parte —continúa, mirándome con una intensidad que me hace querer desviar la mirada—. Todo este asunto con Edna. Era inevitable que te afectara. Lo dije durante la búsqueda de Edna, y debería haber seguido diciéndolo cuando empezaste a buscar en esos archivos de periódicos cosas sobre tu madre. No se trata de Ada para ti, ¿verdad? Nunca se ha tratado de Ada.

Abro la boca para negarlo, pero, por una vez en mi vida, no hay una respuesta ingeniosa en la punta de mi lengua.

Ada es lo que inició todo esto; eso es cierto. Sin embargo, no es en Ada en quien he estado pensando mientras caminaba por las montañas hoy. Es en mamá. Mamá es la persona que he estado imaginando caminando por aquí antes que yo, con el vestido rojo de verano que llevaba el día que desapareció destacando contra los cielos grises. Y, por supuesto, no hay nada que sugiera que ella *vino* aquí antes que yo. O al menos no de la manera en que yo lo he hecho. No tengo idea de adónde fue ese día, esa es la triste verdad. Sin embargo, si mi teoría sobre The Devonia

es correcta, podría tener una idea de dónde terminó; que, curiosamente, parece ser el lugar al que Ada también se dirigía. Por eso necesito llegar allí yo misma.

—¿Por qué intentaste contactar con Ada? —pregunto—. ¿Si no pensabas que estaba en peligro?

—En parte por curiosidad —Se encoge de hombros, como si no fuera gran cosa—. Pero sobre todo para poder tranquilizarte y decirte que no tenías que ir tras ella. Para que no hicieras algo como esta locura, supongo —dice, agitando las manos para indicar la cabaña, la cordillera, mi vida—. Debería haber sabido que no habría forma de detenerte una vez que se te metiera una idea en la cabeza.

Se frota los ojos con cansancio. El fuego crepita alegremente, y me quedo ahí sentada mirándolo, preguntándome cuánto debería contarle.

—No se trata solo de Ada —digo por fin—. Tienes razón en eso. No se trata solo de ella. También se trata de mamá. Todo el asunto del barco...

Me detengo, sintiéndome aún más estúpida de lo que normalmente me siento cuando estoy cerca de este hombre.

—El barco no va a estar ahí, Scarlett —dice suavemente—. Tu madre tampoco. Si hubiera habido una conexión entre las dos, se habría investigado en su momento. No serás la primera persona que lo haya pensado. Lo sabes, ¿verdad?

—¿No podrías comprobarlo? —pregunto, con el pájaro en mi pecho empezando a aletear de nuevo—. Debe haber un archivo sobre eso, ¿no? Tal vez podrías...

—No puedo, Scarlett —Su tono es de disculpa—. Lo siento. No puedo andar abriendo viejos archivos policiales solo por curiosidad. No está permitido. Podría perder mi trabajo.

—Conseguiste el número de teléfono de Ada —digo—. Eso debe haber sido mucho más difícil que simplemente leer un archivo.

—Tenía una razón para intentar ponerme en contacto con Ada —dice, pareciendo un poco culpable—. Se habían expresado... preocupaciones por su bienestar. No particularmente creíbles... —Me lanza una mirada—. Pero aun así. Lo suficiente para justificarlo. Sin embargo, no puedo andar husmeando en los archivos de tu madre. Vas a tener que confiar en que se hizo todo lo que se pudo en su momento. La Cala habrá sido registrada. Estoy seguro de ello.

—Podría haber algo que se les pasó por alto —digo obstinadamente—. Algo que no era obvio.

—¿Que solo tú podrás encontrar? ¿Que seguirá ahí veinte años después? Vamos, Scarlett, sabes que no funciona así. Ni siquiera en esos programas de detectives que tanto te gustan.

Sé que añadió la última frase para suavizar las anteriores, pero aun así mis ojos están picando con lágrimas que estoy decidida a no derramar.

Si Dylan tiene razón —y sé que la tiene—, entonces no hay nada que pueda encontrar en Puffin Cove. Ni Ada, ni mamá; probablemente ni siquiera los restos de The Devonian, que ya habrán desaparecido hace tiempo. Esto realmente es una búsqueda inútil en la que estoy —y el hecho de que haya logrado arrastrar a alguien más conmigo, intencionalmente o no, solo lo hace todo peor.

Pienso brevemente en mi mensaje a Ada, y en lo importante que era para mí encontrarla y asegurarme de que no estuviera tan dañada por él como sé que yo lo habría estado.

Pero Ada no soy yo, como Dylan acaba de señalar. Según su compañera de piso, a menudo se va sola, y siempre vuelve, como probablemente va a volver esta vez también.

Ada no necesita que yo la salve. Y, por duro que sea admitirlo, mamá hace tiempo que está más allá de ser salvada.

Lo que solo me deja a mí.

Respiro profundamente mientras miro fijamente el fuego.

—Dylan —digo con voz pequeña—. Creo que quiero volver a casa ahora, si te parece bien.

Capítulo 24

—Toma, come esto. Debes estar muriendo de hambre. Apuesto a que no has traído ninguna comida decente contigo, ¿verdad?

No estoy segura de que la lata de estofado que Dylan sacó de su mochila y calentó pueda describirse realmente como "comida decente", pero no se equivoca sobre lo hambrienta que estoy, así que la acepto agradecida, y nos sentamos frente al fuego mientras comemos, el crepitar de las llamas hace que el lugar se sienta casi acogedor.

Casi.

—No podemos volver esta noche —dice Dylan, sacando una botella de whisky a medio terminar de su bolsa y pasándomela—. Sería demasiado peligroso en la oscuridad. Saldremos a primera hora mañana; así deberíamos estar de vuelta antes de que llegue la tormenta. Toma un poco de esto. Te ayudará a entrar en calor.

Abro la botella y doy un sorbo experimental al whisky, que no es de The '39, no puedo evitar notar. Es horrible, tal como esperaba, pero me calienta, así que tomo otro trago antes de devolvérsela.

—Me parece bien —digo, tratando de no pensar en el hecho de que quedarme aquí esta noche significará dormir bajo el mismo techo que Dylan Fraser. Todavía no creo realmente en esta tormenta de la que sigue hablando, y si está en camino, ciertamente se está tomando su tiempo, pero la idea de aventurarme en la negrura más allá de la cabaña tampoco me llena de entusiasmo, así que supongo que voy a tener que aguantar la incomodidad.

—Siento haberte hecho sentir que tenías que venir a buscarme —digo torpemente, pensando que si voy a estar incómoda, bien puedo hacerlo bien—. Honestamente, no se me ocurrió que harías eso. O que alguien siquiera notaría que me había ido.

Olvídate de Ada: pensé que **yo** sería la persona desaparecida que nadie echaría de menos en absoluto.

Y sin embargo, aquí está él.

Los ojos ámbar de Dylan encuentran los míos a la luz del fuego, y me mira durante más tiempo del que es realmente cómodo.

—Bueno, yo lo noté —dice sin rodeos—. Y sé que soy la última persona que querrías que viniera a rescatarte, pero...

—No me "rescataste" —interrumpo, molestándome un poco—. No soy una princesa de Disney, ¿sabes? Puedo cuidarme sola; y lo estaba haciendo perfectamente bien, por si no lo habías notado.

—Scarlett, he visto los aperitivos que tienes alineados junto a tu saco de dormir —responde secamente—. Tienes dos barras de chocolate y una bolsa de patatas fritas. Eso no te iba a llevar muy lejos, ¿verdad?

—Eso no es todo lo que traje —me defiendo—. También hice sándwiches. Y otras cosas. Soy perfectamente capaz de cuidarme sola, ¿sabes? Lo he estado haciendo durante mucho tiempo. Y puede que nunca haya salido de excursión sola antes, pero creo que lo he hecho bastante bien, en realidad. No necesitaba ser "salvada".

—Y yo que pensaba que eras solo una típica chica de ciudad —resopla, tomando otro sorbo de whisky.

—Bueno, yo pensaba que eras solo un típico paleta del campo —replico, sacándole la lengua infantilmente.

—Princesa.

—Neandertal.

—Sassenach.

Su tono es burlón, pero la palabra me deja perpleja, tirando frenéticamente de mi memoria. Debe ser porque me lo ha dicho antes. O porque vi demasiados episodios de Outlander antes de mudarme aquí, tal vez.

Sacudo la molesta sensación de déjà vu y tomo otro sorbo de whisky, contenta de volver a un terreno más familiar con el hombre frente a mí. Eso de "Vale la pena preocuparse por ti" que soltó antes realmente me desconcertó. Definitivamente estaba enojado conmigo en ese momento, y sin embargo... lo dijo como si no me odiara. Como si realmente se hubiera estado preocupando por mí. Y luego lo dijo de nuevo, cuando mencionó lo que le pasó a mamá.

Me preocupo por ti, Scarlett.

No creo que estés bien.

Me siento incómoda en la silla de madera que he arrastrado hasta el fuego, colocándola tan lejos de la de Dylan como puedo sin ofenderlo.

—En fin —digo, buscando frenéticamente un cambio de tema—. Fue estúpido de mi parte venir aquí, así que realmente lo siento. Ten por seguro que dejaré las montañas en paz de ahora en adelante.

—¿E Instagram?

—E Instagram —coincido enfáticamente—. Con eso también he terminado. Creo que incluso podría borrarlo de mi teléfono, para no sentir la tentación de enviar más mensajes ofensivos a nadie.

Mierda.

Tan pronto como las palabras salen de mi boca, quiero retirarlas. No puedo creer que acabe de decir eso sin pensar. Y no creo que pueda culpar a los pocos sorbos de alcohol que he tomado, lo que significa que esto es todo culpa mía.

¿Qué tan estúpida puede ser una persona?

Tal vez no lo note, sin embargo.

—¿Mensajes?

Gah.

—Eh, ¿qué?

Hago mi mejor esfuerzo por fingir inocencia, pero Dylan no se deja engañar ni por un segundo.

—Dijiste que no querías sentir la tentación de enviar mensajes ofensivos —insiste, mirándome de manera especulativa—. ¿A qué te refieres?

Se gira y hurga de nuevo en su aparentemente inagotable mochila —¿acaso este tipo es Mary Poppins o qué?— y aprovecho el hecho de que me da la espalda para exprimir mi cerebro en busca de una respuesta que no implique que le envié ese mensaje a Ada.

Esto es malo. Esto es muy, muy malo.

Después de un par de segundos, Dylan resurge y me entrega una de sus increíbles galletas con chispas de chocolate, que ha envuelto cuidadosamente en papel de aluminio para preservarla durante el viaje. Me quedo ahí sentada mirándola, con los ojos de repente llenos de lágrimas.

Me trajo una galleta.

Pero eso no es todo lo que hizo, ¿verdad?

Primero, fue a mi casa para ver cómo estaba. Para asegurarse de que estaba a salvo en casa. Luego, cuando se dio cuenta de que no lo estaba, volvió a casa y envolvió esta galleta para mí.

Solo porque sabe que me gustan.

Oh, y luego caminó kilómetros para llegar a mí antes de que llegara la tormenta y asegurarse de que estaba bien. Eso también.

Sin embargo, es la galleta lo que me afecta.

Me lo imagino de pie en su cocina, sacándola de un armario y luego buscando algo para envolverla. Pensando en mí. Preocupándose por mí. Queriendo hacer algo agradable por mí, aunque definitivamente no lo merezca. Pienso en él poniéndola cuidadosamente en su bolsa y saliendo a buscarme, y de repente ya ni siquiera puedo ver la maldita galleta.

Dylan Fraser siendo amable conmigo es el giro argumental que no vi venir, y ahora que estoy en medio de ello, no estoy segura de cómo manejarlo.

Sin embargo, una cosa que sí sé es que no voy a llorar frente a él. No justo después de decirle que soy una mujer capaz e independiente que definitivamente no necesita ser rescatada, gracias. Así que parpadeo para contener las lágrimas antes de que pueda verlas, y muerdo la galleta como si me estuviera vengando de ella.

—¿Todo bien por ahí? —pregunta Dylan con suavidad—. ¿La galleta está tan mal?

—No. No, de hecho está genial. Gracias —murmuro con la boca llena de chocolate—. Podrías vender estas, ¿sabes?

—Ah, creo que me quedaré con el trabajo policial —dice, luciendo complacido—. Hablando de eso, ¿estabas diciendo algo sobre mensajes?

Y ahí está. Debería haber sabido que no lo olvidaría simplemente, ni lo dejaría pasar. Seguirá preguntando hasta que le diga la verdad, y, de repente, eso es lo que quiero hacer.

Quiero decir la verdad sobre Ada, y por qué la seguí hasta aquí. No para ser perdonada por ello, sino porque es demasiado para cargar yo sola. Ada, Edna, mamá... de alguna manera todas se han enredado en mi mente, y solo necesito que alguien me ayude a encontrar el hilo que las separará de nuevo y me permitirá volver a como eran las cosas antes de que todo esto sucediera. Si tuviera tiempo para pensarlo racionalmente, probablemente llegaría a la conclusión de que el policía local tal vez no es la mejor opción de confidente. Pero ahora mismo no estoy pensando racionalmente —en realidad, creo que no lo he hecho en un tiempo— así que me trago el último trozo de galleta, luego me giro hasta quedar frente a él.

—¿Puedo contarte algo? —pregunto en voz baja—. ¿Y prometerás no odiarme por ello?

* * *

—Pero ¿por qué? No entiendo por qué le dirías eso.

Dylan y yo estamos frente a frente ante el fuego. Ha puesto su saco de dormir en el suelo para que nos arrodillemos, y le he contado todo; desde el mensaje que le envié a Ada, hasta todo lo que he hecho desde entonces.

Quién iba a pensar que una galleta con chispas de chocolate terminaría actuando como una especie de suero de la verdad.

La voz de Dylan suena más desconcertada que enojada. No dijo nada mientras mi confesión brotaba de mí, y, cuando terminé, simplemente se levantó para buscar el saco de dormir, antes de volver a sentarse, casi como si solo le hubiera estado hablando del clima.

Pero ahora quiere respuestas.

Y no creo tener ninguna que sea lo suficientemente buena.

—Era una cita inspiradora —suelto. Lo cual es la verdad, de hecho, es solo que... no es realmente una verdad que pueda admitir sin ser horriblemente consciente de lo estúpido que suena.

—¿Una cita? —Sus cejas se levantan un poco, pero la indignación aún no llega, lo que me da la confianza para continuar.

—Sí. Una inspiradora, solo que no me inspiró exactamente de la manera que ella probablemente esperaba.

Ahora que lo estoy diciendo, suena aún peor de lo que sonaba en mi cabeza. Miro al fuego, preguntándome si debería simplemente arrojarme a él, en lugar de continuar con esta pesadilla de confesión auto-incriminatoria. Pero él sigue observándome cuidadosamente, así que respiro profundo y continúo.

—"Todo pasa por una razón" —le digo tímidamente—. Eso es lo que ella dijo. Bajo una foto de una puesta de sol.

Dylan resopla.

—Psicología para simplones —dice—. Estúpidas tonterías trilladas.

Lo miro fijamente, atónita.

—Um, sí. Eso es... exactamente lo que pienso.

—Díselo a la gente que murió en Lockerbie —continúa, poniendo los ojos en blanco.

—O en Auschwitz.

—O en el 11 de septiembre.

O mi madre.

Se inclina hacia adelante y hace algo con el fuego que lo hace rugir aún más fuerte.

—Quiero decir, está bien odiar todas esas tonterías —dice, todavía concentrado en las llamas—. Pero es demasiado odiar a alguien por decirlo. O desearle la muerte. ¿No crees?

Dice esto como si estuviéramos teniendo algún tipo de conversación puramente filosófica mientras tomamos una cerveza en el pub. Pero acaba de expresar una verdad sobre mí que no quiero enfrentar. Una que me hace querer encogerme y morir yo misma en lugar de tener que enfrentar el hecho de que le deseé ese destino a otro ser humano.

—Lo sé —digo en voz baja—. De verdad lo sé, de verdad. Sé que no hay excusa para ello. Pero el día que ella lo dijo... era el cumpleaños de mamá. Había estado pensando en ella todo el día, luego vi la publicación de Ada, y, no sé, simplemente perdí el control. Nunca había hecho algo así antes. Ni siquiera lo había deseado. Pero, como dije, simplemente perdí el control, y me he sentido como una mierda desde entonces.

Silencio.

—No hay excusa, no —dice Dylan pensativamente—. Fue algo horrible de decir. Incluso para ti, sassenach.

Asiento, aceptándolo. Me alegro de que no me esté dejando salir del apuro. Habría pensado menos de él si hubiera tratado de decirme que todo esto estaba perfectamente bien. Aunque tampoco lo habría esperado de él. No del tipo que recientemente regañó al Laird local por exceso de velocidad. Para nada.

—Solo que no estoy seguro de por qué crees que Ada se lo habría tomado tan a pecho como para haber salido corriendo inmediatamente a hacer lo que le dijiste —señala razonablemente—. Quiero decir, sin ofender, Scarlett, pero ¿has considerado la posibilidad de que simplemente no eres tan importante para Ada? ¿Para esta completa desconocida a la que casualmente sigues en Instagram? ¿O todavía crees que todo tiene que ser sobre ti todo el tiempo?

Levanto la mirada hacia él, herida. Me dijo eso antes, cuando me culpaba por lo que le pasó a mamá. Ahora lo dice en relación a Ada, y siento que debería estar ofendida, pero lo que realmente siento es alivio.

¿Y si no tengo que sentirme responsable de todo lo que sucede a mi alrededor? ¿Y si simplemente me deshago de todo eso? ¿Y si pudiera perdonarme a mí misma?

Sacudo la cabeza con firmeza. No puedo perdonarme por lo que le dije a Ada. Pero, gracias a Dylan Fraser y su inesperada charla motivacional, ahora existe una pequeña posibilidad de que acepte que quizás no la maté accidentalmente.

Lo cual al menos sería un comienzo.

—¿Dónde aprendiste a ser tan... sabio... sobre este tipo de cosas? —le pregunto—. ¿Te enseñan eso en la Academia de Policía?

Dylan se encoge de hombros con modestia.

—No, simplemente me sale de forma natural —dice, sonriendo con suficiencia. Luego su rostro se ensombrece de repente—. Bueno, en realidad no —admite en voz baja—. He tenido que pensar mucho por mi cuenta a lo largo de los años, digámoslo así.

—¿Te refieres a tu padre?

Me mira como si quisiera decirme algo, puedo ver los engranajes girando detrás de esos ojos salpicados de oro. No sé si este es un tema que se me permite plantear con él, así que me siento aliviada cuando la expresión seria desaparece de su rostro y simplemente asiente, en lugar de decirme que no es asunto mío.

—Era solo un niño —dice, mirando el fuego—, pero aun así me culpaba por las cosas que le hacía a mi madre. O más bien por no poder hacer nada para detenerlo.

—¿Es por eso que te uniste a la policía?

—No, lo hice por las donas. Había oído que venían con el trabajo.

Sonríe, y le devuelvo la sonrisa, agradecida por el cambio de humor.

—Supongo que esa fue una de las razones —continúa—. Me gusta pensar que puedo marcar la diferencia en la vida de las personas. Cuidarlas. O al menos intentarlo.

Aparto la mirada, sintiéndome estúpida. Por supuesto que es por eso que vino tras de mí. No por mí, sino por él y su —comprensible, hay que admitirlo— complejo de salvador. Puede que no haya podido proteger a su madre de los puños de su padre, pero puede intentar proteger a todos los demás que se cruzan en su camino. Y eso es lo que está haciendo conmigo. No estoy segura de por qué este pensamiento me decepciona tanto —después de todo, no es que me guste el tipo—, pero de alguna manera lo hace.

—¿Dónde está tu madre ahora? —pregunto, tratando de dejar de lado la decepción.

—En Glasgow —dice, su sonrisa transformando su rostro—. Se volvió a casar hace unos años. Ahora tiene tres perros que trata como nietos, y me llama cada semana para preguntarme cuándo tendrá los de verdad. Está feliz. Así que yo estoy feliz. —Contengo el impulso de preguntar cuándo tendrá su madre algunos nietos para mimar, y en cambio pienso en cómo en realidad no es tan malo como pensaba. Y en lo parecidos que somos en algunos aspectos: ambos producto de hogares rotos, ambos haciendo nuestro mejor esfuerzo para compensarlo, ambos... atrapados aquí en las remotas Tierras Altas, buscando a alguien que ni siquiera está perdido.

Sí. Sobre eso.

—¿Vas a arrestarme? —pregunto nerviosa—. ¿Por lo que le dije a Ada?

Dylan vuelve sus ojos salpicados de oro hacia mí, y los lados se le arrugan de diversión.

—No voy a arrestarte, Scarlett —dice suavemente—. No sospecho que hayas cometido ningún delito. Así que creo que simplemente voy a llevarte a la cama.

Capítulo 25

El rostro de Dylan de repente está casi tan rojo como el fuego mismo.
—MANDARTE a la cama, quiero decir —balbucea—. *Mandarte*. Eh, es tarde. Probablemente deberíamos dormir un poco.

Se da la vuelta y finge rebuscar en su mochila, y yo me quedo sentada mirándolo e intentando no reírme. No estoy segura de que la idea de ser mandada a la cama, como una niña traviesa, sea mucho mejor que lo que dijo antes, pero su vergüenza es ciertamente divertida, y sonrío para mis adentros mientras lo observo moverse por la pequeña cabaña, extendiendo eficientemente su saco de dormir en la pared opuesta a la mía, y colocando su linterna ordenadamente a su lado, junto con una botella de agua y todo lo demás que pudiera necesitar durante la noche.

Dios, realmente le gusta estar preparado.

Todavía estoy sonriendo cuando dejo el fuego a regañadientes y cruzo la habitación hasta donde me espera mi propio saco de dormir, pero la sonrisa abandona mis labios cuando me doy cuenta de algo que hasta ahora había logrado olvidar con éxito.

Necesito hacer pis.

Como, ahora mismo.

¿Ahora de quién es el turno de avergonzarse?

—Um, ¿Dylan? Necesito... ya sabes.

—¿Qué? —Me mira por encima del hombro y yo asiento con urgencia hacia la puerta de la cabaña.

—Necesito *ir*.

—Ya te dije que no podemos irnos ahora. Nos iremos a primera hora de la... oh. Ya entiendo.

Sus ojos brillan a la luz del fuego mientras recoge la pequeña pala y me la entrega.

—Bueno, pues ve —dice alegremente—. Asegúrate de cavar un hoyo lo suficientemente profundo; unos quince centímetros deberían bastar.

No puedo creer que esté disfrutando esto.

—No necesito la pala, gracias —digo con toda la dignidad que puedo reunir—. Solo necesito hacer pis.

—Gracias por la actualización —responde Dylan secamente—. Bueno, no dejes que te detenga. Abre la puerta y se queda de pie sonriendo junto a ella. Afuera, la oscuridad es tan completa que podríamos estar en el espacio exterior. Pienso con nostalgia en mi pequeña casa junto al lago, con su bonito y limpio inodoro y su luz eléctrica, que nunca volveré a dar por sentado.

Nuestras miradas se encuentran mientras estamos de pie junto a la puerta. Dylan sonrío amablemente, el maldito bastardo. Sabe perfectamente bien lo que estoy tratando de pedirle; solo quiere oírme decirlo.

—¿Vendrías conmigo, por favor? —suelto, deseando no haberme reído de él cuando dijo que me llevaba a la cama hace unos minutos—. Tengo demasiado miedo para ir sola.

—¿Scarlett Scott, asustada de la oscuridad? —dice maravillado—. ¿En serio?

—No tengo miedo de la oscuridad —replico—. Bueno, normalmente no. Pero eso de ahí fuera no es solo *oscuridad*, es... es *salvaje*. Es *peligroso*.

—Ah, oscuridad *salvaje*. La peor clase.

Cruzo las piernas mientras la necesidad se vuelve más urgente.

—Por favor, Dylan. No vas a dejarme salir ahí sola, ¿verdad?

Su rostro se suaviza.

—Claro que no —dice—. Conociéndote, te perderías al instante. Entonces sí que tendría que llamar a los equipos de búsqueda. Vamos, Problema, terminemos con esto.

Lo sigo mientras nos guía fuera de la cabaña, su linterna encuentra un arbusto bajo a unos metros de distancia, hacia el cual se dirige pisando fuerte, antes de entregarme la luz y darme la espalda ostentosamente. Es más complicado de lo que podría haber imaginado sostener la linterna mientras lucho por quitarme las muchas capas de ropa que llevo puestas, así que la apoyo contra una rama baja, luego me agacho, con las mejillas —las de la cara, quiero decir— ardiendo mientras hago lo que tengo que hacer, tratando de no pensar en el hecho de que estoy en medio de la nada, con el trasero expuesto a los elementos, y Dylan Fraser de pie justo detrás de mí.

Pensé que ser sacada de un contenedor de basura por él iba a ser el punto más bajo de esta relación, pero cada vez que creo haber tocado fondo, resulta ser solo una trampa.

—¿Todo bien por ahí atrás?

La voz de Dylan corta la oscuridad, y yo me apresuro torpemente con mi ropa, acomodándola lo mejor que puedo con mis dedos congelados antes de recoger la linterna e inmediatamente dejarla caer de nuevo.

La luz se apaga.

—¿Scarlett?

La voz de Dylan viene de algún lugar a mi izquierda, sonando preocupado ahora.

—Estoy bien —respondo rápidamente—. Solo se me cayó la linterna. Dame un segundo.

Me agacho de nuevo y empiezo a palpar la tierra circundante, esperando encontrar el reconfortante bulto de plástico de la linterna. Sin embargo, no hay nada allí, y para cuando me enderezo de nuevo, ni siquiera sé hacia dónde estoy mirando.

—Scarlett, ¿dónde estás?

La voz viene de una dirección diferente a la última vez, y doy vueltas, buscándola, y haciendo mi mejor esfuerzo por no entrar en pánico. De repente, todos mis sentidos están en sobremarcha, mis oídos se esfuerzan por captar el débil susurro que estoy segura de oír desde los arbustos, mientras mis ojos luchan por adaptarse a la oscuridad. Sin la luz de la linterna, la ladera de repente es una cosa viva, la oscuridad rica en amenazas, y el aire nocturno ocultando Dios sabe qué.

Oscuridad salvaje. Justo como dije.

—Estoy aquí —grito de vuelta con urgencia—. Por aquí.

No tengo idea de dónde es "por aquí", y Dylan presumiblemente tendrá aún menos idea, pero la negrura absoluta en la que me he sumergido me envuelve como una manta, y temo que si me quedo aquí demasiado tiempo, podría asfixiarme, así que me lanzo hacia adelante, gritando de terror cuando choco directamente contra algo alto y sólido, que extiende la mano y me agarra, tirando de mí hacia él.

—¡Dylan!

La palabra sale como un sollozo, y sus brazos me rodean, sosteniéndome cerca mientras mi corazón late rápidamente contra mi caja torácica.

—Está bien —dice suavemente, sus labios rozando mi cabello—. Estás bien, Scarlett. Te tengo. Estás a salvo.

Sus brazos me rodean con más fuerza y me recuesto contra él, con la cabeza hundida en la reconfortante amplitud de su pecho. Ahora que está de nuevo a mi lado, me siento segura; la

ladera vuelve a ser solo una colina y la oscuridad se desvanece a medida que mis ojos se adaptan a la luz de las estrellas.

—Gracias —digo con la voz amortiguada por su abrigo—. Siento lo de la linterna.

Dylan no dice nada, pero siento su mano acariciándome el pelo de manera tranquilizadora, y dejo que mis brazos rodeen su cintura mientras la tensión abandona lentamente mi cuerpo.

—Hablando de la linterna —dice en tono casual—, será mejor que intente encontrarla.

Sin embargo, no se mueve, y yo aprieto mis brazos a su alrededor, sin estar del todo lista para abandonar el confort de su abrazo.

—¿No tienes otra en tu mochila? —murmuro—. Seguramente Dylan Fraser está preparado para cualquier eventualidad, ¿no?

—Por supuesto que lo estoy —protesta—. Especialmente cuando tú estás involucrada. Tengo una linterna extra y pilas.

—Debí haberlo imaginado.

Nuestros brazos siguen entrelazados y ninguno de los dos parece querer moverse primero. Finalmente, sin embargo, Dylan se aclara la garganta, y yo me aparto de mala gana, agradecida de que esté demasiado oscuro para que pueda ver mi cara claramente.

*¿Acabo de **abrazar** a Dylan Fraser? ¿Y realmente lo **disfruté**?*

—Bien —dice, antes de que pueda responder a mis propias preguntas no formuladas—, quiero que te quedes aquí y no te muevas, ¿de acuerdo? Lo digo en serio, Scarlett: *no* te muevas. ¿Entendido?

—Entendido —respondo, haciendo un pequeño saludo que seguramente no puede ver mientras se aleja, desapareciendo en la noche. Me abrazo a mí misma, mis temores anteriores volviendo a aparecer al encontrarme sola en la oscuridad de nuevo, pero solo pasan uno o dos minutos antes de que una luz se encienda, y me doy cuenta de que la linterna que estaba buscando estuvo a mi lado todo el tiempo.

Cómo no.

—La tengo —dice Dylan, volviendo a mi lado y tomando mi mano—. Ahora, intentemos dormir un poco. Creo que ya hemos tenido suficiente emoción por un día, ¿no crees?

No estoy totalmente segura de si se refiere a la caminata, al fiasco de la linterna caída o al abrazo. Pero su mano está cálida y suave contra la mía, así que simplemente asiento con la cabeza y dejo que me guíe de vuelta a la cabaña, donde nos metemos en nuestros sacos de dormir y nos quedamos allí en silencio, en nuestros lados opuestos de la habitación.

—¿Dylan? —digo mirando al techo.

—¿Sí?

—¿Qué pasó con el joven Dougie?

Se escucha una risa baja desde el otro lado de la habitación, luego un sonido de roce mientras se voltea de lado.

—Intenta dormir, Sassenach —dice—. Tenemos otro largo día por delante.

* * *

Estoy convencida de que será imposible dormir bajo estas circunstancias, pero todo ese aire fresco y ejercicio deben haberme cansado más de lo que me di cuenta, porque lo siguiente que sé es que me estoy despertando con una débil luz solar filtrándose por la ventana, y Dylan silbando mientras hierve algo que huele sospechosamente a café sobre el fuego.

—¿Hay algo que *no* hayas traído contigo? —pregunto con curiosidad mientras lucho por salir del saco de dormir, esperando no verme tan poco digna como me siento.

—Leche —dice, entregándome una taza de viaje—. Así que espero que te guste tu café negro.

—Mientras sea fuerte, no me importa de qué color sea —respondo, llevándolo a la puerta de la cabaña y abriéndola para mirar afuera. El sol acaba de empezar a salir, tiñendo el cielo de un rosa pálido que hace que mis dedos piquen por tomar una foto. El color se refleja en las aguas del lago, que reposa en el fondo del valle con apenas una ondulación que perturbe su superficie.

Aún no hay señales de esa tormenta, entonces.

—¿Pensando en darte un chapuzón?

Dylan aparece y se para a mi lado en la puerta, apoyándose casualmente en el marco mientras sorbe su café. Su rostro está cubierto de barba incipiente, su pelo oscuro está despeinado por haber dormido sobre él, y lleva un jersey de punto grueso que lo hace parecer un oso de peluche.

Un oso de peluche sexy y desaliñado que me hace querer...

No. No vayas por ahí, Scarlett. Ya te has metido en suficientes problemas esta semana sin empezar a enamorarte del policía del pueblo, que claramente piensa que estás loca.

Y que bien puede tener razón sobre eso.

—Ni de broma —respondo, hablando por la comisura de la boca por si mi aliento matutino lo deja inconsciente—. El único chapuzón que me gusta dar es en la bañera, gracias. O tal vez en una piscina tropical.

—Oh, no sabes lo que te estás perdiendo —dice Dylan, con sus ojos dorados fijos en el lago—. No hay nada como un baño en agua fría para despertarte. Te devuelve a la vida.

—¿Y lo has probado?

No sé por qué pregunto: es tan obvio que es el tipo de chico que encontraría divertido sumergirse en agua helada que sé la respuesta antes de que él asienta.

—Cada mañana antes del trabajo —dice—. Una carrera junto al lago, luego un chapuzón rápido, y ya estoy listo para el día. Realmente lo extrañé cuando estuve en Glasgow. No hay nada como esto.

Miro con dudas el agua, que está cambiando gradualmente de rosa a plateado a medida que el sol continúa saliendo.

—Te creo —le digo, envolviendo mis manos alrededor de la taza de café para calentarme—. Aunque creo que estás loco.

Dylan me mira con especulación.

—Te reto —dice de repente.

—¿Qué?

—Te reto a que entres al lago. Apuesto a que no puedes hacerlo.

Casi me ahogo con mi café.

—Es noviembre —señalo.

—Sí. Lo es.

—Hace un *frío* que pela.

—Estará frío —admite—. Muy frío, de hecho. Pero ese es todo el punto de la natación salvaje, ¿no? Pasar frío. Empujarte fuera de tu zona de confort. Probar tus límites.

Resisto el impulso de decirle que el simple hecho de estar aquí en las colinas ya me ha llevado tan lejos de mi zona de confort como estoy dispuesta a ir. Incluso más allá. Mis límites han sido puestos a prueba de verdad. Los resultados están listos, y dicen que *ni hablar* de nadar en aguas salvajes.

—Estoy bastante feliz en mi zona de confort, gracias —digo—. Aunque me sorprende oír que tú ocasionalmente salgas de la tuya.

Pienso en la mochila eficientemente empacada y en cómo alineó todo lo que necesitaría por la mañana al lado de su saco de dormir anoche. Nada en Dylan Fraser sugiere que este sea un hombre al que le guste salir de *nada*, y menos aún de su zona de confort. Luego pienso en la pura disciplina necesaria para meterse en aguas heladas cada mañana sin falta, y de repente tiene mucho más sentido.

Puede que no sea un hombre que viva la vida con un abandono salvaje, pero *sí* es un hombre al que le gusta sentir que tiene el control de las cosas, probablemente porque sabe lo que es cuando *no puedes* tenerlo.

Creo que entiendo eso.

Apuesto a que también se da duchas frías cada mañana.

—De todos modos —digo—, necesitas un traje de neopreno para nadar en aguas salvajes, y ni siquiera tú traerías un traje de neopreno a una caminata, ¿verdad, señor Organizado?

—No *tienes* que usar uno —insiste Dylan—. Yo no lo uso.

—¿Entonces qué *usas*?

—Nada —Sus mejillas se hunden en una sonrisa. Luego me guiña un ojo, realmente me *guiña* un ojo.

Mi taza de viaje se detiene a medio camino de mi boca. Una sensación cálida, agitada y completamente inapropiada se arraiga en algún lugar en la boca de mi estómago. No sé si es por la bebida caliente o solo por la idea de él corriendo desnudo hacia el agua, pero de repente hace mucho calor aquí en este umbral. En noviembre. Con una tormenta acercándose.

—Por supuesto, *nunca* irías a nadar desnuda en un lago —dice con seriedad, observando mi reacción—. No te atreverías, ¿verdad, Sassenach? Los sureños sois demasiado débiles para nadar al aire libre.

—Oh, no, no lo harás —le digo con firmeza—. Eso no va a funcionar conmigo, listillo. No voy a caer en eso.

—Qué lástima —dice, encogiéndose de hombros—. Apuesto a que te verías increíble.

Mi boca se abre de la sorpresa, pero antes de que pueda hablar, él se da la vuelta y vuelve a entrar en la cabaña, regresando unos segundos después con la manta enrollada que había notado atada en la parte superior de su mochila.

—Por si cambias de opinión —dice, entregándomela con una sonrisa. Luego se va, corriendo colina abajo a trote, quitándose el suéter por la cabeza mientras avanza.

—¡El último en entrar es un huevo podrido! —grita desde el lago. Yo solo me quedo ahí boquiabierto mirándolo. Los músculos de su espalda ondean bajo la piel mientras corre y, cuando llega al borde del agua, se agacha y se quita los zapatos antes de... No. Seguramente no...

Seguramente sí.

Mis ojos se abren de par en par mientras Dylan Fraser se quita los pantalones y luego los calzoncillos (que son ajustados y de color negro liso, noto con aprobación). Lo último que veo antes de que se sumerja en el agua poco profunda al borde del lago es un atisbo tentador de dos nalgas perfectamente redondeadas que desaparecen en el agua antes de que pueda echarles un buen vistazo.

Dios. Mío.

—¿Vienes, Sasennach? —grita mientras vuelve a emerger del agua. Me alivia ver que ahora está completamente sumergido, con solo las puntas de sus hombros por encima de las olas.

No estoy segura de que mis nervios hubieran podido manejar mucho más que eso.

Me quedo en el umbral de la cabaña, aún con la manta entre las manos. Definitivamente no voy a entrar tras él, obviamente. Sé que he hecho algunas cosas estúpidas últimamente, pero eso sería una locura, y... sin embargo.

El agua brilla plateada bajo la luz del sol. Aparte de Dylan y yo, no hay nadie alrededor por kilómetros. Pienso en las chicas que vi desde mi balcón hace un par de días y cuánto las envidié, aunque sabía que nunca podría ser como ellas.

¿Pero y si *pudiera*?

¿Tal vez *debería* intentar salir de mi zona de confort, solo por esta vez? ¿Quizás me sorprenda a mí misma?

O quizás simplemente muera de frío.

Trago nerviosamente. Abajo en el lago, escucho a Dylan gritar de risa mientras chapotea en el agua helada. Es un sonido que me lleva de vuelta a mi infancia; un sonido despreocupado y alegre que parece venir de muy lejos, a través de años y luego décadas, un recuerdo desvanecido de una época en la que solía reír así, como si no tuviera una preocupación en el mundo.

Porque no la tenía.

Un recuerdo. Scotty y yo, chapoteando en las olas de la playa de Heather Bay, sin importarnos el frío. Mamá observándonos desde una toalla en la arena, haciendo clic con la cámara como siempre. Tomó tantas fotos; reales, que revelaría y pegaría en álbumes, casi como si no pudiera confiar en recordar los momentos capturados a menos que los guardara en algún lugar.

O como si supiera que no estaría aquí.

No he visto esos álbumes de fotos en años. Supongo que papá debe haberlos escondido en algún lugar, preocupado de que los recuerdos que contenían fueran demasiado dolorosos para mí; o para cualquiera de nosotros.

Pero de repente quiero mis recuerdos. Siento que se me *deben*. Y si no puedo tenerlos ahora mismo, al menos puedo intentar crear algunos nuevos.

—A la mierda —murmuro para mí misma mientras salgo tanto de la puerta como de mi zona de confort—. Solo se vive una vez, ¿no?

Y entonces, antes de que pueda darme la oportunidad de pensarlo, corro colina abajo hacia el agua.

Capítulo 26

Hace mucho más frío de lo que jamás podría haber imaginado. «Helado» no es la palabra. «Glacial» se acerca un poco más, pero si existe algo aún más frío que glacial, esta agua es esa cosa.

Yo soy esa cosa.

—Con cuidado —grita Dylan desde el agua—. No muy rápido. No querrás que tu cuerpo entre en shock.

Si no estuviera demasiado fría para hablar, me reiría de la idea de que pudiera entrar en este lago demasiado rápido. Simplemente no es posible. Pero estoy de pie con el agua hasta los tobillos, vistiendo solo mi sujetador y bragas (porque resulta que Dylan tenía razón; no me atrevería a nadar desnuda. O al menos no con él mirándome), e incluso mi piel de gallina tiene piel de gallina. De hecho, todo mi cuerpo es una gran piel de gallina, y ni siquiera el rubor que comenzó en las plantas de mis pies mientras me quitaba la ropa con timidez en la orilla del agua está mitigando el frío.

—Tampoco demasiado lento, ojo —grita el hombre más irritante del mundo—. Te vas a convertir en hielo antes de que llegues hasta las rodillas.

Lanzándole lo que espero sea una mirada apropiadamente gélida —y no solo por la temperatura—, tomo una respiración profunda y me adentro un poco más en el agua, jadeando mientras muerde mi piel. Por una fracción de segundo, casi me doy la vuelta y admito la derrota. Luego pienso en las muchas horas que tendré que pasar caminando de regreso a casa con este hombre hoy, y cuánto de ese tiempo se pasará alardeando sobre mí si no lo hago.

Puedes hacerlo, Scarlett. Aunque solo sea para demostrarle que no eres la... ¿cómo era? ¿La sureña débil? que él cree que eres.

No estoy del todo convencida por esta pequeña charla motivacional mía. Después de todo, normalmente me toma unos buenos diez minutos solo entrar en la piscina climatizada del gimnasio, así de «debilucha» soy. Sin embargo, llega un punto en que la temperatura del aire es tan fría que empiezas a pensar que podrías estar más caliente dentro del agua que fuera de ella, y aunque sé que es una promesa completamente falsa en este caso, algo me empuja hacia adelante. Creo que podría ser pura terquedad.

Lo haré. Solo esta vez. Y luego nunca, nunca más.

Apenas hay tiempo para un momento de intenso arrepentimiento, y luego me estoy sumergiendo hacia adelante, mis piernas pataleando detrás de mí mientras empiezo a nadar.

Lo hice.

Realmente lo hice.

El frío da paso a una oleada de euforia mientras me abro paso a través del agua hasta que estoy al nivel de Dylan.

—Bien hecho —grita, su sonrisa casi partiendo su cara en dos—. Sabía que podías hacerlo.

—No es lo que dijiste allá atrás —replico, jadeando por el esfuerzo de mantenerme a flote en el agua helada.

—Ah, solo estaba bromeando —sonríe—. Eres más dura de lo que pareces. Y sabía que no podrías vivir contigo misma si no lograbas demostrar que yo estaba equivocado.

—Cierto —digo—. Hacerte quedar como un tonto es un poderoso motivador.

Ahora mismo, sin embargo, Dylan Fraser se ve todo menos tonto.

De hecho, se ve bastante *impresionante*.

Su cabello oscuro está peinado hacia atrás por el agua, haciendo que esos ojos color miel resalten en su rostro cincelado. Mientras chapotea hacia mí, sus brazos musculosos cortando el agua sin esfuerzo, logro vislumbrar su pecho, y digamos simplemente que es obvio que correr y nadar no pueden ser las únicas cosas que hace para mantenerse en esa forma. No, este tipo está en forma. Y, bueno, desnudo. Lo cual, para ser honesta, es probablemente la razón principal por la que no me estoy muriendo de frío ahora mismo; si me sonrojara más fuerte, probablemente haría hervir el agua.

No miraré, no miraré, no miraré.

Hago la plancha, sin estar muy segura ya si la piel de gallina en mis brazos es por el frío o por la buena y vieja lujuria. Porque no hay forma de evitarlo, ¿verdad? Dylan Fraser es hermoso. He estado tratando de no permitirme notarlo, pero ahora que está justo aquí frente a mí, en toda su... bueno, gloria... está resultando ser una tarea imposible.

Lo he notado.

Definitivamente lo he notado.

Y ahora que lo he notado, de repente es imposible pensar en otra cosa. Ni siquiera en el frío mordaz del lago en el que acabo de entrar corriendo tras el hombre, como una adolescente enamorada.

Bien hecho, Scarlett. Vaya manera de mantener la calma.

—Dilo.

La voz de Dylan interrumpe mis pensamientos, y dejo de moverme tan abruptamente que casi me hundo, aterrorizada de que de alguna manera haya logrado leer mis pensamientos.

—¿Decir qué? —Para mi alivio, mi voz suena casi normal, y cualquier ligero temblor en ella puede atribuirse fácilmente a la temperatura.

O al menos eso espero.

—Di que tenía razón. Estás disfrutando esto.

Sonríe, y veo diminutas gotas de agua aferrándose a sus oscuras pestañas.

Oh, claro que lo estoy disfrutando.

—Está bien, supongo —digo con naturalidad.

Y lo está. Siempre he sido el tipo de persona que tiene que forzarse a hacer ejercicio, porque nunca he entendido realmente a qué se refiere la gente cuando habla de la descarga de endorfinas que obtienen de ello. Pero ahora lo entiendo. El agua puede estar más fría que los dedos de los pies de Olaf —subestimación del siglo—, pero también es estimulante de una manera que hace que mi corazón palpite y todo mi cuerpo hormiguee.

O eso podría ser simplemente... no. Por ahí va la locura.

—Te lo dije.

Nada hacia adelante, salpicándome con agua helada, y grito, tratando de alejarme de él, mientras quiero quedarme. Se ríe, sus ojos bailando con picardía, y ese recuerdo vuelve; otro chico, otro tiempo, otra yo. Pero la misma sensación de alegría y euforia; como si no supiéramos que este momento pasaría y todo volvería a ser ordinario. Como si pudiéramos permanecer en él para siempre.

Dylan se acerca, con los ojos clavados en los míos. Resisto el impulso de bajar la mirada para asegurarme de que mis pechos sigan apropiadamente contenidos por mi sujetador mojado, y mantengo su mirada, mi respiración acelerándose. Cuando está casi lo suficientemente cerca como para tocarlo, se detiene, chapoteando en el agua mientras su boca se curva en una sonrisa lenta y sexy. Sus labios se separan.

—Deberíamos salir ahora —dice, rompiendo abruptamente el momento.

Oh.

Claro.

Te estabas dejando llevar un poco demasiado, ¿verdad, Scarlett?

—En serio —continúa, mirando al cielo, que empezó azul pero que se ha ido volviendo blanco mientras nadábamos—. No puedes quedarte demasiado tiempo con esta temperatura. Incluso si crees que te sientes bien ahora, unos minutos son suficientes. Te afecta así. El frío se te mete poco a poco.

Asiento, girándome en el agua y nadando de vuelta a la orilla, donde mi ropa y mi manta me esperan. El frío no es lo único que se me ha estado metiendo poco a poco, y mientras salgo del agua, con el aire gélido mordiendo mi piel como si estuviera vivo, me alegro de que me haya dicho que saliéramos cuando lo hizo. Antes de que pudiera hacer algo de lo que estoy 100% segura que me arrepentiría casi inmediatamente después.

Agarro la manta y rápidamente me seco con ella, de espaldas al lago. Puede que no pueda verlo, pero aún puedo sentir sus ojos observándome mientras me pongo la ropa tan rápido como puedo, desesperada por volver al interior, junto al fuego que espero a Dios que siga encendido.

—La manta está ahí para ti —grito por encima de mi hombro, dejándola junto a sus calzoncillos descartados—. Te veo en la cabaña.

Porque quedarme a verte salir sería mucho más peligroso que cualquier cosa que haya hecho hasta ahora en este viaje. Eso es seguro.

Con un rápido saludo en la dirección aproximada de Dylan, envuelvo mis brazos entumecidos alrededor de mi cuerpo para calentarme, y empiezo a subir la colina, con los dientes castañeteando lo suficientemente fuerte como para asustar a cualquier animal salvaje que pudiera andar por ahí.

Estoy a mitad de camino cuando lo veo, enredado en un arbusto, de cara al lago, por lo que no era visible desde la cabaña.

Es un trozo de tela amarillo neón, exactamente del mismo color que la chaqueta que Ada llevaba en su foto. La que Emerald y McTavish dicen que llevaba cuando salió del pueblo hacia Puffin Cove.

Y a menos que esté muy equivocada, está cubierto de sangre.

Capítulo 27

No está "cubierto de sangre", Scarlett. Solo tiene un poco de sangre, eso es todo.

— De vuelta dentro de la cabaña, con el fuego descongelándonos gradualmente a ambos, Dylan sostiene el trozo de tela frente a la ventana, mirando las reveladoras manchas rojas. Puede que suene despreocupado, pero esa línea ha vuelto a aparecer entre sus cejas, y no ha hecho ni un comentario sarcástico ni ha puesto los ojos en blanco por mi culpa durante al menos 5 minutos, lo cual no es una buena señal, ahora que lo pienso.

—No es solo un *poco* —insisto, señalando las marcas en la tela—. Vale, no está *cubierto*, exactamente, pero tampoco es solo una mancha, ¿verdad?

—No sabemos si es de Ada —dice Dylan finalmente, colocándolo con cuidado sobre la mesa y mirándolo pensativamente.

—Tampoco sabemos si no lo es —contraataco de inmediato—. Aunque no sea de ella, obviamente es de *alguien*. Y ese alguien está claramente en problemas.

Mi estómago se revuelve incómodamente. Este es exactamente el tipo de pista que *no* quería encontrar en este paseo. Especialmente cuando casi me había convencido de que Ada estaba bien, y que todas las cosas que había estado imaginando que le sucedían eran solo eso: imaginarias.

Pero ahora me encuentro frente a la posibilidad de que podría haber tenido razón desde el principio. Y es una victoria que no me da ningún placer en absoluto.

El hecho de que Dylan no se haya molestado en contradecirme es otra mala señal; al igual que la forma en que se frota la barbilla, como si estuviera tratando de decidir qué hacer.

—No deberías haberlo movido —dice, mirándome con el ceño fruncido—. Deberías haberlo dejado donde estaba.

—¿En... en caso de que sea evidencia? —digo temblorosamente—. ¿De qué? ¿Estás diciendo que el arbusto es una potencial escena del crimen?

Dylan decide ignorar esa pregunta mientras se agacha para hurgar en su mochila.

—No me gusta esto —dice, sin levantar la vista—. Quiero decir, probablemente no sea nada, pero voy a informarlo por radio de todos modos. Solo para estar seguros.

—¿Radio? ¿Tienes una radio? Pero pensé que estabas fuera de servicio.

—Por supuesto que tengo una radio, Scarlett —dice, sacándola de la bolsa—. ¿Qué clase de hombre crees que soy?

Bueno, ahí está la puesta de ojos en blanco exasperada, al menos. Supongo que es algo.

Toma la radio y sale de la cabaña con ella. Me quedo dentro, caminando de un lado a otro frente al fuego, deteniéndome de vez en cuando para mirar por la ventana, donde el cielo está pasando de blanco a un gris oscuro y amenazador.

Ahora no, tormenta. Por favor, ahora no.

Cuando Dylan vuelve a entrar, su chaqueta está húmeda por la lluvia que ha empezado a caer, y su línea de preocupación se ha intensificado.

Lo miro interrogante, y él se encoge de hombros.

—No hay mucho que puedan hacer ahora mismo —dice—. La tormenta se está acercando. El helicóptero de búsqueda y rescate ha sido llamado a la cordillera de Nevis, y el barco también está fuera. No es que crea que enviarían a ninguno de los dos por un trozo de tela, en cualquier caso.

—¿Entonces...?

La culpa que me trajo aquí en primer lugar provoca la pregunta; de la cual no estoy totalmente segura de querer saber la respuesta.

Dylan vuelve a la tela sobre la mesa, a la que mira como si tuviera todas las respuestas.

—¿Puedes deducir algo de las manchas? —pregunto esperanzada—. ¿Podría ser de, no sé, una hemorragia nasal, tal vez? ¿Algo realmente simple y que no amenace la vida?

—No soy investigador de la escena del crimen, Scarlett —señala Dylan—. No sé cómo analizar salpicaduras de sangre.

—Sí, pero debes haber visto algunas, ¿no? —digo—. ¿De tu trabajo policial?

Me mira de manera admonitoria. Obviamente, este *no* es un tema sobre el que vayamos a tener una charla agradable en un futuro cercano.

Debidamente anotado.

—Sí. He visto. Pero, como dije, no estoy entrenado para analizarlas. Podría ser de cualquier cosa.

Se frota la barba de nuevo mientras mira por la ventana hacia el cielo que se oscurece.

—Solo son unas pocas millas hasta la Cala desde aquí —dice, tomando una decisión—. Iré a comprobarlo, solo para asegurarme de que no está allí. No espero que lo esté, pero tengo que asegurarme. Si salgo ahora, puedo estar de vuelta antes de que empeore el tiempo.

Cruza la habitación y comienza a volver a empacar su bolsa, moviéndose tan rápido y metódicamente como siempre. No me gusta la forma en que siguió diciendo "yo" en lugar de "nosotros" durante esta conversación, pero de ninguna manera me voy a quedar aquí sola, especialmente ahora que sé que Ada podría estar realmente herida, así que, después de un momento de duda, tomo mi propia bolsa y empiezo a tirar cosas dentro, más o menos al azar.

—¿Qué estás haciendo?

Deliberadamente no me doy la vuelta. Sé lo que va a decir.

—Empacando —respondo brevemente—. ¿Qué parece?

—Buen intento, Scarlett —dice con firmeza—, pero no. Absolutamente no. No vienes.

—No me lo vas a impedir —le digo, tratando de ignorar la forma en que mi sujetador aún húmedo me roza la piel.

Bueno, no hay tiempo para cambiarse ahora.

—Creo que sí lo haré.

—Creo que no lo harás.

—Scarlett, escúchame.

Algo en su voz me hace dejar de hacer lo que estoy haciendo y mirarlo.

—No puedes venir conmigo —dice, un poco más suavemente esta vez—. No puedo permitirlo. La tormenta está en camino. Puedes verlo. Necesito llegar a la Cala y volver lo más rápido posible, y tú solo me retrasarás.

—No lo haré —respondo, dolida—. Puedo caminar tan rápido como tú, ¿sabes?

Probablemente no pueda. Pero puedo intentarlo. Y puedes estar seguro de que no he llegado hasta aquí solo para que me dejen atrás en el último minuto, como George y Anne en Los Cinco, dejados para preparar la cena mientras los chicos salían a investigar la luz en la vieja torre a medianoche.

Yo quiero ser quien investigue la luz en la vieja torre. Y encontrar a Ada. Solo quiero hacer *algo* en lugar de quedarme sentada aquí sola durante horas, con mi imaginación trabajando horas extra mientras repasa sin cesar todas las cosas en las que no quiero pensar.

He logrado evitar pensar en todas esas cosas durante 20 años. Y si Dylan Fraser cree que voy a empezar a pensar en ellas ahora, lo único que puedo decir es que obviamente no me conoce en absoluto.

Dylan me mira inquisitivamente por un momento, luego se echa la mochila al hombro.

—No —dice de nuevo—. Te quedas aquí, y punto. Sin discusiones.

El amo ha hablado. Desafortunadamente para él, ha hablado como si yo fuera una especie de mujer dócil acostumbrada a hacer lo que le dicen los hombres.

Y está muy, muy equivocado.

Como está a punto de descubrir.

—No eres mi jefe, Dylan —le digo, poniéndome la chaqueta—. No puedes decirme lo que puedo y no puedo hacer. Voy contigo.

—Por el amor de Dios, Scarlett, ¿podrías escucharme por una vez en tu vida? —dice, poniéndose el gorro con rabia—. Esto no es un juego, ¿sabes? Es algo serio. Y posiblemente peligroso también. Así que haz lo que te digo y quédate aquí.

Se baja el gorro casi hasta los ojos. Nunca un gorro de lana ha sido tratado con tanto desprecio. Alcanzo mi propia versión de cachemir y me lo pongo descuidadamente sobre mis rizos, desafiante.

—Por favor —añade Dylan, en un último intento de convencerme.

Bueno, demasiado tarde, amigo.

—Si no me dejas ir contigo, simplemente esperaré unos minutos y luego te seguiré —le digo con calma—. Además, si ella está allí, y está herida... —trago nerviosamente—. Podría ser mejor si estamos los dos allí para... bueno, para ayudarla.

La línea de su ceño fruncido es tan profunda ahora que parece haber sido tallada en su rostro.

Duda.

—¿Qué clase de improbable dúo de luchadores contra el crimen seríamos si me dejaras atrás, de todos modos? —digo, en un intento de hacerle sonreír. No funciona. No hay sonrisa por venir. Sin embargo, se detiene en la puerta de la cabaña, con los brazos cruzados defensivamente sobre su pecho.

—Date prisa entonces —dice bruscamente—. Mejor ponernos en marcha si queremos evitar lo peor del clima.

Me echo la mochila a la espalda, luego la bajo de nuevo, haciendo una mueca.

—¿Qué pasa ahora? —Su tono es impaciente. No puedo culparlo.

Me muerdo el labio y lo miro disculpándome.

—¿Puedo cambiarme rápidamente la ropa interior? —digo esperanzada—. Solo tomará un segundo, lo prometo...

* * *

Veinte minutos después de iniciar nuestra caminata, la lluvia pasa de una llovizna a un aguacero. A los cuarenta minutos, hay un bajo retumbar de truenos a lo lejos, y en la marca de los sesenta minutos, encontramos el segundo trozo de tela amarillo neón, atrapado en el borde irregular de un árbol caído.

Hay más sangre esta vez, y mientras Dylan se agacha para examinarlo, con la boca en una fina línea, de repente me siento mareada de pánico.

Realmente está herida. Tenía razón. Y si es mi culpa, entonces...

Ni siquiera puedo terminar el pensamiento. El rostro de Dylan es sombrío cuando se endereza y me hace señas sin palabras para que continuemos, y aceleramos el paso, yo casi corriendo en un intento de mantener el ritmo de sus zancadas mucho más largas.

La lluvia ha disminuido un poco ahora, pero el viento ha arreciado y tengo que levantar la mano para agarrar la capucha de mi chaqueta para evitar que se vuele. Dylan simplemente sigue adelante, como si ni siquiera notara el clima. Parece saber exactamente a dónde va sin tener que comprobarlo, a diferencia de mí ayer, con mis direcciones copiadas de Google Maps.

—Pensé que dijiste que eran solo unas pocas millas —me quejo mientras comenzamos otra empinada subida—. Seguramente ya deberíamos haber llegado.

—Son solo unas pocas millas —responde Dylan entre dientes—. Pero son unas pocas millas a través de las montañas, no unas pocas millas en la autopista. ¿Seguro que has estado en las Highlands el tiempo suficiente para saber que cada viaje toma un poco más de tiempo aquí?

Es cierto. Mis amigos de Londres siguen preguntándome por qué no me paso por Edimburgo por el día, o por Aberdeen, sin darse cuenta de que la distancia en el mapa no significa nada cuando viajas por sinuosas carreteras de las Highlands, sin absolutamente ningún sentido de urgencia.

Pero hay una urgencia en este viaje, lo que hace que nuestro lento proceso actual sea aún más frustrante. La ruta por la que vamos ahora nos sacó de un valle (el de la cabaña y el baño desnudo) y nos metió directamente en otro, a través de un tipo de sendero montañoso precario por el que *realmente* no quieres caminar en un día ventoso.

El último valle no tiene un lago en el fondo, pero aún tiene mucha agua, gracias a los ríos de la misma que bajan por las montañas que nos rodean. Una cascada particularmente grande conduce

a lo que presumiblemente solía ser solo un arroyo, pero que ahora se parece más a un río, corriendo frenéticamente a través del suelo rocoso del valle y cruzando nuestro camino.

—¿No intentarás cruzar eso, verdad? —grito mientras Dylan se detiene a su lado pensativo. Mis palabras son casi instantáneamente arrastradas por el viento, pero él se gira y mira en mi dirección antes de agacharse para asegurarse de que sus pantalones estén metidos en sus botas. Lo cual, por supuesto, lo están.

—Este es el único camino —me grita de vuelta—. No es profundo, solo rápido. Agárrate a mi espalda y no te sueltes, ¿de acuerdo? ¿Me oyes, Scarlett? No. Te. Sueltes.

—No te preocupes —grito, con la sangre retumbando en mis oídos mientras me agarro a su mochila y me preparo para tomar mi segundo baño frío del día.

Dylan tenía razón; el agua no es particularmente profunda, pero la corriente es sorprendentemente fuerte, e inmediatamente se hace evidente que las botas que compré en Londres fueron diseñadas más para el estilo que para la función, porque solo toma un par de pasos para que mis pies se congelen dentro de ellas. Dejo escapar un grito cuando mi tobillo se tuerce en alguna roca invisible justo debajo del nivel del agua, y luego, antes de darme cuenta de lo que está pasando, de repente me levantan y me suben al hombro de Dylan, en un levantamiento de bombero que deja mi cara al nivel de su trasero y mis piernas colgando inútilmente detrás de mí.

—¿Qué estás haciendo? Bárame —chillo, pateándolas en protesta, pero él simplemente continúa, vadeando a través de la inundación, y luego continuando por unos pasos más de lo estrictamente necesario una vez que estamos a salvo en el otro lado.

—¿Qué demonios fue eso? —exijo, mientras finalmente me permite deslizarme por su cuerpo distractoramente firme—. Lo estaba manejando bien. ¿Quién te dio permiso para manosearme así?

—Sí, te las estabas arreglando muy bien con tus botitas —sonríe con sorna, aún sujetándome por los brazos—. Tan bien que probablemente ya estarías a mitad de camino del valle si no te hubiera detenido.

Lo fulmino con la mirada para ocultar el hecho de que secretamente había disfrutado bastante que me levantara así. Entonces me sorprende otro recuerdo: Scotty y yo saltando por un conjunto de piedras para cruzar un arroyo mucho más pequeño que este, luego deteniéndonos al otro lado y sacando guijarros del agua poco profunda. Él intentando enseñarme a lanzarlos a través del agua. Yo sin poder hacerlo, sin importar cuántas veces lo intentara.

—¿Hay piedras para cruzar por aquí cerca? —pregunto, alcanzando a Dylan, que ha caminado adelante—. ¿Alguna que cruce un arroyo?

—No. No que yo recuerde. ¿Por qué lo preguntas?

—Oh, por nada.

Me quedo atrás de nuevo mientras comenzamos el ascenso para salir de este valle, y subimos a un promontorio rocoso donde el mar choca dramáticamente contra los acantilados, levantando grandes chorros de agua que se mezclan con la lluvia hasta que no sé cuál es cuál.

Aunque me siento aliviada de estar finalmente fuera de las montañas, la vista de esta costa poco acogedora y dentada es menos bienvenida de lo que hubiera supuesto hace unas millas atrás. El cielo está ahora oscuro por las nubes; el viento aúlla a través de las grietas en los acantilados con un lamento sobrenatural que es casi humano en tono. Me estremezco al escucharlo.

Si Ada se acercó a esos acantilados, no tendría muchas oportunidades con este clima; especialmente si ya estaba herida.

—Si estuviera gravemente herida, ya nos habríamos topado con ella —dice Dylan, observándome de cerca mientras nos detenemos para orientarnos—. Mi mejor suposición es que sí logró llegar a la Cala, y decidió refugiarse allí hasta que esto termine. Hay cuevas donde la gente acampa. Apostaría a que es ahí donde la encontraremos. Si es que está allí, quiero decir, y puede que no lo esté. Los pedazos de tela que encontramos podrían ser de cualquiera. Podrían haber estado aquí durante semanas.

Asiento con rigidez. Puede que no sea una experta en patrones de sangre, pero sé cómo se ve la sangre, y aunque la sangre de la chaqueta —y estoy segura de que esos pedazos de tela eran de una chaqueta— no era fresca, tampoco parecía que hubiera estado allí durante semanas. Dylan también lo sabe. Por eso ha venido hasta aquí, en lugar de insistir en que regresemos a casa y esperemos a que el equipo de búsqueda y rescate se haga cargo.

—Vamos —dice después de un momento—. La Cala de los Frailecillos es la bahía después de esta. Está justo pasando esas rocas. Ya casi llegamos. Lidera el camino, Problema.

Las rocas de las que habla se alzan desde el mar, pareciendo haber sido colocadas allí deliberadamente para impedir que la gente —o los barcos— avancen más, y vuelvo a estremecerme al mirarlas.

¿Son esas las rocas donde naufragó El Devonia? ¿Es aquí donde terminó mamá?

Me detengo bruscamente en seco, y Dylan choca conmigo.

—No es tu culpa, Scarlett —me dice, viendo la expresión en mi rostro—. Tú no la hiciste venir aquí. Ella tomó esa decisión por sí misma.

No estoy segura si está hablando de Ada o de mamá ahora, pero, de cualquier manera, no cambia el resultado. Puede que no tenga la intención de lastimar a la gente, o de ahuyentarlos, pero de alguna manera logro hacerlo de todos modos. Y una vez que lo he hecho, nunca puedo deshacerlo, porque así no es como funciona la vida, ¿verdad? No es como Instagram, donde si no te gusta cómo salió una foto, puedes cambiarla, o editarla, o ponerle algún filtro estúpido y hacerla parecer completamente diferente. No es como un libro, o una carta, donde puedes simplemente saltarte las partes que no quieres compartir, y reescribir las partes que sí quieres, hasta que estés contando exactamente la historia que quieres contar, aunque no sea la real.

No, lo que sea que le haya pasado a mamá ya ha sucedido. La historia ya está escrita; simplemente no se me ha permitido leerla, y probablemente nunca lo haré.

En cuanto a Ada, sin embargo, existe una pequeña posibilidad de que aún esté por aquí en alguna parte. Su historia podría no haber terminado. Pero eso depende de mí.

Capítulo 28

Quince minutos más tarde, doblamos la esquina del promontorio, y ahí está. Puede que Puffin Cove no tenga la playa más grande de Escocia, pero apostarí a que es una de las más hermosas.

La arena blanca está salpicada de rocas y se curva con gracia hacia el mar, mientras los acantilados circundantes la rodean en un abrazo. Mar adentro, algún tipo de formación rocosa se eleva de las olas verdes y azules, con un agujero desgastado en su centro, como un arco. A finales del verano, cuando el brezo está en plena floración, debe ser absolutamente impresionante, con la belleza salvaje del lugar realzada solo por su aislamiento.

Puedo entender por qué la gente quiere venir aquí; aunque sea un viaje absolutamente infernal para llegar.

Ahora mismo, sin embargo, con la lluvia aún cayendo a cántaros y el viento aplanando la hierba alta que bordea la arena, la cala se ve simplemente desolada y poco acogedora: el último lugar al que vendrías para pasar un día divertido en invierno. Me siento un poco como Frodo, llegando finalmente al Monte del Destino y pensando: "Mierda, ahora tengo que escalarlo de verdad".

Este momento tiene la misma clase de energía.

Dylan y yo estamos en el acantilado mirando hacia la playa, que está totalmente vacía. No estoy segura de qué esperaba exactamente. No es como si pensara que ella estaría ahí parada esperando ser encontrada, después de todo, con un enorme "S.O.S" tallado en la arena frente a ella, como en una película. Aun así, me siento irracionalmente decepcionada de no ver ni una sola señal de Ada.

O de mamá.

—No veo ningún signo de naufragio —grito por encima del estruendo de las olas.

—No, bueno, no esperarías verlo, ¿verdad? —grita Dylan en respuesta—. Fue hace veinte años, y era solo un bote pequeño; ya habrá desaparecido hace mucho.

Asiento, aunque en realidad esperaba ver a medias The Devonian encallada en la arena, tal vez un poco desgastada por el clima y cubierta de percebes después de todos estos años, pero aún resistiendo firme, un último vestigio de lo que sea que pasó aquella noche.

Estúpida. Tan estúpida, Scarlett.

—¿Estás bien? —pregunta Dylan, su frente arrugándose con preocupación bajo su gorro.

En realidad no lo estoy, pero no hay nada que ganar ahora admitiendo, no puedo exactamente decir: "En realidad, no, creo que volveré ahora, gracias", así que solo asiento, queriendo terminar con esto para poder seguir adelante con lo que venga después.

El camino hacia la playa será hermoso cuando esté seco, descendiendo a través de la hierba alta hasta la orilla. Bajo la lluvia, sin embargo, es más resbaladizo que una cáscara de plátano de dibujos animados, y me encuentro aferrándome de nuevo a la mochila de Dylan en un intento por mantener el equilibrio y no deslizarme por la empinada ladera como un trineo humano.

La playa en sí no está mucho mejor. La arena mojada se adhiere a nuestras botas mientras la atravesamos con dificultad, nuestros cuerpos aún azotados por el viento, que ha vuelto blancas las olas. Solo puede ser temprano por la tarde, si acaso, pero el cielo está tan oscuro que parece mucho más tarde, como si el día estuviera en avance rápido y en cualquier momento caerá la noche.

Realmente no quiero estar aquí afuera cuando eso suceda.

—¿Estás seguro de que podremos regresar a la cabaña antes de que llegue la tormenta? —le grito a Dylan, que va liderando el camino a lo largo de la playa, hacia un afloramiento de rocas irregulares en el extremo más lejano.

Dylan o no me oye o no se molesta en responder, y agarro las correas de mi mochila con más fuerza, pensando con nostalgia en ese fuego rugiente que él hizo aparecer como por arte de magia para nosotros anoche. Sé que tenía mis dudas sobre la tormenta imaginaria de la que me había estado advirtiendo, pero ahora mismo soy una firme creyente, y solo puedo esperar que Ada también lo sea, y que esté en algún lugar cálido y seco ahora mismo; es obvio incluso para una chica de ciudad como yo que este clima no va a mejorar pronto.

¿Dónde está ella, sin embargo?

—Las cuevas de las que te hablé están por aquí —grita Dylan, señalando hacia adelante, donde puedo ver una estrecha entrada que conduce a un gran agujero oscuro en el lado del acantilado que no desentonaría en el mismo Mordor—. Son el único lugar para refugiarse por aquí cerca.

—¿Y la gente viene aquí voluntariamente? —pregunto, aprovechando una pausa en el viento.

—Te sorprenderías —murmura Dylan sombríamente—. Aunque es agradable en verano. Se ve bien en Instagram. Si te importa ese tipo de cosas.

Aunque el último comentario es claramente una pulla hacia mí, lo encuentro vagamente reconfortante. Ada evidentemente sí se preocupa por "ese tipo de cosas", después de todo. Se gana la vida haciendo que las cosas se vean bien en Instagram, y existe una remota posibilidad de que esa sea la única razón por la que vino aquí. No porque recibiera un mensaje de mierda de un seguidor, sino porque quería aumentar su engagement con algunas fotos filtradas de una hermosa playa. Eso parece algo que Ada Valentine haría.

Sí. Sigue diciéndote eso, Scarlett.

Para este momento, casi hemos llegado a la entrada de la cueva, que se ve aún más amenazadora de cerca de lo que parecía a distancia, si es que eso es posible.

—Este lugar nunca pasaría una inspección de Salud y Seguridad —digo mientras nos arrastramos hacia la estrecha plataforma que conduce a la abertura—. Y apuesto a que tampoco hay instalaciones sanitarias.

—Puedes pedir hablar con el gerente cuando regresemos —responde Dylan—. Pero por ahora sería mejor si te concentraras en no caer al agua, ¿de acuerdo, Problema?

—Entendido.

He estado tratando de no pensar en el agua debajo de mí mientras lo sigo por el estrecho camino, con la espuma de las olas haciendo que se sienta como si estuviéramos caminando a través de una fina niebla. El mar está más calmado en la entrada, protegido como está por las altas paredes de roca que lo rodean, pero aún así no me apetece caer en él, así que hago lo que Dylan sugiere por una vez y me mantengo en silencio mientras nos movemos lentamente hacia la abertura frente a nosotros. El ruido del viento y el mar está amortiguado aquí, como si alguien hubiera bajado el volumen del clima, y el repentino silencio es inquietante después de tanto ruido.

Frente a mí, veo a Dylan hurgar en uno de los bolsillos de los pantalones cargo que lleva puestos y sacar su linterna, que enciende mientras nos acercamos a la oscura entrada de la cueva. Hay un fuerte olor a algas ahora; ese característico olor a humedad que se percibe cerca del mar, y se vuelve más fuerte a medida que nos acercamos.

Scotty y yo trepando por las rocas en la playa de Heather Bay, con ese mismo aroma en nuestras narices. Le he dicho a mamá y papá que estamos buscando cangrejos —tengo un cubo

rojo brillante en la mano para probarlo—, pero en realidad estamos buscando aventuras; o solo un lugar donde podamos escapar del resto del mundo por un rato.

Supongo que debería haber tenido cuidado con lo que deseaba.

Puedo ver el suelo rocoso de la cueva, húmedo en la entrada donde las olas lo han alcanzado, pero más seco hacia el fondo, que la luz de la antorcha apenas ilumina. No es exactamente el tipo de lugar que me entusiasmaría llamar hogar. Y tampoco creo que ni siquiera Ada pudiera hacerlo lucir digno de Instagram. Es demasiado oscuro, para empezar; y ni siquiera me hagas hablar de ese olor otra vez.

¿Vino mamá aquí? ¿Es este el lugar donde terminó? ¿Y realmente quiero saber la respuesta a eso, o solo me hará sentir aún peor?

—¿Hola? —grita Dylan, sobresaltándose con el sonido—. ¿Hay alguien ahí?

Contengo la respiración, esperando una respuesta, pero no llega nada, y trago nerviosamente, de repente atenazada por el miedo de lo que podríamos estar a punto de encontrar. He llegado hasta aquí permitiéndome fingir que todo esto es solo una gran aventura: Dylan, el detective problemático que ha sido expulsado de la fuerza, y yo, la intrépida joven periodista que jura ayudarlo en este, su caso más importante.

Pero, por supuesto, no es nada de eso, ¿verdad?

Esto es la vida real. La vida de Ada. Y está potencialmente en riesgo, por mi culpa. (Además, Dylan no ha sido expulsado de la fuerza, y sospecho que negaría rotundamente estar "problemático". Pero esa es la menor de mis preocupaciones ahora mismo.) No es una aventura atrevida. Es solo un absoluto desastre, realmente, y, ahora que estoy aquí de pie, a punto de descubrir cómo termina, puedo asegurar que nunca voy a permitir que algo así vuelva a suceder.

Jamás.

—Es la policía —grita Dylan, interrumpiendo mis pensamientos—. ¿Hay alguien ahí?

Las palabras resuenan débilmente en la oscuridad, y me acerco, esforzándome por oír. Sin embargo, el único sonido que me llega es el débil choque de las olas desde fuera de la pequeña ensenada, y Dylan avanza de nuevo, la luz de la antorcha cortando la oscuridad e iluminando...

—¡Espera! ¿Qué es eso?

Me detengo abruptamente cuando un destello rojo llama mi atención. Estamos casi en la cueva ahora, y mientras la antorcha barre el interior, lo veo de nuevo, más claro esta vez.

Es una tienda de campaña.

Una tienda de campaña roja brillante, que ha sido montada en el fondo de la cueva, con su puerta de lona aleteando abierta.

La tienda de Ada. Tiene que ser.

Empiezo a avanzar, pero Dylan levanta una mano para detenerme, su cuerpo bloqueando el camino.

—Quédate aquí, Scarlett —dice en voz baja—. Solo... déjame mirar primero, ¿de acuerdo?

Su voz es firme, pero no me tranquiliza en absoluto. Si ella está ahí dentro, pero no responde, entonces eso significa...

Me detengo en seco, mis piernas de repente débiles. Por una vez, Dylan no tiene que decírmelo dos veces; realmente no quiero ir más allá. No quiero saber qué hay dentro de esa tienda. Solo quiero darme la vuelta y alejarme; volver a casa y dejarme imaginar que la tienda estaba vacía, porque Ada la había abandonado hace tiempo y se había dirigido a casa, a salvo.

Así es como me gustaría pensar que termina esta historia.

Pero esto no es una historia.

Y cuando Dylan se agacha y tira de la solapa, revelando algo amarillo neón y cubierto de sangre justo más allá, creo que voy a vomitar.

No no no no no no no.

Dylan se endereza. Está de espaldas a mí, así que no puedo ver su rostro, pero juraría que puedo ver sus hombros temblando ligeramente.

*¿Está **llorando**? ¿Lo que sea que haya ahí dentro —y seamos sinceros, a estas alturas es bastante obvio lo que hay ahí dentro— ha hecho **llorar** al policía más serio del mundo?*

Se da la vuelta, con los ojos secos y una expresión indescifrable mientras sostiene abierta para mí la solapa de lona que forma la puerta de la tienda.

—Vas a querer ver esto por ti misma —dice, haciéndome señas para que me acerque—. Está bien. Puedes mirar.

Quiero gritarle que simplemente me diga qué es, pero mis piernas se mueven casi por voluntad propia, llevándome a través del suelo rocoso contra mi voluntad. Con una fuerza interior que no tenía ni idea de que poseía, me obligo a agacharme y mirar a través de la abertura y dentro de la tienda, que huele a humedad y... casi animal. Como el olor de uno de los graneros de McTavish.

Mientras mis ojos se adaptan a la oscuridad, la razón del olor se hace inmediatamente evidente. Está tumbada en la parte trasera de la tienda, vistiendo un distintivo abrigo amarillo neón con una sección faltante y el resto salpicado de sangre.

Es instantáneamente reconocible.

Pero no es Ada.

Es Edna.

Y está muy viva.

Capítulo 29

Baaa —dice Edna indignada mientras tropiezo al salir de la tienda, chocando con el
pecho duro como una roca de Dylan en el proceso.

—¿Edna? —le digo, volviéndome hacia él incrédula—. ¿Estás de broma? ¿Hemos venido hasta aquí por una *oveja*?

No me malinterpretes, me alegro de verla. Estoy extasiada, incluso. Jimmy estará encantado. Con un poco de suerte, quizás hasta levante la maldición que aparentemente ha lanzado sobre el pueblo desde que desapareció su querida mascota. Pero aun así, y sin faltarle el respeto a Edna, esto es una *oveja*, no un ser humano. Y, sin entrar en detalles, Dylan y yo acabamos de arriesgar nuestras vidas tratando de encontrarla.

—BAAA —dice Edna de nuevo. Ni siquiera suena agradecida, la pequeña...

—Scarlett.

La risa —asumo que eso era— que hizo temblar los hombros de Dylan cuando se asomó por primera vez a la tienda ha desaparecido, y su expresión ha vuelto a ser seria.

—Piénsalo, Scarlett —dice, iluminando la cueva con la linterna—. Sí, es solo Edna, pero Edna no puso esta tienda, ¿verdad?

Lo considero. Edna es bastante lista, para ser justos —bueno, para ser una oveja, al menos— pero tendría que estar de acuerdo en que las posibilidades de que ella haya empacado una tienda para esta larga caminata que decidió hacer, y luego la haya montado y se haya metido dentro cerrando la cremallera parecen terriblemente escasas.

Lo que significa que debe haber alguien con ella.

Y volvemos directamente a estar 'ansiosos' otra vez.

Qué montaña rusa de emociones ha sido esto.

La linterna de Dylan barre el suelo de la cueva de nuevo, deteniéndose en la mochila y otros objetos que están apilados justo detrás de la tienda de Edna.

Definitivamente alguien ha estado aquí.

Avanzo para examinar el montón de pertenencias, pero antes de que pueda alcanzarlo, se escucha un ruido desde la entrada de la cueva, y luego alguien habla, con una voz suave y acento londinense que debo haber escuchado cientos de veces antes.

—¿Qué están haciendo? ¡Esas son mis cosas!

Me detengo en seco y luego me giro lentamente, vagamente consciente de que Dylan está haciendo lo mismo a mi lado.

Está de pie en la entrada de la cueva, su largo cabello rubio húmedo por la brisa marina, y su chaqueta acolchada amarillo neón cerrada hasta el cuello. Tiene una cámara de aspecto caro colgada del cuello, y sus ojos son del mismo verde oscuro que los míos.

Exactamente del mismo verde oscuro que los míos.

—¡Mamá! —exclamo, la palabra parece salir de mi boca y caer como una piedra. Siento que mis piernas están a punto de ceder; o eso, o el suelo de esta cueva está temblando bajo ellas.

—¿Perdón?

La figura avanza, sus rasgos iluminados por la luz de la linterna, que Dylan aún sostiene detrás de mí. Realmente quiero apoyarme en él para tener fuerza, pero mis pies parecen estar clavados en el suelo.

—Lo... lo siento —digo temblorosa mientras su rostro entra en foco—. No sé por qué dije eso. Pensé... pensé que eras mi madre por un segundo.

Me obligo a reír, pero mi vergüenza hace que suene tan incómoda como se siente.

Ada Valentine —y definitivamente es ella, puedo verla ahora— da otro paso hacia nosotros. Ahora que puedo verla más claramente, no tengo idea de por qué dije lo que dije. No se parece en nada a mamá. Tiene el mismo cabello rubio y los mismos ojos verdes, claro, pero la nariz es más pequeña, el rostro más delgado, los pómulos más pronunciados. Sin embargo, sigue siendo instantáneamente familiar; lo cual supongo que no es sorprendente, dado cuántas selfies ha publicado a lo largo de los años.

—Ada —susurro, mi cerebro tratando frenéticamente de ajustarse a la realidad de ella, después de todas las fotos de Instagram. Sin el maquillaje y los filtros que usa, es menos impactante de lo que parece en sus fotos, pero sigue siendo hermosa —y sorprendentemente alta también, ahora que la veo fuera de los confines de su cuadrícula de Instagram. Lo más importante, sin embargo, es que está aquí. Y, bueno, viva.

—¡Estás aquí! —digo estúpidamente—. Me alegro tanto de que estés bien. Estaba preocupada. Ambos lo estábamos.

Señalo a Dylan, que aún no ha hablado, habiendo aparentemente decidido que ahora es el momento de dejarme hablar a *mí* por una vez. Pero los ojos de Ada están firmemente enfocados en mí.

—¿Scarlett? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Yo... espera. ¿Me reconociste? ¿Sabes mi nombre?

Supongo que no es tan sorprendente. Después de todo, le envié un mensaje. Y si alguien me enviara un mensaje como ese, puedes estar segura de que memorizaría su nombre y su cara. Luego los buscaría, y yo... no. No haría nada de eso. Porque hace menos de veinte minutos que me prometí a mí misma que nunca dejaría que algo así volviera a suceder, y *mantendré* esa promesa, aunque me mate.

*Lo cual espero plenamente que **suceda**.*

—Sí, sé tu nombre. ¿Quién es el tipo?

Estoy haciendo todo lo posible por no interpretar nada en su tono, pero no puedo evitar notar que Ada no parece exactamente complacida de vernos.

—Dylan Fraser —dice él, con un tono autoritario—. Estoy con la policía.

Permito que mis hombros se relajen una fracción, agradecida de que finalmente se haya unido a la conversación. Ada, sin embargo, solo parece alarmada, sus enormes ojos verdes saltando abruptamente de mi rostro al suyo, su expresión cautelosa.

—¿La policía? —dice bruscamente—. ¿Qué está haciendo la policía aquí? ¿Qué está pasando?

Puedo sentir los ojos de Dylan taladrando la parte posterior de mi cabeza, pero estoy demasiado ocupada observando a Ada como para querer darme la vuelta y encontrarme con su mirada.

Es extraño lo familiar que me resulta, solo por su Instagram. Incluso la forma en que levanta la mano para tocarse el cabello impacientemente detrás de la oreja se siente como algo que he visto mil veces. Es casi como si la hubiera conocido antes...

Frunzo el ceño en concentración mientras Dylan suelta un suspiro exasperado detrás de mí, antes de quitarse la mochila y colocarla en el suelo.

—¿Qué tal si nos sentamos e intentamos calentarnos un poco? —le dice a Ada—. Esta es una historia un poco larga...

* * *

Los tres nos sentamos acurrucados en las rocas en la entrada de la cueva, aprovechando la luz del día mientras aún la tenemos, y con sacos de dormir envueltos alrededor de nuestros hombros para calentarnos.

—Hiciste bien en buscar refugio —dice Dylan, mirando a Ada con aprobación—. La tormenta va a ser fuerte. Probablemente tendremos que quedarnos aquí hasta que pase.

Estoy tan distraída por la oleada de celos que siento al ver cómo la mira, que apenas registro lo que dijo sobre "quedarnos aquí". Sin embargo, no me pierdo la expresión de fastidio que pasa rápidamente por el bello rostro de Ada al escuchar sus palabras.

De alguna manera, no creo que realmente quiera nuestra compañía.

—¿Por qué están aquí, otra vez? —pregunta ella, frunciendo el ceño—. ¿No lo dijeron?

Este es el momento. Es mi oportunidad para ser sincera. Para decirle cuánto lo siento por haberle enviado el mensaje (que he llegado a pensar como *El Mensaje...*), y pedirle que me perdone. Sin embargo, cuando abro la boca, todo lo que sale es un graznido extraño, y me sonrojo hasta la raíz del cabello, mientras Dylan interviene para tomar el control.

—Eh, encontramos un pedazo de tela amarilla a unos kilómetros de aquí —dice, omitiendo útilmente todo lo que había pasado hasta ese momento. Le lanzo una sonrisa agradecida, que él ignora por completo—. Tenía sangre —añade—. Pensamos que alguien podría estar en problemas.

El rostro de Ada se aclara.

—Es de la oveja —dice, asintiendo en dirección a la pequeña tienda roja—. Me había detenido por la noche en la cabaña, y cuando me desperté a la mañana siguiente, ella estaba esperando fuera de la puerta, llevando este extraño abrigo amarillo. Me dio un susto, en realidad.

—Eso me pasó a mí una vez también —digo ansiosa, buscando algún terreno común—. Hace unos días. Había una oveja fuera de mi casa. Esa era Maureen, sin embargo. Esta es Edna. Se ven iguales, pero es solo porque son hermanas. Y, bueno, *ovejas*, obviamente.

Ada y Dylan me lanzan miradas idénticas de desprecio, y cierro la boca de golpe.

Tal vez simplemente deje que Dylan dirija esta conversación, entonces.

—Se había lastimado la pata —continúa Ada, ignorando la interrupción—. Alambre de púas, creo. Así que la limpié lo mejor que pude, y luego simplemente comenzó a seguirme. No pude quitármela de encima. Era...

—¿Como si quisiera decirte algo? —interrumpo, pensando en lo que McTavish dijo sobre la oveja en mi puerta—. ¿Como si tuviera un mensaje para ti?

—Como si supiera que necesitaba a alguien que la ayudara —dice Ada fríamente, mirándome como si fuera la cosa más estúpida que ha visto en su vida. Lo cual probablemente sea, para ser justos.

—¿Y por qué te dirigías hacia aquí? ¿A Puffin Cove? —Dylan hace la pregunta con suficiente casualidad, pero, incluso sin su libreta en la mano, todavía suena lo suficiente como un policía fuera de servicio para hacer que Ada se vea instantáneamente cautelosa.

—Caminando —dice, volviendo lentamente esos ojos verdes hacia él—. No es un crimen, ¿verdad?

—No —concede Dylan—. No lo es. Es un poco inusual en esta época del año, sin embargo. ¿Había alguna razón en particular para esta... caminata?

Lo miro con curiosidad. Cuando me había contado sobre la conversación que tuvo con la compañera de casa de Ada, parecía aceptar la explicación de que ella simplemente había decidido desconectarse por un tiempo. ¿Por qué de repente suena como si pensara que podría haber algo más?

—¿Fui yo? —suelto, incapaz de permanecer en silencio por más tiempo—. ¿Fue por mi culpa? La expresión cautelosa de Ada es reemplazada por una franca confusión.

—¿Tú? —dice, su frente arrugándose con un ceño que tira de un recuerdo en algún lugar de las profundidades de mi mente—. ¿Por qué tendría algo que ver *contigo*?

Dylan se aclara la garganta ostentosamente.

Te lo dije, sus ojos me telegrafían. *Te dije que no todo se trata de ti, Scarlett.*

El alivio que actualmente inunda mi cuerpo es mejor que cualquier subidón de endorfinas que haya experimentado, y es tentador simplemente dejarme llevar por él y no volver a hablar de esto nunca más. Pero no puedo dejarme escapar tan fácilmente. Se lo debo a Ada, y a mí misma, hacer lo que vine a hacer aquí, así que, con una rápida mirada a Dylan en busca de valor, me vuelvo para enfrentarla.

—Por el mensaje que te envié —digo claramente—. Fue hace un par de semanas. Era...

—Ah, sí, el que me decía que me fuera a la mierda —dice Ada, como si acabara de resolver un rompecabezas particularmente difícil—. O algo por el estilo. Lo recuerdo.

—Um, sí. Ese sería —murmuro, desconcertada. Esta realmente no es la reacción que esperaba a mi gran disculpa. No es que haya llegado tan lejos, eso sí.

—Ada, lo siento muchísimo —digo, inclinándome hacia adelante para poder verla más claramente—. Me he sentido como una mierda desde que lo envié. No es que importe cómo me **senti** yo, obviamente —añado apresuradamente—. Eras tú quien me preocupaba. Honestamente

no puedo decirte cuánto lo siento. Nunca debí haberlo dicho. Ni siquiera lo *decía en serio*, simplemente...

—Sí, sí, lo entiendo —Ada desecha mi disculpa como si fuera humo en el aire—. Vi tu mensaje. No te preocupes por eso.

Me quedo allí parpadeando confundida. Después de toda la preparación para este momento; todas las noches de insomnio, y la búsqueda en mi interior y... bueno, las *ovejas*... que me ha tomado llegar aquí, me siento extrañamente estafada ahora.

"¿No te preocupes por eso"? ¿Eso es todo? ¿Eso es todo lo que voy a obtener?

Dylan me lanza una mirada de advertencia.

—Pero sí me preocupo por eso —digo con seriedad, decidida a no dejar pasar esto—. De hecho, me preocupo mucho. Fue una cosa terrible y horrible de decir. Nunca podré perdonármelo. Yo...

—Dios, ¿puedes dejarlo ya? —dice Ada con impaciencia—. Lo sientes. Lo entiendo. —Entonces su rostro se suaviza ligeramente—. Mira, recibo montones de mensajes estúpidos —dice, metiendo su cabello detrás de la oreja otra vez—. Viene con el territorio. Simplemente los ignoro. De todos modos, no son sobre mí; son sobre las personas que los enviaron. Realmente tienes que sentir lástima por ellos. Solo quieren hacer que alguien más sea tan infeliz como lo son ellos, pobres diablos.

Me enderezo, sintiéndome de repente expuesta. Ada acaba de describirme tan claramente como si realmente me conociera. Y no fue una descripción muy halagadora, tampoco. No me atrevo a mirar a Dylan, quien comienza a hurgar ostentosamente en sus bolsillos, claramente tratando de fingir que no está aquí.

—Yo... bueno, supongo que sí —admito al fin—. Me has pillado ahí. Pero hablaba en serio cuando dije que lo sentía. Si alguna vez hay algo que pueda hacer para compensarte...

Ada se encoge de hombros, como si estuviera dolorosamente aburrida con esta conversación.

—Podrías llevarte esta maldita oveja cuando te vayas —dice, mirando nuevamente en dirección a la tienda—. Yo nunca podré llevarla de vuelta al pueblo por mi cuenta.

—¿No vienes con nosotros?

Dylan vuelve a la conversación, y aún suena extrañamente suspicaz. Estoy confundida. Absolutamente nada de esto está sucediendo como pensé que lo haría. Y aunque Ada me haya absuelto de mis pecados y me haya dado exactamente lo que quería —permiso para simplemente seguir adelante y aprender la lección—, de alguna manera no me siento tan bien al respecto como se podría pensar.

—No —responde ella, sin mirarlo—. En realidad no vine aquí buscando compañía. Sin ofender.

—No me ofendo. Entonces, ¿por qué *viniste* aquí? ¿Estabas buscando El Devonía? ¿Era eso?

La pregunta de Dylan hace que ella levante la cabeza bruscamente. Observo, interesada. He estado tan distraída por mi propia culpa que casi había olvidado El Devonía, y cómo McTavish dijo que Ada había venido aquí a buscarlo. Y ahora que me lo han recordado, es una pregunta cuya respuesta realmente me gustaría saber también.

Pero Ada simplemente se encoge de hombros otra vez.

—Algo así —dice vagamente—. Había oído algo sobre un barco que había sido arrastrado aquí hace un tiempo. Pensé que podría sacar algunas fotos geniales si aún estuviera aquí, pero no lo está.

Está mintiendo. No estoy segura de cómo lo sé, pero de alguna manera me resulta claro por la forma en que toma un mechón de cabello en su mano y lo hace girar entre sus dedos, sus ojos moviéndose nerviosamente a su alrededor, sin fijarse en ningún lugar.

He visto a alguien hacer eso antes. Simplemente no puedo recordar quién.

—¿Cuál es la verdadera razón por la que querías verlo? —pregunto, sorprendiéndome incluso a mí misma por lo directa de mi propia pregunta—. ¿Por qué estabas buscando El Devonía, Ada?

Sus ojos dejan de moverse y se clavan en los míos. Ojos verde brillante con motas doradas alrededor del iris. Tan familiares para mí como los míos propios. Me mira fijamente durante mucho tiempo, y cuando finalmente habla, casi siento como si ya supiera lo que va a decir.

—No estaba buscando El Devonía —dice—. No realmente. Estaba buscando a mi madre.

Capítulo 30

¿ *Tu* madre? Querrás decir *mi* madre, ¿no?

— No estoy segura de cómo sucedió exactamente, pero de alguna manera estoy sosteniendo la mano de Dylan —o tal vez él está sosteniendo la mía— y se lo agradezco, porque sin algo que me ayude a mantenerme erguida, hay muchas posibilidades de que me caiga de esta estúpida roca en la que estoy sentada.

—¿Eres periodista también? —pregunto, repentinamente suspicaz—. ¿O investigadora privada o algo así?

O... ¿yo? Porque es difícil imaginar que dos mujeres con conexión al Devonian desaparezcan en esta zona, y que dos hijas aparezcan al mismo tiempo para buscarlas, ¿no? Entonces, ¿por qué está Ada realmente aquí?

Ada mira al suelo, dibujando círculos en el suelo húmedo con la punta de su bota, antes de finalmente levantar la mirada hacia mí.

—No, no soy periodista ni investigadora privada —dice—. Pero sí, supongo que estoy buscando a tu madre, Louisa Scott.

Asiento rígidamente, el sonido del nombre de mamá me provoca un escalofrío por la espalda.

—Pero... pero ¿por qué? ¿Cómo sabes siquiera su nombre? No lo entiendo.

Ada duda tanto tiempo que empiezo a pensar que no me va a responder. La temperatura no puede ser más de un par de grados, incluso dentro de la cueva, pero de repente mi piel está pegajosa, y mi corazón late tan rápido que apenas puedo oír mis propios pensamientos.

—Obtuve su nombre de mis registros de adopción —dice Ada finalmente, como si se decidiera sobre algo—. Nunca antes me había interesado verlos, pero el año pasado... —Su voz se apaga, luego parece recomponerse—. En fin, el año pasado solicité verlos —continúa enérgicamente—. Descubrí su nombre, luego descubrí que creció en Heather Bay.

Empieza a decir algo más, pero no puedo oírla por encima del zumbido de la sangre en mis oídos. Además, estoy ligeramente distraída por el suelo rocoso de la cueva, que parece moverse suavemente de un lado a otro, de un lado a otro, y luego comienza a girar, hasta que...

—Scarlett. Scarlett, mírame. Está bien, te tengo.

Al principio, la voz de Dylan parece venir de muy lejos, pero gradualmente se vuelve más clara hasta que me doy cuenta de que sus labios están justo encima de mi oreja, y me está sosteniendo en sus brazos, impidiendo que me derrumbe.

—Está bien —dice suavemente—. Estoy aquí.

Siento sus brazos apretarse a mi alrededor y me aferro a él como si fuera lo único que me mantiene anclada al mundo.

—Le traeré agua —dice Ada, y su voz me devuelve a la realidad.

—No quiero agua —espeto, luchando por volver a sentarme y apartándome el pelo de los ojos—. Quiero saber de qué mierda crees que estás hablando. ¿Estás tratando de decir que crees que mi madre era... era...?

—Era mi madre también —confirma Ada disculpándose, hablando como se le habla a un inválido—. Mira, lo siento, sé que esto debe ser una mierda para ti —continúa—. Por eso ignoré tu mensaje. Y por eso no he estado publicando mucho en Instagram desde que llegué aquí. No quería tener que hablar contigo. No quería... bueno, *esto*, supongo.

Hace un gesto hacia nuestro entorno, como si de alguna manera hubiera previsto exactamente estas circunstancias, hasta la oveja herida con la chaqueta de neón, y hubiera tomado astutamente medidas para evitarlo. Y de repente, ya no me arrepiento del mensaje que le envié. Solo desearía haberlo enviado antes.

—No querías hablar conmigo porque sabías que te descubriría —escupo furiosa—. ¡Porque eres una mentirosa! Soy hija única; siempre lo he sido. ¿Crees que no lo habría sabido si mi madre hubiera tenido otra hija? ¿Realmente crees que soy lo suficientemente estúpida como para creerme esto?

Dylan extiende la mano y toma la mía de nuevo. La agarro tan fuerte que hace una mueca.

—Me tuvo cuando tenía 16 años, según lo que he podido averiguar —dice Ada con calma. No tengo idea de cómo logra mantenerse tan serena cuando yo estoy sentada aquí sintiéndome tan absolutamente *furiosa* con ella—. En Heather Bay. Supongo que no le contó a mucha gente sobre mí.

Lo dice aparentemente sin emoción, pero hay una tristeza en sus ojos que reconozco.

Los ojos de mamá. Los ojos de Ada. Son los mismos.

¿Está diciendo la verdad? ¿Podría ser cierto?

—Entonces, ¿sabías que Scarlett era... también su hija? —dice Dylan cuidadosamente. Ada apenas lo mira, sus ojos aún fijos en mí.

—Sí —dice, casi disculpándose—. Eso también lo descubrí. Luego vi tu firma en el periódico, cuando hubo todo ese alboroto sobre Lexie Steele y Jett Carter, así que supuse que tú también debías vivir aquí. Como dije, no quería hablar contigo ni nada. No... bueno, no sabía qué sabías tú, y no me correspondía decírtelo. —Se sonroja—. Estaba totalmente paranoica pensando que me toparía contigo por la ciudad —continúa—. Tenía miedo de que... bueno, no de que me *reconocieras*, obviamente, pero tal vez ¿verías algún tipo de similitud? ¿Con Louisa?

Se inclina hacia adelante, con expresión esperanzada.

Quiere que esté de acuerdo con ella. Que le diga que se parece a mamá. Que la haga sentir que podría pertenecer a algún lugar. Que su vida podría tener algún tipo de sentido.

Pero no puedo.

Simplemente no puedo hacerlo. Principalmente porque en este momento *mi* vida tampoco tiene ningún sentido, lo que me deja en una posición en la que no puedo tranquilizar a nadie más. Mucho menos a Ada Valentine.

Realmente desearía poder volver en el tiempo a cuando ella era solo una influencer molesta a la que podía dejar de seguir en cualquier momento que quisiera. El problema es que *no* solo dejé de seguir a Ada, ¿verdad? No, literalmente la *seguí*; la seguí fuera de internet y hasta este maldito lugar, solo para que ella hiciera pedazos todo mi mundo.

Juro por Dios que voy a borrar Instagram de mi teléfono tan pronto como pueda.

Ada sigue observándome. Por un segundo, creo que va a acercarse a mí, pero solo se coloca el cabello detrás de la oreja otra vez —ese gesto que ahora recuerdo de las miles de veces que vi a mamá hacerlo antes.

¿Realmente tuvo una hija que yo no conocía? ¿Lo sabía papá? ¿Lo sabía alguien?

El suelo comienza a hacer su extraño truco de inclinación de nuevo, y la mano de Dylan se convierte una vez más en un salvavidas, evitando que me deslice fuera del borde del mundo.

—Mira, Scarlett —dice Ada incómodamente—, no vine aquí para causar problemas, ¿de acuerdo? No quiero nada de ti. Solo quería saber de dónde vengo. Eso es todo, lo juro. Este lugar era la última pieza del rompecabezas, y ahora que lo he visto, volveré a Brighton, así que nunca tendrás que verme de nuevo. Si no quieres, claro.

Ella levanta las manos como si se declarara culpable, y yo la observo con aire taciturno. Gracias a Dylan, el suelo ya no se mueve bajo mis pies, pero mi cabeza da vueltas lo

suficientemente rápido como para compensarlo. No puedo darle sentido a nada de esto. No puedo reconciliar a la madre que conocí con la mujer que Ada dice que tuvo una hija a los 16 años y luego la dio en adopción. No pueden ser la misma persona. Simplemente *no pueden* serlo. Pienso en la tía Lucy —la madre de Finn— en Australia. Ella podría saberlo, incluso si papá no lo sabe. Ojalá pudiera llamarla. Ojalá pudiera llamar a *alguien* que pudiera hacer que esto tuviera sentido para mí.

Ojalá pudiera llamar a mamá.

Aunque, ¿qué le diría si pudiera? *Hola, mamá, ¿es cierto que tenías una segunda vida secreta de la que nunca le contaste a nadie? ¿Y una hija? Solo me preguntaba...*

Trago saliva con dificultad, las lágrimas de repente llenan mis ojos cuando se me ocurre otra pregunta: una mucho más importante esta vez.

¿Es por eso que desapareciste?

—Entonces, ¿viniste a Heather Bay para buscarla? —está diciendo Dylan mientras yo lentamente emerjo de las arenas movedizas de mis propios pensamientos—. ¿Sabías que estaba desaparecida?

—No al principio —dice Ada—. Elsie me lo dijo.

—¿Elsie?

—Sí. Es la dueña del Airbnb que he estado alquilando aquí arriba.

¿La dueña? Dylan y yo intercambiamos miradas. Elsie lo hizo parecer como si simplemente viviera en The Windsong. No mencionó que en realidad *era la propietaria* del lugar.

—Aparentemente, solía ser un hotel —continúa Ada, ajena a nuestra sorpresa—. Elsie también era dueña de eso. Así es como conoció a Louisa. Dijo que solía trabajar allí cuando era adolescente, luego, cuando era mayor, volvía de vacaciones.

¿Qué?

¿Elsie conocía a mamá?

¿Y mamá solía trabajar en The Windsong? ¿Cómo es que no sabía eso? ¿Cómo logró Ada averiguar tanto en tan poco tiempo?

Recuerdo mi conversación con Elsie, en los escalones del viejo hotel, cuando todavía pensaba que era a Ada a quien estaba tratando de encontrar.

Estaba haciendo todas las preguntas equivocadas, ¿no es así?

—¿Cómo sabes todo esto? —dice Dylan, interrumpiendo mi cadena de pensamientos. Le está hablando a Ada, pero sigue mirándome, con una pregunta en sus ojos.

¿Estás bien?

Sí. No. No lo sé. Pero quiero escuchar más.

—Coincidencia, en realidad —Ada se encoge de hombros—. Cuando me dio la llave del apartamento, me preguntó por qué estaba aquí, solo haciendo conversación, ¿sabes? Así que le dije que estaba buscando a mi madre biológica, y nos pusimos a hablar. Elsie es una mujer interesante. Dijo que conocía bastante bien a Louisa. Dijo que la última vez que Louisa vino a quedarse, le contó que quería dejar a su marido, y...

—No.

La palabra sale de mi boca antes de que incluso sepa que voy a decirla. Sin embargo, tan pronto como la digo, me doy cuenta de que no es cierto.

No discutiendo, sino peleando. No hablando, sino gritando.

Creo que estaba discutiendo con papá.

—No —digo de nuevo—. No, no, no. Eso no está bien.

Me llevo las manos a la cabeza como si pudiera bloquear todo de esa manera, pero los recuerdos siguen ahí detrás de mis dedos, y las palabras de Ada de alguna manera los han liberado.

Las discusiones que continuaban y continuaban, hasta altas horas de la noche; no solo en esas últimas vacaciones, sino todo el tiempo. La forma en que pasaba todo el día en la playa con Scotty, solo para alejarme de ellos. Papá llevándome a cenar a The Wildcat, porque mamá se había ido sola otra vez, por 'espacio'.

No te preocupes, volverá. Siempre vuelve.

La verdad.

Cuando levanto la cabeza de nuevo, Ada y Dylan me observan con cautela, y sacudo la cabeza bruscamente, luego enderezo los hombros, decidida a no derrumbarme frente a ellos.

Supongo que guardaré eso para más tarde.

—¿Y Elsie dijo algo más? —pregunto con rigidez—. Ya que pareces saber tanto sobre todo esto.

Ada vacila.

—Mira, si esto es demasiado para ti... —dice, pero yo solo la miro fijamente y levanto las cejas.

—No es demasiado —miento—. ¿Qué más dijo?

Ella se encoge de hombros ligeramente y luego continúa.

—Dijo que Louisa planeaba irse en The Devonian, aparentemente. Era un barco.

—Sé lo que era —respondo bruscamente. Sé que no estoy siendo justa con ella —después de todo, nada de esto es su culpa—, pero no puedo evitar sentirme resentida por el hecho de que Ada Valentine, de todas las personas, parece saber más sobre mi madre de lo que yo nunca supe.

Ada *jodida* Valentine.

—Sé lo que era The Devonian —digo, un poco más calmada—. Pero ¿cómo supiste que terminó aquí?

—Hay una mujer en Heather Bay —responde Ada—. Se llama...

—Shona McLaren —decimos Dylan y yo al unísono.

Gimo, volviendo a poner la cabeza entre mis manos.

Sabía que debería haber ido directamente a ver a Shona cuando todo esto comenzó. Me habría ahorrado tanto tiempo.

—Supongo que simplemente até cabos —continúa Ada, encogiéndose de hombros—. Sabía que no iba a encontrar nada, pero necesitaba un poco de espacio, así que vine aquí para echar un vistazo al lugar por mí misma antes de volver a casa. Pensé en tomar algunas fotos para recordarlo. Simplemente no conté con que el clima cambiara tan rápido. O que la oveja decidiera unirse al paseo.

Como si fuera una señal, la cabeza de Edna aparece por la puerta de la tienda y emite un fuerte beeee. Suena casi tan confundida como yo en este momento, y aprovecho la interrupción para levantarme e ir hacia ella, agachándome y acariciando su cabeza rizada solo para darme un tiempo para pensar en todo esto.

Siempre he pensado que Ada era falsa; que todas esas fotos perfectamente posadas eran solo una fachada para alguien que no era exactamente como intentaba retratarse. Entonces, ¿por qué debería creerle ahora?

—¿Cómo sabemos que no está mintiendo? —digo, volviéndome hacia Dylan—. ¿Cómo sabemos que no está diciendo esto solo por... por Instagram?

—¿Por Instagram? —Ada resopla con incredulidad—. Vaya, realmente no sabes mucho sobre redes sociales, ¿verdad? Ni siquiera he mencionado nada de esto allí. ¿Por qué lo haría? ¿Qué ganaría con ello?

Tiene un buen punto. Varios, de hecho. Sin embargo, es la opinión de Dylan la que quiero escuchar, así que la ignoro por ahora y lo miro suplicante.

—Todo lo que está diciendo se puede verificar fácilmente —dice él, hablando como si estuviera preocupado de que lo acuse de ponerse de su lado en lugar del mío—. Puedo ayudarte con eso tan pronto como regresemos, si quieres. Y...

Él vacila, mirando a Ada antes de levantarse y venir a reunirse conmigo junto a la tienda.

—Llamé a mi madre hace un par de noches —dice en voz baja mientras se agacha a mi lado, ambos acariciando a Edna, que parece extremadamente satisfecha consigo misma—. Después de hablar con la compañera de piso de Ada. Quería preguntarle si recordaba a tu madre. Si la había conocido cuando vivía en Heather Bay.

Mis manos se congelan en el acto de desenredar uno de los rizos de Edna.

Por supuesto. Ni siquiera se me había ocurrido que sus padres podrían haber conocido a mamá. Todo fue hace tanto tiempo.

—¿Y?

—No la conocía bien —continúa—. Mis padres eran unos años mayores que los tuyos, creo. Pero sí sabía *de* ella. Y dijo algo un poco extraño. Me preguntó si era la señora sobre la que hubo todo ese escándalo en aquella época. Algo relacionado con un bebé, dijo. Scarlett, mírame.

Toma mi barbilla con su mano y gira mi rostro hacia él. Al principio pienso que va a besarme —lo que sería bastante raro, dadas las circunstancias— pero solo me mira, escrutando mi rostro para asegurarse de que estoy bien.

—Scarlett, creo que podría estar diciendo la verdad —dice suavemente—. Lo siento. Sé que esto debe ser difícil para ti, y haré todo lo que pueda para ayudarte. Pero no creo que esté mintiendo. Scarlett, creo que Ada realmente es tu media hermana.

Capítulo 31

—¿Cuándo pensabas contarme esto? —pregunto con una voz que no parece la mía—.

—¿Sobre tu madre y lo que te dijo? Es algo bastante importante como para guardártelo, ¿no crees?

—¿Por qué crees que te seguí hasta aquí? —pregunta Dylan suavemente—. No solo estaba preocupado por ti, Scarlett; sabía que querías saber esto. Solo estaba tratando de encontrar la mejor manera de contártelo, eso es todo. Todo lo que sabía era lo que mi madre me había dicho, que eran solo chismes de hace 30 años, nada concreto. Pero *iba* a contártelo. Luego empezó todo este asunto con Ada, y tuve que ocuparme de eso primero. Ni siquiera se me ocurrió que ella tuviera algo que ver con esto. Tienes que creerme.

—Te creo —digo con voz ronca, avergonzándome de lo patética que debo sonar ahora mismo—. Confío en ti. Creo que eres la única persona en quien *realmente* confío, de hecho.

Está tan cerca que puedo ver las motas doradas en sus ojos, pero de repente se vuelven borrosos cuando mis propios ojos se llenan de lágrimas, que parpadeo furiosamente para contener. Empiezo a sentirme mareada por el shock, y me encuentro añorando los días en que odiar a Dylan Fraser era el mayor problema de mi vida.

Pero ya no lo odio. No cuando todavía está acunando mi rostro entre sus manos y mirándome como si temiera que pudiera romperme. Como si fuera lo peor del mundo si lo hiciera.

Quiero decirle todo esto: sobre el no-odio y la repentina revelación de que es uno de los buenos. El mejor, de hecho. Pero puedo sentir los ojos vigilantes de Ada sobre nosotros, así que solo le doy mi mejor intento de una mirada de *gracias por ayudarme y preocuparte por mí y hablaremos de esto más tarde*, antes de ponerme lentamente de pie y volver con Ada, quien finge no haber estado tratando de escuchar toda nuestra conversación.

—¿Tú sabes qué le pasó a Louisa? —pregunta tímidamente mientras Dylan y yo nos sentamos de nuevo a su lado—. Todo lo que sé es que el bote estaba vacío cuando apareció, así que...?

Sus mejillas están ligeramente rojas. Puedo notar que ha estado reuniendo el valor para preguntarme esto, porque lo dice como si esperara que le arrancara la cabeza como respuesta. Probablemente porque es exactamente lo que he estado haciendo hasta ahora.

Niego con la cabeza cansadamente.

—Ni siquiera sabía sobre *ti* —respondo sin rodeos—. Mucho menos sobre un bote. No recuerdo que a mamá le interesara navegar o que supiera hacerlo. Empiezo a pensar que no la conocía en absoluto. No estoy segura de que alguien lo hiciera, realmente.

—Puede que no lo mencionara, pero eso no significa necesariamente que no supiera hacerlo —dice Dylan, apretando mi mano—. Quiero decir, es un pueblo pesquero. No es como si hubiera escasez de botes o de gente que pudiera enseñarte a usarlos.

Me froto los ojos, repentinamente agotada. Sé que lo que dice tiene sentido, pero es simplemente demasiado difícil para mí tener que reimaginar de repente a mi propia madre así. Darme cuenta de lo poco que realmente sabía sobre ella.

Luego está papá.

¿Sabía él que ella quería dejarlo? ¿Sabía sobre Ada? ¿O todo esto va a ser tan impactante para él como lo es para mí?

Tiemblo; tanto por el shock como por el frío.

Esto es un lío. Todo es un gran lío. Pero el hecho es que, ya sea que mamá intentara dejar el pueblo en El Devonia o no, el resultado final sigue siendo el mismo: ella no está aquí ahora. Y la explicación más probable es que de alguna manera terminó en el agua.

La misma agua que actualmente golpea contra las rocas afuera, como si estuviera tomando venganza por algún rencor largamente guardado contra ellas.

Vuelvo a temblar. Realmente no quiero pensar en eso ahora; en lo que pudo haberle sucedido. No cuando todavía estoy luchando por procesar todo. Tal vez nunca, en realidad. Porque, si lo que Ada está diciendo es cierto, entonces mamá no solo estaba tratando de dejar a papá, ¿verdad?

No, también estaba planeando dejarme a *mí*. Y no estoy segura de poder lidiar con eso. O perdonarlo, si es cierto.

No puedo hacer esto.

No quiero estar aquí, en esta estúpida cueva, con Ada y sus mentiras que podrían ser verdades. Con el conocimiento de que mamá también pudo haber terminado aquí; y que, si lo hizo, podría no haber sido el accidente que siempre pensé que fue.

Podría haber sido porque quería irse.

Podría haber sido porque quería dejarme.

Me pongo de pie temblorosamente, con la mente decidida. Necesito ir a casa, para poder tener algo de espacio para pensar. Para poder hablar con papá, y la tía Lucy, y... no sé, ¿tal vez Shona McLaren?

Definitivamente Shona McLaren.

Necesito ir a casa, donde finalmente pueda llorar; porque tengo la sensación de que, una vez que empiece, no voy a poder parar, y preferiría no tener público cuando eso suceda, aunque solo sean dos personas y una oveja.

—Bueno —digo enérgicamente, agradeciendo mentalmente a mis piernas aún temblorosas por mantenerme en pie—. Será mejor que volvamos, supongo, Dylan. Hay cosas que hacer. Tengo un artículo que escribir para el trabajo. Es sobre bingo. Y pasteles.

Ada y Dylan me miran parpadeando, ambos completamente confundidos por el abrupto cambio de tema. Lo cual no me sorprende considerando que les estoy soltando un completo sinsentido en un intento dolorosamente transparente de hacer que las cosas se sientan normales de nuevo.

—¿Pasteles? —dice Ada.

—Y guisantes —añado servicialmente—. Cosas muy, eh, importantes, ya sabes.

—¿No hablarás en serio? —dice Dylan, que tiene su propia expresión Muy Seria. Frunzo el ceño con molestia.

—Es importante para *algunas* personas, Dylan —empiezo a defenderme, pero él levanta una mano para detenerme.

—No estoy hablando del club de bingo, Scarlett —dice pacientemente—. Estoy hablando del clima.

Me giro y miro afuera. En el tiempo que hemos estado hablando —y casi *desmayándome*, en mi caso— el cielo se ha estado oscureciendo a medida que se acerca la noche y las nubes de tormenta continúan acumulándose.

La lluvia cae con más fuerza que nunca. Supongo que he estado demasiado envuelta en el drama que ocurre *dentro* de la cueva como para pensar mucho en el de *fuera*, pero ahora parece que la Madre Naturaleza se ha cansado de ser ignorada y va a exigir toda nuestra atención de ahora en adelante; especialmente las olas, que se elevan alarmantemente sobre las rocas, sus crestas blancas me hacen pensar en los Kelpies que se dice habitan estas aguas.

Si hay Kelpies, sin embargo, están enojados y, como para demostrarlo, se escucha un bajo retumbar de truenos en la distancia. Edna se da la vuelta y trota de regreso a la tienda. Dylan y yo

intercambiamos miradas de *mierda*, y Ada se levanta de un salto y corre hacia la entrada de la cueva para mirar afuera. La playa que era apenas visible desde donde estamos sentados ahora ha desaparecido, las olas engullen la arena y nos hacen sentir como si no estuviéramos en una cueva, sino en una isla.

—Eh, no vas a poder ver el trueno, ¿sabes? —señalo, todavía me cuesta no resentirme por la forma en que acaba de poner toda mi vida patas arriba, como una de esas ensaladas que siempre fotografía para Instagram.

—¿Bromeas? —responde sarcásticamente, jugueteando con algo en la parte trasera de su cámara—. Solo quiero ver el cielo. Apuesto a que está increíble ahora mismo.

—Seguro que sí —interviene Dylan—. Pero yo me quedaría dentro si fuera tú. La tormenta no está lejos ahora. Créeme, no vas a querer estar ahí fuera cuando llegue.

Ada parece que está a punto de discrepar, pero un repentino destello de relámpago ilumina brevemente la cueva, haciéndola callar efectivamente. Resisto el impulso de aplaudir.

Al relámpago le sigue otro retumbar de truenos apenas unos segundos después, y en cuestión de minutos, suena como si un equipo de gigantes estuviera jugando voleibol con rocas en la playa. La lluvia cae a torrentes a estas alturas, y entre ella y los truenos, hay demasiado ruido incluso para pensar. Lo cual es un alivio, para ser honesta.

Me encuentro acercándome más a Dylan, quien toma mi mano, tirando de mí hacia el fondo de la cueva, lejos de la lluvia.

—Está bien, estamos a salvo aquí —grita, sus labios rozando mi oreja y haciendo que la piel allí hormiguee—. Solo tenemos que esperar a que pase.

No estoy del todo convencida de esto. Suena como si los truenos estuvieran directamente sobre nosotros ahora, y sigo mirando hacia el techo de la cueva, esperando que solo *suene* como si estuviera a punto de caernos encima. Sin embargo, me siento segura con Dylan aquí. De alguna manera, él tiene ese efecto en mí, y aunque me gustaría pensar que es solo algo relacionado con su entrenamiento policial, sé que no lo es. Es *él*. Y es *increíble*.

O, al menos, sería increíble si no estuviera actualmente atrapada en una cueva con una oveja cantante y la media hermana que no sabía que tenía, obviamente.

Ada, mientras tanto, parece totalmente despreocupada por el espectáculo de sonido y luz que ocurre a nuestro alrededor. (Y Edna no ha cantado ni una sola nota, para ser justos.) Todavía está de pie cerca de la boca de la cueva —debe estar empapándose por completo— mirando hacia afuera, y, mientras observo, la veo levantar su cámara y empezar a disparar con ella.

Por supuesto.

Típico de Ada pensar en cómo se ve todo esto, en lugar de lo peligroso que podría ser. Fotos o no sucedió, ¿verdad?

—Es casi tan mala como tú, Problema —murmura Dylan, mirando con incredulidad cómo Ada salta sobre una de las rocas en las que habíamos estado sentados, en un intento por conseguir una mejor toma—. Si se resbala...

Me inclino hacia él, incapaz de obligarme a pensar en Ada. No puedo pensar en *nada* ahora mismo con claridad. Solo necesito salir de esta cueva y de esta playa. Solo necesito estar en algún lugar donde pueda escuchar mis propios pensamientos.

Dylan sigue observando a Ada.

—¡Oye! —grita con su mejor voz de *Esto es la policía*—. ¡Bájate de ahí! ¿Estás loca?

Pero o no lo oye o decide ignorarlo —apuesto por lo segundo— porque simplemente sigue disparando, saltando y caminando completamente fuera de la cueva para obtener un mejor ángulo del rocío marino que azota las rocas afuera.

Será una foto genial, tengo que reconocérselo. Solo que no estoy segura de que valga la pena arriesgar tu vida por ello, eso es todo, y le doy la espalda a la escena, enterrando mi cabeza en el hombro de Dylan e intentando bloquear el ruido.

El brazo de Dylan rodea mi hombro y me acerca más, su barbilla descansando sobre mi cabeza. Cierro los ojos, tratando de imaginarme fuera de esta cueva y de vuelta en casa, en mi casa segura y seca. Intento imaginarme fuera de mi cuerpo y en otra vida: una que no duela tanto.

Y eso es lo que estoy haciendo cuando escucho gritar a Ada.

Capítulo 32

El grito es agudo y fuerte, y se detiene casi tan pronto como empieza, el sonido me saca bruscamente de mis pensamientos sobre el hogar y me trae de vuelta a la entrada de la cueva, donde Ada estaba de pie hace solo unos momentos.

Pero ahora ya no está allí.

Dylan se da cuenta al mismo tiempo que yo, e inmediatamente se apresura hacia adelante, pero yo soy más rápida, adelantándome mientras corremos fuera de la cueva y hacia la tormenta.

Aquí fuera todo es agua. Las olas azotan contra las rocas, la lluvia se fusiona con ellas hasta que es difícil saber dónde termina el cielo y comienza el mar. Soy vagamente consciente de que estoy gritando el nombre de Ada mientras corro, y que Dylan está gritando el mío, pero la tormenta es tan fuerte que será un milagro si ella puede oír a alguno de nosotros.

Por favor, que no esté en el agua. Por favor, que no esté en el agua.

—¡Ada! —grito de nuevo, deteniéndome en seco en el estrecho saliente que conecta las cuevas con la playa; el que recorrimos con cuidado hace unas horas, y que ahora está inundado de agua y completamente intransitable.

Dylan me agarra del brazo, tirando de mí hacia él.

—Vuelve adentro —grita—. Yo la encontraré, Scarlett, te lo prometo. Solo necesito saber que estás a salvo primero.

Sus palabras son arrebatadas por el viento tan pronto como las dice, pero de todos modos no estoy escuchando, porque tengo que ser yo quien la encuentre. Simplemente tengo que hacerlo. Incluso si no soy la razón por la que está aquí fuera, de alguna manera me siento responsable de ella, así que aparto mi brazo de él, mis ojos escudriñando frenéticamente las rocas y el mar —por favor, el mar no— hasta que finalmente se enganchan en una mancha amarilla familiar.

Ada está tendida sobre las rocas a solo unos metros de la cueva en la que nos hemos estado refugiando, su cámara hecha pedazos a su lado. Su rostro está blanco, y hay un corte en sus jeans del que la sangre brota a un ritmo alarmante, pero sus ojos están abiertos, y cuando nos ve corriendo hacia ella, comienza a sollozar de alivio.

—No la toques, Scarlett —grita Dylan sobre el sonido de la tormenta—. Tenemos que asegurarnos de que no haya nada roto antes de intentar moverla.

Se agacha a su lado mientras yo me aferro a las rocas junto a ellos, sintiéndome inútil. El viento azota mi cabello contra mi cara, devolviendo el aliento a mi cuerpo mientras estoy allí temblando, esperando que Dylan dé su veredicto.

Sin embargo, cuando finalmente lo hace, no son las noticias que esperaba.

—No creo que nada esté roto —dice, poniéndose de pie y gritando para que pueda oírlo—. Pero su pierna está en mal estado, y tiene un golpe en la cabeza que me preocupa. Hay un botiquín de primeros auxilios en mi mochila que puedo usar para intentar detener el sangrado, pero necesitará atención médica. No hay forma de que pueda llegar a casa así. Dudo que incluso podamos sacarla de la playa.

Mira de nuevo a Ada, luego se vuelve hacia mí, frotándose distraídamente la barba incipiente.

—No me gusta el aspecto de esa lesión en la cabeza —murmura, hablando casi para sí mismo—. Realmente creo que debería ser examinada lo antes posible. Conozco primeros auxilios básicos, pero lo que necesita es un hospital.

Tiemblo. El hospital más cercano está en Inverness, que está a kilómetros de distancia, incluso si estuviéramos cerca de una carretera. Y si Dylan tiene razón...

—Vamos —dice, tomando una decisión—. Saquémosla de esta lluvia, luego veré si puedo contactar con la guardia costera por radio.

Se vuelve hacia Ada, a quien levanta tan fácilmente como si fuera una muñeca, llevándola de vuelta al refugio de la cueva mientras yo los sigo, mi cabeza aún dando vueltas mientras intento dar sentido a todo lo que ha sucedido en este día aparentemente interminable.

Dentro de la cueva, Ada se sienta apoyada sin fuerzas contra la pared, mientras Dylan saca su radio de la mochila y sale de nuevo para intentar obtener señal. Agarro los tres sacos de dormir y los apilo encima de ella, tratando de no mirar la sangre que ha apelmazado su cabello rubio en la parte posterior de su cabeza. Realmente quiero decirle algo reconfortante; algo para hacerla sentir que está a salvo. Por una vez, sin embargo, me encuentro totalmente sin palabras, así que, en su lugar, simplemente me siento a su lado, esperando que mi presencia la conforte, de la misma manera que la presencia de Dylan me reconforta a mí. Después de un rato, siento que su

cabeza cae sobre mi hombro y se apoya contra mí, su cuerpo aún temblando a través de todas las capas aislantes que lleva puestas actualmente.

—Lo siento por esto —murmura, tan bajo que tengo que esforzarme para oírla—. Apuesto a que no pensaste que tendrías que rescatarme cuando viniste aquí.

—Um. En realidad, sí lo pensé —respondo tímidamente—. Por eso estoy aquí, ¿recuerdas? Pensé que podrías haber tomado literalmente lo que dije en ese mensaje. Estaba tan preocupada.

—Scarlett al rescate, ¿eh? —Su voz es débil, pero creo que puedo sentir su sonrisa contra mi hombro.

—No realmente —respondo, avergonzada—. Todo fue Dylan. Probablemente ni siquiera habría sobrevivido una sola noche en la cabaña sin él. Me habría desmayado de miedo solo intentando ir al baño.

—Eres tan afortunada —dice, sus palabras ligeramente arrastradas—. Él te ama tanto. Ojalá pudiera conocer a alguien que me amara así.

—¿Dylan? —Su nombre sale mucho más fuerte de lo que pretendía—. Dylan no me ama. Ni siquiera le agrado. Somos enemigos jurados. Incluso lo sellamos con un apretón de manos.

Esta vez sé que está sonriendo. Puedo oírlo en su voz.

—Sí, claro —dice—. Enemigos jurados, y un cuerno. Él te ama. Confía en mí. Ningún chico actúa así alrededor de una mujer de la que no está enamorado. Es como una versión humana del emoji de ojos de corazón.

Me muerdo el labio inferior pensativamente. Sé que las cosas han cambiado entre Dylan y yo desde la noche en la cabaña. Luego estuvo la mañana después —¿eso fue realmente hoy?— cuando de repente comencé a tener un montón de sentimientos que no puedo conectar totalmente solo con mi gratitud por que él apareciera para salvarme de los monstruos imaginarios. Pero, quiero decir, ha sido un día de no odiarnos mutuamente. Eso no es amor. No puede serlo. Es solo... En realidad, no sé qué es eso.

—¿Pero tú también lo amas, verdad? —dice Ada de repente—. Porque si no, estaré encantada de quitártelo de las manos. Es realmente guapo. Incluso cuando hace eso de "interrogar". Especialmente cuando lo hace, de hecho. Yo podría...

—¿No se suponía que estabas herida? —la interrumpo indignada—. Y de todos modos, no amo a Dylan, ¿vale?

Pero ni se te ocurra intentar algo con él.

—Mentirosa.

Para alguien que acaba de caerse de una roca, Ada sigue siendo bastante descarada, tengo que reconocérselo.

—¿Cómo está ella?

Levanto la mirada para ver a Dylan acercándose a nosotras, con la radio en la mano.

—Creo que debe tener una conmoción cerebral —le digo—. Está diciendo tonterías.

Sus ojos se abren con preocupación.

—Está bien, Dylan —digo—. Bueno, tan bien como puede estar por ahora. ¿Qué pasó con la guardia costera? ¿Lograste comunicarte?

—Sí, lo logré —se sienta junto a nosotras con un suspiro de cansancio—. Finalmente. Dijeron que enviarían el bote. Solo desearía que hubiera otra forma de sacarla de aquí. Todavía está bastante agitado allá afuera.

No se equivoca. Aunque lo peor de la tormenta ya ha pasado por encima de nosotros, todavía puedo oír el viento aullando a nuestro alrededor y la lluvia azotando las rocas del exterior. No me apetece especialmente subirme a un bote con este tiempo, pero parece que no hay mucha opción en el asunto, así que no digo nada mientras Dylan saca el botiquín de primeros auxilios de su mochila y venda la pierna de Ada lo mejor que puede a la luz de su linterna, que ha apoyado contra una roca.

Los guardacostas son profesionales, después de todo. Estarán acostumbrados a cosas como esta. Estaremos a salvo con ellos. Todo saldrá bien.

Me repito estas palabras como un mantra mientras esperamos sentados, sin que ninguno de nosotros tenga muchas ganas de conversar, aunque hay muchas cosas de las que podríamos estar hablando. Como que Ada resultó ser mi media hermana, por ejemplo.

O cómo dijo que Dylan obviamente me ama.

Le echo un vistazo disimulado por el rabillo del ojo, tratando de ver lo que sea que Ada afirma ver. Pero tiene los ojos cerrados, las espesas pestañas oscuras contra su piel. Realmente es hermoso. Me inclino un poco más cerca, examinando el lugar donde aparecen esos hoyuelos cuando sonrío, e inhalando su dulce y almizclado aroma.

—¿Estás tratando de memorizar mi cara?

Lo dice sin abrir los ojos, y yo me echo hacia atrás, avergonzada.

—Lo siento. Pensé que estabas dormido.

—Obviamente.

Sonríe bajo su barba incipiente, y me pregunto si esto podría ser suficiente para hacer que vuelva a odiarlo, pero no. Es inútil. Tendrá que esforzarse más que eso.

Ada suspira pesadamente, recordándonos su presencia. Hay tanto que decir que parece imposible decir nada de ello, así que, en su lugar, nos sentamos allí en silencio en fila, mi mente dando vueltas con todas las preguntas sin respuesta que este día ha suscitado en mí.

Parece que ha pasado mucho tiempo cuando Ada rompe repentinamente el silencio.

—¿Puedo oír a alguien gritando ahí fuera?

Ha estado tan callada que empezaba a preocuparme por ella de nuevo, pero su voz suena un poco más fuerte ahora, e incluso intenta ponerse de pie, solo para hundirse de nuevo con un gemido.

—Whoa. Quédate ahí —le dice Dylan, poniéndose de pie de un salto—. No la dejes moverse, Scarlett. Creo que el bote podría estar aquí.

Quiero saltar y vitorear ante sus palabras, pero me conformo con devolverle la rápida sonrisa que me da al marcharse.

El bote está aquí.

Estamos a salvo.

Capítulo 33

No estamos a salvo.

El bote *está* aquí, resulta, pero no es tanto un bote como un bote inflable; del tipo que usa la guardia costera en lugar del que usan los niños en la playa, obviamente, pero *aun así*. No es exactamente el tipo de embarcación en la que me apetece dar un paseo, especialmente considerando cómo se bambolea como un corcho en el mar agitado. Y tampoco es exactamente la tripulación de profesionales que esperaba a bordo. No, es McTavish.

Y también Jimmy.

Mi vida pasa ante mis ojos —bastante de ella con las mismas personas que tengo delante, de hecho— mientras recuerdo que la guardia costera está formada principalmente por voluntarios del pueblo, lo que explica por qué nuestro grupo de rescate consiste en dos granjeros en guerra, uno de los cuales conduce un falso Uber en su tiempo libre.

Hay un momento de alivio cuando reconozco a Archie Taylor de pie detrás de McTavish —Archie es un pescador jubilado y ha sido voluntario de la guardia costera durante años, así que al menos debería saber lo que hace— luego casi me derriba una pequeña bala lanuda que me empuja al pasar, haciendo BEEEE.

—¡Edna! ¿Eres tú, Edna?

Jimmy empuja bruscamente a McTavish a un lado, haciendo que el pequeño bote se balancee peligrosamente en el proceso mientras intenta llegar a la orilla. Antes de que pueda lograrlo, sin embargo, Edna salta hacia él en un movimiento que es mucho más impresionante que su canto, y Jimmy se lanza hacia adelante para atraparla. En el último segundo, McTavish se estira y lo agarra por la parte trasera de su chaleco salvavidas, para evitar que caiga en las olas, luego los dos suben a Edna a bordo, Jimmy llorando como un bebé todo el tiempo.

—¡Edna! ¡La han encontrado! —solloza, sonriendo en nuestra dirección con gratitud. Por un momento, pienso que va a saltar del bote para agradecernos en persona, pero en su lugar se gira y abraza a un sorprendido McTavish, que parece asombrado pero complacido.

—Eh, ¿un poco de ayuda aquí, McTavish? —grita Dylan, que está cargando con la mayor parte del peso de Ada en sus brazos—. No es solo por Edna que estáis aquí, ¿recuerdas?

—Ah, sí. Cierto —dice McTavish, saliendo del bote a toda prisa y viniendo a ayudarnos—. No te preocupes —le dice a Ada, sonriéndole de manera tranquilizadora—. Te llevaremos a casa en un santiamén.

Entre los dos, Dylan y McTavish se las arreglan de alguna manera para subir a Ada al bote, ayudados por Jimmy, que parece haber perdido al menos 10 años de edad ahora que se ha reunido con su querida oveja.

Una vez que está acomodada de manera segura junto a Edna, McTavish salta al bote y Dylan se vuelve hacia donde yo todavía estoy de pie en el pequeño saliente, aferrada a la roca más cercana y sintiéndome un poco como una pieza sobrante.

—¿Estás seguro de que esto es seguro? —grito, mientras me hace señas para que me acerque al bote—. Porque realmente no lo parece.

El pequeño bote inflable se balancea dramáticamente en el estrecho canal, sus costados de goma golpeando contra las rocas mientras las olas lo empujan hacia adelante. El rostro de Ada ya se ve un poco verde mientras se aferra a una de las cuerdas.

—Está bien —grita Dylan en respuesta—. Archie tiene mucha experiencia en esto. McTavish también, de hecho. Nos llevarán a casa de manera segura. Pero tenemos que darnos prisa.

A regañadientes me obligo a avanzar, pero cuando estiro la mano hacia McTavish, que está esperando para ayudarme a subir al bote, una ola repentina empuja el bote inflable hacia arriba, antes de dejarlo caer bruscamente de nuevo y casi derribarme cuando la espuma me salpica sobre la superficie rocosa en la que estoy parada. Tambaleo hacia atrás; la ola me envuelve. Por un breve segundo, todo lo que puedo ver es blanco; mi nariz y garganta se llenan con el sabor salado del agua de mar, y no puedo distinguir qué dirección es arriba y cuál es abajo. Desde algún lugar en la espuma, oigo a Ada gritando, luego los brazos de Dylan están alrededor de mi cintura, tirando de mí de vuelta a la seguridad, anclándome firmemente a la tierra.

Al mismo tiempo, la ola comienza a hincharse de nuevo, empujando el bote inflable hacia nosotros en una nube de espuma blanca y violenta. Estamos literalmente entre la espada y la pared en este momento, y es imposible decir cuál opción es más segura.

—Está bien, estoy bien —grito, mientras los costados de goma del bote rebotan contra las rocas—. Estoy bien.

Pero no estoy bien.

Las olas se estrellan contra el muro del puerto, más altas de lo que jamás las he visto. El pequeño bote se balancea entre ellas, dos cabezas apenas visibles a través de la ventana de la cabina. El viento sopla directamente en mi cara, pero grito su nombre hacia él, esperando que pueda oírme por encima del estruendo de las olas. Sabiendo que si mamá me escucha, volverá. Tendrá que hacerlo.

—¿Scarlett? Scarlett, vamos. Tenemos que subir al bote.

La voz de Dylan suena como si viniera de muy lejos, pero el recuerdo que acaba de desbloquearse está a punto de hundirme, y me desplomo bajo su peso.

El bote se aleja, saliendo del puerto. Lo veo tambalearse peligrosamente, luego se estabiliza, el hombre al timón de alguna manera logra volver a ponerlo en curso. A su lado, el cabello rubio de mamá ondea mojado en el viento, girando alrededor de su cabeza.

No creo que pueda oírme.

No creo que vaya a volver.

—¿Scarlett? ¿Vienes?

La voz de McTavish corta a través de la niebla, pero niego con la cabeza, alejándome del agua y del recuerdo.

Había un hombre en el bote. Y ella se fue con él.

Simplemente se fue.

—¡Dylan!

Me giro en sus brazos, tratando de ver su rostro a través de la espuma que aún nos rodea.

—Dylan —sollozo, mientras dos décadas de lágrimas se preparan para brotar de mí—. Dylan, no puedo. No puedo...

—Scarlett, ¿qué pasa? ¿Qué sucede?

Tiene que gritar para que pueda oírlo por encima de la tormenta, pero los ojos que miran los míos están llenos de preocupación.

Quiero contarle todo, pero todo lo que puedo hacer es aferrarme a él, tratando de contener las lágrimas mientras el viento nos golpea, empujando una vez más el bote salvavidas hacia las rocas.

—Está empeorando —grita McTavish desde el bote, que todavía se balancea peligrosamente en el pequeño canal—. No podemos acercarnos más. Tendrán que saltar si quieren subir.

Me encojo contra Dylan, quien niega firmemente con la cabeza, sus brazos aún alrededor de mí.

—No es seguro —responde gritando—. No quiero arriesgarme. Váyanse ustedes; lleven a Ada al hospital. Podemos esperar aquí hasta que se calme.

Lo miro a través de la lluvia. No quiero quedarme aquí, pero absolutamente nada podría convencerme de subir a ese bote ahora mismo, ni aunque mi vida dependiera de ello. A estas alturas, sin embargo, está claro que no tenemos elección. Archie ha empezado a hacer algo con el motor, lo que hace que el bote salga lentamente del canal, con la distancia entre él y nosotros ya demasiado grande para que podamos alcanzarlo. En la parte trasera del bote, McTavish levanta la mano en un saludo.

—Volveremos por ustedes tan pronto como podamos —grita, mientras se alejan lentamente de nuestra vista—. Manténganse a salvo.

Manténganse a salvo.

Realmente desearía haberlo hecho. Desearía haberme quedado en casa y olvidado todo sobre Ada y su estúpido Instagram. Entonces no estaría aquí afuera en la oscuridad. Entonces no habría recordado todas las cosas que he estado tratando tanto de olvidar.

—Vamos —llama Dylan, tomando mi mano y sacándome de mis pensamientos—. Volvamos a la cueva. Al menos allí estará más seco.

Me hace ir delante de él, luego camina cuidadosamente detrás de mí, con sus manos en mis hombros para poder guiarme por el camino que conduce de vuelta al refugio de la cueva.

—Está bien —grita, sintiendo mi vacilación—. Estoy justo aquí. No dejaré que te caigas; lo prometo.

La cueva está, en efecto, más seca que el canal exterior, pero apenas, y comienzo a temblar incontrolablemente tan pronto como estamos dentro, como si todo lo que acaba de suceder finalmente me hubiera alcanzado.

—¿Vas a contarme qué pasó allá afuera? —pregunta Dylan con cuidado, empujándome hacia una roca. Me hundo en ella agradecida, de repente consciente de que mis piernas ya no están dispuestas a sostenerme.

—Recordé —digo simplemente, mirándolo a través de la penumbra—. Recordé lo que pasó, Dylan. No todo, no creo que alguna vez supiera todo. Pero lo suficiente.

Dylan deja caer la bolsa que acaba de recoger y viene a sentarse a mi lado, tomando mi mano entre las suyas.

—Cuéntame —es todo lo que dice. Pero es suficiente.

—Ella estaba viendo a alguien —digo apresuradamente—. Alguien del pueblo. No sé cuánto tiempo llevaba pasando, pero sé que papá lo descubrió. Esa noche. Fue entonces cuando ella le dijo que se iba a ir.

Me muerdo el labio, luchando por controlar el torbellino de emociones que están tratando de arrastrarme de nuevo, como casi lo hicieron en las rocas.

—¿Escuchaste esto? —Su pulgar acaricia suavemente el dorso de mi mano. Tomo un respiro profundo antes de continuar, deseando tener más de ese whisky que me dio anoche.

—Sí. Los escuché discutir ese día en el faro. Ella se fue furiosa, como dije. Pero volvió al hotel por sus cosas. Papá no estaba allí, creo que había salido a buscarla. Pero yo estaba allí. Y fui tras ella. ¡Fui tras ella, Dylan! No solo la dejé ir. La seguí.

La lluvia está cayendo, goteando por el cuello de mi sudadera. Zapatos mojados chapoteando en los charcos. Manteniéndome lo suficientemente lejos detrás de ella para que no pudiera verme, pero lo suficientemente cerca para ver adónde iba.

Y fue al puerto.

Al bote que la estaba esperando.

A él; el hombre, quienquiera que fuera.

Y ella no regresó.

—Pero este hombre —dice Dylan, apareciendo esa familiar línea entre sus cejas mientras frunce el ceño—. ¿Quién era? ¿Qué le pasó?

Niego con la cabeza.

—Esa es la parte que aún no he descifrado. Sé que estaba en el bote con ella, pero no sé quién era. No estoy segura de haberlo sabido alguna vez.

*O si incluso **quiero** saberlo.*

Dylan todavía está frunciendo el ceño.

—No cuadra —dice—. El artículo del periódico sobre The Devonia solo decía que no se pudo contactar al dueño. No decía que estuviera desaparecido. Seguramente, si dos personas hubieran caído al mar esa noche, la Gaceta habría tenido mucho más que decir al respecto que el hecho de que el bote apareciera en las rocas unas semanas después, ¿no?

Nos miramos, comenzando a formar la misma idea.

—¿Y si no cayeron al mar? —digo lentamente, sin estar segura de si debería siquiera permitirme *pensar* esta idea, y mucho menos articularla. Pero Dylan también lo está pensando. Puedo leerlo tan fácilmente como sé que él puede leerme a mí, y ahora mismo, ambos estamos pensando lo mismo.

¿Y si nunca se perdió realmente?

¿Y si todavía está viva?

Capítulo 34

Obviamente, no hay nada que podamos hacer al respecto ahora —dice Dylan unos — minutos después, una vez que ha rebuscado de nuevo en su mochila estilo Mary Poppins y ha sacado tanto una pequeña toalla de microfibra para que me seque el pelo como la confiable botella de whisky—. Pero puedo investigar esto en cuanto volvamos. No debería ser muy difícil averiguar quién era el dueño del barco, y una vez que lo sepamos, podremos descubrir qué le sucedió.

Y, más al punto, qué le sucedió a ella.

—¿Tienes permitido hacer eso? —pregunto con dudas—. ¿No estarás poniendo en riesgo tu trabajo al investigarlo después de tanto tiempo?

—No tendré que hacerlo —dice sonriendo—. Shona McLaren probablemente podrá decirnos todo lo que necesitamos saber.

Gimo, cubriéndome la cara con las manos.

¿Por qué no fui directamente con Shona? Literalmente no hay nada que esa mujer no sepa.

Tomo un sorbo de la botella de whisky, esperando que ayude a calmar el enredo de nervios en mi estómago. Ahora que estoy tan cerca de finalmente descubrir qué le pasó a mamá, estoy empezando a tener dudas sobre todo esto. No quiero admitirlo frente a Dylan, por si se enoja conmigo por hacerlo pasar por todo esto para nada, pero ahora que sé que ella se fue voluntariamente —me dejó voluntariamente— mis emociones están por todas partes. Quiero que esté viva más que nada. Es lo que eso significa lo que me preocupa.

¿Realmente quiero saber por qué me dejó atrás?

¿Sería eso mejor o peor que estar siempre en la oscuridad?

—¿Estás bien? —pregunta Dylan, alcanzando la botella—. Esto debe ser un poco desconcertante para ti, ¿no?

—Por decirlo suavemente.

Él me rodea con su brazo y yo me apoyo en él agradecida.

—¿Estás enojado conmigo? —pregunto con cautela, mi cuerpo tensándose mientras espero su respuesta.

—¿Enojado contigo? ¿Por qué estaría enojado contigo?

Baja la botella de sus labios, su pelo mojado cayendo atractivamente sobre un ojo.

—Bueno, por arrastrarte hasta aquí detrás de mí, supongo. Por hacer que todo esto sea tu problema. Estoy segura de que debes haber tenido mejores cosas que hacer durante el fin de semana que perseguirme por el campo y luego tener que lidiar con todo el drama con Ada. Quiero decir, me alegro de que estuvieras aquí, no me malinterpretes —añado apresuradamente—. Pero lamento que hayas tenido que involucrarte. Te prometo que mi vida no siempre es tan caótica.

Él sonríe, levantando las cejas con incredulidad.

—Creo que ambos sabemos que eso no es cierto, ¿verdad? —dice, alzando la mano para darse un último frote en el pelo—. No te llamo Problemas sin razón, ¿no?

—No —admito a regañadientes—. Pero esto es un nivel completamente diferente de problemas, incluso para mí.

—Sí —dice, encogiéndose de hombros—. Pero no todos los problemas son malos, ¿verdad?

Finjo jadear de asombro.

—¿Es en serio el Oficial Fraser quien habla? —pregunto—. ¿El único defensor de la ley de Heather Bay?

Me empuja juguetonamente, luego su expresión se vuelve seria.

—La cosa es, Scarlett —dice—, que aunque no voy a discutir contigo que este no es exactamente el lugar más agradable donde me he quedado, piénsalo desde la perspectiva de Ada.

—Preferiría no hacerlo —objeto inmediatamente—. Sé que es completamente irracional, porque no es su culpa, pero todavía la odio un poco en este momento. Ha destruido totalmente mi vida.

—No lo ha hecho —dice él pacientemente—. Pero tú ya lo sabes. Lo que te dijo cambió tu vida, claro. Pero tú aún salvaste la suya.

—No, no lo hice. Tú hiciste eso.

Él niega con la cabeza.

—No habría estado aquí si no hubiera sido por tu insistencia en que algo andaba mal. Ada habría estado completamente sola cuando la tormenta golpeó. No tenía una radio con ella. Nadie

habría tenido idea de que estaba aquí.

Me pasa la botella de vuelta, y tomo un largo sorbo mientras dejo que sus palabras se asienten.

Si Dylan y yo no hubiéramos estado aquí, esta historia podría haber terminado muy diferente para Ada. Y aunque todavía me niego a aceptar ningún crédito por sacarla de esta playa, tal vez Dylan tiene razón.

Tal vez no todos los problemas son malos.

—Aun así —le digo finalmente—, sigo lamentando haberte arrastrado a todo esto. No ha sido muy divertido, ¿verdad?

—Oh, no sé si diría eso. Ha tenido sus momentos.

Sonríe, y mi estómago da una pequeña voltereta, terminando en splits.

—No me arrastraste a nada —dice firmemente—. Estoy aquí porque quería estar aquí. Bueno, tal vez no exactamente aquí —Se ríe suavemente—. Pero, ya sabes, contigo. Um, para asegurarme de que estuvieras bien, quiero decir.

Está demasiado oscuro aquí para ver su cara claramente, pero podría jurar que está sonrojado. Antes de que pueda empezar a burlarme de él por eso —que sigue siendo mi reacción instintiva hacia él, incluso después de mi gran revelación de "no odiarlo"— la linterna, que es la única luz que tenemos, se apaga de repente, sumergiéndonos abruptamente en una oscuridad tan completa que se siente como si hubiera cerrado los ojos.

—Mierda, lo siento, debería haber cambiado la batería —dice Dylan, levantándose y empezando a tantear hacia donde dejamos nuestras mochilas—. Pero hay una de repuesto en alguna parte aquí.

Por supuesto que la hay.

Para cuando logra encontrar la batería de repuesto, mis ojos han comenzado a ajustarse a la oscuridad una fracción, pero aún me siento aliviada cuando la linterna se enciende de nuevo, su luz proyectando enormes sombras en las paredes.

—¿Por qué no nos metemos en la tienda de Ada mientras esperamos a que el barco vuelva por nosotros? —sugiere Dylan, viendo la expresión en mi cara—. Estaremos más calientes allí si llevamos los sacos de dormir, y es un espacio más pequeño para iluminar. Probablemente también deberíamos quitarnos esta ropa mojada.

Tiene razón. Ambos estamos tan empapados como si hubiéramos nadado vestidos, y mis dientes castañetean de frío, así que Dylan sostiene la linterna y se da la vuelta, como un verdadero caballero, mientras yo lucho por quitarme la ropa mojada y ponerme algo seco. Luego

intercambiamos lugares, antes de finalmente agacharnos y meternos a gatas en la pequeña tienda roja, que huele fuertemente a oveja, gracias a su más reciente ocupante.

—¿No deberíamos intentar encender un fuego? Todavía estoy congelada —digo esperanzada, recordando con qué facilidad Dylan lo había logrado cuando estábamos en la cabaña, hace aproximadamente 100 años. Ahora, sin embargo, él solo niega con la cabeza.

—No, a menos que quieras asfixiarte con el humo —dice—. Me temo que tendremos que intentar mantenernos calientes de otra manera.

Me mira significativamente, y esta vez es mi turno de sonrojarme.

—Podríamos acurrucarnos juntos, supongo —digo, como si fuera simplemente una sugerencia práctica—. ¿No es eso lo que hace la gente para mantenerse caliente en situaciones como esta?

—Sí. Así es.

Abre sus brazos, y yo me acerco, llevando conmigo el saco de dormir, hasta que estoy acostada a su lado, con mi cabeza sobre su pecho. Dylan se estira y agarra el saco de dormir abandonado de Ada, que sube sobre nosotros como un edredón. Luego duda por un segundo antes de rodearme con sus brazos, acercándose más.

Para calentarnos, obviamente. Solo para calentarnos.

—Sabes que Ada dirá que todo esto sucedió "por una razón", ¿verdad? —susurro, tratando de distraerme de la sensación de hormigueo que hizo que cada nervio de mi cuerpo se pusiera en alerta tan pronto como sentí los músculos de sus brazos flexionarse debajo de mí—. Pensará que estábamos destinados a encontrarnos así. Como si el universo hubiera encontrado una manera de reunirnos. Loco, ¿no?

Dylan no responde, y no tengo idea de por qué me siento tan desanimada por su falta de respuesta. No es como si esperara que discutiera conmigo, después de todo. Que me dijera que, en realidad, sí, él absolutamente cree en el destino, y que nosotros dos siempre estuvimos destinados a terminar aquí, en una tienda que huele a oveja, envueltos en los brazos del otro.

Lo cual realmente sería una locura, ¿no?

Y sin embargo, aquí estamos.

Puede que no sea exactamente el destino —sé que definitivamente no lo es— pero no se puede negar que es agradable. Es muy agradable, de hecho: y no solo de una manera cálida y reconfortante, como de este-hombre-seguramente-me-protegerá-de-la-tormenta, sino de una manera que me hace sentir que no me importaría mucho si Jimmy y McTavish nunca regresaran con el bote. Si pudiera quedarme aquí para siempre y olvidarme de todo lo demás, desde el artículo sobre pasteles, guisantes y bingo que estoy empezando a pensar que nunca terminaré,

hasta la media hermana que no sabía que tenía, pasando por la madre cuya partida acabo de empezar a recordar.

Todo excepto él, es decir. Todo excepto Dylan Fraser, mi antiguo enemigo jurado, que de repente se ha convertido en la única persona en quien puedo confiar.

Qué curioso cómo funcionan las cosas.

Dylan todavía no ha hablado. Lo miro a través de mis pestañas, esperando no haber hecho algo que lo molestara.

—Gracias por estar aquí —susurro, permitiéndome acurrucarme un poco más cerca—. Realmente no podría haber superado esto sin ti.

—De nada.

Se mueve ligeramente, como si estuviera tratando de alejarse de mí, y me quedo inmóvil en sus brazos, repentinamente consciente del hecho de que no me he dado una ducha adecuada en días, sin contar el chapuzón de esta mañana en el lago, o el empapón que acabo de recibir por la tormenta.

—Lo digo en serio —le digo, acercándome de nuevo—. Has sido increíble. De verdad. Y estoy... estoy contenta de que ahora seamos amigos. Es mucho mejor que odiarnos todo el tiempo. ¿No crees?

Tengo que armarme de valor para decir estas palabras, y cuando no responde, mi corazón se hunde y se acelera al mismo tiempo, como si no supiera exactamente qué está pasando.

No es el único.

Con el estómago revoloteando de nervios, busco su mano, entrelazando mis dedos con los suyos y dando un suave apretón.

—¿Dylan?

—No quiero ser tu amigo, Scarlett —dice suavemente—. Nunca he querido ser tu amigo.

Mi corazón se detiene de golpe.

—Está bien —murmuro, luchando por sentarme, con las mejillas ardiendo—. Lo entiendo. Yo tampoco querría ser mi amiga, para ser honesta.

—Es demasiado difícil —continúa, con esos ojos dorados brillando a la luz de la linterna—. Quiero, pero... simplemente no puedo. Lo siento.

—Es muy difícil —estoy de acuerdo, mi cuerpo entero encogiéndose tanto que me sorprende que no pueda sentirlo—. No te culpo. Si pudiera solo...

Hago un último intento fallido de incorporarme, pero él me mantiene firmemente en mi lugar, sus ojos ardiendo en los míos mientras sus dedos acarician suavemente el cabello mojado de mi

rostro.

—Es demasiado difícil tratar de ser tu amigo —dice—, cuando lo único en lo que puedo pensar es en cuánto quiero hacer esto.

Entonces se inclina y me besa, y todo se detiene.

Capítulo 35

*M*e está besando. Dylan Fraser realmente me está besando.

Y no solo me está besando de manera educada y suave, sino de una forma profundamente apasionada que asegura que lo recordaré para siempre.

Lo cual, si me preguntas, es realmente la única forma correcta de besar a alguien.

Me besa con hambre, y casi con enfado, como si supiera que esta es la única y última vez que esto va a suceder, y está decidido a aprovecharlo al máximo. Y yo le devuelvo el beso exactamente de la misma manera, sabiendo que probablemente tiene razón.

¿Cómo podría no ser así, cuando empezamos odiándonos?

Ahora mismo, sin embargo, Dylan Fraser definitivamente no parece odiarme. Y a juzgar por la forma en que puedo sentir los efectos de su beso desde mis labios hasta la punta de los pies, en un delicioso y estremecedor lío de sensaciones, el no-odio es completamente mutuo.

De hecho, estaría encantada de no odiarlo *para siempre*.

Casi tan pronto como el pensamiento entra en mi cabeza, siento que Dylan se aleja de mí.

—Lo siento —murmura en mi pelo—. No pude contenerme más. He querido hacer esto desde que te vi ese día en la plaza. Es todo en lo que puedo pensar. Tú eres todo en lo que puedo pensar.

Antes de que pueda formular una respuesta a esto —o siquiera procesarlo—, sus labios están sobre los míos otra vez, y rodeo su cuello con mis brazos, atrayéndolo más cerca. Los segundos se convierten en minutos, y seguimos besándonos, sus manos en mi pelo, y nuestros cuerpos presionados juntos con urgencia hasta que apenas puedo respirar.

Sin embargo, no puedo preocuparme por eso ahora mismo. Todo en lo que yo puedo pensar es en lo bien que se siente esto —lo *correcto* que es— y en cómo nunca quiero que termine.

Eventualmente, nos separamos, ambos jadeando por aire, y lo miro, examinando su hermoso rostro como si lo estuviera viendo por primera vez.

—¿Puedo asumir que esto significa que no me odias? —pregunto con cautela—. ¿Estamos declarando una tregua en todo esto de ser "enemigos"?

Sonríe ampliamente, mostrando esos hoyuelos asesinos que hacen que mi corazón se agite.

—Nunca te he odiado, Scarlett —dice suavemente—. Nunca podría. Todo lo contrario, de hecho.

Se inclina para otro beso, y para mi absoluto horror, de repente estallo en lágrimas; enormes sollozos estremecedores que parecen no tener principio ni fin. Lloro por todo y por nada; por mamá, y por Ada, y por la niña que una vez fui, que no tenía absolutamente ni idea de lo extraña, confusa y maravillosa que iba a ser su vida. Incluso lloro por Edna, que probablemente esté ahora segura en su cesta junto a la cama de Jimmy, pero que sin embargo me parece digna de mis lágrimas de repente.

Es, posiblemente, la reacción menos apropiada que alguien haya tenido jamás al ser besada por el hombre con el que ha estado obsesionada durante días, pero para su mérito, Dylan no parece en absoluto desconcertado por ello. En su lugar, simplemente me recoge en sus brazos y luego me levanta hasta que estoy sentada en su regazo en la pequeña tienda, con mis brazos fuertemente envueltos alrededor de su cuello mientras sollozo en su hombro. Lloro y lloro, y Dylan me sostiene y me calma, y acaricia mi pelo de forma reconfortante, como si siempre estuviera ahí y nunca me fuera a dejar ir.

—Lo siento —logro decir al fin, cuando los sollozos finalmente comienzan a disminuir—. Lo siento mucho. Es que... es que...

Es que no sé ni cómo empezar a explicar de qué se trataba todo eso.

—Shhh —dice, besándome suavemente en la punta de la nariz—. Está bien, no tienes que explicar nada.

Cierro los ojos y me apoyo en él, sabiendo que es cierto. No tengo que explicarle nada. Él *sabe*. Sabe porque ha estado aquí conmigo todo este tiempo, y porque parece entenderme sin necesidad de que yo diga una palabra.

¿Cómo lo hace?

—¿Puedo decirte algo? —dice suavemente, apartando el pelo de mis ojos—. ¿Algo que quizás te haga sentir un poco mejor?

Asiento a través de mis lágrimas, mi pecho aún sacudido por los sollozos.

—¿Qué es?

—El joven Dougie se mudó a The Villages —dice Dylan, con una sonrisa jugueteando en la comisura de sus labios.

—The... ¿The Villages?

Asiente con aire de suficiencia.

—¿Qué es eso? ¿Algún tipo de culto?

Las lágrimas siguen rodando por mis mejillas sin control, pero estoy interesada a pesar de mí misma.

—No —responde Dylan alegremente—. Al menos, no creo que lo sea. Es una comunidad de jubilados en Florida. La gente se mueve por ahí en carritos de golf, aparentemente.

Lo miro confundida.

*¿Por qué me está hablando de carritos de golf? ¿Y del joven Dougie? ¿Por qué no estamos hablando de **nosotros**?*

—¿Así que no se lo comió el monstruo del Loch Keld? —pregunto—. ¿Estás diciendo que se fue y se mudó al Estado del Sol? ¿Por su propia voluntad?

—Por lo que he podido averiguar —dice Dylan, encogiéndose de hombros—. Conoció a una mujer en Tinder o algo así; o eso es lo que se cuenta. Ella lo convenció de ir allí de visita, y eso fue todo. Creo que tienen entretenimiento todas las noches para los ancianos. Quiero decir, bien podría *ser* un culto, por lo que sé, pero al menos será uno soleado, así que ahí tienes.

Asiento, me viene de repente una imagen del joven Dougie sentado en una tumbona, lanzando bolsas de frijoles de un lado a otro con una mujer que se parece un poco a Dolly Parton. Por alguna razón, Dougie lleva un sombrero de vaquero y un par de Speedos en esta imagen. Sacudo la cabeza bruscamente para deshacerme de ella.

—Bueno, me alegro de que esté bien —le digo—. Y de que otro misterio haya sido finalmente resuelto.

—Sí —dice Dylan, sonriendo—. Ahora que Ada ha sido encontrada, y el joven Dougie está localizado, vas a tener que encontrar otra forma de ocupar tu tiempo. ¿No es así, Problema?

Le devuelvo la sonrisa, de repente tímida. Se me ocurren bastantes formas en las que me gustaría ocupar mi tiempo, de hecho, pero todas y cada una de ellas lo involucran a él, y no estoy segura de que sea buena idea decírselo tan pronto después de nuestro primer beso. O inmediatamente después de haber llorado sobre él.

—¿Me estás contando esto para demostrar que si el joven Dougie puede tener su final feliz —y no ser comido por un monstruo— entonces quizás yo también pueda? —pregunto esperanzada.

Dylan se rasca la barbilla pensativamente.

—Bueno, no estoy 100% seguro de que Dougie no sea víctima de algún tipo de estafa internacional de Tinder, para ser honesto —dice al fin—. Así que no puedo hablar por él, ni por el tipo de final que está teniendo. Pero tú no eres él, Scarlett —y no hay monstruos. Así que creo que puedes tener cualquier tipo de final que quieras. No puedo imaginarte aceptando nada menos.

Considero esto cuidadosamente.

—Creo que me gustaría que mi final fuera uno en el que ya no esté sola —le digo—. Me meto en muchos problemas cuando estoy sola. Y no son del tipo divertido, tampoco.

—Entonces básicamente necesitas un cómplice, ¿no? —dice pensativo.

—No exactamente un *cómplice* —me apresuro a aclarar. Después de todo, es policía—. Pero lo otro sí, seguro. Me refiero a lo de tener una pareja.

—Creo que podría conocer a alguien que te ayude con eso —murmura, tomando mi rostro suavemente entre sus manos.

—Por favor, no vayas a decir que es Jimmy o McTavish —susurro mientras se inclina hacia mí—. Porque me gustaría mucho que fueras tú.

—Bueno, eso funciona bastante bien —responde, sus labios rozando los míos—. Porque a mí también me gustaría que fueras tú.

Me besa de nuevo, y todos los pensamientos sobre Jimmy, McTavish y todo lo demás se desvanecen de mi mente. Ahora solo estamos Dylan y yo: sus brazos alrededor de mi cintura, sus labios contra los míos, su lengua provocándolos suavemente para que se separen y haciéndome desear que hubiéramos empezado a hacer esto mucho, mucho antes.

Después de lo que parece una eternidad, Dylan se aparta con renuencia y se inclina hacia adelante para abrir la solapa de la tienda.

—Mira —dice, asomándose—. Está amaneciendo.

Efectivamente, el cielo más allá de la cueva se ha vuelto de un delicado tono rosado, que se refleja en el agua de abajo, ahora finalmente en calma, habiéndose disipado la tormenta en algún momento que pasó totalmente desapercibido para ambos.

—Vaya, no me di cuenta de que era tan tarde —digo, bostezando.

—Querrás decir temprano. Vamos.

Dylan toma mi mano y me ayuda a ponerme de pie. Me guía fuera de la cueva y vamos a sentarnos en unas rocas cerca de la entrada, observando cómo el sol se eleva sobre el faro en la distancia, transformando el mundo de un rosa sonrojado al tono más suave de dorado.

Tiemblo ligeramente mientras veo el amanecer trepar por las paredes de la torre, haciendo que la piedra blanca brille con la luz de la mañana. Era mucho más tarde en el día cuando estuve allí arriba junto a él aquel día con mamá; la tormenta que se acercaba había vuelto el cielo púrpura en lugar de rosa, pero el faro en sí permanece exactamente igual, dolorosamente familiar, incluso después de todo este tiempo.

Frunzo el ceño mientras los recuerdos regresan de golpe. Papá gritando. Mamá llorando. Yo corriendo de vuelta al coche; de vuelta a la seguridad de la Bahía; de vuelta a...

Scotty.

Pero, por supuesto, Scotty no estaba allí, ¿verdad? Muerdo pensativamente mi labio inferior mientras intento recordar.

No.

Scotty ya se había ido para entonces. Ahora lo recuerdo. Después de la pelea junto al faro, papá nos llevó a ambas de vuelta al pueblo, y yo quería ir a ver a Scotty para contarle lo que había pasado, pero cuando llegué a su casa, solo estaba su padre. Su padre estaba borracho; *muy* borracho. Recuerdo eso también. Recuerdo a Scotty contándome sobre él; sobre su forma de beber y su mal genio, y lo asustado que estaba de que un día golpeará a su madre con la fuerza suficiente para matarla.

Lo asustado que estaba de que un día no pudiera contenerse de devolverle el golpe.

Pero ese día él se había ido, y su madre también. Se habían ido mientras él estaba en el trabajo, dijo su padre, con el aliento apestando a whisky rancio. Un escalofrío recorre mi columna; otro recuerdo más reciente tira de mí, tratando de abrirse paso.

A mi lado, Dylan me rodea con su brazo, abrazándome contra él. Me recuesto en él, deslizando mi mano en el bolsillo de su chaqueta en busca de calor. Hay algo redondo y duro allí; algo que encaja perfectamente en la palma de mi mano, y me incorporo, sacándolo con curiosidad.

Un guijarro. Uno que solía estar cubierto de pintura roja, que se ha descascarado hace mucho tiempo. Un guijarro que vi por última vez en el escritorio de Dylan, en la comisaría; un guijarro que de repente hace que mi mente gire hacia unos días atrás, cuando saqué su gemelo de una caja debajo de mis escaleras. Luego más atrás, cayendo a través de los años hasta que estoy de pie en la orilla del Loch Keld de nuevo con Scotty, ambos buscando el par perfecto en el que podamos escribir nuestros nombres con pintura.

Pinté el mío de escarlata, como mi nombre. Luego se lo di a Scotty, y él me dio el suyo.

—Lo guardaré para siempre —me dijo, sus ojos dorados brillando de placer mientras hacía rodar la piedra en su mano.

Y lo hizo.

Realmente lo hizo.

Me vuelvo hacia él, pero es difícil verlo a través de las lágrimas que han brotado de la nada, justo cuando me había convencido de que seguramente las había agotado todas.

—Lo guardaste, entonces —digo, con la voz temblorosa.

—Sí. Lo hice.

Por un segundo, pienso que él también podría llorar, pero simplemente se gira y mira hacia el mar, esperando a que yo hable.

—¿Cuándo te diste cuenta?

Doy vueltas al guijarro en mi mano mientras espero su respuesta, recordando el día que lo recogí de la playa, cuando todo aún era normal.

—Tan pronto como te vi —dice, sonando sorprendido por la pregunta—. Aquel día en la plaza del pueblo. Te reconocí de inmediato. ¿Cómo no hacerlo?

—Sassenach —digo recordando—. Siempre solías llamarme Sassenach. Mucho antes de que apareciera Jamie Fraser.

—Aye. Porque eras una Sassenach —dice, sonriendo—. Y tú me llamabas Scotty...

—...porque eras escocés —gimo—. Menos mal que ninguno de los dos intentó seguir una carrera en la comedia, ¿verdad?

Él se ríe, y nos miramos tímidamente. Ahora que sé quién es, no puedo entender por qué no lo vi antes. Esos ojos dorados. El cabello oscuro. Los *hoyuelos*. Dios mío, *los hoyuelos*.

—Yo no te reconocí —admito en voz baja—. No sé por qué. Supongo que simplemente bloqueé todo de... de aquella época.

—Lo sé.

Lo sabe.

—Pero ¿por qué no dijiste nada? —pregunto—. ¿Por qué no me dijiste que nos habíamos conocido antes?

Su rostro se oscurece.

—Pensé que debías odiarme —dice, sin mirarme—. Por no estar ahí para ti ese día.

Toma el guijarro de mi mano y lo da vueltas pensativamente.

—Fue el día en que mi madre y yo nos fuimos —dice—. No quería irme. O, si teníamos que irnos, al menos quería esperar y decírtelo. Pero no había tiempo, dijo ella. Quería irse mientras él estaba en el trabajo, y yo sabía que tenía que ir con ella. Le había llevado tanto tiempo reunir el

valor para irse, y me necesitaba. Yo lo sabía. Solo que no sabía que tú también ibas a necesitarme.

—Hey —digo, poniendo mi mano en su brazo mientras vuelve a mirar hacia el mar—. Está bien. Lo entiendo. Tenías que irte. Yo habría hecho lo mismo.

—Tal vez —Se encoge de hombros—. Pero luego me enteré de lo que le había pasado a tu madre. Quería estar ahí, Scarlett, de verdad que sí.

—Eras solo un niño —digo con firmeza—. No era tu trabajo ayudarme. Y de todos modos, no había nada que pudieras hacer.

—Podría haber sido tu amigo —dice obstinadamente—. Podría haber hecho *algo*. Lo intenté, ¿sabes? —añade, volviéndose hacia mí—. Después. Le pedí a Finn tu dirección para escribirte, o incluso llamarte, pero no me la quiso dar. Dijo que no era buena idea. Me contó que tu madre se había ido y que no lo estabas llevando bien, que no recordabas nada. Dijo que no querías que te recordaran este lugar y que lo mejor era dejarlo estar. Así que eso hice. Ahora desearía no haberlo hecho.

Tomo su mano y la aprieto suavemente.

Maldito Finn. Voy a tener que mantener una larga conversación con él cuando todo esto termine.

—No sé cómo me habría sentido si lo hubieras hecho —admito—. Quiero decir, hasta estos últimos días, no recordaba casi nada. Ni siquiera te reconocí. Pero no me habría enfadado contigo, eso te lo puedo asegurar.

Él se encoge de hombros otra vez.

—Pensé que lo estabas —dice—. Estabas tan... combativa... aquel día cuando nos encontramos.

—Cuando *yo* choqué *contigo*, querrás decir.

Sonríe.

—Estaba seguro de que me habías reconocido y fingías no hacerlo para vengarte. Solo cuando te vi de nuevo en la oficina me di cuenta de que no tenías ni idea.

—¿Y no pensaste que deberías decírmelo?

—Bueno, no empezamos con buen pie, ¿verdad? —dice, con una sonrisa de arrepentimiento—. Quería decírtelo, claro que sí. Simplemente no parecía encontrar el momento adecuado. Luego decidiste que íbamos a ser enemigos, y yo seguí el juego. Casi te lo digo aquel día en el archivo, pero entonces dijiste que no creías querer recordar esa época de tu vida, así que lo dejé pasar. Y seguimos siendo enemigos.

Por un momento nos quedamos allí sentados, mirando al océano. El sol ya ha salido por completo y el agua parece brillar bajo sus rayos, cada rastro de la tormenta de anoche se ha desvanecido, dejando un cielo azul despejado sobre nosotros.

Dylan extiende la mano y toma la mía, y yo apoyo mi cabeza en su hombro.

—Ya no somos enemigos, ¿verdad? —digo—. Solo para que quede claro.

—No. Pero hablaba en serio. —Se gira hasta quedar frente a mí, y yo levanto la cabeza para mirarlo—. No quiero ser tu amigo, Scarlett. Es decir, soy tu amigo, por supuesto. Siempre lo seré. Pero no quiero ser *solo* eso. Necesito más. Mucho más.

Rodeo su cuello con mis brazos y lo atraigo hacia mí.

—Por una vez —digo, sonriendo—, estamos completamente de acuerdo.

Se inclina para besarme, pero me echo hacia atrás.

—Se me ocurrió otra cosa que quiero para mi final —digo, sonriendo.

—¿Qué es?

—Quiero bañarme desnuda —le digo—. Cada mañana. Contigo.

Dylan se ríe.

—También estamos completamente de acuerdo en eso —dice.

Entonces sus manos están en mi cara, y nos besamos como si fuera la primera vez, otra vez. Es familiar y nuevo a la vez, cómodo y emocionante al mismo tiempo, y mientras levanto los brazos y enredo mis dedos en su pelo, no puedo evitar sentir lástima por el joven Dougie. Porque ninguno de los dos fue devorado por un monstruo, pero solo uno de nosotros pudo besar a Dylan Fraser como si su vida dependiera de ello, y ahora mismo, creo que la mía bien podría depender de eso.

Todavía nos estamos besando cuando llega el bote salvavidas unos minutos después, separándonos a regañadientes mientras McTavish salta a tierra para ayudarnos a cargar nuestras cosas y subir a bordo. Cuando la *Gazette* cubra esta historia la semana que viene, como sé que lo hará, dirán que McTavish y el resto de la tripulación fueron los que nos salvaron, pero solo será parcialmente cierto. Puede que ellos hayan salvado a Ada, pero Dylan fue quien me salvó a *mí*; y aunque no lo sabía en ese momento, hasta que lo hizo, yo estaba viviendo en otro tipo de "antes" —un tipo diferente al que existía hasta que mamá desapareció, pero un "antes", al fin y al cabo.

Ahora, sin embargo, finalmente he pasado al "después".

Este es mi después.

Él es mi después.

Dylan Fraser, resulta, *siempre* ha sido parte de mi historia.

Y sé que no va a ser una historia sencilla. Todavía hay mucho que necesito descifrar; sobre mamá, sobre Ada, y sobre todas las cosas que apenas estoy empezando a recordar. Así que probablemente no siempre va a ser una historia feliz; creo que pocas historias lo son.

Pero una cosa que sí sé es que, sea cual sea la forma que tome, esta historia será *nuestra*.

Y no puedo esperar para descubrir qué sucede a continuación.

Epílogo

Nunca llegué a terminar de escribir el artículo sobre empanadas, guisantes y bingo. Para cuando la tormenta se había calmado lo suficiente como para que McTavish y compañía volvieran por nosotros, la noticia del milagroso regreso de Edna se había extendido por toda la Bahía, principalmente gracias a Shona McLaren y su cuenta de Instagram, y cuando se reveló que Ada también había sido rescatada junto con ella, era lo único de lo que la gente hablaba.

Esa semana, la portada de la Gaceta de Heather Bay presentaba una foto a página completa de Ada (cuya lesión en la cabeza resultó ser menos grave de lo que parecía, afortunadamente) y Edna, mientras que las páginas centrales llevaban la historia completa, menos, por supuesto, los detalles sobre mamá. Y también los sobre Dylan y yo, obviamente, pero eso ni hace falta decirlo.

Tampoco escribí esa historia, de hecho.

No, para cuando salió el artículo, yo estaba de vuelta en Londres, sentada a un lado de la mesa de la cocina de papá, mientras él se sentaba al otro, sin poder mirarme directamente a los ojos.

—Me enteré del bebé el día que desapareció —me dijo, con el rostro pálido mientras nos servía a ambos una generosa medida de la última mezcla de The '39—. De hecho, era por eso que estábamos discutiendo. No tenía ni idea hasta entonces. Absolutamente ninguna. Me lo contó el mismo día que me dijo que se iba, así que, como te puedes imaginar, fue bastante impactante.

Asentí sombríamente mientras me pasaba un vaso, su mano temblando ligeramente. No necesitaba imaginar el tipo de impacto del que hablaba. Gracias a Ada, ahora sabía exactamente cómo se sentía descubrir que alguien a quien amas te ha estado ocultando algo. O, en mi caso, dos personas a las que amas.

No le pregunté sobre el hombre que vi con mamá aquella noche. Gracias a Dylan y su trabajo de investigación, ya sabía sobre Lukas Walker, dueño de The Devonian, y el hombre del que

aparentemente mamá nunca había podido olvidarse. Pero esa es la historia de Ada, no la mía.

Por mi parte, era lo que sucedió después de que se fueran lo que quería saber.

Y por qué nadie me lo contó.

—Nunca te dije que estaba muerta —dijo papá a la defensiva cuando finalmente hice la pregunta—. Nunca dije eso, Scarlett; tú lo decidiste por ti misma. Creo que de alguna manera era más fácil para ti que creer que simplemente se había ido. Eso es lo que dijo el psiquiatra, de todos modos. Te dije que nadie sabía dónde estaba; lo cual era la verdad. Ella desapareció esa noche. Y eso era todo lo que yo sabía en ese momento.

—¿Qué quieres decir con «en ese momento»?

Sus dedos se tensaron alrededor del vaso, los nudillos blancos.

—Me llamó —admitió, avergonzado—. Unos seis meses después. Quería verte. Dijo que había cometido un error al irse así. Quería volver; no conmigo... —Se frotó los ojos—. Sino contigo.

—¿Y tú dijiste...?

Estaba a punto de empezar a llorar de nuevo, podía notarlo. Me había vuelto toda una experta en llorar desde aquella noche en la cueva. Era como si Dylan hubiera logrado desbloquear expertamente alguna parte secreta de mí donde había estado guardando todas las lágrimas que no había derramado a lo largo de los años, y ahora estaban propensas a salir a borbotones por la más mínima cosa.

Pero aún no.

—¿Qué bien te habría hecho verla? —preguntó papá desesperadamente. Cogió su vaso y lo vació de un trago—. Ya fuera que se arrepintiera o no, igual lo hizo. Estabas devastada, Scarlett. Ambos lo estábamos. Pero tú estabas lidiando con ello bloqueándolo todo. Yo sabía que la habías visto irse con él en el bote, logré sacar eso de ti, pero seguías insistiendo en que simplemente había desaparecido. Como si fuera una de esas historias de misterio que tanto te gustaban antes. El médico dijo que era un mecanismo de defensa, y que probablemente lo abandonarías en algún momento, pero nunca lo hiciste. Nunca lo hiciste, Scarlett, y yo estaba aterrorizado de que si intentaba forzar el asunto, si intentaba hacerte enfrentarlo demasiado pronto, podría acabar causando aún más daño. Así que esperé. Pero esperé demasiado, y eso es culpa mía. Lo sé, y lo siento. Lo siento tanto, tanto.

Su voz se quebró en la última palabra, pero no pude obligarme a ir a consolarlo. En lugar de eso, me quedé sentada allí, haciendo girar el vaso de whisky entre mis dedos, deseando que Dylan estuviera allí para ayudarme a descifrar qué hacer con todo esto. Cómo dejar de sentir todas las emociones, todas al mismo tiempo.

—¿Dónde estaba? —pregunté al fin, cuando pude confiar en que podría hablar—. ¿Y dónde está ahora?

—España —dijo papá, mirándome con ojos llenos de lágrimas—. Al menos, de allí llamó. No sé dónde está ahora. No he vuelto a saber de ella; te lo juro Scarlett, te lo habría dicho si así fuera. No intenté encontrarla porque no podía perdonarla por lo que te hizo. Todavía no puedo. Nunca la perdonaré por ello; no me disculparé por eso.

Miré fijamente mi vaso, sin saber qué pensar. Quería estar enfadada con él por no habérmelo dicho, pero al mismo tiempo, no estaba segura de que alguna vez pudiera perdonarla tampoco. Porque la razón por la que no había ningún artículo en La Gaceta, y ningún informe presentado a la policía, como resultó ser, era que, simplemente, mamá nunca estuvo realmente desaparecida.

Simplemente se fue.

Y ahora voy a tener que pasar el resto de mi vida preguntándome por qué lo hizo; por qué no intentó con más fuerza volver, después de esa única llamada telefónica a papá; y por qué no he sabido de ella desde entonces.

Ah, y por qué aparentemente todos en quienes confiaba simplemente me dejaron seguir pensando que mi madre había desaparecido sin dejar rastro, una noche tormentosa cuando tenía trece años.

Eso es algo bastante importante, en realidad. Y es la razón por la que no he vuelto a ver a papá desde ese día. Lo veré de nuevo pronto; se lo he prometido. Pero, por ahora, solo había una persona en quien sabía que podía confiar. Y tan pronto como terminé de hablar con papá, recogí mi bolso y tomé el siguiente tren de vuelta a casa con Dylan.

* * *

—¡Por tu buena salud!

La voz de Hamish me devuelve al presente de golpe mientras se detiene para entregarme una nueva copa de champán antes de girar para unirse a su esposa, Janet, en la pista de baile. Estoy de pie en la parte trasera del Ayuntamiento de Heather Bay —el mismo que Lexie Steele casi quemó hasta los cimientos hace años— observando a los exuberantes aldeanos celebrar las últimas horas del año moribundo, lanzándose unos a otros por la sala en una aproximación de baile escocés que se ha vuelto progresivamente más salvaje a medida que nos acercamos a la medianoche.

Jack y Emerald están de pie junto a la barra, que está abastecida con botellas de The 39, balanceándose juntos a un ritmo completamente diferente al que la banda está tocando actualmente. Ruby Taylor ha horneado bollos de queso y algas, además de lo que parece

sospechosamente un plato de pollo radioactivo. Bella McGowan ha proporcionado suficiente pastel como para alimentar a un pequeño ejército, y, en la esquina de la sala, un McTavish con aspecto ligeramente pánico aparentemente está recibiendo respiración boca a boca de una mujer que reconozco como la enfermera de la foto que una vez me mostró.

Parece que puedo tachar ese problema en particular de mi lista de artículos que nunca llegaré a escribir, entonces.

Al verme mirando en su dirección, McTavish se desenreda con cierta dificultad y se acerca a mí sigilosamente, sonriendo.

—Jimmy todavía cree que me creí lo de la maldición —dice alegremente—. Realmente lo engañé, el viejo testículo de cerdo. Pero no se lo digas, ¿eh?

Asiento en señal de acuerdo, pero ya se ha ido, arrastrado a la pista de baile por la enfermera. No puedo estar segura, pero creo ver que articula las palabras "ayúdame" mientras se va.

Sin embargo, antes de que pueda ir a rescatarlo, un par de brazos familiares se envuelven firmemente alrededor de mi cintura.

—Aquí estás —murmura Dylan, besándome detrás de la oreja—. Te he estado buscando por todas partes. ¿Quieres bailar?

—No —digo, girándome y poniendo mis brazos alrededor de su cintura—. Estoy feliz justo aquí. Contigo.

—Y con Jimmy, aparentemente —dice Dylan, mirando por encima de mi cabeza. Me doy la vuelta y, efectivamente, el propio Jimmy se ha materializado silenciosamente junto a nosotros, con las mejillas rojas por todo el whisky que ha logrado beber.

—Ese McTavish realmente creyó que le había echado una maldición —se carcajea—. Estaba cagado de miedo, sí que lo estaba. En fin, quería darte esto; para agradecerte todo lo que hiciste por Edna, ¿sabes?

Solemnemente me entrega una bolsa de papel marrón con una de sus chaquetas amarillas para ovejas asomando por la parte superior.

—Oh, vaya, Jimmy, eso es... eh... muy generoso de tu parte —digo, tratando de devolvérsela—. Pero realmente no hice nada. Es a Ada a quien deberías agradecer. Y a Dylan, por supuesto.

—Sí, hay una para tu hombre también —dice Jimmy, señalando la bolsa—. Y esa Ada ya tiene la suya. Se la di antes de que se fuera, junto con una foto enmarcada de Edna y yo para que nos recuerde.

Detrás de mí, siento que el cuerpo de Dylan se sacude con una risa silenciosa ante la imagen de Ada colocando una foto de Jimmy y Edna junto a su cama perfectamente hecha. Tengo la

sensación de que no llegará a su cuadrícula de Instagram, de alguna manera. En cuanto a mí, mientras tanto, no tengo idea de qué haremos Dylan o yo con una chaqueta impermeable para ovejas cada uno, pero puedo ver que el gesto está bien intencionado, así que cuando Jimmy me devuelve la bolsa, simplemente le agradezco sinceramente mientras la acepto.

¿Tal vez podríamos conseguir un perro? ¿¿Dos perros, incluso?? ¿O un gato muy grande?

Sonrío ampliamente, disfrutando de cómo suena la palabra "nosotros" en mi cabeza. Nunca antes había sido parte de un "nosotros"; o no desde mamá, de todos modos. Siempre he sido solo yo. Pero ahora estamos Dylan y yo —y nuestros potenciales dos perros y/o gato muy grande— y es ese hecho, y no las burbujas en la copa de champán en mi mano, lo que se me ha estado subiendo a la cabeza cada vez que pienso en ello.

—¿Has sabido algo de Ada recientemente? —pregunta Dylan, mientras Jimmy se despide. Está tratando de que la pregunta suene casual, pero puedo notar por la forma en que sus brazos se aprietan alrededor de mi cuerpo que sabe que este no es un tema con el que me sienta totalmente cómoda todavía. Y por "todavía" quiero decir "en absoluto".

—No realmente —digo, viendo cómo Jimmy hace girar a Bella McGowan por la pista de baile, casi derribando a McTavish y a su amiga enfermera—. Quiero decir, hemos intercambiado algunos mensajes, pero eso es todo. Nada muy importante. Ella tiene mi número, sin embargo, y yo tengo el suyo, así que estoy segura de que hablaremos en algún momento.

En realidad, no estoy segura de esto en absoluto. Ada cree que deberíamos tratar de encontrar a mamá. Esa fue la razón por la que vino a Heather Bay en primer lugar, por supuesto, y no tiene ninguna razón para dejarlo ahora —especialmente ahora que sabemos que mamá todavía está por ahí en alguna parte.

Pero Ada no tiene mis razones para dudar en eso. Todo lo que ella quiere es averiguar de dónde vino. Yo, por otro lado, ya sé de dónde vengo; es dónde estoy ahora lo que me importa.

Todavía no sé cómo me siento acerca de Ada. Sé que nada de lo que pasó fue su culpa, pero aun así, ha sido difícil tener que ajustarme repentinamente a la idea de tener una hermana. Especialmente una con 82.000 seguidores en Instagram.

Tal vez algún día ella estará completamente en mi vida.

Tal vez algún día estaré lista para tratar de encontrar a mamá y hablar con ella sobre lo que pasó.

Solo que... todavía no.

—Ven aquí —dice Dylan, atrayéndome hacia él. Yo había dicho que no quería bailar, pero nunca rechazaré una oportunidad de estar cerca de él, así que rodeo su cintura con mis brazos y

apoyo mi cabeza contra su pecho mientras nos balanceamos juntos al ritmo de la música. Todavía estamos así cuando dan las doce; lo que significa que puedo comenzar el año nuevo haciendo mi cosa favorita: besar a Dylan Fraser.

Definitivamente puedo pensar en peores formas de celebrar un nuevo comienzo.

EL FIN

Si te gustó el libro, ¿podrías darme una reseña en Amazon? Soy un autor autoeditado y esto significaría mucho para mí. ¡Muchas gracias!

Pasa la página y lee mi próximo libro, el capítulo 1, gratis.

Summer, La Chica Cool

Faltan veinte minutos para la medianoche en Nochevieja, y estoy pensando en las hermanastras feas de *La Cenicienta*. O al menos en una de ellas.

Bueno, soy yo. Estoy pensando en mí. *Yo soy* la hermanastra fea; solo que Cenicienta no es realmente mi hermana, es mi mejor amiga. Y su nombre no es Cenicienta; es Chloe. Ah, y no estamos en algún castillo lujoso de Disney. Estamos en un pub 'divertido' llamado *Diamonds* en Londres.

Nadie escribe cuentos de hadas sobre lugares así, ¿verdad?

Aun así, todo lo demás es un poco como el cuento de hadas original. Incluso hay un príncipe apuesto, que actualmente está de pie junto a la barra, como si estuviera a punto de filmar un anuncio de televisión para una loción para después del afeitado muy masculina. Tiene uno de esos rostros tipo 'estatua cincelada' tan perfectos que casi no parecen reales, y, si me acercara lo suficiente, sé que olería a cuero y humo de leña, y a todos los corazones rotos que ha dejado atrás.

Obviamente, no me voy a acercar lo suficiente. Mi corazón no está en peligro, porque sé que solo estoy aquí en mi papel de hermanastra fea, quiero decir, *amiga*, y la primera regla de la amiga fea es conocer tu lugar. Efectivamente, antes de que pueda terminar el pegajoso vaso de líquido que se supone que es vino, Chloe me agarra la mano y me arrastra a la diminuta pista de baile que se supone que es la parte 'divertida' de este lugar.

—Vamos, Summer —susurra, lanzando su brillante cabello rubio sobre su hombro, y luego comprobando que el Príncipe Encantador lo haya notado—. Solo un baile, lo prometo.

La sigo a regañadientes entre la multitud. Odio la Nochevieja. Toda esa presión por tener la *mejor* noche. Todos esos extraños a los que tienes que abrazar. El pánico que desciende cuando comienza la cuenta regresiva y te ves obligada a quedarte ahí pretendiendo que te estás

divirtiéndome cuando todo lo que puedes pensar es en cómo literalmente *sientes* que el tiempo se agota en otro año en el que realmente no pasó nada, y Dios mío, ¿y si *esto es todo*? ¿Y si *nunca* logras hacer todas las cosas que querías hacer con tu vida, y simplemente te encuentras parada aquí de nuevo *el próximo* año, como si no hubiera pasado nada de tiempo y todavía estuvieras...

—¡Summer! ¡Concéntrate!

Chloe chasquea sus uñas recién arregladas frente a mi cara para llamar mi atención. Las uñas son largas y puntiagudas, como armas, así que no puedes ignorarlas.

—Este no es el momento para una de tus crisis existenciales —grita por encima del ritmo de la música—. ¡Es Nochevieja!

—La Nochevieja es el momento *perfecto* para una crisis existencial —le digo, moviendo mis caderas al ritmo—. Ya he tenido tres hoy. Podría intentar encajar otra antes de acostarme.

Chloe pone los ojos en blanco, y de repente los entrecierra cuando algo detrás de mí llama su atención. Se ha posicionado hábilmente para estar de cara al Príncipe Encantador, así que probablemente sea él. Meneo mis caderas un poco más, sabiendo que mi tiempo en la pista de baile está llegando a su fin, y estoy a punto de ser reemplazada, habiendo completado mi trabajo como la 'hermanastra fea'.

—Espera —dice Chloe, abriendo sus ojos muy maquillados con incredulidad—. Creo que te está mirando a ti.

Esta declaración es tan sorprendente, por no mencionar improbable, que me impulsa a darme la vuelta para comprobarlo por mí misma. Y es *cierto*. El hombre del momento no solo me está *mirando*, me está *observando fijamente*, sus ojos marrones llenos de alma me siguen de cerca mientras Chloe me agarra la mano de nuevo y me hace bailar más cerca de él.

—Solo sigue bailando —susurra urgentemente en mi oído—. Y finge que estoy diciendo algo gracioso. *Vamos*, Summer.

Echo la cabeza hacia atrás y río fuertemente, mientras giramos por la pista de baile.

—Dios mío —dice Chloe, luciendo como si quisiera abofetearme—. Creo que viene hacia acá. Creo que te va a pedir que bailes.

Chloe hace un puchero con la molestia de alguien que sabe que esto no es como se supone que debe ocurrir. Cenicienta es la que consigue al chico, no la 'hermanastra fea'. Pero ahí está, dejando su bebida, y caminando con confianza hacia la pista de baile, su intención de romper mi corazón escrita por todo su hermoso rostro.

La pista de baile se separa. Toda la habitación parece contener la respiración. Mi corazón de repente decide que es demasiado grande para mi cuerpo e intenta escapar por mi boca. No puedo

creer que esto esté pasando. El hombre más guapo de la habitación me ha elegido a *mí*. A mí, Summer Brookes: líder de equipo de centro de llamadas y 'hermanastra fea' profesional. Es como un cuento de hadas, bueno, ambientado en un "pub divertido" encima de un salón de bronceado. Literalmente estoy dentro de un *vídeo* de Taylor Swift, donde el chico elige a la nerd en lugar de la animadora, y sabemos que la vida de la nerd nunca volverá a ser la misma.

Mi vida nunca volverá a ser la misma.

Gracias a Dios por eso.

Le sonrío mientras se acerca, esperando no tener lápiz labial en los dientes. El tiempo parece ralentizarse mientras se inclina, su aliento es cálido en mi mejilla mientras aparta suavemente el cabello de mi oreja, y presiona sus labios suaves cerca para que pueda escuchar su voz por encima de la música.

Este es el momento, pienso, tratando de recordar este momento lo mejor posible. *Este es mi momento. Me pregunto si este bar tiene cámaras de seguridad, así podré ver esto más tarde. Es la única forma en que creeré que realmente sucedió.*

—Disculpa —susurra el Príncipe Encantador, su voz tan baja y ronca como me la había imaginado—. Siento molestarte, pero... ¿te importaría si bailo con tu amiga? Es absolutamente hermosa.

Y entonces corro a través de la habitación y salto limpiamente por la ventana, desapareciendo en la oscuridad más allá, para no ser vista nunca más.

Fin.

Excepto que obviamente no lo hago. Solo *pudiera*. En su lugar, me pongo aproximadamente del color de una margarita de fresa (lo cual es una habilidad particular mía, y sin duda una de las razones por las que actualmente estoy soltera...), luego encojo los hombros tan casualmente como puedo.

—Claro —digo, apuntando a la indiferencia, pero sonando como si me hubiera golpeado el dedo del pie—. De todos modos, iba al baño. Yo, eh, realmente necesito hacer pis.

Naturalmente, la música elige ese momento exacto para desvanecerse, lo que significa que mi intención de ir a hacer pis es anunciada a todos en la pista de baile.

Bien hecho, Summer.

El Príncipe Azul sonrío cortésmente, luego se vuelve hacia Chloe, nuestra breve interacción ya olvidada —por él, no por mí—. Me doy la vuelta y dejo la pista de baile, abriéndome paso entre la multitud hasta llegar a mi asiento en la esquina.

Faltan diez minutos para la medianoche, y mi caballo y carruaje ya se han convertido de nuevo en una calabaza.

Recojo mi bolso y estoy hurgando en él para asegurarme de que tengo suficiente dinero para el taxi de vuelta a casa, cuando de repente una mano como una garra con dedos manchados de nicotina se extiende y agarra mi muñeca, torciéndola dolorosamente.

—¡Ay! —grito, girándome para ver a una mujer mayor con maquillaje pesado y una boa de plumas rosa parada frente a mí. Tiene el pelo teñido de naranja y parece estar tan acostumbrada a fumar en cadena durante todo el día que no sabe muy bien qué hacer con sus manos sin un cigarrillo en una de ellas.

—Escucha —dice, con una voz que suena como si acabara de beber un triple de whisky y luego se comiera el vaso—. Tienes que salir de aquí.

—¿Qué, *Diamonds*? —pregunto, confundida—. ¿Por qué, quieres mi asiento? Puedes tenerlo si quieres; ya me iba.

—No —dice la mujer—. Bueno, quiero decir, sí: tomaré el asiento si no lo estás usando. Pero no, me refiero a que tienes que salir de *aquí*. De esta parte de Londres. Tienes que irte. No perteneces aquí.

La miro fijamente, preguntándome si la he oído bien. La música *está* bastante fuerte.

—¿Esto es... como una intervención o algo así? —digo, tratando de averiguar si habla en serio o no—. ¿Eres mi Hada Madrina?

Ella considera esto brevemente.

—Piensa en mí como una sabia anciana —dice, pareciendo complacida consigo misma—. Alguien unos años mayor que tú, que ha dado algunas vueltas por ahí y conoce el marcador. O, mejor aún, tengo una mejor: piensa en mí como *tú* en veinte años, si no escuchas lo que te estoy diciendo.

—Bien, esto se está poniendo raro ahora —le digo, cogiendo mi abrigo del respaldo de la silla—. Creo que simplemente me voy a casa. Gracias por el, eh, consejo, de todos modos. Definitivamente lo tendré en cuenta.

Me pongo el abrigo, con la mente dando vueltas. La cosa es que, puede que no sea la chica más guapa de la sala —ni siquiera la más inteligente—, pero reconozco a una figura tipo Yoda cuando la veo (Un Yoda muy borracho y fumador empedernido en este caso. Es el lado de Yoda del que no se oye hablar a menudo, ¿verdad?), y esta mujer está hablando directamente a mi *alma*. De manera loca y bastante incoherente, seguro, pero algo me hace querer escuchar qué más tiene que decir.

—No estoy bromeando —dice, apretujándose en el asiento a mi lado—. Confía en mí. Sé de lo que hablo. Además, he estado observándote a ti y a tu amiga de allá. De una manera no espeluznante, obviamente.

Asiente hacia la pista de baile, donde Chloe está firmemente envuelta alrededor de su Príncipe Azul. Realmente no puedo pensar en una manera no espeluznante de observarlos, pero asiento de todos modos, preguntándome qué dirá mi nueva amiga a continuación.

—Solía ser como tú —me dice la mujer—. Pero *no* me fui. Me quedé aquí; y *ahora* mírame.

—Te ves... encantadora —le digo educadamente, contenta de que ella fuera quien hizo la observación sobre la edad, y no yo.

—No seas tonta —dice, con su cara tan cerca de la mía que puedo oler el alcohol en su aliento—. No quieres terminar como yo. Por eso tienes que salir de este horrible lugar. Para que puedas hacer algo con tu vida. Debes querer hacer algo con tu vida, ¿no?

—Bueno, sí —estoy de acuerdo, comprobando disimuladamente la hora en mi teléfono—. Por supuesto que sí.

Faltan cinco minutos para la medianoche. Siento que la familiar ansiedad previa a la cuenta regresiva comienza a crecer en mi estómago. Ahora *realmente* necesito hacer pis.

—¿Y bien? —La anciana me mira fijamente como si estuviera esperando una respuesta.

—¿Y bien *qué*?

—Bueno, ¿qué quieres hacer con tu vida?

—No lo sé realmente —admito, sintiéndome estúpida—. Solía querer ser cantante. Era bastante buena cuando era más joven. Pero...

—Entonces, ¿por qué no lo hiciste?

Frunzo el ceño, preguntándome por qué tengo que justificar mis elecciones de vida a una extraña obviamente borracha y/o loca.

—Yo... no estoy segura. Supongo que la vida se interpuso. Así que nunca lo hice.

—Y nunca lo harás, si te quedas aquí —dice la 'anciana sabia' dramáticamente—. Créeme, lo sé por experiencia.

—Pero *¿cómo* lo sabes? —pregunto—. ¿Tú también querías ser cantante? ¿Es eso lo que estás tratando de decirme?

—Mira, cabeza de zanahoria —suspira, pareciendo que empieza a hartarse de mí—. Puedes tomar mi consejo o dejarlo, es tu decisión. No me conoces. Solo soy una vieja loca y probablemente borracha en un pub, ¿verdad?

—Cierto —asiento, contenta de que por fin estemos en la misma página—. Quiero decir, estoy segura de que no estás *loca*. Pareces realmente agradable, en serio. Bueno, aparte de lo de 'cabeza de zanahoria', obviamente. Prefiero 'pelirroja'. Pero es solo que...

La música de repente se corta y es reemplazada por el familiar repique del Big Ben sonando a través de los altavoces.

—¡Diez! —gritan todos al unísono—. ¡Nueve!

Mi estómago da un vuelco por la ansiedad que provoca ser testigo de cómo el tiempo se agota *literalmente*. Lo siento en otros momentos también, pero en Nochevieja, la sensación es tan visceral que me hace desear que la vida tuviera un botón de "rebobinar" para no tener que experimentarlo.

No más Nochevieja. No más tiempo perdido. No más angustia existencial.

¿No suena maravilloso?

En la pista de baile, Chloe y el Príncipe ya se están besando, sin molestarse en esperar hasta la medianoche.

—¡Cinco! ¡Cuatro!

Este no es el lugar donde quiero estar. No estoy segura de que sea donde *alguien* quiera estar, en realidad, pero cuando era más joven, siempre me imaginaba pasando la Nochevieja bebiendo cócteles en alguna playa tropical; no sentada con un grupo de desconocidos en un bar de mala muerte en mi ciudad natal.

Y sin embargo, aquí estoy.

—Sal de aquí, te lo digo —dice la anciana, mirándome significativamente. Y, aunque no tengo ni idea de cuál es realmente el significado de su mirada, cuando el reloj marca la medianoche y todos excepto yo tienen a alguien a quien besar (supongo que *podría* besar a la vieja sabia, pero... no), decido seguir su consejo.

Me voy.

Me voy a casa.

—¿Y *ahora* qué? —me lamento miserablemente, tirando mi abrigo al suelo de mi habitación y lanzándome de cara a la cama cuando llego a mi frío y vacío piso, con la letra de *Auld Lang Syne* aún resonando en mis oídos.

Las palabras de la anciana siguen dando vueltas en mi mente.

¿Y si tenía razón?

¿Y si realmente *me* estoy quedando sin tiempo para hacer todas las cosas que quiero hacer en mi vida? Porque ciertamente siento que es así. Y el hecho de que la única persona que me ha

deseado un Feliz Año Nuevo hasta ahora haya sido un conductor de Uber llamado Kevin que no dejaba de llamarme Sarah, no está haciendo mucho por disminuir esa sensación.

Me doy la vuelta justo cuando mi teléfono suena con urgencia dentro de mi bolso.

Apuesto a que es Chloe, preguntándose dónde estoy.

Me esfuerzo por volver a sentarme y rebusco mi teléfono, navegando hasta la aplicación de mensajes para ver qué tiene que decir.

Pero no es Chloe.

No, es mi jefa, Linda, enviándome un mensaje a las 12:33 de la madrugada del día de Año Nuevo para preguntarme si he terminado los KPIs de esta semana.

Hundo la cara en mi almohada para ahogar un grito de frustración.

Odio mi trabajo. Lo cual es desafortunado para mí, porque el único paso lógico siguiente para mí desde aquí sería el trabajo de *Linda*. Entonces yo sería la que enviara mensajes a la gente en medio de la noche, pidiendo un conjunto de cifras que literalmente a nadie le importan. Yo sería la que no tuviera vida. O *aún menos* vida, más bien.

¿Quizás esa mujer en el pub me fue enviada por alguna razón? ¿Quizás *realmente* era una especie de Hada Madrina? ¿Quizás esta es la señal que he estado esperando para obligarme a cambiar mi estúpida vida?

Por el rabillo del ojo, algo llama mi atención. Es una caja de cartón, un poco húmeda por los bordes, y con un aspecto mohoso, como recién sacada del ático.

DIARIOS DE SUMMER dice el garabato en la caja. **NO ABRIR. BAJO PENA DE MUERTE.**

Oh, sí. Casi olvidé que mamá dejó eso antes. Bueno, supongo que podría servirme de distracción.

Tomo la caja y la abro con cautela, como si el contenido pudiera ser peligroso. Pero es solo un montón de viejos cuadernos, en varios estados de conservación. El de arriba es un cuaderno azul de tapa dura que reconozco de la clase de Ciencias. Lo saco y lo abro distraídamente, esperando que lo que haya dentro me dé suficientes risas para hacerme olvidar todo sobre Chloe, el Príncipe Encantador y la Vieja Sabia. Tal vez incluso lo suficiente para hacerme olvidar a Linda y sus KPIs.

El Diario Secreto de Summer Brookes, 13 años y tres cuartos

Querido Diario:

Bueno, aquí estamos: un nuevo año y, con suerte, un nuevo comienzo.

Año nuevo es una época extraña para mí, porque siempre siento ganas de llorar. ¿Es raro eso? Siento que probablemente sea raro. Olvida que lo dije. Lo cambiaré más tarde si puedo encontrar

algo de Tippex.

En fin, realmente no creo en los propósitos de Año Nuevo, pero vi una cosa en la tele sobre cómo si quieres que las cosas sucedan en tu vida, tienes que "manifestarlas", así que supongo que esto es. Esto soy yo manifestando. Estas son las cosas que quiero que pasen en mi vida:

1. Besar a Jamie Reynolds de la escuela.
2. Superar el miedo a volar para poder salir de Londres y viajar por el mundo.
3. Cantar en otro lugar que no sea la ducha. Hacerme famosa por esto.
4. Ver a Taylor Swift en concierto.
5. Volverme cool. (¿Quizás esto debería ser el número 1, ya que todo lo demás depende de ello?)
6. ¿Tal vez montar en moto? Eso parece algo que haría una chica cool, ¿no?
7. Conocer al amor de mi vida.
8. Saltar de un avión. Escalar una montaña.
9. Otras cosas en las que aún no he pensado.
10. Básicamente, cambiar totalmente mi vida.

Idealmente quiero hacer todo esto antes de que termine el año, porque, seamos sinceros, no me estoy haciendo más joven.

Por el lado positivo, sin embargo, creo que probablemente puedo tachar el número 7, porque ya conozco a Jamie Reynolds, así que al menos eso es uno menos, sin siquiera intentarlo. ¡Solo quedan 9 más!

Deséame suerte...

Summer xoxo

Cierro el libro lentamente, luego me quedo sentada en silencio en la oscuridad, sintiendo que voy a llorar.

Mi yo de 13 años no habría tenido problemas para decirles a las ancianas sabias —o a cualquier otra persona que preguntara— exactamente lo que quería hacer con su vida. Lo tenía todo planeado, en una lista de 10 puntos.

El problema es que nunca hizo nada de eso.

Ni una sola cosa.

(Bueno, a menos que por «9. otras cosas» se refiriera a «conseguir un trabajo de mierda en un centro de llamadas y seguir soltera en mis treinta», y de alguna manera no creo que se refiriera a eso.)

De repente, esto se siente como una tragedia de proporciones tan épicas que es casi más de lo que puedo manejar.

*¿Por qué no hice nada de eso? ¿Cómo pasé de ser una adolescente con los ojos bien abiertos, que **totalmente** pensaba que iba a ser famosa algún día, a una trabajadora abatida de un centro de llamadas, que aún no ha cumplido con los KPI que su jefe está buscando, y que ni siquiera está totalmente segura de qué **son**?*

No, en serio, ¿cómo? ¿Cómo sucede eso? ¿Cómo se me escapó la vida así? Y, bueno, supongo que siempre fue poco probable que algún día fuera famosa; pero Jamie Reynolds? Él estaba *justo ahí*, casi todos los días de mi joven vida. Y ni siquiera lo besé.

¿Por qué no besé a Jamie Reynolds, ni una sola vez?

Todo lo que quería estaba justo frente a mí. Estaba a mi alcance. Pero de alguna manera logré astutamente evitar *tocarlo*, y ahora, justo como dijo el Hada Madrina/Anciana Sabia, probablemente sea demasiado tarde.

Con mi espiral descendente casi completa, tomo mi teléfono de nuevo, decidiendo torturarme un poco más viendo si puedo rastrear a Jamie y ver qué está haciendo estos días.

Apuesto a que está casado.

Apuesto a que tiene hijos.

Apuesto a que está viviendo esta vida increíble llena de aventuras; el tipo de vida que ni siquiera puedo soñar.

Encuentro a Jamie en las redes sociales sin demasiado problema. Es instantáneamente reconocible, aunque no lo he visto en años. Pero ahí está, sonriendo en un bote en algún lugar. Ahí está de nuevo, sosteniendo un cóctel en un bar. Ahí está, con sus ojos marrones riéndose a la cámara, luciendo tan familiar que la nostalgia casi me quita el aliento.

Está viviendo una vida increíble, llena de aventuras: eso es ciertamente verdad.

Pero no está casado.

No tiene hijos.

Sin embargo, tiene un bar en Tenerife, según la información en su perfil. Un bar que parece bullicioso y feliz, y a un millón de kilómetros de *Diamonds*, con sus alfombras pegajosas, sus bebidas aguadas y sus extrañas ancianas que pueden o no haber sido enviadas desde el futuro, con un mensaje importante para Summer Brookes, de 31 años y medio.

Un bar al que podría llegar en una aerolínea de bajo costo por solo 139 libras ida y vuelta, según Google.

—No —digo en voz alta, dejando firmemente el teléfono en la cama junto a la caja de viejos diarios—. No, eso es una locura. No puedo ir a Tenerife. Simplemente no puedo. Tengo trabajo mañana, para empezar. Tengo esos KPI que hacer, para continuar. Y me aterroriza volar.

Además, eso sería una locura. Impulsivo. Imprudente. Todas las cosas que no soy.

Hago una pausa, pensando en ello.

Aparte del miedo a volar, realmente no hay nada que me impida subirme a un avión e ir a Tenerife. Ni marido ni pareja. Sin hijos. Demonios, ni siquiera tengo *plantas* de las que preocuparme.

No hay nada que me impida reservar un vuelo. No hay nada que me impida hacer *ninguna* de las cosas que quería hacer con mi vida, de hecho, cuando tenía 13 años.

Entonces... ¿por qué no lo haces, Summer?

No estoy totalmente segura de cómo la sabia anciana ha logrado hablar dentro de mi cabeza, y estoy aún menos segura de por qué la estoy escuchando. Pero cuanto más lo pienso, más simple parece todo.

Podría volar a España.

Podría besar a Jamie Reynolds.

Podría, citando a mi yo más joven, *cambiar totalmente mi vida, básicamente*.

Y tal vez el vino que estaba bebiendo esta noche era más fuerte de lo que pensaba, pero ahora mismo no puedo pensar en una sola razón por la que no debería hacerlo, aparte del hecho de que *no es el tipo de cosa que hago*. Mi vida se rige por reglas y horarios, y... y KPI. Nunca he hecho nada ni remotamente espontáneo en mi vida.

Pero tal vez ahora sea el momento de empezar.

Son las doce y cincuenta y tres de la noche.

Y parece que me voy a España.